

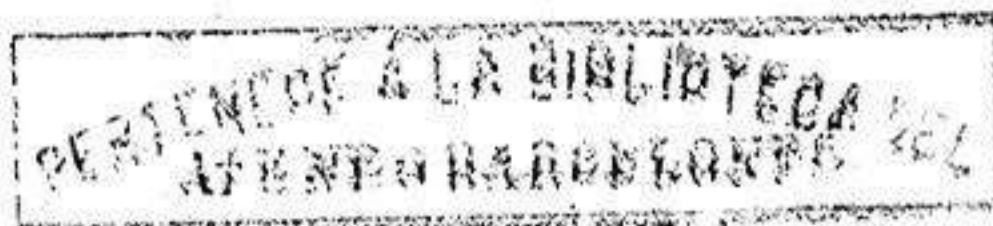


Faint, illegible text or markings in the upper center of the page.

ANO III

NÚM. XXXV

LA



ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
NOVIEMBRE—1891  
~~~~~

MADRID

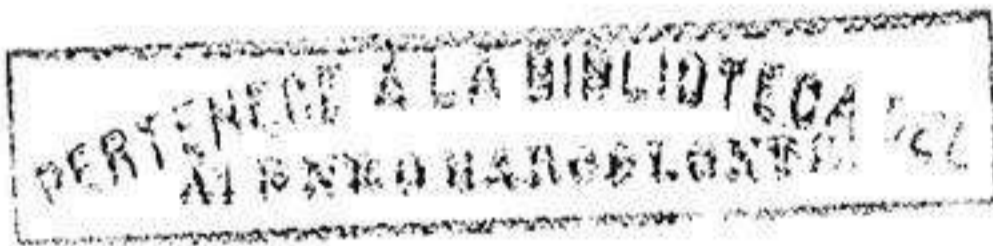
IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

á cargo de D. Agustín Avrial,

SAN BERNARDO, 92

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

SOPAS DE AJO ⁽¹⁾



Debe hacer como treinta años que asistí á una montería en el término de Hornachuelos, provincia de Córdoba. Parábamos en la hermosa finca *La Mezquitilla*, perteneciente hoy al excelente amigo Sebastián Rejano.

Era el anfitrión D. Cristóbal de Pina, hombre anciano, rico, alegre, gran cazador y muy relacionado con magnates y hombres políticos de la corte. De los ocho convidados, cuatro pertenecían á los que dejan su nombre en la historia, y los restantes, entre los cuales me cuento, no pasábamos de granujas ó soldados rasos.

La comida era siempre abundante y sabrosa, pero sin refinamien-

(1) Este cuento y el siguiente forman parte del precioso libro que con el título *Novelas y caprichos* publicaremos en breve como *Almanaque de LA ESPAÑA MODERNA*. Forma un volumen de más de 300 páginas con multitud de curiosos grabados.

tos gastronómicos. Huevos fritos, migas y chocolate para almorzar; sopa, buena olla y dos principios para comer; vinos de Jerez y de Montilla, *cognac*, café, cigarros habanos en abundancia, camas limpi-
simas y criados diligentes, completaban el alojamiento de D. Cristóbal.

Como la categoría de los cazadores no se mide por sus títulos y honores mundanos sino por su pericia, nadie le disputaba la cabecera á Curro *Perdigones*; seguíale un general, grande de España; luego otro señor de color bilioso y bajo de cuerpo, á quien el anfitrión llamaba Juanito; después yo, y luego los cuatro compañeros restantes.

En el primer ojeo, la misma tarde de la llegada á la finca, se cobraron seis piezas mayores. Al regresar á la casa traíamos barruntos de hambre, y se nos alegró el pa-

ladar con el rico olor y vaho de una hermosa sartén de *sopas de ajo*. Estaban riquísimas. Todos repetimos y las celebramos, menos Juanito, que no permitió ni aun probarlas, por más elogios que del plato se le hicieron y por más instancias con que lo afligió el bueno de D. Cristóbal.

—¡Vaya por Dios!...—exclamaba éste con verdadera pena.—Si hubiera sabido que no te gustaban, no se hubiesen puesto. ¡Quién diría que un mozo de tu temple no come *sopas de ajo*! ¡En fin, vivir para ver!

—No se apure V., D. Cristóbal: tomaré de otra cosa: no me moriré de hambre. Ya contaré el justificado motivo de mi aborrecimiento á las sopas.

Se comió, se charló y se comentaron con la minuciosidad propia de cazadores los lances de aquella tarde. Cuando tomábamos el café, curioso yo del asunto de las sopas, del que quizá nadie se acordaba, me atreví á decir:

—Si no es tema reservado, ¿querrá contarnos Juanito la causa de su aversión al primer plato de nuestra comida?

Mi vecino de mesa me dió un rodillazo de los que anuncian que se ha cometido alguna inoportunidad. No pude comprender cual fuese; y al mismo tiempo que me tranqui-

lizaba con sus ojos, Juanito, en medio del mayor silencio, y haciéndome un saludo ó signo afirmativo con la cabeza, dijo lo que sigue:

—Tendría yo unos diez y ocho años, cuando salí á cazar en el término de la Musará. Había matado un par de perdices, y me hallaba loco de placer. Fatigado y hambriento, después de cinco horas de ejercicio, divisé una masía y me encaminé á ella para descansar. Cuando llegué, se hallaban apurando la sartén de sopas de ajo un hombre como de cincuenta años, acompañado de su mujer é hijo.

Después de los mutuos saludos, dijo el hombre: ¿Quiere comer el señorito?

El buen tufo del manjar, que en aquella ocasión me olió á gloria, duplicó mi hambre.

—Sí señor—respondí;—quiero comer y pagar unas sopas como esas que se hallan ustedes agotando.

—Esto no es posada ni bodegón—contestó con rusticidad catalana;—aquí comerá, pero sin pagar.

—Muchas gracias—repliqué.

La mujer y el hijo se marcharon á la Musará. El hombre limpió la sartén, arregló el fuego y comenzó á migar pan.

—¿Habrá suficiente?—me preguntó.

—Eche V. más.

Siguió mi hombre migando, y dijo: ¿Bastará ya?

—Ponga V. un poco más.

—Pero... ¿va el señorito á comer tanta sopa?...

—Si señor, y doble; V. no sabe la hambre que yo traigo.

—Bien, bien; no hablo por miseria, sino para que no sobren y haya que tirarlas.

—Descuide V. que no sobrarán.

Mientras se preparaba el banquete, me refirió el tío Jaime algo de su vida y milagros: había andado al contrabando en sus mocedades, y por heridas ó muerte ó cosa semejante fué huesped del presidio de Ceuta. En fin, el tal Jaime, según revelaba en su conversación con orgullosa ingenuidad, era una buena prenda.

Cuando ví la mesa con un jarro de vino del Priorato, medio queso y la sartén rebosando de olorosa y humeante sopa, me entregué en ella con el mismo gusto que Sancho Panza en aquel salpicón y aquellas manos de ternera que si mal no recuerdo le sirvieron en la ínsula.

Consumida la cuarta parte de la sartén, quedé satisfecho.

—¿Qué es eso—dijo el tío Jaime—no le saben bien?...

—Están muy ricas, pero no tengo más gana.

—Pues yo no he migado dos veces pan contra mi voluntad para

que las sopas se tiren: el señorito me obligó á migar y yo le obligo á comer. Y cogiendo mi escopeta, que dejé en la puerta de la masía, me apuntaba á cuatro pasos de distancia.

Seguí comiendo, pero á las pocas cucharadas me fué imposible continuar.

—Tío Jaime, no puedo más...

—Pues de rodillas; y encomiéndese á Dios si es cristiano... Pero en fin—añadió—voy á tener misericordia... Dos cucharadas solamente... y quedamos en paz...

Tragué, sabe Dios cómo, aquellas dos terribles cucharadas que me indultaban de la muerte, y enseguida el tío Jaime me advirtió, con toda la dulzura posible en un rústico catalán, lo que sigue:

—Creo que el señorito no olvidará que el pan crece mucho en las sopas; pero el consejo que yo deseo fijar en su memoria, y por cuyo motivo le he amenazado, es el de que nunca abandone la escopeta en las puertas de casas desconocidas. Tome su arma y pregunte en la Musará por el tío Jaime Montagut. Deseo quedar amigo del señorito, y que sepa por otros que ni soy mal hombre ni he sido presidiario.

Mohino y cariacontecido me despedí del tío Jaime, del cual supe en la Musará que era hombre bonda-

doso, excelente é incapaz de matar ni á una paloma. Quiso y consiguió el muy taimado que yo lo considerase un perverso para mejor intimidarme con su estupenda broma.

Veán ustedes por qué aborrezco las *sopas de ajo*, por qué sé que el pan empleado en ellas crece mucho, y por qué no abandono las armas cuando me hallo entre gentes desconocidas.

.....

Con esto terminó el cuento de Juanito. Luego se refirieron otros varios de más ó menos subido color, hasta que D. Cristóbal dijo: Señores, cada mochuelo á su olivo, que hay que madrugar.

.....

Al separarnos de la mesa, mi vecino (el del rodillazo) me dijo que su aviso era por *Juanito*; que el dueño de la casa, D. Cristóbal, no estaba muy en los trotes de la finura; que debió haberme presentado porque...

—Pero... ¿quién es *Juanito*?

—¡Hombre!... ¡D. Juan Prim!... ¡El Conde de Reus!...

Sorprendido yo con semejante revelación, me dirigí á él rogándole que me excusase y perdonase.

—¿Perdón de qué?...—dijo el general.

—Señor Conde, de la familiaridad con que he tratado á V.; de llamarle *Juanito* en vez de *Conde* ó *General*.

—Pues queda V. perdonado, pero con su penitencia.

—Márquela V., señor Conde, y se cumplirá con exactitud militar.

Y echándome su brazo por la cintura y apretando cariñosamente, añadió: Pues la penitencia es que siempre me digas *Juanito* y que siempre me hables de tú por tú...

.....

Después de aquellos días de caza no se presentó ocasión de seguir cumpliendo el pacto, porque nunca más volví á ver al desventurado y valiente general. Transcurridos muchos años (en el pasado de 1890), estuve otra vez en *La Mezquitilla*, donde el generoso Sebastián Rejano obsequia y agasaja tan espléndidamente á sus amigos, y recordé allí sobre el terreno el origen de mi conocimiento y relaciones con el célebre Marqués de los Castillejos, que fué de la manera y con las circunstancias que acabo de contar.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

EL COLLAR DE PERLAS

CUENTO ÁRABE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATRIBUO DE LA BIBLIOTECA DEL

I

Tiene el Bey de Kossantina (1)
Un palacio junto al mar,
Con bosques en su recinto
Donde el sol no entra jamás.
Pero hace bastante tiempo
Que á su palacio no vá,
Y que en la playa acostadas
Del ocio en la triste paz,
Pudren sus barcas veleras
La lluvia y el vendabal.
Pasa el Bey noches y días
Encerrado en la Kasbah
Y no por cierto escuchando
Las plegarias del Iman,
Sino la voz seductora
De una hechicera beldad,
Que bien el nombre merece
De *Pluma de pavo real* (2).
A su tribu fué robada

Algunos años atrás,
Y hacerse logró tan dueña
Del feroz nieto de Omar
Que como domado tigre
A sus pies rendido está.
Iba cayendo la tarde,
Y al de la brisa fugaz
Mezclaba el Rummel (1) sereno
Su murmullo desigual,
Cuando agenos á los vagos
Rumores de la ciudad,
Yáker y su bella esclava
Oían con dulce afán
A un eunuco que en su guzla
Preludiaba este cantar.

—
« Con hollejo de cereza
Los finos labios adorna,
Y son sus dientes granizos
En el cáliz de una rosa.

(1) Hoy Constantina.

(2) Risch-et-Taus.

(1) Nombre del río que rodea á Constantina.

El arco de las pestañas
 Llena sus ojos de sombras,
 Cuyos destellos no eclipsan
 Los diamantes que la agobian.
 Como las ramas de un sauce
 Sus negros cabellos flotan,
 Y al andar tiene el cimbreo
 De las palmeras de Stora.
 Su cara de luna llena
 Por lo apacible y redonda
 Parece fuente de leche
 Salpicada de amapolas.
 ¿Sonríe? flor de granado
 Abierta al sol en su boca;
 ¿Habla? dejadme que escuche
 Como se queja la alondra.»

—

Calló el cantor, y doblando
 Rodilla y frente á la par
 Hizo dos ó tres zalemas
 Entre rendido y jovial.
 Tiróle el Bey una bolsa
 Repleta de *rial-dirham* (1)
 Y despidiendo al eunuco
 Besó á la moza en la faz,
 Quien le oyó quedo á su oído
 Decir: *D'yi g'ala-l-falah* (2).

—

Vivía por aquel tiempo
 En el *medres* (3) de Ketani,

(1) Moneda de plata equivalente á unos dos reales y medio.

(2) Venid á la felicidad.

(3) Colegio.

Ocupando de limosna
 Una celda miserable,
 Como si huyese del mundo
 El peligro y los combates,
 Un mancebo en cuyo rostro
 No vió la sonrisa nadie.
 Fama ganó de valiente
 De la guerra en los azares,
 Pero un amor desgraciado
 Le trajo á tan duro trance,
 Que en la calma y el olvido
 Remedio busca á sus males.
 La hermosa á quien adoraba
 De la tribu huyó una tarde
 Robada, según se supo,
 Por los kabilas infames,
 Y en vano tras de su rastro
 Corrió campos y ciudades,
 Que aquélla que fué su dueño
 Era ya esclava de Yáker.
 Y así pasaron los meses
 Ella triste y él amante;
 Fingiendo caricias ella,
 Y él acumulando afanes.

—

Un día, de la mezquita
 Al trasponer los umbrales
 Sintió pronunciar su nombre
 Que él y Dios tan sólo saben.
 Una negra le miraba
 La cual, sin decir más frase,
 Dándole un papel doblado
 Perdióse en la angosta calle.
 Volvió sorprendido el mozo
 La cabeza á todas partes,

Y al ver el lugar desierto,
 Y al percibir que la sangre
 Con acelerado ritmo
 Dentro de su pecho late,
 Leyó, desgarrando el sobre,
 Y trémulo de coraje:
 « Aunque son altas y recias
 Las paredes de mi cárcel
 A través de ellas te siguen
 Mis pensamientos tenaces.
 Sé cual es tu triste vida,
 Pero si no me olvidaste,
 Ama y espera, que pronto
 Quizá las penas acaben.
 El emisario es seguro,
 Puedes tu dicha fiarle. »
 Cuando Hasán hubo leído
 Desarrugó su semblante;
 Los que le vieron reirse
 Murmuraron: ¡Alá es grande!

—

Desde entonces noche y día
 Centinela infatigable,
 Del serrallo bajo el muro
 Iba el mancebo á sentarse.
 La gente que á todas horas
 En la Kasbah entra y sale
 Recelosa le miraba
 Y acabó por no mirarle.
 Y muchos al ver el libro
 Que siempre en la mano trae,
 Y en el que fijos los ojos
 Meditabundos y graves,
 Parece estatua de mármol
 Más que figura de carne,

Al pasar se detenían
 Y le llamaban el *Taleb* (1).



Es una noche sin luna
 Y alborota la ciudad
 El estruendo que acompaña
 La fiesta del Ramadán.
 Por calles y callejuelas
 Al desenvuelto compás
 De pacífica dulzaina
 O belicoso atabal,
 Ya del café despedidos
 Ya en busca del lupanar
 Grupos de mozos alegres
 Discurren aquí y allá
 Postigos y celosías,
 Aunque cerrados están,
 Arrojan ruidos y olores
 De banquete y liviandad:
 Sin que falte alguna hebrea
 Que muy cubierta la faz
 De cautivos ó curiosos
 No lleve escolta detrás.
 Una sólo, á quien envuelve
 Negro *bernuz*, que le dá
 Apariencias de fantasma
 Mejor que de sér mortal,
 Vaga con incierto paso
 En torno de la Kasbah.
 Por fin llegándose á un bulto
 Dijo en voz muy baja: ¡Hasán!

(1) Sabio.

Y el bulto que estaba quieto
 Echó en el instante á andar.
 —Seguidme y no temáis nada.
 —Sigo y no temo.—Esperad.
 Y sobre el cuerpo del joven
 Arrojando un *telhifá* (1)
 De cuadros rojos y azules,
 Y ciñéndole además
 La cabeza con un velo,
 De servidumbre señal,
 Con él entró en el palacio,
 A cuya guardia al entrar
 Hizo con su cara negra
 Un gesto de Satanás.

—

Después de cruzar un pórtico
 De alicatadas labores,
 Que débilmente ilumina
 Vieja lámpara de bronce;
 Y atravesando el gran patio,
 En que prisionera docil
 Por estrecho canalizo
 De una fuente el agua corre,
 Halláronse las dos sombras,
 Cual si este fuera su norte,
 Del Serrallo en los jardines
 Ricos de aromas y flores.
 Desde allí se percibían
 Los musicales acordes,
 Las sonoras carcajadas,
 El estrépito y las voces
 Con que festejaba Yáker
 A las esclavas insomnes.

(1) Especie de manto.

Del jardín casi en el centro
 Se alzaban dos pabellones
 Y uno de ellos, el más alto,
 Abrió la negra de un golpe,
 Sin que crugiese el postigo
 Ni rechinaran los goznes.
 Luego avanzando la estancia
 Hasta topar con un cofre,
 En que repujado hierro
 Viste armadura de roble,
 Dijo, asiendo de la mano
 A Hasán, más que nunca inmóvil:
 —«Llegado habéis de la dicha
 O la desventura al borde,
 Escuchad, y obedecedme
 De la que amáis en el nombre.
 Aquí encerrado esperadla,
 Y al pasar la media noche
 Yo misma vendré á traerla,
 Estórbelo quien lo estorbe.»

—

Del arcón en lo profundo
 Sereno Hasán acostóse;
 Cayó la tapa... la orgía
 Llegaba á su colmo entonces.

IV

Muellemente reclinados
 En almohadones de Persia,
 Hasán y la hermosa esclava
 Se acarician y contemplan.
 Ya su semblante no anubla

El sello de la tristeza,
 Que uno del otro al mirarse
 Y al advertir que no sueñan
 Con el calor de los besos
 Se derritieron las penas.
 A un tiempo los dos hablando
 Sus ilusiones recuerdan,
 Y las ya próximas dichas
 En un abrazo condensan.
 Todo está para la fuga
 Preparado por la hebrea,
 Armas, caballos y joyas,
 Cuanto anula y cuanto premia.
 Dará al despuntar el alba
 La señal un centinela,
 Y franco y libre el camino,
 Antes que seguirles puedan,
 Ganado habrán con su gente
 El seguro de la sierra.
 Dijo á más la favorita
 Que del Señor en la fiesta
 Revolcóse entre alaridos
 Fingiendo que estaba enferma,
 Cuando de Hasán la llegada
 Le comunicó su sierva:
 Y Hasán radiante de gozo
 La estrechó con tanta fuerza,
 Que acaso desvanecida
 Sobre su pecho cayera,
 A no sentirse dos golpes
 Con que una mano discreta
 De algún testigo importuno
 Denunciaba la existencia.
 Tornó el amante á su cofre,
 Abrió la esclava la puerta
 Y serenando su rostro
 Saludó afable á la vieja,

Que de un eunuco seguida
 Le hizo al entrar una seña,
 Tal vez queriendo advertirle
 Lo que ella misma sospecha.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 ATENEO BARCELONÉS

—«Sultana de la hermosura,
 Dijo el eunuco en su lengua,
 El soberano de todos
 Que Alá conserve y defienda,
 Por vuestra salud inquieto,
 Y triste por vuestra ausencia,
 De amor tributo os envía
 En este collar de perlas,
 Más rico que cuantos guardan
 Los bazares de la Meca.
 Digna de vos es la joya
 Y de que os agrada en prenda
 Permitid al mensajero
 Separar tres granos de ella.»
 Rugió la esclava orgullosa
 Escuchando tal propuesta,
 Que acentuaba el miserable
 Con risa torpe y grosera;
 Arrancóle de la mano
 El collar que dió á la hebrea,
 Y—¡aparta de aquí—diciendo—
 Engendro de lobo y perra!—
 Alejarse hizo al eunuco
 Sobre cuya cara negra
 El relámpago del odio
 Siniestro fulgor refleja.
 Poco después y entre tanto
 Que el Bey las sienes refresca
 Vagando por los jardines
 Ya terminada la cena,

De sus dudas y temores
 El esclavo le da cuenta.
 Nada tiene la señora
 Que ha visto cual siempre bella,
 Sin buscar en el descanso
 Medicina á su dolencia,
 Y si algo tiene es oculto
 Pues no pocas veces trémula
 Llevó los ojos á un cofre
 Que en su habitación se encuentra.
 —¿Hacia que sitio?

—A la entrada.

—¿Y, á qué mano?

—A la derecha.

—Está bien: ¡Hola! ¡Mi Alcaide!
 Llevad á prisión perpetua
 A este hombre y con mis esclavos
 Esperad aquí mi vuelta.
 Y recatando el semblante
 Bajo el albornoz de seda,
 De su beldad favorita
 Llamó tranquilo á la puerta.

V

No suele al nacer la aurora
 Mostrarse tan placentera
 Como se mostró á su dueño
 La que de esclava hizo reina.
 Sentarle quiso á su lado,
 Más él, con gran negligencia,
 En un cofre tomó asiento
 Como quien fatiga muestra,
 Diciendo á la amante mora
 Que entre sus brazos estrecha:

—Más triste que del Otoño
 Las hojas mustias y secas,
 Con tu inesperada marcha
 Quedó la brillante fiesta.
 Sin tí músicas y cantos
 De pesadumbre me llenan,
 Y hallo graznidos de cuervos
 Las más sublimes endechas.
 Por eso, luz de mis ojos,
 Antes que el sueño te venza
 A saludarte he venido,
 Feliz con que me concedas
 El favor de que á tu cuello
 Ciña mi mano esas perlas.—
 Enjugando el sudor frío
 Que inunda su faz morena,
 A tan galantes requiebros
 Así la mora contesta:
 —Vuestros beneficios pago
 Con mi gratitud eterna,
 Sintiendo á los de este día
 Demostrar indiferencia.
 Pero no estoy bien; parece
 Que algo la frente me quema,
 Y sólo anhelo reposo
 Y tranquilidad completa.
 Mañana de mi cariño
 Os ofrezco tales pruebas
 Que basten á compensaros
 De la pasada tibieza.
 —Es tan incierto el mañana
 Que en ocasiones no llega.
 —Serviros mañana y siempre
 Es mi obligación primera.
 —Pues algo voy á pedirte...
 —Que yo os daré muy contenta.
 —Uno de estos lindos cofres.

—Elegid el que os parezca.
 —Este donde estoy sentado.
 —No será sin que os prevenga
 Que nada vale; contiene
 Viejos adornos y telas
 Que á medida que desecho
 Va recogiendo mi negra:
 Tomad mejor cualquier otro...
 —¡Ha de ser éste!

—Me pesa
 Pues lo sentirá la pobre;
 Mas por cosa tan pequeña
 ¿Quién duda? ¡Mañana mismo
 Lo tendréis!...

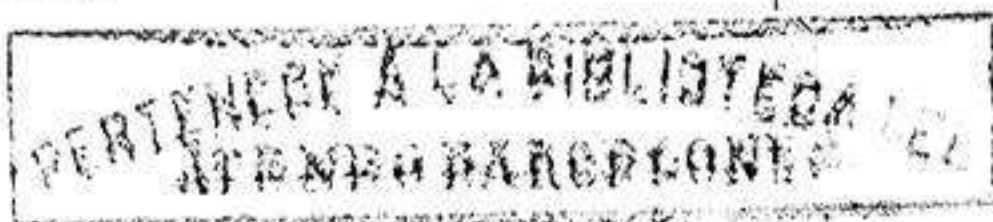
Sigo en mi tema;
 Quiero tenerlo esta noche.
 —¡No es fácil!

—Quizá lo sea.
 Y sentado como estaba
 Y sin volver la cabeza
 Dió un grito, al cual de repente
 Surgieron á su presencia
 Cuatro mokalis (1) armados
 Que obedeciendo á una seña
 El cofre alzaron del suelo,
 Amarráronle una cuerda,
 Y con su carga en los hombros
 Perdiéronse en la arboleda.
 Cuando el Bey al despedirse

(1) Esclavos blancos.

Besó la frente á la bella,
 Le pareció que besaba
 Una figura de piedra.

—
 Es de noche todavía,
 Y en solitario lugar
 Dos hombres de aspecto rudo,
 Cavando una fosa están.
 Un tercero la faena
 Preside con ansiedad,
 Oprimiendo entre sus manos
 Un rosario de coral,
 Y según lo que denota
 Su descolorida faz,
 Las plegarias que murmura
 Maldiciones son quizá.
 Después de abierta la fosa,
 Y al ver su profundidad:
 —¡Basta!—dijo—y los esclavos
 Cesaron de trabajar.
 —Pero ¿y el muerto?
 —Si hay muerto
 Lo sabe Dios nada más.
 Un cofre es lo que se entierra.
 —¿Es este? Pues allá va.
 —¡Cubridlo, y todos ignoren
 Cuanto acaba de pasar;
 Si fué calumnia, por serlo;
 Por serlo, si fué verdad!



MANUEL DEL PALACIO.

CRÍTICA COLOMBINA

Esta es una obra que al lujo extraordinario de una edición casi regia, reúne el mérito singular de ser un trabajo histórico, diligente y concienzudo, que ocupará lugar eminente en la literatura colombina, por el sano criterio que en ella reina, por la importancia de los documentos con que viene enriquecida, tanto como por el brío, la elegancia y el calor de la exposición. Al lado de muchas páginas en que corre con sencillez la narración ó se promueve discusión severa, se encuentran otras muchas inspiradas en un justo afecto hacia el héroe del Nuevo Mundo, y escritas con esa elocuencia que nace del corazón, y fué siempre la verdadera y legítima fuente de la elocuencia.

Con gran perfección, con la ciencia profunda que posee y con la in-

teligencia de amor que lo distingue, inteligencia que dá la intuición de lo bello y de lo magnánimo, mi querido amigo Asensio, lo mismo que se ha conservado alejado de las exageraciones y fantasías agiológicas de una moderna escuela, ha desdenado asociarse á la abierta malevolencia y á las insidiosas y muchas veces viperinas inducciones de la escuela opuesta; con lo cual ofrece una historia recta, imparcial, sin aparecer fría, indiferente y casi inconsciente, que mientras se lee con deleite instruye también extensa y razonadamente de una vida tan llena de peripecias y peligros, de alegrías y de tristezas, de exaltaciones y abatimientos, de batallas y de triunfos, como fué la del inmortal descubridor de las Indias Occidentales, del que me honro con llamarme entusiasta, aunque nunca

he soñado, como parece suponer el docto Sr. Fernández Duro, en hacerle un dechado de perfecciones, un sér excepcional, impecable.

No me permiten los límites de un anuncio bibliográfico descender á pormenores, pero bien seguro estoy, el aplauso y la simpática acogida que doy al *Cristóval Colón*, será confirmada en todas partes donde haya buen gusto para leerlo y meditarlo.

Pero tratándose de un tema tan extenso, y en varias partes tan intrincado todavía, sería de maravillar que el eximio escritor hubiera tocado aquel grado de perfección que nunca puede alcanzar una obra humana. Alguna falta, por tanto, ha de encontrarse en ella, y yo juzgo haber tropezado con algunas, aunque están oscurecidas y compensadas con tantas indagaciones acertadas, con tan discretas inducciones, que bien puedo concluir con el dicho del poeta:—*Ubi plura nitent ... non iis offendas maculis.*—Pero el autor no se conformaría con esto, porque me escribe exigiendo que ejercite con su obra la parte de crítico, asegurándome que ha de recibir mis advertencias como pruebas de verdadera amistad, y *no como el Arzobispo de Granada las observaciones de Gil Blas*; por lo que no hay remedio, si no he de dejar de complacer al amigo que en tal aprie-

to me pone, porque me pesa obedecer; y aun si me engaño en lo que voy á advertir, tanto mejor para mi amigo que ha de salir victorioso, y todavía mejor para mí que algo habré aprendido. Ambos buscamos la verdad.

El Sr. Asensio parece que deja sin decidir (tomo I, pág. 51) que Felipa Moquir, mujer de Colón, fuese hija de Bartolomé Perestrello, primer donatario de la isla de Porto-Santo. Creo que ha huido aquí de un simple escrúpulo, dado que reconoce que Pedro Correa fué cuñado de Colón (pág. 52). Ahora bien; consta por documento auténtico que yo he publicado en *Cristoforo Colombo e la sua famiglia*, que Pedro Correa se había casado con una Hiren, hija del mismo B. Perestrello. Por tanto, si Correa y Colón eran cuñados, sus esposas descendían del mismo padre.

Aduce nuestro autor, que para admitir la filiación de doña Felipa de Bartolomé Perestrello, primer donatario de Porto-Santo—hay dificultad insuperable en los años—fundándose tal vez en una frase del señor vizconde de Sánchez Baena, de quien se encuentra en los Apéndices de *Cristóval Colón* un amplio trabajo genealógico de la familia Perestrello. El esclarecido genealogista portugués, tratando de nues-

tro Bartolomé Perestrello (tomo I, página 248), escribía: «Cuando en 1418 Zarco y Tristán Vaz descubrieron las Azores, Bartolomé no pasaba de una temprana adolescencia», recordando mal que en 1418 Zarco y Vaz no descubrieron las Azores, sino la isla de Porto-Santo, vengamos á nuestro caso. ¿Puede concederse que en 1418 Bartolomé fuera un tiernísimo adolescente? Veámoslo. Azu, que vivió en relaciones con el infante D. Enrique, y fué contemporáneo, por tanto, del mismo Bartolomé Perestrello, y terminó su crónica en 1448, refiere el descubrimiento de Porto-Santo por obra de Zarco y Vaz, añade que tornados éstos á Portugal con las noticias del descubrimiento, el Infante mandó que luego al punto volviesen allá, y que estando próximos á marchar—«se ajuntóse á sua compagna Bartolomeu Perestrello hun fidalgo que era da casa do infante D. Johan, etc.»—(V. *Crónica do descobrimento e conquista da Guinea*, cap. 83, página 386; París, 1841). Barros informa que el Infante hizo armar en aquella ocasión—«tres navios, uno dos quaes deu a Bartolomeu Perestrello, e os outros daus a Joan Gonçalvez (Zarco) e Tristao Vaz.»—(V. *Dac.* 1.^a, cap. II, fól. 7; Lisboa, 1752.)

A vista de estos hechos tan cla-

ros el señor vizconde Baena verá que entre sus inducciones ó deducciones genealógicas y las afirmaciones diametralmente opuestas de Azurale y de Barros, la balanza se inclina al lado de los últimos.—No existe, por lo tanto, ninguna dificultad en los años.

Que después la madre de Doña Felipa, viuda ya de B. Perestrello, abandonó á Puerto Santo porque estaba cansada de vivir allí (íbidem, pág. 51), lo dice también Gaspar Fructuoso, pero fué por su cuenta. El motivo verdadero de su retirada al continente, fué la necesidad en que se encontró de ceder á su yerno Pedro Correa la administración de la isla, que no podía desempeñar su hijo Bartolomé segundo por razón de su menor edad, según aparece del documento análogo que he dado á luz. No teniendo, por lo tanto, la viuda nada que hacer allí en Puerto Santo, es natural que se volviera á Lisboa, donde podía cuidar mejor de la educación de sus hijos huérfanos.

Y entonces fué cuando pudo colocar á su hija Felipa en el convento de *Comendadoras de los Santos* y no de *todos los Santos*, como escribe nuestro autor, mal guiado por la equivocada traducción que hizo Alfonso de Ulloa poniendo—*Ogni Santi*.—Y se llamaba brevemente *De los Santos*, por estar dedi-

cada su Iglesia á los tres Santos hermanos Verísimo, Máxima y Julia.

Tengo también que oponer alguna observación al fino criterio de mi amigo, en cuanto á la interpretación de la carta fecha en Avir á 20 de Marzo de 1488, dirigida por D. Juan II de Portugal á Cristóbal Colón en Sevilla, y á las consecuencias que de ella se deducen.

Supone que Colón había solicitado el salvoconducto de que se habla en la carta del Rey D. Juan (íbidem, pág. 133); mas á mí se me figura que el tono afectuoso con que habla el Rey á Colón excluye tal hipótesis; porque ciertamente el fiero Rey no hubiera tratado como *especial amigo suyo*, al hombre que hubiera tenido cuentas pendientes con la justicia, aunque no fuera por acciones infamantes; y HARRISSE, que era de la misma opinión que el Sr. Asensio, ha concluido por admitir que puede reputarse lo del salvoconducto como una fórmula oficinesca.

Pero en virtud de aquella carta, ¿volvería Colón otra vez á Portugal? El Sr. Asensio se inclina á la afirmativa, fijando aproximadamente la época entre Setiembre y Octubre de 1488, hasta principios de 1489 (pág. 136), y aduciendo en su apoyo la famosa *Nota* manuscri-

ta en el libro *Imago Mundi*; en la cual el que la escribió asegura que había asistido en Diciembre de 1488 al desembarco de Bartolomé Díaz en Lisboa; nota que nuestro autor atribuye á Cristóbal Colón (página 139).

Dicho sea con todo el respeto y con el mayor miramiento posible, me parece que la prueba no es concluyente; no cuadra.

Además, Bartolomé Díaz no llegó á Lisboa en Diciembre del año 1488, sino en Diciembre de 1487, y el trueque del año en la *Nota* tal vez proviene de que se contaba el año nuevo de 1488 desde la Navidad del 87, como era costumbre. Esto sentado, tendríamos que Colón se habría encontrado en Lisboa, ó mejor dicho, habría vuelto de España á Portugal, no ya en los meses de Setiembre ú Octubre de 1488, permaneciendo hasta el principio de 1489, sino que hubiera estado presente en Lisboa en el mismo mes de Diciembre de 1487, es decir, tres meses antes de que D. Juan II al contestarle á Sevilla le rogase que viniera. ¿Qué explicación tendría entonces la licencia pedida poco después por Colón desde Sevilla, para volver á Lisboa, y la respuesta afirmativa del Rey con fecha 20 de Mayo de 1488? En todo caso sería necesario admitir dos viajes de Colón á Lisboa: el primero, en Di-

ciembre de 1487; el segundo, en Setiembre ú Octubre de 1488, hasta principios del 89; lo cual es imposible y no lo admite nuestro amigo.

Esto me había dado ya muchos motivos para sospechar que la tal *Nota* del *Imago Mundi* no estuviera escrita por el Almirante; sospecha que se trocó en certidumbre en vista de la afirmación explícita de las Casas, que dijo que el que escribió la *Nota* fué Bartolomé Colón. Nuestro autor no se conforma con el aserto del obispo de Chiapa; mas sin embargo, con laudable imparcialidad, inserta en los *Apéndices* á su *Cristóbal Colón* un largo extracto de la preciosa obrita *Libros y autógrafos de Cristóbal Colón*. (Sevilla, 1891), en que el autor, mi respetable amigo el Sr. D. Simón de la Rosa y López, confirmando y ampliando cuanto tenía escrito á este propósito en el *Catálogo de la Biblioteca Colombina*. (Sevilla, 1888, tomo 1.º), mantiene á Bartolomé Colón en la propiedad de la *Nota* relativa al desembarco de Bartolomé Díaz en Lisboa en 1487. Y yo suscribo á esta opinión, cada vez más convencido; y el mismo Harriette, después de haber sostenido lo contrario, ha concluido por declarar, como todos saben, que la escritura de la *Nota* se diferencia *esencialmente* de la de Cristóbal Colón.

Pero en cambio yo me adhiero con gran satisfacción á otra inducción felicísima del Sr. Asensio, dándole gracias por haberme sacado de una incertidumbre en que me encontraba.

Colón, al salir en secreto á fines del año 1484 de Portugal, llevando consigo á su hijo D. Diego, ¿se dirigió en cuanto entró en España al convento de la Rábida, ó por el contrario, no fué á él por primera vez hasta el año 1491?

Había, como es sabido, escritores que admitían las dos visitas, otros que dudaban de ellas, otros, en fin, que negaban resueltamente la primera; hipótesis ésta que en la actualidad cuenta con no pocos mantenedores. Nuestro autor admite á su vez las dos diferentes visitas; y su demostración es tan aguda, tan bien discurrida y luminosa, que cualquiera que la lea con atención y deje á un lado los estímulos del amor propio, me persuado de que se dará por convencido, confesando que verdaderamente *Colón* estuvo en dos épocas diferentes en el convento de la Rábida, es decir, en 1484 ó principios del 85, y en 1491. Yo me adhiero por mi parte á su parecer, en tanto que no haya otras pruebas en contrario más claras y concluyentes.

Pero con la misma franqueza me permitiré añadir que no me parece

probable la conjetura de que Colón, partiendo ocultamente de Portugal, hiciera el viaje por tierra (tomo I, pág. 76), no solamente porque aquel camino á través de las landas del Alentejo, á más de ofrecer mil peligros de ser descubierto, hubiera sido grandemente desastroso para el tierno Dieguito, sino también porque en ese caso, *Colón*, antes de llegar á Palos hubiera debido pasar por Huelva, donde residía su cuñado Muliar (Muliarte), á quien se proponía visitar, según dice el médico García Hernández, y que consta ahora que existía en aquella época ciertamente, por dos documentos recientemente encontrados por el docto académico Sr. Fernández Duro. (V. *Nebulosa de Colón*.—Madrid, 1890.) He dicho *ahora*, porque aún no hace mucho que el mismo Sr. Duro creía que con aquel nombre de Muliar se había indicado á Pedro Correa, según yo también lo había conjeturado; y el esclarecido Sr. Rodríguez Pinilla (v. *Colón en España*, pág. 109.—Madrid, 1884), encontraba aquel nombre *harto extraño para no hacer sospechoso el parentesco*. Sin embargo, admitiendo la existencia de Muliarte, cuñado de Colón, no concedo en cuanto á otra inducción, que es la siguiente:

El primero de aquellos documentos es una Real cédula fecha en

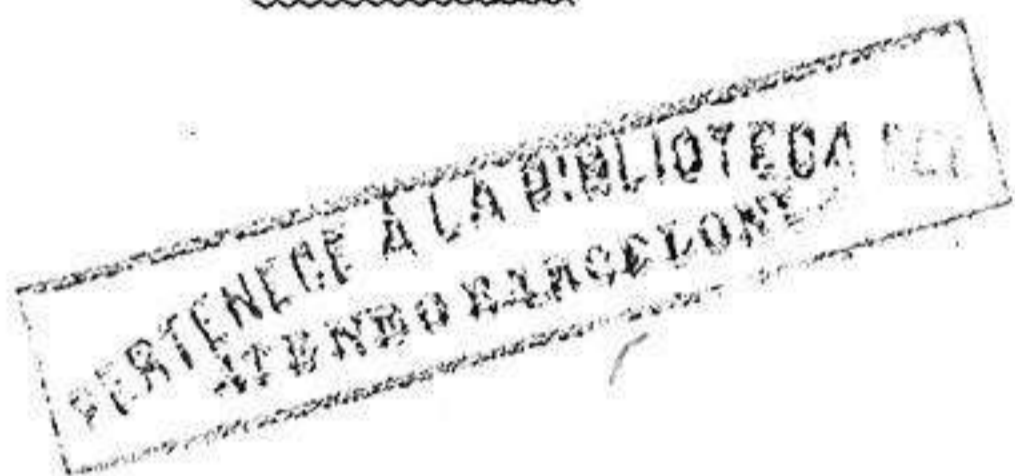
Barcelona á 20 de Marzo de 1493, mandando poner en secuestración en manos de Miguel Muliarte y de su mujer Violante Muñiz los bienes de un Bartolomé de Sevilla, vecino de Huelva. Tanto el Sr. Duro como el Sr. Asensio (pág. 57, tomo I) dicen que la cédula fué expedida á suplicación del Almirante. Si la fecha del documento tal como la trae el Sr. Duro (*ibid.*, pág. 23), es decir, *20 de Marzo de 1493*, es exacta, la inducción no puede correr de ningún modo. Y bastará observar que *Colón* había regresado á Palos de su gran viaje hacia el medio día del 15 de Marzo de 1493, y sería forzar las cosas demasiado, suponer que *Colón* se ocupase inmediatamente del negocio de su cuñado Muliarte y escribiese al Rey; y esto dentro de un plazo tan corto, cuanto apenas habría el tiempo suficiente para que un correo llegara desde Palos á Barcelona; y se expidiera luego, el decreto, hasta sin hacer mención la más mínima del glorioso Almirante que lo había solicitado. Veo, sin embargo, que en otro lugar el Sr. Duro (pág. 22) dá la fecha de *30 de Marzo de 1493*, y que nuestro amigo Asensio también consigna la de *30 de Mayo de 1493*. En tal incertidumbre dejo en suspenso la observación.

Y aquí hago punto, que ya era

tiempo, mas no sin reiterar mis plácemes al ilustre escritor sevillano por el gran servicio que ha hecho á los estudios colombinos con su hermosa obra, la cual será siempre insigne, no obstante de alguna inexactitud que pueda contener, si es que lo son las que yo he anotado, y no se reducen tal vez á puras cavilaciones mías.

PRÓSPERO PERAGALLO.

JOSÉ ZORRILLA



Ha sobrevivido á su época... Nació en Valladolid en 21 de Febrero de 1817, cinco años después del autor de *Juan Lorenzo*, del cual había de ser cariñoso amigo y en compañía del cual debía recorrer alguna vez la senda del arte escénico. Fué su madre Doña Nicomedes Moral; fué su padre D. José Zorrilla, alcalde de casa y corte en Madrid, en tiempo de Calomarde, magistrado después, hombre de carácter entero, de genio adusto, de principios autoritarios recto y probo, mal avenido con todo movimiento reformador del Gobierno ni de las costumbres; de aquellos varones que juzgando el poder paternal menos un derecho de la naturaleza que una institución política, encubren las ternuras del corazón bajo los acentos de la severidad. Era lo que llamamos hoy un hombre chapado á la antigua; de los que sólo quedan sus retratos en las salas de recibo, gracias al pincel de los Goyas y los López, y que nos inspiran respeto aún desde el lienzo en que aparecen tan insensibles como cuando vivieron forrados en su toga y adornados con el blanco encaje de sus vuelillos. Conviene detenerse á mirar este retrato del padre de nuestro poeta, porque su rigidez y su intransigencia, virtudes de tal época respetables para todos y más para su hijo, decidieron al fin de su porvenir y de su vida.

En 1827 los padres de Zorrilla vinieron á Madrid y éste ingresó en el Real seminario de nobles. Hubo que hacer para ello información de nobleza; y fácilmente se re-

para que esta información quedó hecha no tan sólo en el archivo del seminario sino también después en sus obras, todas llenas del espíritu caballeresco. Tuvo allí Zorrilla por compañeros á los más encumbrados títulos y recibió la educación inútil y brillante del noble. Dibujar, tirar á las armas, leer á escondidas libros de amena literatura y hacer versos; he aquí sus ocupaciones predilectas. Leía á Walter Scott, á Fenimore Cooper, á Chateaubriand. Estos autores fueron las nodrizas de su entendimiento. Había sido fundado el colegio y era dirigido por los jesuitas que adivinaron al poeta, celebraron sus versos y gustaban de oírle declamar, en el teatrillo donde se celebraban los exámenes, algunas comedias de Lope y Calderón, refundidas, y sin duda, mejoradas por los padres. Zorrilla era primer actor de aquél teatro; circunstancia digna de recordación, pues nos indica el origen de sus aficiones al drama antiguo y nos explica su especial manera de leer el verso, que no es propia lectura sino recitación y casi, casi, música.

Salió del seminario el año 32; y más tarde, muerto ya Fernando VII y encendida la guerra civil, fué á estudiar leyes á la Universidad de Toledo. Su padre se encontraba á la sazón desterrado en Ler-

ma. Sus impresiones de Toledo viven con hermosos colores en sus *Leyendas* y en sus primeras poesías. Estudiaba las ruinas y las tradiciones: leía las obras de Víctor Hugo, de Espronceda, de Alejandro Dumas. Leía también el *Romancero*, Juan de Mena y Jorge Manrique. El espíritu de la revolución envuelto en la dalmática española, esta era su musa por entonces, en efecto. Mientras su padre le creía un legista, él se complacía en no ser más que un romántico. Imaginémonos, un joven delgado, pálido, descuidadamente vestido, con una cabellera salvaje, miradas animadas por la excitación del insomnio y la centella del genio; un tipo de afectada grandiosidad, premeditadamente excéntrico. Quedábase pasmado mirando los rosetones góticos de la catedral como si fuesen las claraboyas del Paraíso, vagaba por los cementerios á la media noche, como si quisiera estudiar la vida en el vacío de los cráneos; ponía sobre los principios políticos y religiosos y la autoridad paternal, los delirios de la revolución y las dudas de los enciclopedistas. ¡En su extravío llegó hasta contraer amistad con Miguel de los Santos Alvarez! Sumergido, pues, voluntariamente en tan supremos horrores, debía considerarse poeta. Y no se enga-

ñaba, que lo era á pesar de esto. El resultado de tales extravíos estaba ya previsto por los entendimientos diáfanos: Zorrilla no podía ser jurista, probablemente no pasaría de ser un pobre diablo ó un loco. El mismo renunció á los estudios y se negó á los exámenes. Le encajaron, pues, en una galera de retorno para Lerma y á cargo del mayoral; pero él, sin ser visto, montó sobre una yegua que pastaba suelta en el campo; llegó á Valladolid, vendió la yegua, tomó pasaje para Madrid en una galera y tres días después entraba en la corte. Había roto con el pasado, con la autoridad paternal y con su conciencia; estaba, pues, huérfano y pobre. A la luz del sol ¡cuántas esperanzas le acariciaron sin duda! pero... en sus noches ¡qué triste debió ofrecérsele el porvenir!

Zorrilla mismo ha contado que en aquella época vivió difícilmente de su lapiz y de su pluma, que se dió á predicar una política de locos sobre las mesas del Café Nuevo y que fundó un periódico tan acepto al Gobierno que éste envió la justicia para prender á todos los redactores. Zorrilla se escapó por un balcón, disfrazóse luego de gitano y burló así la persecución de los alguaciles. El movimiento revolucionario que vino después le permitió volver á Madrid pocos días antes de la muerte y entierro de Larra, fecha doblemente memorable para la prosa y la poesía. Cierito italiano, al servicio del infante don Sebastián le sugirió la idea de hacer unos versos al gran escritor cuyo suicidio era conversación y asombro de Madrid.—Yo haré que se publiquen—le dijo—y quizá puedan valer algo.—Vivía Zorrilla entonces en el zaquizamí de un cesterero, y dice que compuso los versos á la luz de una vela que él mismo había comprado; y que no teniendo pluma ni tinta acomodó, al objeto, un mimbres y se sirvió del tinte azul con que los mimbres se teñían. Antes Zorrilla en compañía de Santos Alvarez habíase llegado á ver el cadáver de Larra, expuesto en la bóveda de Santiago, buscando inspiraciones en la contemplación lastimosa de la humana miseria. A la mañana siguiente se verificó el entierro dirigiéndose la comitiva al campo santo de la Puerta de Fuencarral. Era una tarde de Febrero que unía su tristeza á las tristezas de los espíritus. El gran satírico, más temido que amado en vida, parecía haber dado á sus propios enemigos, destruyéndose, una terrible reparación; el duelo era universal, llorábanle cuantos habían penetrado en los rincones de su alma, para la amistad y el amor adornados y floridos;

lamentaban los demás su juventud y talento malogrados; dejaba en todos los labios sed de su amargura. Llegada que fué la comitiva al cementerio, el Sr. Roca de Togores, después marqués de Molins, pronunció ante el ataúd una oración fúnebre, nuevo motivo de dolor y de lágrimas. Iba el cortejo á dispersarse cuando un incidente inopinado le detuvo. Un joven desconocido, pálido, trémulo, de armoniosa voz, de mirada sublime, recitaba unos versos, y en ellos se difundían por aquél triste recinto la duda, el desconsuelo, la desesperación de Larra: universales sentimientos de aquella juventud y de aquella solemnidad. Esta composición era una blasfemia lanzada sobre la tumba de un suicida. Desde ese día Zorrilla fué poeta; desde ese día su melena larga, su tez pálida, su orgulloso desaliño no parecieron un ripio. Fué lo que ya era en realidad, un genio.

Bien pronto le admitieron en su amistad y le aposentaron en su corazón, Bretón, Ventura de la Vega, Gil y Zárate, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Escosura, Pacheco, Espronceda, Villalta, Mesonero Romanos y otras ilustraciones, lo cual le dió esa brillantez social de que se paga la juventud y que hace menos sensibles las inquietudes del

hambre. No tardó mucho tiempo, sin embargo, en abandonar la tertulia de Espronceda. Este Apolo del romanticismo se le presentaba grandioso en su hermosura; pero incomprendible. El romanticismo de Zorrilla era puramente un fuego del espíritu y el de Espronceda un verdadero temperamento; la duda filosófica era para el joven poeta un tema poético y para el autor de *El Diablo Mundo* una llaga del corazón. La mujer se le presentaba al uno como habitadora de un jardín, llena el halda de flores; el otro parecía no ver en ella sino una copa de barro, henchida del vino de los placeres. No podía comprender, Zorrilla, entonces, todo el dolor y por lo tanto, toda la poesía de aquél brillante cínico. La chismografía de la sociedad le hastiaba: le repugnaban las agitaciones políticas: su corazón virgen pedía luz, frescura, entusiasmos, ilusiones, algo más digno del espíritu y más sublime. No le veía en los demás y se encerró en su bohardilla á contemplar su alma y á alimentarse y hermosearse con ella. Niño por su inocencia, pareció un viejo por su conducta. Trabajaba sin cesar, martirizaba su inspiración. Su musa era bella sin duda, pero desmenada, descompuesta, desfallecida, muchas veces; incorrecta, siempre. musa, al fin, jornalera.

Tenía Zorrilla veinticuatro años por esta época y buscando siempre horizontes para la vida propuso á García Gutiérrez escribir una obra dramática en colaboración. Con *Juan Dándolo*, y en compañía tan excelente, dió comienzo á sus triunfos escénicos. García Gutiérrez era ya el aplaudido poeta de *El Trovador*. El aplauso que obtuvo *Juan Dándolo* decidió á Zorrilla por el teatro, que cultivó, entonces, con preferencia. Antes de considerar á Zorrilla como autor dramático, considerémosle como poeta lírico. Esta consideración es conveniente y también necesaria, pues sus dramas no son más que dilatadas poesías, poemas de trovador; leyendas.

Un crítico eminente, cuya autoridad respeto, ha dicho al escribir la biografía del duque de Rivas, que el autor del *Don Alvaro* había sido el último poeta español. Yo me permito reclamar este puesto para Zorrilla: en él concluye la dinastía de nuestros poetas nacionales. Si bien debe sus primeras inspiraciones al romanticismo francés, bien pronto su carne española y sus huesos españoles; los recuerdos de su infancia; la nostalgia de su hogar; la efusión de su fe religiosa y sus supersticiones; la austera sombra de su padre; los deslumbramientos que le pro-

dujeron las pasadas grandezas de la patria; su educación entre nobles; las comedias de capa y espada y los dramas de Calderón y Lope que representó de niño; el énfasis de su acento y de su estilo; su imaginación oriental; su vagabundez llena de aventuras de *Gil Blas* y desventuras de *Quijote*, todo le llevó no tan solo á ser poeta nacional sino á ser el poeta de la tradición. Entre *Don Alvaro* y *Don Juan Tenorio* que sintetizan perfectamente los caracteres poéticos del duque de Rivas y de Zorrilla, es sin duda, el *Don Alvaro* más bello, pero no más castizo. Sin propósito de afirmar esta indicación; haré luego algunas consideraciones, que pudieran confirmarla. Zorrilla es poeta español, nacional, tradicional, cristiano y católico. Mientras que el coro de poetas sin fe que presidía Espronceda, entonaba un canto á la humanidad que parecía un lamento, él visitaba las ruinas de las catedrales, de los monasterios, de los palacios, de las ciudades castellanas: y sentado sobre una rota columna, evocaba reyes, caballeros, togados, inquisidores, frailes, monjas, juglares, mágicos... al popular ignorante é inquieto, no para escarnecerlos, sino para coronarlos con luz de la inspiración cristiana, con la llama del fanatismo á veces.

Tiene de poeta contemporáneo lo que debe á su siglo: el lenguaje, la posesión de los tesoros de cinceladas palabras que los antiguos poetas le han legado; tiene de poeta universal las fórmulas concretas y vehementes del sentimiento; la intuición de los destinos de la humanidad; la elección instintiva de lo bello. Es tan castizo, que sus defectos son, como sus bellezas, españoles; la imaginación predomina en él sobre el sentimiento; la descripción sobre la acción; la gallardía sobre la naturalidad; la magnificencia sobre todas sus otras cualidades. Conmueve menos que admira; es más feliz en la pintura de la naturaleza que en la de los pensamientos; es más artista que pensador y más colorista que dibujante; más vario que profundo; pomposo en hojas y flores; siente mejor al hombre que á la mujer, y mejor que al hombre á Dios, Zorrilla no tiene sitio en la poética del siglo XIX, si no se le permite sentarse sobre el sepulcro de la poesía española. Ningún país, ninguna literatura le reconocería por suyo y sólo sería recibido con júbilo, donde ya lo fué otras veces, en otras Españas, en nuestro antiguo territorio americano.

En la colección de sus poesías las primeras son de escaso valor. El poeta busca su camino entre

las sombras. El pensamiento no encuentra su natural vestidura y se cubre con un traje zurcido de riquísimas telas y de harapos. Agítase el estilo en convulsivos estremecimientos, cortando su canto maravilloso con repetidas disonancias. Al rebelarse contra su padre parece haberse rebelado también contra Dios. Un escepticismo sin trascendencia sujeta su inspiración á la tierra y al siglo. Cuando vuelve los ojos hacia el pasado, sus palabras caen sordamente como piedras en un abismo. Así se retuerce buscando la fórmula poética que debe abrir los tesoros de que siente llena su imaginación. Un día por fin, exclama: *¡Bello es vivir, la vida es la armonía!* y al sonar esta divina frase la inspiración surge y le dice: *¡Héme aquí, poeta!* El raudal brota claro, armonioso, abundante... Ya no se verá la naturaleza recubierta por él de piedras falsas, de flores de trapo, de pensamientos artificiosos, de versos inflados, de imágenes monstruosas, de reminiscencias torpemente incrustadas: la creación será pintada por él con la misma luz del sol y los mismos colores de las flores; su voz será la del pájaro en el amor; la del trueno en las pasiones: su fecundidad, como la de la tierra, inagotable; su magnificencia paradisiaca. A partir de este momento

el que imitó tendrá imitadores; será el poeta de la aristocracia como del pueblo, y durante un siglo vivirán de la cadencia de sus versos, de la combinación más ó menos ingeniosa de sus imágenes, de la falsificación de su estilo, del saqueo en fin de su caudal poético, muchos que llamaremos también grandes poetas. Los que quieran pasar por originales tendrán ya que saquear á los extranjeros. Él fija, entonces, su destino: promete consagrarse á la patria en que nació y á la religión en que vive; tiene á mengua cantar á Hércules, á Leónidas, á Horacio Coclés, y á Julio César habiendo en nuestra historia un Cid, un Pedro Ansúrez, un García Paredes, un Hernán-Cortés... María llorando al pie de la cruz; las fastuosas ceremonias de la Iglesia Católica parecénle más dignas de un poeta que Venus y las fiestas de Baco. Su propósito era este; pero á decir verdad, y para ser español sobre todo, no fué el poeta de la religión, sino de las supersticiones. Lo prueban *Para verdades el tiempo*; *A buen Juez mejor testigo*; *Recuerdos de Valladolid*; *Las dos Rosas*; *El Capitán Montoya*; *Justicias del Rey Don Pedro*; *Una aventura de 1360*; *Margarita la Tornera*. Bastaría, para declararle por uno de los más grandes poetas nacionales la perfección á que levantó en estas *Leyendas* el metro genuinamente español: el romance. Es un romancista popular en el sentido de que recibiendo sus inspiraciones de la tradición y hasta sus giros vulgares los devuelve al pueblo enriquecidos por el arte: vigorizados por el estilo; aflagranados por la fantasía, con primorosos colores; más musicales y hasta más españoles. Todas las obras líricas y dramáticas de Zorrilla podrán ser olvidadas con el tiempo; pero sus romances serán eternas páginas de nuestra Biblia poética; del *Romancero*. No temen la crítica ni la comparación. Son narraciones del pasado, que serpean como la llama, se deslizan como el arroyo y susurran como el viento: música de palabras, fuegos artificiales de ideas á que responden otras músicas y otras ideas gemelas, en nuestra alma. Parece que este metro lleva en sí la generación de la sabiduría, pues cuando Zorrilla nos habla en romance todo lo intenta, todo lo dice, todo lo sabe... Una florecilla que nace y cuelga de un muro, la cazoleta de una espada, la pluma de un chambergo, la escarcela de un paje, el tapiz de un pórtico los dibuja, colora y detalla, con tal brío que parecen seres vivientes é importantísimos personajes de sus cuentos y dramas. Y cuando toca

en puntos más altos; desafíos, bodas, torneos, romerías, procesiones... ¡cómo parece dilatarse nuestra vida y gozar plenamente de los siglos por él descritos con tanta magnificencia! Zorrilla no es tan sólo nuestro último poeta; es el último trovador. La fe se extingue con él; el pueblo de sus romances muere.

Hablemos, ahora, del autor dramático. Es hablar también del poeta. Si debe atenderse al juicio de la posteridad con preferencia al de los autores y al de los críticos, Zorrilla es sólo autor de un drama: *Don Juan Tenorio* (1). *El*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEÓ BARCELONÉS

(1) Escribió después de *Juan Dándolo*, *Cada cual con su razón*, que representaron Bárbara Lamadrid, García Luna, Lombía y Alverá. Inmediatamente después llevó á la escena *Aventuras de una noche*, en que figura el Príncipe de Viana, en que tomaron parte la Bárbara y la Llorente. No tardó mucho tampoco en ser representada la primera parte de *El zapatero y el rey*, magistralmente interpretada por Luna, y que consolidó la reputación de autor dramático de que ya empezaba á disfrutar Zorrilla. La segunda parte se puso en escena por Carlos Latorre, Lombía, Norén, Mata y la Teodora. Es muy curiosa la relación que hace nuestro poeta de las intrigas de bastidores; las peripecias y vicisitudes porque pasaron los ensayos y representación de este drama, pueden tener de ellos conocimiento el lector, recorriendo las amenas páginas del libro escrito por Zorrilla con el título de *Recuerdos del tiempo viejo*. Un pormenor y un párrafo sin embargo: «Llevaba ya *El zapatero y el rey* treinta y tantas representaciones, que habían producido sobre 20.000 duros; estaban ya pagados hasta los espabi-

zapatero y el rey, *Traidor, inconfeso y martir*, no han sido vaciados en el molde de la belleza eterna; eternamente comprensible; digna de eterna admiración. Sobre *El Burlador de Sevilla* y la refundición *El convidado de piedra*, se propuso Zorrilla escribir un drama. En las interesantes y novelescas memorias que nos deja para ilustración de aquellos tiempos y de sus obras, encontramos noticias relativas á la confección del *Don Juan*, y el juicio crítico que á su mismo autor le merece. Zorrilla se comprometió á escribir el drama en veinte días; fiado sólo en su intuición de poeta y en su facultad de versificar. «Sin darme cuenta—dice—del arrojó á que me lanzaba, ni de la empresa que iba á cometer

ladores, y aún no le había ocurrido á la empresa que me debía seis meses de sueldo, y el precio del drama con que se había salvado. Siempre en España ha sido considerado el trabajo del ingenio como la hacienda del perdido y la túnica de Cristo, de la cual todo el mundo tiene derecho á hacer mangas y capirotes. Hasta que el viejo juez Valdeosera se presentó una noche á intervenir la entrada, no cayeron en la cuenta Salas y Lombía, de que no podíamos los poetas vivir del aire.» Siguen cronológicamente, *El eco del torrente*, *Los dos vireyes*, *El molino de Guadalajara*, *Un año y un día*, *Apoteosis de Calderón*, *Sancho García*, *El caballo del rey don Sancho*, *La mejor razón la espada*, *El puñal del godo*, *La oliva y el laurel*, *Sofronia*, *La creación y el diluvio*, *El rey loco*, *La reina y los favoritos*, *La copa de marfil*, *El alcalde Ronquillo*, *Don Juan Tenorio* (1844).

sin conocimiento alguno del mundo y del corazón humano; sin estudios sociales ni literarios para tratar tan vasto como peregrino argumento.» El resultado de esta audacia fué, sin embargo, tan glorioso, que no hay obra en nuestro teatro español, antiguo ni moderno, que le haya obtenido mayor. *Don Juan Tenorio* se representa en España todos los años por todas las compañías de verso; sus representaciones duran quince días, con otros tantos llenos, como si se ofreciese al público la más interesante novedad; no hay español de alguna ilustración que no le haya visto ó leído; no hay español ni americano que no conozca este nombre, y este tipo, y por ellos al poeta. Treinta y siete años de continuo aplauso le forman magnífica ovación. Ni se adivina el término de las admiraciones, pues cada año se extiende con el número de teatros. Hasta la infancia le aprende ante los tinglados donde le representan muñecos de palo. Ha venido á ser un drama conmemorativo, nacional, universal. ¡Extraño conjunto de elementos sociales, literarios y religiosos; que no todos los espectadores comprenden, pero que todos admiran y aplauden! *Don Juan Tenorio* ha matado las demás obras de Zorrilla, y en vano ha sido que éste haya pretendido luego

sobrepasarla. Toda su vida se ha consumido en inútiles esfuerzos; diríase que vació sobre los moldes de Don Juan Tenorio y de Doña Inés, su corazón y su cerebro. El pueblo, que no debo decir el público, dijo al poeta: *¡No irás más allá!...* Y el poeta se detuvo allí, sentido, airado, protestando de su mismo triunfo, despreciando las ovaciones y á las multitudes que se las tributaban, increpándose á sí propio, pidiendo en nombre de la misma literatura y de su propia gloria la demolición de esa estatua; señalando al elogio otras producciones suyas por mejores. La opinión le deja retorcerse con desesperación, y simboliza su genio con este nombre legendario: *Don Juan Tenorio*.

Don Juan Tenorio es una leyenda dramática. El apasionamiento del público por ella está justificado por el mismo poeta, pues ese mismo tipo aparece en casi todas sus narraciones poéticas, y principalmente en *El capitán Montoya* y en *Margarita la Tornera*. No ha debido, pues, admirarse Zorrilla de haber hecho sentir al pueblo lo que también llenaba su corazón. Dadas sus condiciones de artista, la superioridad estaba en saber elegir. Al fijarse en *El Burlador de Sevilla* encontró, no sólo un tema digno de su poesía, sino el tipo más ca-

racterístico de la nacionalidad española. Sin apreciar las razones por qué Don Juan representaba nuestro carácter, él oía latir bajo su justillo de terciopelo el corazón de España; el corazón del romanticismo nacional, su propio corazón. Al restaurar, pues, la antigua figura, nada necesitaba para conmover; y para deslumbrar, y obtener aplauso, le bastaba enriquecerla con su maravillosa fantasía. Busquemos los orígenes de este tipo en la sociedad española, de la cual directamente sin duda la entresacó su primer poeta Tirso de Molina: esta investigación podrá explicarnos su éxito.

Terminada la Reconquista, establecida la Inquisición, sacrificados los comuneros, el pueblo quedaba inactivo, el pensamiento sin horizontes, el despotismo afirmado. Habíase acostumbrado el pueblo á la idea de que sólo era nobleza digna de estimación la de las armas. A ella debía la posesión de la patria, y esta creencia había debido arraigar necesariamente en su corazón durante siglos, en los cuales sólo el valor, la audacia, la temeridad, merecían alabanza y recompensa. El libro manuscrito y encerrado en la biblioteca de algún gran señor, en la celda de un monje ó en el laboratorio de algún alquimista, sospechoso de magia, era

un goce particular y peligroso; las prensas no podían difundir sino el espíritu del catolicismo extremado por las caprichosas exageraciones de cien comentadores fanáticos, historiadores de todo milagro y superstición. Ser buen cristiano y ser valiente eran las dos virtudes y las dos obligaciones del caballero; ser buen cristiano, la del villano. Dispensábasele á éste del valor por considerársele don providencial, superior á su categoría. Ociosidad, ignorancia, supersticiones: hé aquí el legado de los grandes reinados de Isabel y Carlos V. Los hidalgos vivieron sedentariamente vistiendo con orgullo los harapos de la miseria, se esparcieron por Europa y por América, buscando en nuevas guerras nuevos honores, ó pidieron la paz del cuerpo y del espíritu á los conventos. El pueblo se entregó con más tranquilidad al cultivo de los campos y á la satisfacción de la pereza; pero, conservando aún respeto á los antiguos ideales, entretuvo la ociosidad con la narración de antiguas hazañas, de sus héroes muertos, que poetizó en sus consejas. Considerándose digno de ser despreciado, despreciándose á sí mismo; juzgando el despotismo como único gobierno humano y política de Dios, la dureza de los impuestos, el orgullo de los nobles, la injusticia de la justicia, un des-

tello de luz divina que siempre fulgura desde algún recóndito seno de la conciencia hasta en el hombre más embrutecido, le hacían acoger con júbilo cualquier agresión contra los principios sociales. Sin deseos de reivindicar una libertad cuya memoria no guardaba, deslumbrábale la perspectiva de un ennoblecimiento posible, nunca negado al villano por las armas, ya fueran empleadas éstas en ayuda del rey, ya contra sus poderes y leyes. El valor y la fuerza eran siempre su admiración, y no dejaban de serlo, antes le causaban oculto placer, empleados contra los gobiernos: sabía que para llegar á ser noble, tan bueno era como ser soldado ser bandido. Con frecuencia eran llevados á la milicia y á sus más altos puestos insignes bandoleros, que habían fatigado alguna comarca con sus partidas, dando así, la autoridad, pública y escandalosa sanción á sus crímenes. Y si los poderes políticos relajaban la moral, tampoco la religión procuraba sustentarla. Los conventos y las ermitas llenos estaban de bandidos jubilados en reputación de santidad; no había ladrón ni asesino que no se preparase á sus rapiñas y á sus muertes con oraciones, y que no tuviese acotado un sitio en el Paraíso, al lado del santo de su devoción, ó junto al coro de án-

geles de la Virgen María. No podía faltarle mientras llevase al pecho un escapulario y tuviese intención de arrepentirse. Saber evitar el castigo en la tierra; tener un abogado en el cielo, hé aquí la moral y la religión del pueblo español en la época de su mayor imperio. Adviértase que la pasión del pueblo por los grandes bandidos reconocía también la misma causa de su veneración á la nobleza; ésta y aquéllos se burlaban y se imponían á lo que él temía y detestaba más: á los alguaciles, á los jueces, á la justicia. Bajo el reinado de Felipe II crecieron su ignorancia, su envilecimiento y su fanatismo, y con ellos su respeto á la fuerza, su extravío moral y su afición á lo maravilloso. En tales momentos históricos, hombres como Don Juan Tenorio que representaban todos los cultos, todas las pasiones, todos los errores del pueblo debieron existir y ser populares y de su historia ó de sus historias debió formarse una leyenda que dramatizó, por fin, un fraile poeta. Llámese Don Juan de Mañara, Don Juan Tenorio, el capitán Montoya ó Don Juan de Alarcón como el raptor de *Margarita la Tornera*, es la juventud española de muchos siglos: nació del orgullo y de la hermosura, se crió á los pechos de la ignorancia, rompió la ley con la fuerza, buscó furiosamente el pla-

cer, dudó de Dios, se arrepintió al morir y está en la Gloria. Todavía hoy si nuestra razón le condena, nuestro corazón y nuestra fantasía le encuentran hermoso. El día en que esa realidad histórica produzca repugnancia en nuestro pueblo, cualquiera que sea su ropaje poético; el día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacíos los teatros, España habrá llegado á su completa civilización; pero no será España.

Duran los efectos y permanece pues, el encanto; es hoy, seguramente mayor que nunca; siéntese la realidad del personaje y tiene sin embargo, prestigio y misterio de tradición. Críticos distinguidos han dado la preferencia al drama de Tirso sobre los demás escritos con el mismo asunto, por su claridad, unidad y sencillez. Su elección es acertada filosóficamente, y juzgando sólo en esos dramas la figura de Don Juan. Pero las creaciones teatrales, como los hombres de sociedad, sólo pueden presentarse con el traje del día. Une el *Don Juan* de Zorrilla á la novedad de su traje, la luz poética que refleja en él Doña Inés, verdadera creación; y vigoroso contraste de Tenorio. Es la Margarita de este Fausto meridional, y si no arranca uno á uno los pétalos de una flor para saber si es ó no es querida,

pasa y repasa entre sus dedos las cuentas de su rosario, una por Don Juan y otra por Dios. Es la encarnación de la mujer española. Por esto el drama de Zorrilla es original sin haber perdido el prestigio de su nacionalidad; por esto lleva un sello de indestructible permanencia; por esto aunque su obra sea desordenada en conjunto, contradictoria en el carácter de Don Juan, incorrecta en su versificación, monstruosa muchas veces, es la que vive, la que conmueve, la que se representa.

¡Magnífica leyenda en verdad! En ella aparece con brillantísimo color el hombre del Mediodía, orgulloso, ignorante y brutal. Necesita amar y necesita creer. Poco le importa si lo que ama es digno de amor; basta que conmueva su corazón y recree sus ojos; ni en cual superstición ponga su fe; basta que sea maravillosa. Sus pasiones buscarán el placer hasta en el crimen: no ha de faltarle el perdón en su última hora. Cuanto más espantable sea el delito le atraerá con mayor fascinación: matando gozará su crueldad; profanando la casa de Dios se deleitará en el sacrilegio. Sólo falta que la organización política favorezca también los extravíos de sus pasiones. Don Juan pudo arrojarse á todo; era noble y rico sobre valiente y hermoso. Don

Juan es la más espléndida personificación del vicio, y Zorrilla nos le presenta como un sátiro engalanado de flores y piedras preciosas. Es un demonio que se ha propuesto robar ángeles al cielo, aunque él no cree, por de pronto, ni en el cielo ni en el infierno. El amor mismo no ha sido hasta ahora en él más que un beso dado sobre las rosas de un jardín para marchitarlas... Es hermoso, es noble, rico, audaz, ¿qué más digna misión puede proponerse que divinizar el vicio? ¿Qué necesita para el logro de su propósito? Una espada para matar. El la ciñe. No pongáis los ojos en sus amores, ni la palabra en su honra, ni contra su carta en el juego, ni en duda su palabra, ni le rocéis con el codo al pasar el callejón, ni seáis tan necio que os pongáis delante de su paso y de su capricho. ¿Qué necesita á más de su hoja toledana? Oro, mucho oro, para apilarlo en las mesas de sus festines y hacerlo rodar sobre los manteles al extender borracho, sobre ellos, sus largas botas de retorcidas espuelas: oro, que arrojar en saquillos sobre los mostradores de los mercaderes á cambio de los terciopelos y rasos de sus justillos y tabardos, de los encajes de sus golgas, de las plumas de sus sombreros, de los diamantes de sus hebillas y del puño de sus espadas.

Valor, riqueza, hermosura, desprecio del mundo, de los hombres y de Dios, ¿qué más se necesita para ser tirano? Pero tiene irregularidades en su proceder que son grandes, como fuera de la conducta universal: hasta hace una buena acción si hay peligro y no hay provecho en hacerla. La difamación, el escándalo, la muerte, van con él; pero va también con él el corazón de las mujeres. Es el vicio en su más deslumbrador florecimiento, y ellas van á posarse en su cáliz plegando sus alas de purísimos colores. Pero ha llegado un día solemne para los cortesanos de su valor y su fortuna. Sevilla le recibe con nuevas admiraciones, y le rodea en la hostería de Buttarelli, para escuchar de sus propios labios la recapitulación de un año de desafueros contra los desafueros del mismo año, que recapitula también D. Luis Megía. ¡Treinta y dos muertes! ¡Setenta y dos mujeres burladas!... No es para admirarse según su cuenta: ¡Las enamora en un día, las consigue en otro, las abandona al siguiente, las sustituye en dos y las olvida en una hora!... Sin embargo, está para casarse con Doña Inés de Ulloa; boda hecha por los padres, que sólo miran los intereses. Presencian la escena de la hostería, y dan por roto el compromiso. Don

Juan no se casará con Doña Inés; pero jura seducirla y robarla. Entra en el convento y la roba, trasladándola á una quinta, orillas del Guadalquivir. Entonces aparece transformado. El leon se ha 'dejado vencer por la dulzura, la timidez y la inocencia de la gacela. Todavía puede reconciliarse con la sociedad y con Dios. Todavía puede ser dichoso sin ser criminal. Ha entrevisto en la tierra un oasis donde se ama con el amor sereno, puro y eterno de los ángeles. ¡Redención por el amor de Doña Inés!... Vedla, cuán bella, cuán adorable. Si al tocarla él se ha estremecido de admiración y de ternura, ¿quién no la admirará, quién no la amará como él? ¡Pobre avecilla encerrada en una celda casi desde el nacer, por un padre austero que lleva su corazón enterrado bajo la cruz de una encomienda! Es cándida, es amorosa, es ignorante, es buena. Las voces del placer se estrellan contra las tapias de su convento, y ella no las entiende: ha nacido en la jaula, y sus alambres son el término del mundo. Escucha con simpatía las descripciones del vivir tranquilo de la virtud que la pinta la abadesa, y piensa que un hogar es un convento, y que dentro y fuera sólo se vive para rezar. Si le hablan alguna vez de los hombres, le dicen que no han nacido para ser queridos por ser amantes, sino para ser obedecidos como esposos. De todas maneras, monja ó dama, si no se olvida de sus oraciones diarias, si respeta á sus padres, si confiesa y comulga, será dichosa. Pero esta leyenda del Mediodía tiene también un Mefistófeles; la dueña. No le trae una caja con joyas, le trae un horario, y entre sus hojas una carta de Don Juan. Al tocarla siente ella un fuego que anima su sangre y la devora. Por ser linda, por ser ignorante, por ser noble, una mujer no deja de ser mujer. El espíritu no ve si no le educan, pero la carne siempre es carne. Sombras turban su cerebro; ráfagas brillantes pasan delante de sus ojos; inquietudes misteriosas la conmueven; su corazón precipita sus latidos; el pensamiento lleno de recuerdos y de esperanzas se pierde para Dios y sólo ve á Don Juan Tenorio. Le vió y le amó, le oyó y se entregó á él. Le habían dicho que era el hombre destinado para ser su esposo: disculpa fué que pudo invocar su pasión al entregarse. Mas no hubo lucha entre su virtud y su amor. Su alma estaba llena, y con un beso de Don Juan se desbordó. Así debió aparecer la creación cuando Dios dijo: ¡hágase la luz! y la luz fué hecha. Tanta ingenuidad, tanta pasión, tanta pureza en la falta,

conmovieron al fin las entrañas de Luzbel, y amó también. Se arrodilló ante el Comendador é imploró al cielo. ¿Quién puede creer en la mansedumbre del lobo? No escuchéis sus gemidos. ¡Llamad á vuestros mastines, acorraladle, matadle!... Pero Don Juan no debe morir aún. Mata al Comendador, mata á Megía, y se arroja al Guadalquivir, blasfemando.—*¡Justicia por Doña Inés!*—claman todos. Y ella contesta:—*¡Pero no contra él!*— ¡Pobre corderilla, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado, tú te alzarás por fin al cielo, llevando en tus brazos el cuerpo sangriento de tu Don Juan! Todo esto que es sublime, sentido por el corazón, es absurdo, es repugnante para la serenidad de la filosofía, y para la religión de un Dios justo. Pero el arte ha sido siempre irrespetuoso con la moral: acepta el ejemplo de la naturaleza, que suele encerrar almas deformes en carne hermosa. El arte no es un juez; su misión es ganar dominios para la belleza: es un conquistador.

Ningún crítico ha sido ni podrá ser tan cruel con este drama como Zorrilla. Ha escrito cuanto la pasión podría inventar contra él. Hacina defectos sobre defectos; dice que los actores representan mal su drama porque es irrepresenta-

ble; ha estampado, lleno de confusión, vergüenza y dolor, estas líneas: «Y si hay alguno que me envidia el ser autor de *Don Juan Tenorio*; ¡ojalá pudiera traspasárselo, para que gozara en mi lugar las consecuencias de haberlo escrito!» Y ha hecho más todavía: ha transformado el drama en zarzuela. Su protesta no será oída. *Don Juan Tenorio* es la más importante de sus poesías, la más grandiosa de sus leyendas y encierra toda su personalidad poética. Sus caracteres son nacionales aún. Cualquier español se cree capaz de ser un Tenorio. Cualquiera dama una Doña Inés.

La decadencia, en el gusto popular, de esta obra, vendrá con los siglos y marcará un progreso en nuestra moral y nuestra religión; pero ya lo he dicho, todavía entónces será un importantísimo documento arqueológico del sentimiento de nuestra raza. Por eso he detenido en esta obra con mayor espacio y respeto mi consideración. Sigo el ejemplo que me dan dos generaciones.

El último drama de Zorrilla fué *Traidor, inconfeso y mártir*; el único de que su autor se declara satisfecho: elogiado justamente por los críticos, que aplaudió el público repetidamente, ya cuando fué representado por Romea, ya cuan-

do lo fué también por Catalina; pero uno de los que el público actual más desconoce y el que cita como una obra maestra, por costumbre, bajo la responsabilidad de los sabios. Zorrilla tenía escritas ya veinte obras dramáticas, todas aplaudidas, ocho tomos de versos, que habían merecido la reimpresión y tres de los *Cantos del Trovador*, que guardan muchas incomparables leyendas. Había llegado á una gran reputación por un camino fácil para él y que recorrió precipitadamente. Contento del público no lo estaba de sí propio todavía. Sin duda las comedias y dramas de otros autores contemporáneos más discretos, más tímidos, más clásicos en la construcción y en la forma reunían condiciones que envidiaba. Buscaba la completación y perfeccionamiento de sus facultades. La circunstancia de escribir este drama para Julián Romea, cuyo talento artístico era de índole tan opuesta al de Carlos Latorre, debía llevarle á dar mayor solidez á su nueva obra: los arranques fogosos de Latorre podrían cubrir los vacíos que dejaría descubiertos la minuciosa, sencilla y verídica declamación de nuestro gran comediante.

Estudiando Zorrilla la causa del pastelero de Madrigal, comprendió que este personaje podía ser alta-

mente dramático si le fundía con el rey D. Sebastian. He dicho que *Traidor, inconfeso y mártir* es el drama que prefiere Zorrilla entre todos los suyos: en sus Memorias así lo manifiesta... Difícil es para un crítico juzgar composiciones escénicas que no ha visto representar. Las obras teatrales, como las decoraciones, son de efecto. El ejemplar le dice al lector que una obra es censurable; ese mismo lector, sin embargo, si la viera tomar vida sobre las tablas, aplaudiría. ¡El alma no se encuentra en la autopsia! Los que no hemos podido ver las representaciones de este drama, no gozamos, pues, de la plenitud de su belleza, y nos contentamos con reconstruirle imaginativamente; trabajo intelectual que da tantos caracteres y dramas, cuantos son los lectores. Queda íntegro, es verdad, el placer literario. Pero este drama, el más perfecto del autor por su estructura, fué escrito pensando en los determinados actores que habían de darle realce y color. En él, por otra parte, ha renunciado Zorrilla á su impetuosidad poética: hay lógica y proporción, hay progresión, hay sencillez; está mejor confeccionado que sus dramas anteriores; la versificación es más lenta; el estilo menos hinchado; hasta hay afectación de prosaismo en el diálogo...

Circunstancias son estas de realce mayor en las tablas que en la lectura. Se ve que no quiso dejarse dominar por su temperamento poético, sino dominarle. Cansado de oirse llamar genio, aspiró á no ser más que hombre de talento. Aunque la figura de Gabriel no hable tanto como D. Juan Tenorio al sentimiento popular, resulta hermosa; tiene relieve, poesía, dignidad, misterio. Como rey entra Gabriel en la hostería; como rey sube al cadalso. Aurora, Santillana, César, son personajes que ofrecen vigorosos contrastes, sobrado fuertes quizás. Debió causar esta obra singular extrañeza en el público: el desorden florido, los extravíos afortunados del autor de *Don Juan Tenorio*, habían sido reemplazados por una labor reflexiva y clásica.—«¡Qué éxito el del Pastelero—exclama su autor, dichoso al fin por haber encontrado algo que elogiarse—mi drama se hizo en todas las provincias, en todas las Américas, y aún hoy es de repertorio en todas las provincias, menos en Madrid!» Desde la representación de *Traidor, inconfeso y mártir*, Zorrilla dejó de escribir para el teatro.

Algún tiempo después residió en Burdeos y París, y en una y otra ciudad trabajó en su poema *Granada*... Pesares y desventuras que

han de quedar ignoradas hasta su muerte, lleváronle á ocultar su tristeza y desesperación en América. Fué esto en 1855. En ella encontró hospitalidad cariñosa: allí vivió entre aplauso interminable, y allí también *Don Juan Tenorio* abrumó todas sus otras creaciones con su valentía y pompa. Once años le poseyeron los antiguos dominios españoles, ya huésped en el palacio de algún potentado, ya en las soledades y en las chozas indias; dichoso más que nunca cuando sin libros ni papel, sin pluma ni tinta, creyéndose olvidado de todos, conseguía también olvidarse de sí mismo. Volvió en 1866; y su llegada á Madrid fué un relámpago glorioso, algo como apoteosis... Mas ¡ay! si el poeta vivía, su época no. De su poesía habían nacido otros poetas; de las literaturas extranjeras había traído la moda otras formas; los versificadores mecánicos habían rehabilitado la prosa... ¡Su alma poética se había difundido universalmente como un perfume; pero sin que nadie se acordase ya de dónde ese aroma venía!... ¡Si al volver á su patria soñó con la gratitud de su siglo, tristemente despertó de su sueño!... ¡Pobres poetas! El destino les arroja sobre la tierra diciéndoles: «¡Haced dichosos, pero sed desdichados!»

Los artículos publicados por Zo-

rrilla en estos años últimos, exponen clarísimamente la situación actual del poeta, y autorizan consideraciones que de otro modo excusaría. Muchas veces, sonriendo con sarcasmo, ha trazado Zorrilla la perspectiva de su porvenir: el hospital ó el manicomio... Produjo sus más famosas obras cuando no existía la ley de propiedad literaria; vendió por un pedazo de pan *Don Juan Tenorio*, que ha producido y produce millones: ha enriquecido á editores, libreros y empresas teatrales de las dos Españas; pero él nada tiene sino el aplauso. En 1871 acudió al Ministro de Estado, Don Cristino Martos, solicitando su protección para emprender la *Leyenda del Cid*, obra de largo aliento; el Ministro le dió una comisión de archivos y bibliotecas en Italia; pretexto para una pensión de treinta y seis mil reales al año. Pero esta pensión fué suprimida más tarde por otro Ministro, y si bien hubo de ser restablecida, se restableció con grande merma. La sociedad pide al genio dignidad exterior, un vestir decente; tiene por encanallamiento la miseria. El poeta, fatigado ya por la edad y por la desventuras, ha vuelto, pues, á luchar por la existencia. Los versos no dan dinero, y escribe en prosa. Ha publicado y publica en la prensa los recuerdos de su tiempo; girones de

su vida, con muchas lágrimas y muchas gotas de sangre y de hiel. Compréndese por esos artículos que el viejo poeta quisiera morir saludando con gallardo ademán la ingratitud de los hombres; pero le estremecen los desfallecimientos de la carne. El pasado le entristece, el presente le abruma, el porvenir le espanta... En los rincones de su tugurio y en las noches despiertas y largas, ve tal vez una sombra arrodillada delante de una lira rota, y esta sombra pide limosna con un cartel sobre el pecho que dice: *¡Este es el autor de Don Juan Tenorio!* —¿Cómo, preguntaréis, es posible que el autor de *Don Juan Tenorio* implore la caridad? —«Cosa es muy fácil de decir, pero muy difícil de comprender...» os contesta el poeta con amargura.

Hay poetas precursores que su tiempo no comprende, y que no puede honrar por lo tanto; delito es disculpable. Pero los hay que no van delante de una época, sino que nacen con ella en el momento en que las almas están dispuestas para recibirles, como flores que nacen á determinada temperatura y en tierra propia... De estos ha sido Zorrilla. Desde su primer canto, su tiempo le comprende, le aplaude y reconoce los beneficios que de él recibe... Que de él recibe, sí, porque todos leen sus versos, y leyén-

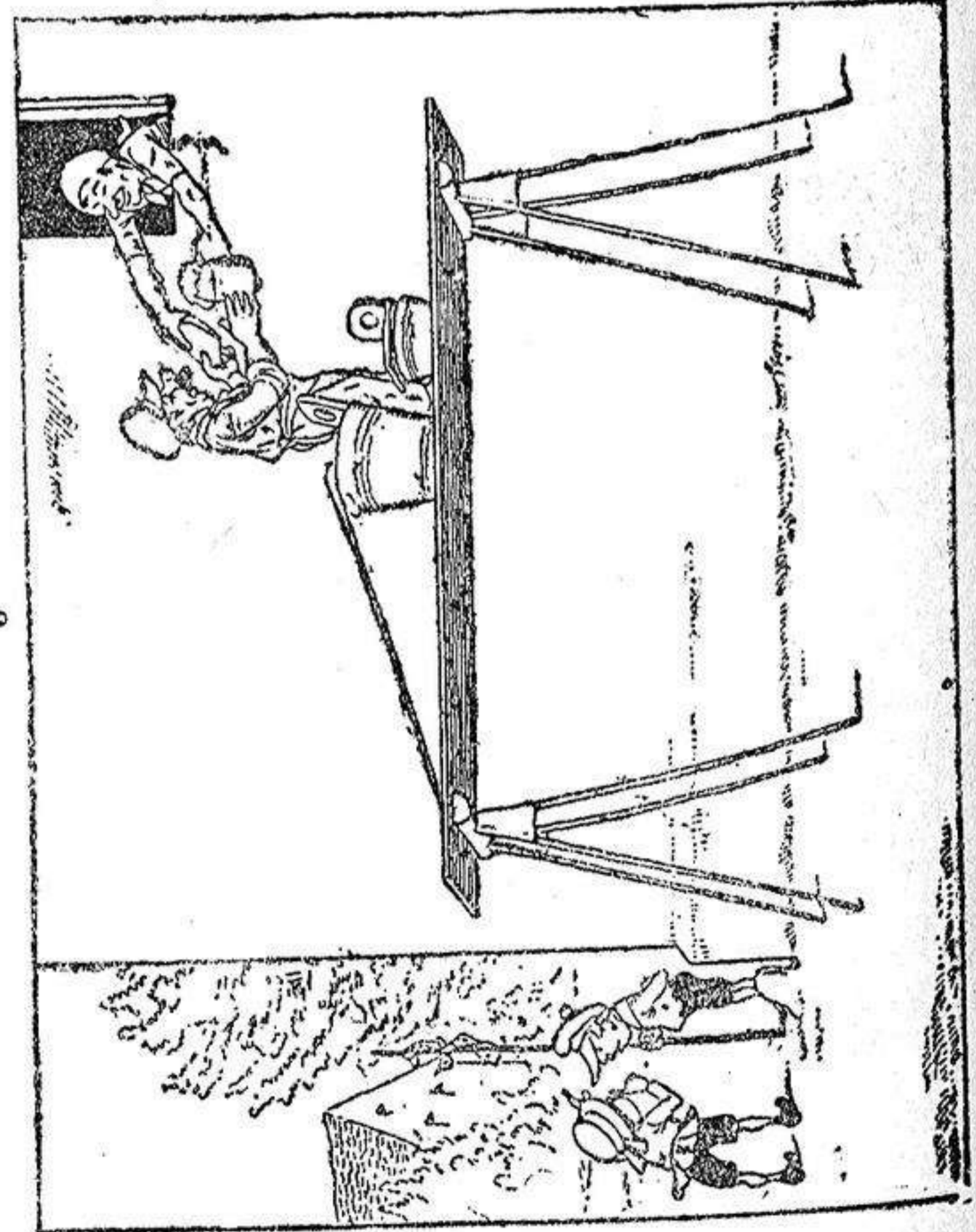
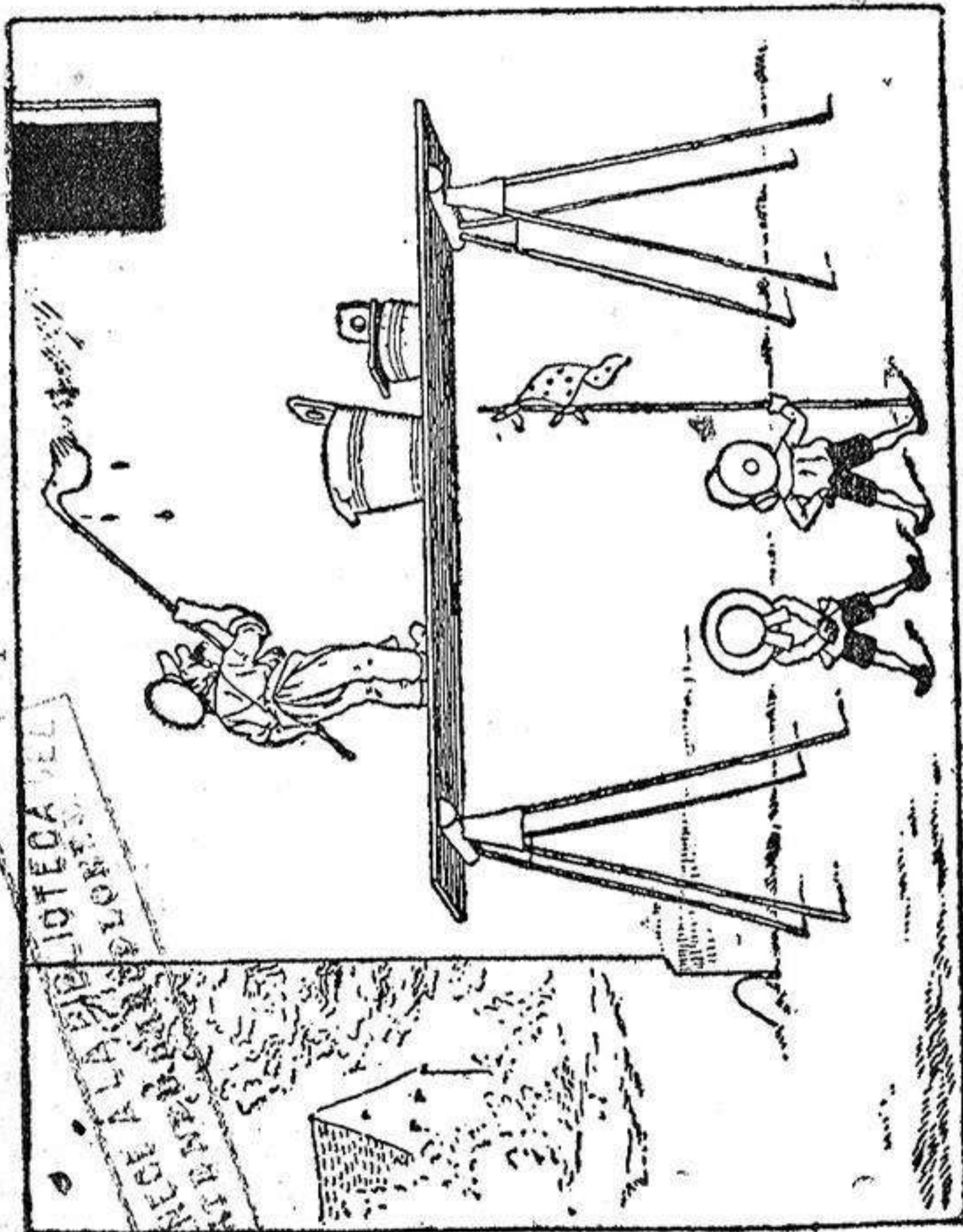
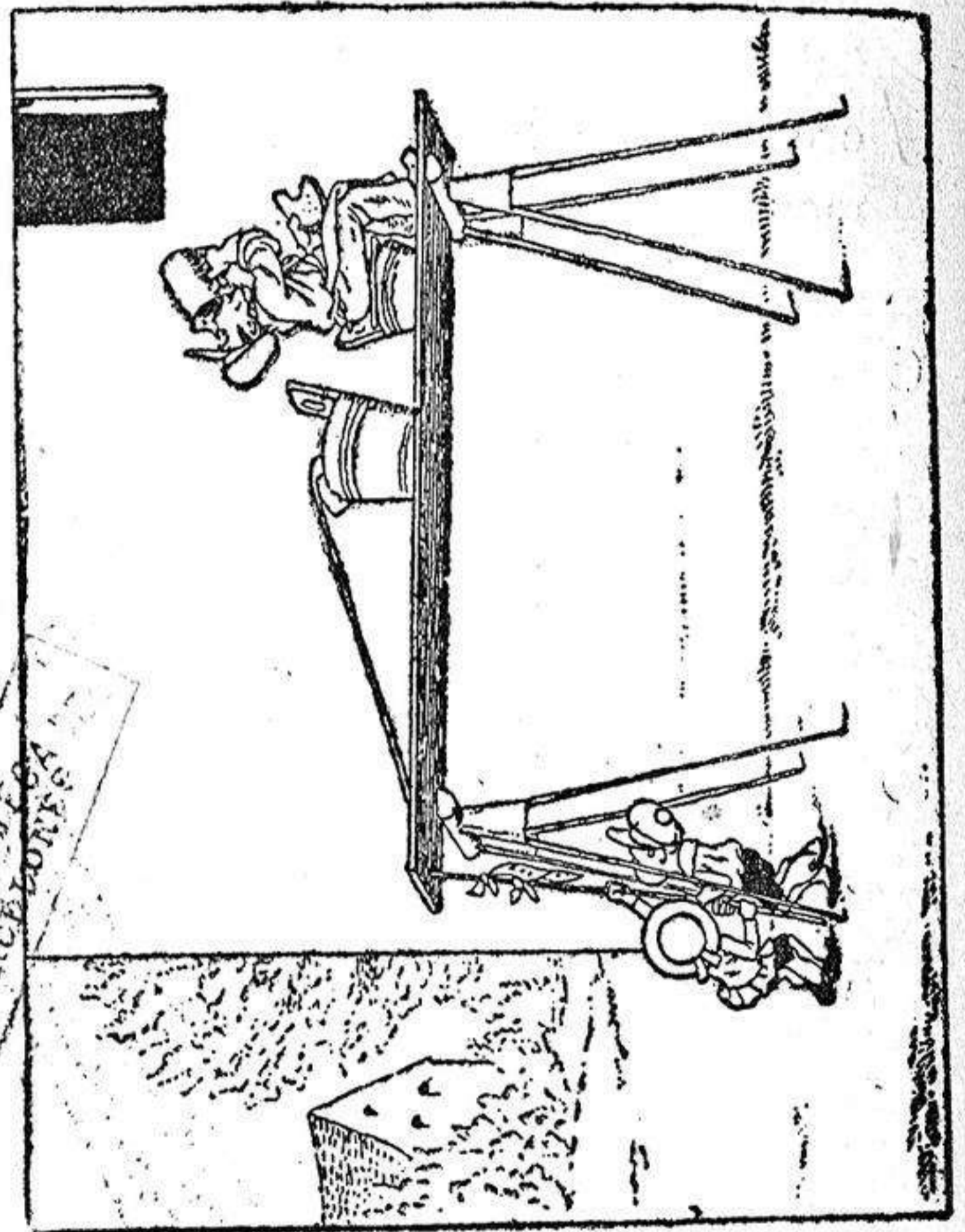
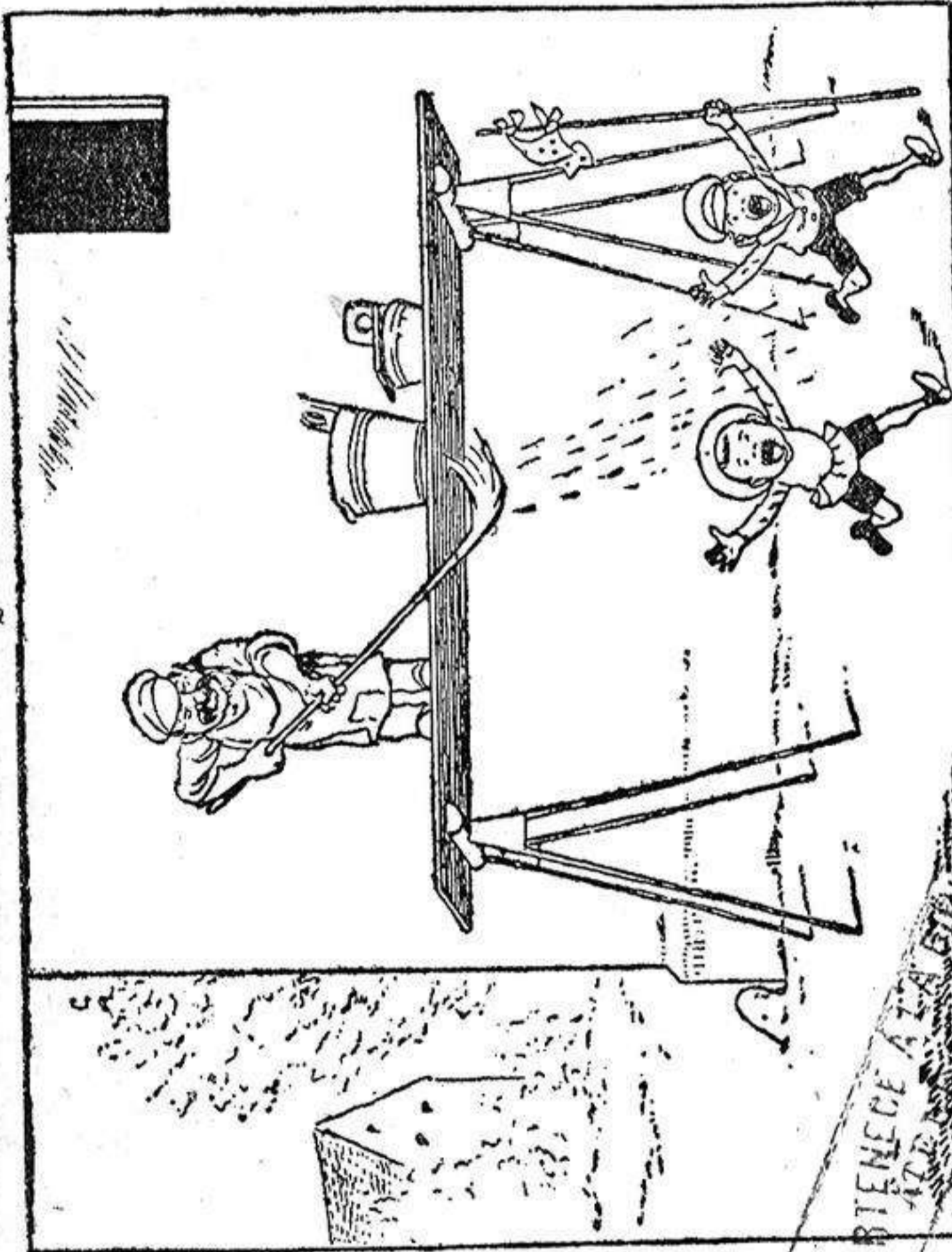
dolos aprenden á sentir y pensar; descubren encantos y bellezas en la creación de los cuales, deleitosamente gozan, y ascienden á regiones que juzgaban inexplorables para el pensamiento. Si creemos en el origen divino del hombre, es porque al leer las obras de los poetas las hemos creído propias de un dios; cuando las comprendemos nos creemos también grandes. ¡Los poetas son la patria, la historia, la humanidad! Esto son, pero... ¡mirad cómo viven y cómo mueren!... ¡Cruelmente les recompensamos! ¡Vergüenza es de los siglos que se llaman ilustrados, dejar morir á sus bienhechores en desesperación tan lastimosa! ¡Los bardos de la Edad Media eran acogidos, alimentados, recompensados con más generosidad! ¡Hoy negamos al poeta la vida,

y reservamos nuestro remordimiento para después de su muerte!...

Sí, morirá Zorrilla; y entonces será la universal lamentación; el embalsamar el cadáver; el formar en comitiva gobierno, aristocracia, particulares y pueblo; el plañir de las bandas militares; el retumbar del cañón; los discursos fúnebres; el enterrarle como si se enterrase á la misma Poesía; las exequias fastuosas; el erigirle un monumento; el cubrir de flores y coronas los escenarios en fechas memorables. Y entonces, será también el recordar el abandono en que le dejamos. ¡Vosotros lo sabéis, gobiernos, aristocracia, particulares y pueblo, y olvidáis al poeta! ¡Nada en la vida: todo en la muerte! ¡Hombre desdichado! ¡Dichoso cadáver!

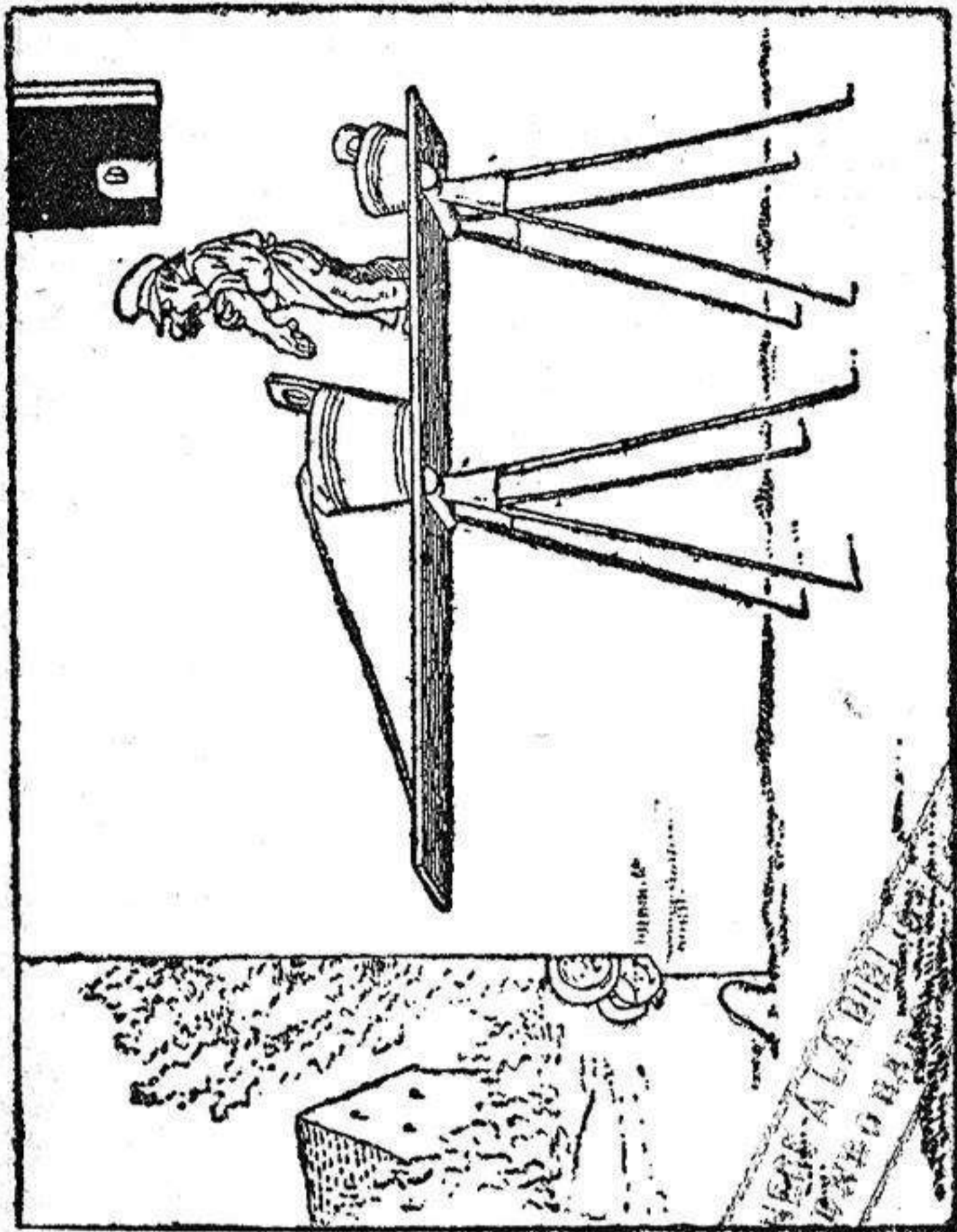
ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ.

CULPA Y CASTIGO (1)



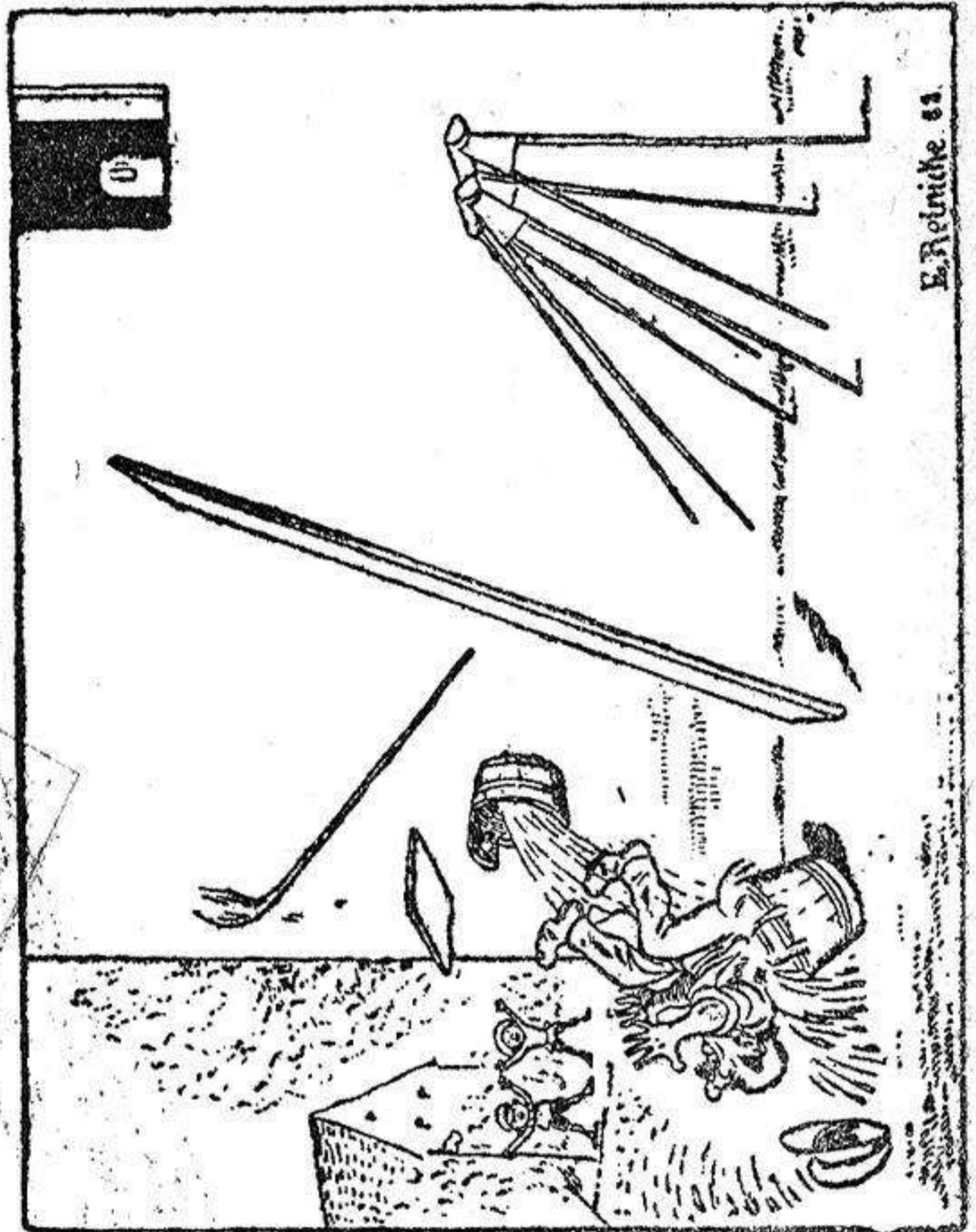
(1) La presente historia muda pertenece al volumen de *Novelas y Caprichos*, que como Almanaque de LA ESPAÑA MODERNA publicaremos en breve.

6



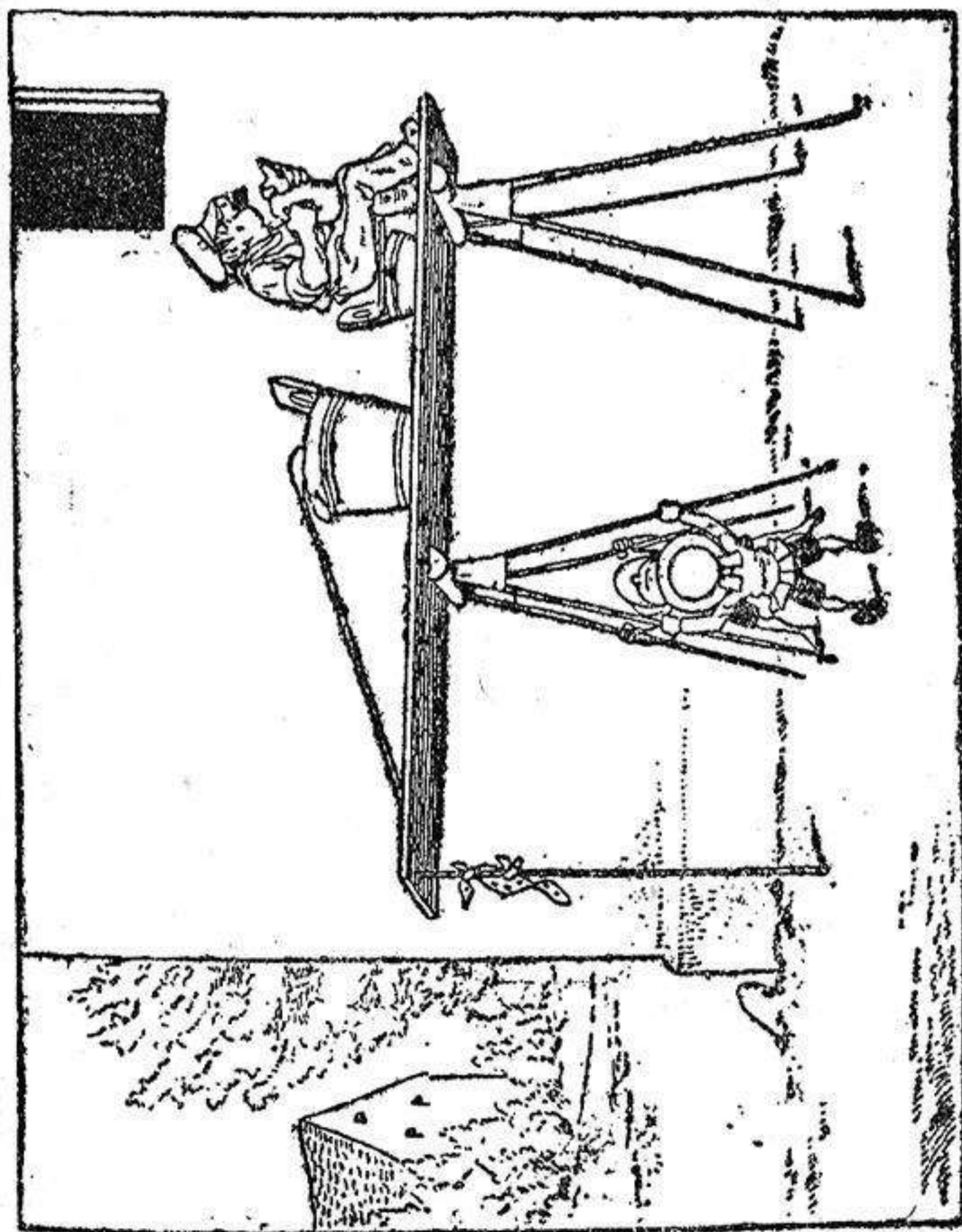
PERTENECE A LA BIBLIOTECA
 DE LA UNIVERSIDAD DE
 BUENOS AIRES

8

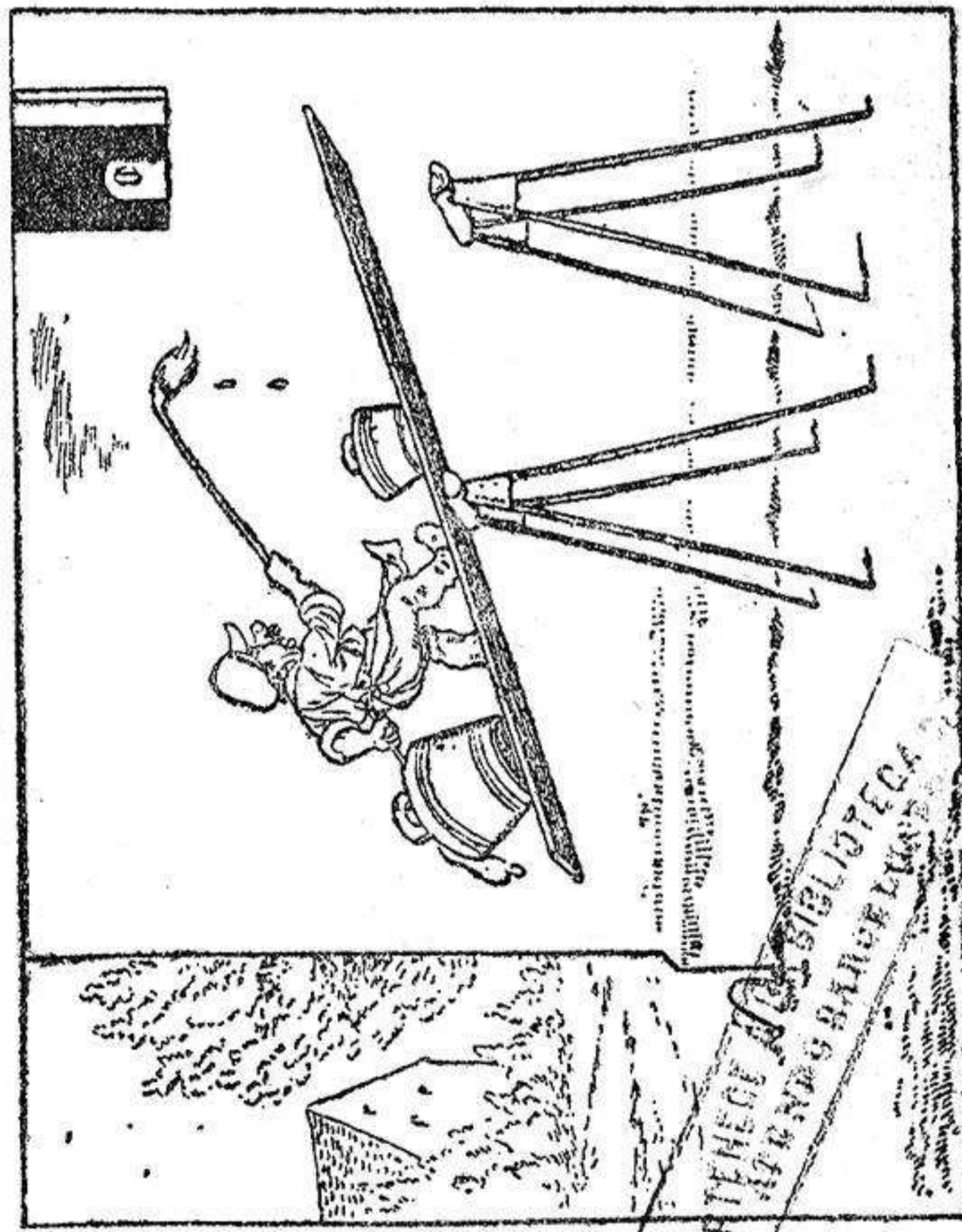


E. Reiche 69

5



7



PERTENECE A LA BIBLIOTECA
 DE LA UNIVERSIDAD DE
 BUENOS AIRES

EL BOOM-RANG

El boom-rang es una arma arrojada
Usada por los indios en Australia;
Lanzándola una vez, si no dá al blanco
Vuelve sobre la mano que la lanza,
Y suele suceder que muchas veces
Al mismo que la arroja hiere y mata.
Tal sucede también con la calumnia,
La más ruin y cobarde de las armas:
Si en el blanco no dá, sobre la frente
Del vil que la arrojó deja la mancha.

LUIS RODRÍGUEZ VELASCO.—(Chileno).

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

EXPERIENCIA

I

Por qué tienen espinas penetrantes
Las flores más hermosas?
¿Por qué la clara fuente arrastra sierpes
A través de las rocas?
¿Por qué aún la nieve de los Andes tiene
Manchas que la abochornan?
¿Por qué el amor más puro encierra, á veces,
¡Intenciones bien poco generosas?...
Yo quisiera decírtelo, y no puedo!
¿No es cierto que lo ignoras?
¡Ay! ¡ojalá que lo ignoraras siempre!...
¡Es tan horrible el fondo de las cosas!...

MIGUEL PLÁCIDO PEÑA.

EL INSECTO

POEMA EN PROSA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA UC.
ATENEO BARCELONÉS

Soñé que estábamos veinte personas en un cuarto muy grande y con las ventanas abiertas.

Entre nosotros había mujeres, niños y viejos. Hablábamos todos de un asunto muy vulgar, gritando y armando confusa algarabía.

De repente penetró en la habitación, produciendo un agrio chirrido, un insecto alado, de unas dos pulgadas de largo. Revoloteó algún tiempo y se posó en la pared.

El avechicho se parecía á una mosca y también á una avispa; tenía el corselete de un rojo sucio; del mismo color las alas planas y duras; las patas muy velludas y separadas y la cabeza gruesa y angulosa, eran de un tono encendido, como de sangre.

El bicho movía la cabeza sin pa-

rar de arriba abajo y de derecha á izquierda; de repente se despegaba de la pared, revoloteaba con estridente ruido, y vuelta á la pared y vuelta á sacudir la cabeza con repulsiva terquedad.

A todos nos causaba asco, miedo y terror; todos comentábamos su fea traza y todos gritábamos «á echarlo fuera». Todos sacudían el pañuelo pero á distancia respetuosa, porque nadie se atrevía á aproximarse; y cuando el horrible moscardón alzaba el vuelo, todos sin querer, retrocedían.

Sólo uno de nosotros, un joven pálido nos miraba con sorpresa, se encogía de hombros y sonreía. Era-le imposible darse cuenta de lo que pasaba ni explicarse nuestra agitación.

Sólo él no veía al insecto ni oía el pavoroso estridor de sus alas.

De repente el horrible moscardón clava en él los abultados ojos.... se despega del muro y posándose sobre la cabeza del joven le pica en la frente entre ambas cejas... El jo-

ven lanza un débil ¡ah! y cae exánime.

El feo avechucho salió volando y entonces comprendimos quien era. Era la muerte.

IVÁN TURGUENEF.

STENDHAL

I



Stendhal es seguramente el novelista menos leído, más admirado y más desautorizado de palabra. No se ha escrito sobre él nada definitivo, y es todavía algo legendario. Preocupadísimo por su talento y deseoso de estudiarle, he vacilado, sin embargo, mucho tiempo antes de emprender este trabajo, temiendo no hacer resaltar la figura del escritor á una luz límpida y clara. Pero el papel de Stendhal en nuestra literatura contemporánea es tan importante, que debo arriesgarme á ello, aun temiendo no dar toda la brillantez que quisiera á las obras complejas que han determinado con las de Balzac, la actual evolución naturalista.

Es preciso advertir que al mismo Stendhal, cuando vivía, le agradaba envolverse en el misterio. No era

uno de esos hombres bondadosos, de natural sencillo al estilo antiguo, que realizase su producción ante todo el mundo. Complicaba su trabajo con toda clase de razonamientos y sutilezas, dándose aires de diplomático que viaja de incógnito, y amante del placer solitario de burlarse del público.

Discurría pseudónimos é inventaba supercherías, cuya gracia él solo comprendía. Esto, como es natural, iba acompañado de un afectado desdén á la literatura. Nacido en 1783, hombre del siglo pasado, por sus aficiones mundanas y filosóficas, estaba asombrado de nuestra gran producción literaria, no creyendo que se pudiese vivir de la pluma, ni haciendo nada para lograrlo, y considerando la literatura como una distracción, como un recreo espiritual, pero no como

una profesión. Intentó sucesivamente dedicarse á la pintura, al comercio y á la administración; más tarde, después de haber seguido á nuestros ejércitos en la campaña de 1812, acabó por entrar en el cuerpo diplomático, pero se mantuvo en una situación modesta, pues fué durante mucho tiempo, y murió, de simple cónsul de Civitta-Vecchia. Sus contemporáneos nos le presentan más orgulloso de su cargo oficial que de su fama de escritor, y se cuenta que, cuando el Gobierno de Julio le condecoró, creyó que aquella cruz era una recompensa dada al cónsul, no al novelista. La actitud de Stendhal en cuanto escritor era la de un aficionado. Se distinguía, de esta suerte, de aquella turba de literatos con los dedos manchados de tinta, á la que tenía horror. Huía de lo reglamentario, mostraba hacia la retórica el desdén de Saint-Simon, y se ofrecía á sus propios ojos como el hombre de acción que siempre había soñado ser. Si hubiera de creérsele, sus libros es lo accidental en su existencia.

De esto nace lo que podría llamarse la leyenda de Stendhal. A pesar de lo que ha escrito sobre sí mismo, á pesar de lo que sus contemporáneos han podido referir el hombre en sí es muy poco conocido. Se desconfía, se teme conti-

nuamente una mixtificación hija de aquel espíritu incomprensible que parece querer siempre «enredar» al vulgo, como un diplomático «enredaría» á un rey cerca del cual desempeñase una embajada. Yo he leído todo lo que se ha publicado sobre Stendhal, y declaro no estar bien enterado. Sus contemporáneos, como Sainte-Beuve, de quien pronto hablaré, parece que le han juzgado superficialmente. El no se transparentaba mucho, pero tampoco se esforzaban en descubrirlo. Hoy esa tarea es aún más difícil. Bien sé que lo mejor es tomar las cosas sin malicia, no dejarse aturdir por todos esos inocentes engaños, y hacerse la cuenta de que, muy á menudo, las máquinas que tienen piezas más complicadas son las que ocultan el motor más sencillo; esto es, en suma, lo que voy á efectuar. Unicamente he querido hacer constar, desde luego, el estado de la cuestión, demostrando lo poco que á estas fechas se conoce de Stendhal, efecto de los disfraces y complicaciones en que se envolvía.

No nos resta más que buscarle en sus obras. Este es el medio más seguro de llegar á la verdad, porque las obras son testigos que nadie puede recusar. Sin embargo, es necesario indicar que las obras de Stendhal, hasta ahora, han aumentado la oscuridad acerca de él. Juz-

gadas con pasión y en opuestos sentidos, son combatidas ó aclamadas, sin que exista aún sobre ellas un juicio exacto que coloque definitivamente al autor en su puesto. He aquí una leyenda. En el mundo artístico se cita siempre esta frase de Stendhal: «Todas las mañanas leo una página del Código para tomar el tono;» y esto basta para que le execre el bando romántico, mientras que aplauden la frase los partidarios de la retórica naturalista. Esas palabras han podido ser dichas y aun escritas, pero no son suficientes para poner el sello á un escritor. Yo creo que el estudio del papel de Stendhal en el movimiento de 1830 aclarará mucho la historia de ese movimiento, porque Stendhal ha comenzado por apoyar al romanticismo, y no se ha separado de él hasta más tarde, cuando la locura lírica de los grandes poetas de la época triunfó definitivamente. Hoy existe el error de creer que Víctor Hugo ha creado el romanticismo presentándolo en todas sus manifestaciones como original suyo. Por el contrario, la verdad es que lo encontró formado, y que se limitó á conquistarlo con sus poderosas facultades de retórico; lo hizo suyo doblegándolo á su despotismo. Por eso se apartaron de él los talentos originales que no querían ser absorbi-

dos. Stendhal, que tenía veinte años más que Víctor Hugo, conservó las tradiciones de estilo del siglo *viii*, en oposición con el nuevo lenguaje, plagado de burlas para aquel caudal de epítetos que juzgaba inútiles para aquellos adornos bajo los cuales la antigua frase francesa perdía su limpieza y su vivacidad. Añadamos que la exageración de los sentimientos y los caracteres, la demencia y la sensiblería de las obras, le dañaban más aún. Le gustaba la evolución filosófica, la revolución en las ideas, pero su naturaleza rechazaba aquella insurrección carnavalesca que disfrazaba á los eternos griegos y á los eternos romanos en caballeros de la Edad Media. De aquí su expresión sobre el Código, que aún alborota á los artistas, y que ha quedado para mucha gente como la característica de su talento. Verdaderamente, el documento es muy fútil. Vuelvo á repetirlo, siempre nos encontramos con la leyenda.

Muy poco se ha escrito sobre Stendhal, sobre todo si se compara con la enorme cantidad de artículos y de libros que tenemos sobre Balzac. No conozco más que tres estudios consagrados á Stendhal que merezcan citarse: los de Balzac, Sainte-Beuve y M. Taine, y falta mucho para llegar á un acuerdo. Balzac y M. Taine se

muestran en pro, Sainte-Beuve en contra; yo añadiré que ninguno llega al fondo de la cuestión, y cada uno ve al novelista por un lado, sin colocarle en su puesto verdadero y en el papel que ha desempeñado. Después de leer los tres estudios se sigue inquieto, no se está completamente satisfecho y se comprende que se continúa desconociéndose á Stendhal.

El estudio de Balzac es un arranque de entusiasmo, en el que admira y elogia á su rival en términos apasionados, y cuya sinceridad no puede ponerse en duda porque se halla también en su correspondencia. El 29 de Marzo de 1839 escribía á Stendhal, después de haber leído el episodio de la batalla de Waterlloo en *El Constitucional*: «Es digno de Borgognone y Wouvermans, Salvador Rosa y Walter Scott.» Más tarde, después de haber leído el libro, el 6 de Abril, volvía á escribir: «*La Cartuja* es una hermosa obra; lo digo sin adulación ni envidia, porque soy incapaz de hacer otro tanto, y puede alabarse sin escrúpulos lo que no es de nuestro oficio. Yo hago un fresco y vos hacéis estatuas italianas completamente nuevas y originales... Habéis sabido pintar el alma de Italia.» Todo esto está dicho con buena fe y entusiasmo indudables, pero confieso que no entiendo lo de las estatuas

italianas en oposición al fresco; y por otra parte, Borgognone y Wouvermans, Salvador Rosa y Walter Scott, esa extraña ensalada de nombres, me sorprende y confunde. Yo creo que en la crítica hacen falta ideas claras. Balzac ha comprendido la inspiración de Stendhal y tratado de comunicarnos su admiración, sin separar la personalidad del novelista ni ocuparse de enseñarnos el mecanismo de aquel raro talento que funcionaba en la literatura francesa á principios de siglo.

Si pasamos á examinar á Sainte-Beuve, encontramos un estudio lleno de ingeniosas fases dando vueltas alrededor del tema, sin concretar nada, y dejando el mismo vacío. Sin embargo, Sainte-Beuve se abandonó en cierta ocasión, á propósito de Stendhal, hasta dejar escapar un juicio terminante, cosa que rara vez le ocurría. Dice en un artículo dedicado á M. Taine: «M. Taine nombra una vez á Stendhal, citándole en su obra *Los filósofos*, y calificándole con calorosísimas frases de elogio (*gran novelista, el mayor psicólogo del siglo.*) Si yo me atreviese á pedir á M. Taine más severidad en los juicios contemporáneos, diría que, habiendo conocido á Stendhal, habiéndole saboreado, y habiendo vuelto á leer ó intentado volver á leer muy re-

cientemente sus decantadas novelas (siempre incompletas y en resumidas cuentas detestables, á pesar de tener algunos trozos buenos), no puedo pasar por la admiración que hoy se profesa á aquel hombre de sagaz ingenio, astuto, agudo y picante, pero desaliñado, afectado y desprovisto de inventiva.» La palabra está dicha: las novelas de Stendhal son detestables.

Por otra parte, Sainte-Beuve declara que prefiere el *Viaje alrededor de mi cuarto*, de Javier de Maistre. Hay aquí, evidentemente, un choque de dos temperamentos distintos, y precisa recusar á Sainte-Beuve, que á pesar de su habitual fineza de análisis se inclina á una apreciación superficial. Stendhal es sin duda alguna desaliñado y aun afectado muchas veces; pero asegurar que sus novelas son detestables, sin aducir otras razones ni esforzarse en penetrar más á fondo, es aventurar una condena sin fundamento, dar, sencillamente, un juicio brutal, sin preocuparse de hacernos conocer los considerados. El estudio de Sainte-Beuve es la charla de un hombre instruido que se revela ante una naturaleza opuesta á la suya; no explicando nada, nada puede afirmar.

En M. Taine encontramos una absoluta admiración. Me consta que el estudio sobre Stendhal publicado

en 1866 en sus *Ensayos de crítica y de historia*, no es para él completo y terminante; hubiera querido retocarle y darle mayor extensión, porque le considera indigno de Stendhal. Pero tampoco aquí encontramos las razones concretas de su admiración. Empieza por las líneas siguientes: «Busco una palabra para expresar la clase de talento de Stendhal, y esta palabra, á mi modo de ver, es *talento superior*.» Partiendo de este principio y empleando su procedimiento sistemático, todo lo refiere á esa palabra, ó mejor dicho, hace derivar de ella todo cuanto encuentra en la personalidad de Stendhal. Me limitaré á hacer la siguiente cita. Después de haber dicho que Víctor Hugo es un pintor y Balzac un fisiólogo del mundo moral, añade: «En el mundo infinito el artista escoge su manera, y la de Stendhal no abarca más que los sentimientos, los rasgos del carácter, las vicisitudes de la pasión, en una palabra, la vida del alma.» Aquí está explicada la admiración de M. Taine. El filósofo que en él se encierra ha encontrado su novelista en el ideólogo Stendhal, como él mismo le llama, en el psicólogo y el lógico á que debemos *Rojo y negro* y *La Cartuja de Parma*.

Este será también mi punto de partida, pero no deduciré como

M. Taine, que «semejantes caracteres son los únicos que hoy merecen nuestro interés.» La fórmula literaria actual es más amplia, y aun colocando á Stendhal á la cabeza del movimiento, es necesario determinar estrictamente su acción, y no cerrar el camino detrás de él, como consecuencia de una simple manía de filósofos. Después de las exageradas alabanzas de Balzac, de la exaltada palabrería de Sainte-Beuve, y de la satisfacción filosófica de M. Taine, creo que es tiempo de procurar decir sobre Stendhal la verdad exacta, analizándole sin prejuicios de ningún género y concediéndole la parte que le corresponde en la época.

Cuando se publicaron las dos principales novelas de Stendhal *Rojo y negro* (1831) y *La Cartuja de Parma* (1838), no alcanzaron ningún éxito. El encomiástico estudio de Balzac no determinó á la masa del público á leerlas, y quedaron en manos de los literatos, siendo poco apreciadas. En 1850 se produjo una especie de reacción, asombrando á Sainte-Beuve que acabó por escandalizarse. Después M. Taine, sintetizando, sin duda, la opinión del grupo de amigos que había conocido en la Escuela Normal, echó á volar las palabras «gran novelista» y «el mayor psicólogo del siglo.» Desde entonces se hizo alarde de admi-

rar á Stendhal sin leer más ni juzgarle mejor, y de aquí el debate entre los artistas que le deprimen y los lógicos que le ensalzan.

Yo no estudiaré en él más que al novelista, y me circunscribiré á dos de sus novelas: *Rojo y negro* y *La Cartuja de Parma*, no ocupándome de sus numerosos cuentos, ni deteniéndome en su primera obra *Armance, escenas de un salón de París*, publicada en 1827.

II

Para facilitar mi análisis daré á conocer, primeramente, el talento de Stendhal, examinaré después sus obras y robusteceré mi juicio con ejemplos. Esto es trastocar el trabajo, porque voy á dar en primer término el resultado de las observaciones hechas repasando, pluma en mano, *Rojo y negro* y *La Cartuja de Parma*, pero creo que esta es la única manera de ser claro.

Stendhal es ante todo un psicólogo. M. Taine ha definido perfectamente su esfera, diciendo que se ocupaba únicamente de la vida del alma. Para Stendhal, el hombre no se compone más que de cerebro; los otros órganos no merecen contarse. Incluyo naturalmente, en el cere-

bro, la materia pensante y de acción, los sentimientos, las pasiones y los caracteres. No admite que las otras partes del cuerpo tengan influencia sobre tan noble órgano, ó por lo menos esta influencia no le parece bastante poderosa ni digna de ocuparse en ella. Además, rara vez tiene en cuenta el medio ambiente en que coloca á sus personajes. El mundo exterior no existe apenas; no se cuida de la casa en que su protagonista se ha formado, ni del horizonte en que ha vivido. Todo su sistema se reduce á estudiar el mecanismo del alma, por la curiosidad de ese mecanismo; un estudio puramente filosófico y moral del hombre, considerado nada más que en sus facultades intelectuales y pasionales, y colocado aparte en la naturaleza.

Esta es, no más, la concepción de los dos últimos siglos clásicos. No hay duda de que las primeras ideas sobre el hombre, los dogmas, han podido cambiar; pero nos encontramos aún frente á una metafísica que estudia el alma como una abstracción, sin detenerse á buscar la acción que las ruedas de la máquina humana, y la naturaleza entera ejercen sobre ella. Por eso M. Taine ha llegado á comparar á Stendhal con Racine. «Stendhal — dice—fué discípulo de los ideólogos,

amigo de M. Tracy, y estos maestros del análisis le han enseñado la ciencia del alma. Se elogia mucho en Racine el conocimiento de los movimientos del corazón, de sus contradicciones, de su locura; y no se repara en que la elocuencia y elegancia constantes, el arte de desarrollar, y la explicación razonada y minuciosa que cada personaje da de sus emociones, les quita algo de verdad. Stendhal no tiene este defecto, y el género que ha escogido le favorece para preservarse de él.» El paralelo puede sorprender á primera vista, pero es estrictamente justo. En el poeta trágico y en el novelista, el procedimiento es el mismo, pero empleado con retóricas diferentes. Repito que todo ello no es más que una pura psicología, separada de toda fisiología y de toda ciencia natural.

En todo psicólogo hay un ideólogo y un lógico. Hé aquí porqué triunfa Stendhal. Hay que verle partir de una idea, para ampliarla enseguida en todo un grupo de ellas, naciendo unas de otras, complicándose y desenredándose; nada más fino, más penetrante, ni más imprevisto que este continuo análisis, en el que su autor se complace, explorando á cada minuto el cerebro de su personaje para mostrar sus pliegues más pequeños. Nadie ha llegado á poseer en tan alto grado

la mecánica del alma. Cuando una idea aparece es como la rueda que va á dar impulso á todas las demás; en seguida nace otra idea á la derecha, otra á la izquierda, otras delante, otras detrás, habiendo empujes y vueltas, el trabajo que se organiza poco á poco, que se completa, y que acaba por mostrar al alma entera funcionando con sus facultades, sus sentimientos y sus pasiones. Esto llena páginas enteras y puede decirse que la obra está hecha de este análisis. El lógico lleva sus personajes con rigor extremo, en medio de los movimientos más contradictorios en apariencia, y se le ve atender impasible á la marcha de su máquina. Cada carácter que ha creado es la experiencia de un psicólogo sobre un hombre. Imagina un alma con ciertos sentimientos y determinadas pasiones, la arroja en una serie de hechos y se limita á anotar el modo de funcionar de esa alma con circunstancias dadas. Stendhal no es, á mi modo de ver, un observador que parte de la observación para llegar á la verdad, mediante la lógica; es un lógico que parte de la lógica y que llega frecuentemente á la verdad, pasando por alto la observación.

Con frecuencia se cita á Stendhal al lado de Balzac, sin reparar en el abismo que media entre los dos.

M. Taine que los compara, permanece indeciso, dando á Stendhal la psicología, la vida del alma, y añadiendo para Balzac: «¿Qué es lo que descubre Balzac en su *Comedia humana*? Todo; diréis. Sí, pero como sabio, como fisiólogo del mundo moral, como doctor «en ciencias sociales» según se llamaba á sí mismo; de donde ocurre que sus narraciones son teorías, que el lector, entre dos páginas de novela encuentra una lección de la Sorbona, y que la disertación y el comentario son la peste de su estilo.» No acabo de comprender la consecuencia aquí establecida por el crítico. Un doctor en ciencias sociales no tiene necesidad de disertar ni de comentar: le basta exponer. M. Taine conoce la naturaleza del temperamento literario de Balzac, y la presenta, sin razón, como su defecto fatal. Lo que sí es cierto es que Balzac toma en serio el estudio del asunto, pues todo su trabajo está fundado en la observación de la criatura humana, y se encuentra arrastrado, á formar una cuenta inmensa de todos los órganos y del conjunto. Se necesita verle en una sala de disección, con el escalpelo en la mano, comprobando que el hombre no tiene más que un cerebro, adivinando que es una planta arraigada en el suelo y decidido siempre, por amor á la verdad, á no cercenar nada al hombre,

á mostrarle completo en su función verdadera y bajo la influencia del vasto mundo. Mientras tanto, Stendhal continúa en su gabinete de filósofo, removiendo ideas, no tomando del hombre más que la cabeza y contando cada pulsación de su cerebro.

No escribe una novela, para analizar del lado de la realidad, seres y cosas; escribe una novela para aplicar sus teorías sobre el amor, para aplicar el sistema de Condillac sobre la formación de las ideas. Tal es la gran diferencia que hay entre Stendhal y Balzac; es capital y no proviene solamente de dos temperamentos opuestos sino más bien de dos filosofías diferentes.

En resumen, Stendhal es el anillo que une nuestra actual novela con la novela del siglo XVIII. Sólo tenía diez y seis años más que Balzac, y sin embargo pertenece á otra época. Gracias á él, podemos saltar por el romanticismo y unirnos con el antiguo genio francés. Pero lo que ante todo quiero hacer resaltar es su desdén del cuerpo, su silencio sobre los elementos fisiológicos del hombre y sobre el papel del medio ambiente; y aunque vemos que toma en consideración á la raza en *La Cartuja de Parma*, hemos de advertir que lo hace para presentarnos italianos reales, no franceses disfrazados; pero el lugar, el clima, la hora de la acción, el tiempo que

hace, la naturaleza, en una palabra, no interviene ni obra sobre los personajes, con lo cual no transige de ningún modo la ciencia moderna. El autor permanece en una estudiada abstracción, poniendo al sér humano aislado en la naturaleza, y declarando que el alma es grande por sí sola y que tiene en literatura derecho de ciudadanía. Esta es la causa de que M. Taine le juzgue superior, pues según él, está sobre los demás porque no se aparta de la máquina cerebral, del espíritu puro, lo cual quiere decir que es tan elevado porque desprecia á la naturaleza, porque castra al hombre y porque se encierra en una abstracción filosófica. Para mí, esto es lo que le perjudica.

Necesito insistir, porque este es el punto más interesante. Tomad un personaje de Stendhal: es una máquina intelectual y pasional perfectamente construida. Tomad un personaje de Balzac: es un hombre de carne y hueso, con su traje correspondiente, y con el aire que le rodea. ¿Dónde está la creación más completa, dónde está la vida? En Balzac, sin duda alguna.

Admiro profundamente el espíritu sagaz y personal de Stendhal, pero me distrae como me distraería un mecánico hábil que hiciese funcionar ante mi vista la máquina más delicada, mientras que Balzac me

abstrae en absoluto por el poder de la vida que evoca.

No me explico que en el hombre haya altos y bajos. Se me dice que el alma está en lo alto y el cuerpo en lo bajo. ¿Por qué? Yo no concibo el alma sin el cuerpo, y los coloco siempre unidos. ¿En qué es superior Julio Sorel, por ejemplo, que es una mera creación especulativa, al barón Hulot, que es un sér viviente? El uno razona, el otro vive; y yo prefiero al último. Si suprimimos el cuerpo, si prescindimos de la fisiología, no llegaremos á poseer la verdad, porque sin descender á los problemas filosóficos es indudable que todos los órganos tienen un profundo eco en el cerebro, y que su función más ó menos arreglada regulariza ó desordena el pensamiento. Lo mismo ocurre con los medios; no sólo existen sino que tienen una influencia tan evidente y considerable, que no hay ninguna superioridad capaz de suprimirlos y de evitar que entren por mucho en el movimiento de la máquina humana.

Tal es la respuesta que debe darse á los adversarios de la fórmula naturalista, cuando censuran á los actuales novelistas por detenerse á estudiar al animal en el hombre, y multiplicar las descripciones. El héroe de nuestros días no es el espíritu puro, el hombre abstracto

del siglo XVIII; es el sujeto fisiológico de nuestra ciencia actual, un sér compuesto de órganos que obra en un centro con el que tiene constante roce. De aquí que sea necesario tener en cuenta la máquina entera y el mundo exterior. La descripción no es más que un complemento necesario del análisis. Todos los sentidos obran sobre el alma y esta es impulsada ó detenida por la vista, el olfato, el oído, el gusto y el tacto, siendo por lo tanto, completamente falsa la concepción de un alma aislada, funcionando sola en el vacío. Esa mecánica psicológica no es la vida. No hay duda de que puede abusarse, sobre todo, de la descripción, y la afición arrastra frecuentemente á los retóricos en competencia con los pintores para hacer gala de la flexibilidad y el lucimiento de su estilo; pero ese abuso no quiere decir que la indicación concreta y precisa de los medios, y el estudio de su influencia sobre los personajes no sean necesidades científicas de la novela contemporánea.

Pondré un ejemplo para explicarme mejor. Hay en *Rojo y negro* un célebre episodio; la escena en que Julián, sentado cierta noche bajo las negras ramas de un árbol, al lado de Mme. de Renal, siente imperiosa necesidad de cogerla la mano, mientras ella habla con madame Derville. Es esta una acción muda

de gran efecto, y Stendhal ha analizado en ella maravillosamente el estado de ánimo de los dos personajes. Pero el medio no aparece ni una vez. Estuviéramos en cualquier sitio y en cualesquiera condiciones, la escena sería la misma, siempre que hubiese oscuridad. Comprendo perfectamente que Julián, en la tensión de voluntad en que se encuentra, no se preocupe del medio; no ve nada, ni piensa en nada, ni entiende nada; no quiere más que coger la mano de Mme. de Renal y estrecharla en la suya. Pero madame de Renal, por el contrario, debe estar influida por las circunstancias externas. Dad el episodio á un escritor para el cual existan los medios, y en la ligereza de esa mujer hará que obre la noche con sus olores, con sus voces, con todos sus deleites. El escritor que tal haga estará en lo cierto, y su cuadro será más completo.

Vuelvo á repetir que no se trata de hilvanar frases sino de observar todas las circunstancias que determinan ó modifican el movimiento de la máquina humana. Pues bien, esa misma observación puede hacerse en todas las obras de Stendhal. Prueba de superioridad, volverá á decirseme. ¿Por qué? Si no es retórico, tanto mejor para él. Pero permanece en la abstracción, y no veo por qué ha de colocarle esto por encima

de los que ven la realidad. No hay razón ninguna para que un psicólogo sea de una clase más elevada que un fisiólogo.

Ahora bien, ¿cuál es la característica del genio de Stendhal? A mi entender es la intensidad de verdad que á menudo obtiene con su herramienta de psicólogo, por incompleta y sistemática que sea. Ya he dicho que no veía en él un observador. No observa y no pinta la naturaleza con sinceridad, siendo sus novelas obras de cabeza, la quinta esencia de la humanidad obtenida por un procedimiento filosófico. Ha visto mucho mundo, pero no lo describe en su curso verdadero, sino que lo somete á sus teorías y le pinta á través de sus propias concepciones sociales. Y á pesar de todo ocurre que este psicólogo, que desdeña la realidad y que es exclusivamente lógico, viene á parar puramente por la especulación intelectual á verdades atrevidísimas que nadie antes que él había intentado en la novela. Y esto es lo que me entusiasma. Confieso que no estoy al tanto de sus sutilezas de análisis, del continuo tic-tac de reloj que deja oír bajo el cráneo de sus personajes; el movimiento me parece discutible, é indudable que eso no es la vida real y verdadera. Los filósofos podrán extasiarse, pero un espíritu amante de lo existente, de lo que

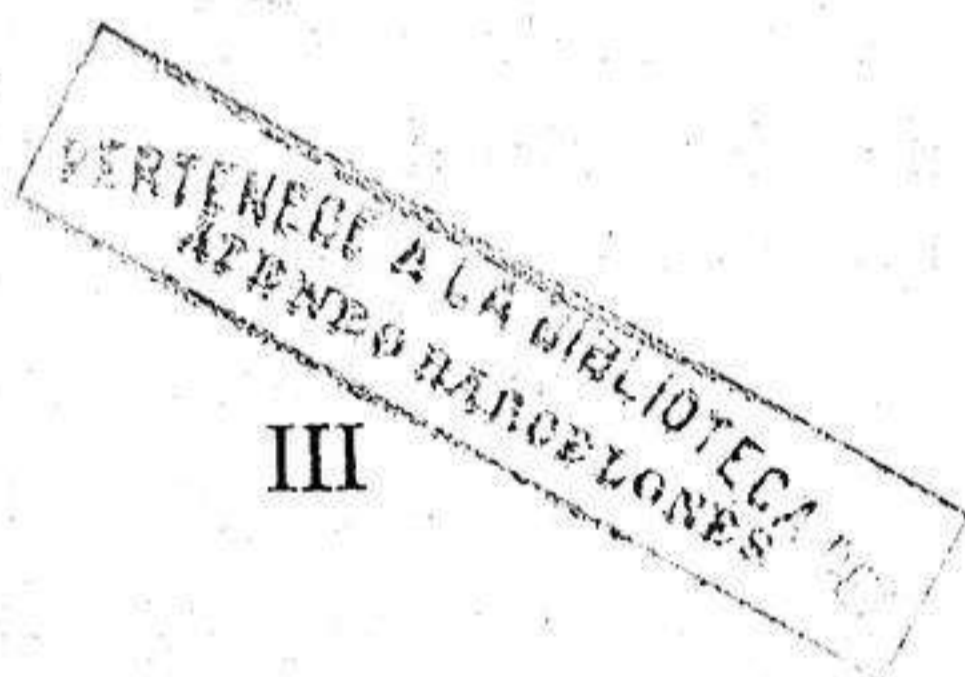
diariamente ocurre ante sus ojos, encontrará siempre un vacío viéndose rodeado de teorías más ó menos paradójicas. Pero bruscamente las escenas cambian y habla la vida. Desde este punto de vista prefiero *Rojo y negro* á *La Cartuja de Parma*. No conozco nada más admirable que la primera noche de amor de Julián y Mlle. de la Môle. Hay allí una inquietud, un malestar, una falta á la vez necia y cruel, de rarísimo poder: de tal modo se acercan los hechos á la verdad. No cabe duda de que esto no es observado sino deducido; el psicólogo se ha desprendido de sus laboriosas complicaciones para subir de un salto á la sencillez, ó mejor dicho, á la necesidad de lo verdadero. Así podría citar veinte pasajes en que sólo por la lógica llega á hacer observaciones de extraordinaria exactitud. Nadie, antes que él, ha pintado el amor con más realidad, y cuando no se encierra en su sistema, muestra argumentos que alteran todas las ideas anteriormente sostenidas, haciendo súbitamente la luz. Comparad las disertaciones sobre el amor, los calados de las novelas con el análisis seco y cruel de Stendhal, y veréis que ahí está su verdadero mérito. Si es uno de nuestros maestros, si va á la cabeza de la evolución naturalista, no es por ser únicamente psicólogo, sino porque

el psicólogo ha tenido poder bastante para llegar á la realidad, por encima de sus teorías y sin la ayuda de la fisiología ni de las ciencias naturales.

Para terminar, Stendhal es en la novela la transición entre la concepción metafísica del siglo XVIII y la concepción científica del nuestro. Como los escritores de los dos siglos anteriores al suyo, no sale del dominio del alma, ni ve en el hombre más que un hermoso mecanismo de pensamientos y pasiones. Pero si no llega al hombre fisiológico, con el juego de sus órganos funcionando en medio y bajo la influencia de la naturaleza, hay que advertir que su metafísica no es la de Racine, ni siquiera la de Voltaire. Condillac aparece en ella, se entreve el positivismo y se presiente la proximidad de un siglo de ciencia. Ningún dogma desmenuza más los personajes. El sumario se abre, y el novelista se dirige á la averiguación de la verdad, y, como él mismo dice, pasea un espejo á lo largo de un camino; pero ese espejo no refleja del hombre más que la cabeza, la parte noble, sin darnos del cuerpo ni los alrededores. Esta es la realidad reducida por un temperamento de lógico y de diplomático, virgen para el arte y para la ciencia. Añadamos á esto un espíritu desprovisto de preocupaciones, para

caer en sistemas, una inteligencia libre y penetrante, cuya superioridad la hace irónica y que, no contenta con burlarse de los demás, se burla algunas veces de sí misma.

Principio ahora con *Rojo y negro*, sin pretender hacer un análisis detenido. He repasado la novela con un lapiz en la mano, y voy á apuntar las reflexiones que la lectura me ha sugerido.



III

Ante todo es preciso decir el gran papel que la suerte de Napoleón representa en la obra de Stendhal. *Rojo y negro* sería incomprendible si no nos trasladásemos á la época en que fué concebida la novela, y si no se tuviese en cuenta el estado de ánimo en que la prodigiosa ambición satisfecha del Emperador había dejado á la generación á que Stendhal pertenecía. Porque este escéptico, este burlón imperturbable, este escritor incapaz de entusiasmarse, se estremece y se inclina al sólo nombre de Napoleón, y aunque no lo dice claramente, se le siente vibrar por una antigua admiración, y al golpe de las ruinas que ha dejado en sí y á su alrededor la caída del coloso. Desde este pun-

to de vista hay que apreciar á Julián Sorel como la personificación de los sueños ambiciosos y de los lamentos de toda una época.

Y aún diré más. A mi modo de ver, Stendhal ha puesto mucho de sí mismo en Julián. Me le figuro soñando con la gloria militar en una época en que los soldados rasos llegaban á mariscales de Francia. Después, el Imperio se hunde, y toda la juventud de que formaba parte el autor con todos sus ardientes apetitos y todas sus ambiciones, que creía encontrar una corona en cada cartuchera, cae de golpe en otra época, en aquella Restauración, gobierno de clérigos y cortesanos, en que las sacristías y los salones reemplazaban á los campos de batalla, siendo la hipocresía el arma omnipotente de los intrusos. Esta es la clave del carácter de Julián, al principio del libro, y esto mismo explica el título de la obra: *Rojo y negro* parece indicar el imperio eclesiástico, sucediendo al imperio militar.

Insisto en esto, porque nunca he visto estudiar la indudable influencia que Napoleón ha ejercido en nuestra literatura. El Imperio ha sido una época de producción literaria muy mediana; pero no puede negarse el martillazo con que la suerte de Napoleón había hendido los cráneos de su tiempo. La in-

fluencia se produce más tarde, y entonces es cuando se observa la conmoción de las inteligencias. En Víctor Hugo, la lesión se revela por una oleada de lirismo, mientras que en Balzac hay una hipertrofia de la personalidad; quiere crear un mundo en la novela, como Napoleón quiso conquistar el mundo antiguo. Las ambiciones se hinchan, las empresas llegan hasta lo gigantesco, y no se piensa en las letras como en otras esferas, más que en el imperio universal. Y lo más asombroso es ver á Stendhal atacado también de la misma manía; ya no se burla, y parece considerar á Napoleón como á un dios que ha traído consigo la franquicia y la nobleza de Francia.

Vemos, pues, á Julián, que ha hecho en secreto á Napoleón su dios, y está obligado á ocultar su devoción si quiere elevarse sobre su estado. Todo este carácter tan complicado y á primera vista tan paradójico va á ser derrotado con esta premisa: una naturaleza noble, sensible y delicada, no pudiendo satisfacer su ambición á la luz del día, se arroja en la hipocresía y en las intrigas más oscuras. En efecto, suprimid la ambición, y Julián será dichoso en sus montañas; ó dadle un campo de batalla digno de él, y triunfará con orgullo sin descender á las continuas truhanerías diplo-

máticas. Hijo de aquel momento histórico, dotado de una inteligencia superior é impulsado por temperamento á realizar una gran fortuna, ha llegado tarde para ser uno de los mariscales de Napoleón, y se decide á entrar en las sacristias y á obrar como un criado hipócrita. Desde este momento su carácter se aclara, y son comprensibles sus sumisiones y sus rebeliones, sus ternuras y sus crueldades, sus fingimientos y sus franquezas. Se dirige á los extremos opuestos, muestra tanta ingenuidad como destreza y es más ignorante que inteligente. Stendhal ha querido presentar al hombre con todos sus contrastes, según las circunstancias, y á decir verdad, el análisis es de los más notables; jamás se ha escudriñado un cerebro con tanto cuidado. Unicamente me duele la perpetua tensión de aquel personaje que no vive, y que á los ojos del autor no es ni más ni menos que un «sujeto», hasta el punto de que sus actos más pequeños suministran muchas veces más materia que los decisivos de su existencia.

El principio de la novela es muy digno de estudiarse, y aun antes de llegar á tomarse interés es fácil darse cuenta del procedimiento literario de Stendhal, cuyo procedimiento es, sobre poco más ó menos, el que mejor le place. No hay

razón ninguna para que la obra empiece por una descripción de la pequeña ciudad de Verrières, y por un retrato de M. de Renal. Ya sé que por algo hay que empezar, pero quiero decir que el autor no se ocupa de las ideas de simetría, de progresión, ni de coordinación alguna. Escribe á lo que salga en cada párrafo, y aquello que llega primero llega siempre á tiempo. Esto ocasiona alguna confusión, en tanto que el relato no toma calor, pareciendo que existen contradicciones, y siendo necesario volver atrás para asegurarse de que el hilo no se ha roto.

Fijémonos ante todo en la manera que tienen los personajes de hacer su presentación en la obra. El efecto es el mismo que si aparecieran por encanto. Cuando Stendhal los necesita, los llama, y llegan, aunque muchas veces al final de un episodio. Por eso su pueblecito de Verrières, al que vuelve de cuando en cuando, tiene una organización muy embrollada; se conoce que está inventado, pero no se le ve. Todo ello está, en suma, falto de orden, falto de lógica. La palabra está dicha; ese lógico de las ideas es un enredador del estilo y de la composición literaria. Esta inconsecuencia me asombra, y la estimo como característica, sobre la que insistiré largamente.

Mme. de Renal es una de las mejores figuras de Stendhal, porque no ha insistido mucho en ella y ha dejado su alma en cierta libertad. No obstante, aseguro que ha querido hacerla superior. Este es uno de los caracteres de Stendhal, por el que M. Taine cree que debe alabársele; no acepta personajes vulgares, y los ensalza siempre por un ideal de inteligencia. En principio Mme. de Renal parece una burguesa vulgar, pero el novelista la eleva á la superioridad á cada instante. No hay nada tan bonito como la primera entrevista de Julián y esta hermosa mujer; sus amores, con el lento abandono de la mujer y los cálculos friamente ingenuos de la joven, tienen un acento de verdad, algo preparada, que hace un capítulo de las *Confesiones*. Lo único que me desconcierta, es ver inmediatamente superiores á los dos, y que madame Renal hable á cada instante del genio de Julián. «Su genio—dice Stendhal—llegaba hasta asustarla; cada día veía más claramente en el joven abate al gran hombre futuro.» Hay que advertir que Julián tiene escasamente veinte años, que no ha hecho absolutamente nada, y que tampoco lo hará para justificar ese genio que tanto se pondera. Es un genio para Stendhal, sin duda porque Stendhal, que es el único dueño de aquel cerebro, coloca en

él lo que cree que es la labor del genio. Esta es la lesión que ha causado Napoleón en los cerebros; para Stendhal, como para Balzac, el genio es el estado ordinario de los personajes. Esto mismo lo encontraremos en *La Cartuja de Parma*.

Citaré la siguiente frase de Julián sobre Mme. de Renal: «Hé aquí una mujer de un genio superior, reducida al colmo de la desdicha por haberme conocido.» Ahora bien, lo peor está en que Julián juzga á esta misma mujer como un imbecil. Así, más adelante, reflexiona: «¡Dios sabe cuántos amantes ha tenido! Si se decide por mí, no es acaso más que por la facilidad de las entrevistas.» Esto me desencanta, porque es preciso, verdaderamente, que Julián sea muy poco perspicaz para no conocer á Mme. Renal, viviendo ambos en una población pequeña y teniendo un contacto diario. De igual suerte hay singulares saltos de análisis, separados muchas veces por sólo unas líneas; son saltos no interrumpidos que descaminan y dan á la obra un preconcebido carácter. No hay duda de que el hombre tiene sus inconsecuencias, pero aquel movimiento continuo del personaje, aquella vida del cerebro, anotada minuto por minuto y en sus más pequeños detalles, perjudica, á mi entender, á la marcha amplia y

sencilla de la vida. El autor presenta casi siempre la excepción. De este modo, en los amores de Madame de Renal y Julián, sobre todo en el papel que juega este último, hay rechinamientos de máquina, tensión del mecanismo, cuyas ruedas no obedecen como es preciso. Pondré un ejemplo: Julián está ébrio por haber tenido entre las suyas la mano de Mme. de Renal, y Stendhal agrega: «Pero aquella emoción era un placer y no una pasión; al entrar en su cuarto no anhelaba más que una dicha, la de volver á coger su libro favorito; á los veinte años la idea del mundo y del efecto causado prevalece sobre todo.» No es posible creer lo que me disgusta esa distinción filosófica del autor entre el placer y la pasión; y es de observar que inmediatamente ilustra esta distinción con un ejemplo, haciendo que Julián prefiera la lectura del *Memorial de Santa Elena* al recuerdo, aún abrasador, de Mme. de Renal. No niego el hecho, que es posible, pero le censuro porque veo que está puesto allí, no como consecuencia de la observación, sino por el gusto de dar una prueba para apoyar su teoría del placer y de la pasión en el amor. Sin cesar se presenta el autor como demostrador, como lógico que observa el estado de ánimo en que coloca á sus personajes. Todos los de

Stendhal parece que tienen jaqueca, á juzgar por la manera como trabaja su cerebro. Cuando leo, sufro por ellos y me dan ganas de gritar: «Por favor, dejadles un poco tranquilos, dejadles que alguna vez vivan la vida sencilla de las bestias, impulsados por el instinto, en medio de la sana naturaleza, y sed con ellos bestia también como un hombre vulgar.»

Donde se ve más claro este carácter rebuscado de la obra, es en el estudio de la hipocresía de Julián. Diríase que *Rojo y negro* es el manual del perfecto hipócrita; y este estudio de la hipocresía, que es característico en él, se halla reproducido extensamente en *La Cartuja de Parma*.

Una de las mayores preocupaciones de Stendhal es el arte de mentir, y así como otros nacen políacos, él parece que ha nacido diplomático, con las complicaciones del misterio, de docta falsía, que constituyen la gloria tradicional del oficio. Hoy hemos variado en esto, y nos consta que, por lo general, un diplomático es un hombre tan necio como cualquier otro. Stendhal no tenía en menos la superioridad humana en aquel ideal de espíritu poderoso que se proporciona el placer de engañar á los hombres y ser el único que goce con sus engaños. Observad, como

he dicho, que Julián es en el fondo el carácter más noble del mundo, desinteresado, tierno y generoso. Perece por exceso de imaginación: es demasiado poeta.

Stendhal le impone exclusivamente la mentira, como el instrumento necesario para su fortuna, haciendo de él un fanfarrón hipócrita que es feliz cuando lleva á cabo alguna doblez. Así, el autor exclama con paternal satisfacción: «No hay que pensar mal de Julián: inventaba correctamente los términos de una hipocresía cautelosa y prudente. Esto no es malo á su edad.» En otro sitio, cuando Julián experimenta una rebelión de hombre honrado, el autor toma la palabra para hacer esta declaración: «Confieso que la debilidad de que Julián da pruebas en este momento, me hace formar muy pobre concepto de él.» Nos encontramos en el cuento filosófico de Voltaire. La ironía hace de Julián un símbolo. Hay en el fondo una concepción social, y por encima se abren camino un gran desprecio de los hombres y una adoración á las inteligencias excepcionales que gobiernan, no importa con qué armas. Una vez que está esto preparado, la pendiente de la existencia es más cómoda. Cuando Stendhal escribe «Julián se había consagrado á no decir nunca más que cosas que le parecieran

falsas á sí mismo», nos pone en guardia contra el personaje, que desde un extremo á otro del libro es más una voluntad que una criatura.

Unidas á esto abundan las páginas hermosas, encontrándose por todas partes aquel destello del genio de la lógica de que ya he hablado; la verdad resplandece en escenas memorables, como la primera noche de Julián y Madame de Renal. Nunca ha sido el amor, con sus mentiras y sus generosidades, sus miserias y sus delicias, analizado más á fondo. El retrato del marido, sobre todo, es una maravilla. No conozco una tempestad humana más magistralmente pintada, sin grandeza falsa y con la exactitud de la realidad, que aquella lucha terrible que se verifica en M. de Renal cuando recibe una carta anónima denunciándole los amores de su mujer. He insistido sobre este comienzo de la novela, porque es seguramente la parte mejor de la obra y la que me ha permitido presentar claramente los modos de ver y los procedimientos de Stendhal. Ahora voy á examinar las otras partes con mayor rapidez.

La vida de Julián en el seminario es también un episodio admirable, en el cual la tan estudiada hipocresía del protagonista no molesta, porque se halla en un centro donde

lucha él mismo contra los hipócritas. Allí el pobre Julián se reconoce como insignificante, con su arte de mentir, entre aquellos hombres osados que manejan la mentira naturalmente y sin esfuerzo. Sin vacilar abandonaría la hipocresía si no le hostigase la ambición. Stendhal debió encontrarse á sus anchas en un seminario donde reinasen el espionaje y la desconfianza, como más tarde se encontró en la corte del rey de Parma, y nos ha dejado una pintura sorprendente, si no de una gran observación inmediata, al menos de una deducción de potencia extraordinaria. La llegada de Julián, su primera entrevista con el abate Pirard y la vida interior del seminario, pueden contarse entre las mejores escenas del libro.

Llegamos á los amores de Julián con Mlle. de la Môle, que ocupan una mitad de la obra, que es, para mí, la mitad inferior, porque entra en la aventura y en la singularidad.

No le bastaba á Stendhal haber creado á Julián, aquella máquina cerebral tan extraordinaria, y queriendo crear la hembra de aquel varon, inventó á Mlle. de la Môle, otra mecánica cerebral tan sorprendente, al menos, como aquél. Es un segundo Julián. Imagináos la mujer más fría y cruelmente novellesca que puede verse; un espíritu superior que desprecia cuanto la

rodea, y se arroja en aventuras por una tensión y una complicación extraordinarias de la inteligencia. «No daba el nombre de amor—dice Stendhal—más que á aquel sentimiento heroico que se encontraba en Francia, en tiempos de Enrique III y de Bassompierre.» Parte de aquí para amar á Julián con una terquedad extensamente razonada. Le hace una declaración, y cuando él entra en su cuarto por la ventana, la sola idea del deber, que ella se ha formado, la decide á entregarse á él, llena de malestar y de repugnancia. Desde este momento sus amores se tornan en el más abominable despeñadero. Julián, que no la amaba, comienza á adorarla y á desearla locamente por el recuerdo, pero ella teme haberse buscado un dueño, y le abruma con desprecios, hasta que un día renace en ella la pasión después de una escena en la cual se la ha figurado que su amante quería matarla. Después continúan las disputas, y Julián para reconquistarla se ve obligado á darla celos, obedeciendo á una larga táctica. Por fin, Mlle. de la Môle, viéndose embarazada, lo confiesa todo á su padre, declarándole que se casará con Julián. No conozco amores más penosos, menos sencillos y menos sinceros. Los dos amantes son completamente insoportables, con su eterno cuidado

de crearse dificultades. Stendhal, analítico de primera fuerza, se ha deleitado en complicar sus cerebros hasta el infinito, como los buenos jugadores de billar se crean dificultades para demostrar que no hay posición capaz de quitarles una carambola. No hay allí más que curiosidades cerebrales.

Por lo demás, el autor lo ha comprendido perfectamente. El mismo hace la observación con aquella acicalada ironía que le sirve para burlarse á la vez de los personajes y del lector. Detiene bruscamente su relato para escribir: «Esta página perjudicará por más de un concepto á su desdichado autor. Las almas heladas le acusarán de indecente. No hace á las jóvenes que brillan en los salones de París, la injuria de suponer que una sola de ellas sea susceptible de los arrebatos de locura que degradan el carácter de Matilde. Este personaje es obra, por completo, de la imaginación, y está imaginado fuera de las costumbres sociales que en todos los siglos asegurarán un puesto distinguido á la civilización del siglo XIX.» Esto es chistoso é intencionado, pero no impide que Matilde sea más una experiencia del autor, que una criatura real.

El procedimiento de Stendhal se ve más á las claras que en ningún otro lado, en los largos monólogos

que pone en boca de sus personajes. A cada momento, Julián, Matilde y algunos otros, hacen exámenes de conciencia, y se escuchan pensar con la sorpresa y el gozo de un niño cuando aplica el oído á un reloj. Desarrollan hasta el infinito el hilo de sus pensamientos, se detienen en cada nudo, y razonan hasta perderse de vista, siendo todos, á imitación del autor, psicólogos no vulgares, lo cual se explica, porque son más hijos de Stendhal que de la naturaleza. La que sigue es una de las reflexiones que hace Matilde á propósito de las personas que la rodean. «Si pretenden abordar un asunto grave, al cabo de cinco minutos de conversación llegan jadeantes y como si hicieran un gran descubrimiento, á una cosa que yo estoy repitiendo desde una hora antes.» ¿Es Matilde ó Stendhal quien habla? Evidentemente es el último, y el personaje no es más que un disfraz.

Paso por alto el medio parisiense en que Julián se encuentra colocado. Hay en él excelentes retratos, pero en mi sentir, aquel mundo es algo artificial, y Stendhal raras veces nos presenta la vida; sus mujeres de mundo, sus grandes señores como sus advenedizos, sus conspiradores como sus fatuos, tienen un no sé qué seco y falto de conclusión, á la vez que los deja en la

memoria en estado de boceto. Nunca están los medios completamente reconstruidos. Las cabezas no son más que perfiles recortados sobre blanco ó negro. Son apuntes de autor apenas ordenados.

Y en medio de todo, las escenas resplandecientes de verdad como un salto de la lógica. Ya he mencionado la primera cita de Julián y Matilde, y sería preciso copiar las cuatro páginas para penetrarse de su sentido justo y profundo. Se asemeja tan poco al duo de Romeo y Julieta, que la primera impresión es una sacudida desagradable; después, los menores detalles están tomados de la realidad. Leed estas líneas: «Matilde se esforzaba por tutearle, y evidentemente fijaba más la atención en aquella extraña manera de hablar, que en el fondo de las cosas que decía. Aquel tuteo desprovisto del acento de la ternura, no proporcionaba ningún placer á Julián, que se admiraba de la falta de la dicha, y al fin para encontrarla tuvo que recurrir á su razón.» Hé aquí al bueno de Stendhal, el psicólogo, llegando á la verdad en asuntos convencionales, por el sencillo análisis de los movimientos del alma. Otra escena me admira como está relatada, y es aquella en que el marqués de la Môle se entera de todo y llama á Julián. Dad la escena á un novelista retóri-

co, y tendríais al padre de blancos cabellos, y oiríais el sermón dicho con desesperación digna. Escuchad á Stendhal: « Julián encontró al marqués furioso; quizá por la primera vez en su vida estaba aquel señor de mal talante. Descargó sobre Julián todas las injurias que se le vinieron á la boca. Nuestro héroe estaba asombrado é impaciente, pero su agradecimiento no disminuyó. » Y más adelante: « El marqués estaba desatinado. Al ver aquel movimiento (Julián había caído de rodillas) comenzó á dirigirle de nuevo injurias atroces, dignas de un cochero de punto. La novedad de aquellos juramentos era acaso una distracción. » Tal es el grito humano, la nota nueva y verdadera de la novela. Es el estudio del hombre tal como es, descarnado de todos los ropajes de la retórica y visto fuera de los convencionalismos literarios y sociales. Stendhal es el primero que ha osado decir esta verdad.

Conocido es el hermoso episodio con que termina *Rojo y negro*. Madame de Renal, impulsada por su confesor, escribe al marqués de la Môle una carta que rompe el matrimonio de Matilde y Julián. Este, obedeciendo á un movimiento de locura, vuelve á Verrières y dispara un pistoletazo á Mad. de Renal, cuando está arrodillada en una igle-

sia. Se le prende, se le juzga y se le guillotina. Las cincuenta últimas páginas analizan las ideas de Julián en su prisión frente á la muerte próxima. Stendhal se da aquí un festín, un atracón de razonamientos, y sería curiosísimo comparar este episodio con el *Ultimo día de un condenado*, de Víctor Hugo. Es muy conmovedor y muy original; y no me atrevo á añadir muy verdadero, porque son muy raros los condenados á muerte de aquella estructura intelectual. Hay que leer este pasaje como un problema de psicología puesto en condiciones particulares y brillantemente resuelto.

En este desenlace, más que en nada, se ve que la historia es inventada y que muy poca parte de ella está escrita sobre la observación inmediata. M. Taine dice: « La historia es casi verdadera, porque es la de un seminarista de Besançon llamado Berthet; el autor no se ocupa más que de apuntar los sentimientos de este joven ambicioso y de pintar las costumbres de la sociedad en que se encuentra; hay mil sucesos reales más novelescos que esta novela. » Pero si es cierto que un proceso ha proporcionado á Stendhal la idea primera de su libro, él ha inventado todos los caracteres. Indudablemente, el fondo de la obra no es novelesco, porque las

aventuras de un abate joven que se hace amante de dos grandes señoras, que asesina á la una por amar á la otra, y que es, finalmente, llorado por las dos hasta la locura y hasta la muerte, constituyen por sí solas un hermoso drama; pero cuando entramos de lleno en lo novelesco, ó más bien en lo excepcional, es cuando Stendhal nos explica con amor y sin vacilación los movimientos de reloj que hacen obrar á sus personajes.

Esto sale por completo de la verdad diaria, de la verdad con que nos codeamos, y nos hallamos en lo extraordinario, lo mismo con Stendhal, psicólogo, que con Alejandro Dumas, narrador. Para mí, desde el punto de vista de la estricta verdad, Julián me sorprende tanto como Artagnan. Caen de la misma manera en el foso de la invención, ya porque se les apoye demasiado á la izquierda, imaginando hechos increíbles, ya porque se les apoye demasiado á la derecha creando cerebros fenomenales, donde se amontona un curso entero de lógica. Pensad que Julián muere á los veintidos años, y que su padre intelectual nos le presenta como un genio con apariencias de haber descubierto el pensamiento humano. Tengo para mí que entre la zanja de los narradores y la zanja de los psicólogos hay un camino muy ancho,

la vida misma, la realidad de los seres y de las cosas, ni muy baja ni muy alta, con su marcha media y su potente sencillez, de un interés tanto mayor cuanto que nos presenta al hombre más completo y con más exactitud.



Menos me gusta *La Cartuja de Parma*, sin duda porque los personajes se mueven en un mundo que me es menos conocido. Y si he de decir todo lo que pienso, confesaré que me cuesta mucho trabajo aceptar la Italia de Stendhal como una Italia contemporánea; á mi entender ha pintado más bien la Italia del siglo xv con su gran consumo de venenos, sus cintarazos, sus espías y sus bandidos enmascarados, sus aventuras extraordinarias, donde el amor hierve audazmente en la sangre. No se lo que pensará M. Taine de lo novelesco de esta obra, pero para mí no hay nada que sea tan complicado como su intriga, ni nada que discrepe más de la idea que me he formado de la Europa de 1820. Me encuentro allí en pleno Walter Scott, menos en la parte retórica. Quizá esté equivocado. Ya he dicho anteriormente que

La Cartuja de Parma es seguramente la única novela francesa escrita sobre un pueblo extranjero que tenga el sabor de este pueblo. Por lo general nuestros novelistas, aun los más eminentes, se contentan con dar un pintarrajo de color local, hecho de brocha gorda, mientras que Stendhal ha llegado hasta el fondo de la raza, á la que encuentra menos vulgar, más voluptuosa, y sacrificándose menos al dinero y al amor propio. Sospecho que la ha visto á través de sus gustos y de su naturaleza, pero no ha señalado con un rasgo definitivo las grandes líneas de aquellos temperamentos vivos y libres, cuya ocupación más importante es amar y gozar de la vida, burlándose de la opinión.

Aquí también encontramos espíritus superiores, verdaderos genios, de los que puedo citar hasta cuatro: la duquesa Sanseverina, Fabricio, Mosca y Ferrante Palla. Nos encontramos siempre con inteligencia pura.

Aquella duquesa Sanseverina que llena el libro es, sin duda ninguna, hija de Stendhal, que ha puesto en ella todos los encantos y las complicaciones de la pasión, se acerca al incesto, llega hasta el envenenamiento y no deja de ser la heroína simpática á la que Stendhal adora, conociéndosele que está arrobado

con sus crímenes; creo que la impulsa á lo atroz por odio á la trivialidad. Está orgulloso de ella, y por su gusto exclamaría, en su goce de asombrar al mundo: «¡Ahí tenéis una mujer como no se ve todos los días!» Oid esta biografía. Gina del Dongo se casa con Pietranera, oficial de Napoleón, al que ama apasionadamente, lo cual no obsta para que le engañe con un joven llamado Limercati. Muerto su marido, ella tiene otros amantes, hasta que por fin Mosca, ministro del príncipe de Parma, se enamora á su vez y llega á ser su querida. Pero al mismo tiempo se apodera de ella la pasión hacia su sobrino Fabricio, del que podría ser madre, pues tiene diez y seis años más que él; esta pasión ocupa toda su vida, sin impedirle continuar sus relaciones con Mosca y abrigar otros amores. Para salvar de la muerte á Fabricio se decide á hacer envenenar al príncipe de Parma por Ferrante Palla, un loco genial que la adora. Pero no es esto todo; cuando el Príncipe ha muerto, necesita ella salvar de nuevo á Fabricio, y esta vez llega hasta venderse al heredero del trono. Por fin vive tranquila con Mosca, después de haberla torturado los celos, á causa de los amores de Fabricio y Clelia. Stendhal ha querido evitarla la caída con Fabricio. Me olvidaba decir que

Mosca, antes de desposarse con ella, la casa con el anciano duque de Sanseverina-Taxis, un ambicioso muy rico, que tiene el buen gusto de morir, dejándola por heredera, venta que en Francia bastaría para manchar á una mujer. Tal es la heroína. Añadid que es muy hermosa, que tiene un talento extraordinario y que el novelista la rodea de continua gloria. A mí, sin embargo, no me impresiona, porque no veo á la duquesa de nuestra época. Ha vivido en Francia bajo la Fronda, y es otra Mlle. de la Môle, con diferencias de carácter. Stendhal me hace el mismo efecto que si descolgara retratos históricos. No ha conocido á la mujer ni al hombre modernos.

Fabricio del Dongo tiene mucho de Julián Sorel. Al principio nos encontramos aún con la pasión por Napoleón, lo cual origina el episodio notabilísimo de la batalla de Waterlloo, que nada tiene que ver con la novela. Después se presenta igualmente la lucha del espíritu eclesiástico y el espíritu militar. Lo mismo que Julián, Fabricio, que querría ser soldado, se ve obligado á vestir la sotana. Las situaciones y las ideas son idénticas. Enseguida Fabricio se entrega á la pasión, pero es un alma más tierna, más dócil, más meridional, un verdadero héroe, según la moda de las novelas de aventuras, y recorre

los caminos repartiendo estocadas. M. Taine, que cita con admiración la manera brusca que tiene Stendhal de narrar en dos líneas el duelo de Julián en *Rojo y negro*, no ha reflexionado en la manera romántica que ha tenido el novelista de dramatizar los duelos de Fabricio en *La Cartuja de Parma*. Encontramos primeramente su desafío con Giletti el cómico, y después su desafío con el conde de M... en el patio de una posada. Paso por alto las cartas anónimas, cuyo empleo es muy frecuente, los servidores disfrazados, todo aquel extraño conjunto que creo más propio de los cuentos de hadas, para detenerme en el delicioso episodio de la torre Farnesio, donde se desarrollan los amores de Fabricio, prisionero, con la hermosa Clelia, hija del gobernador. La situación es, sobre poco más ó menos, la misma que la de Julián en la prisión de Besançon, porque Fabricio está igualmente amenazado de una muerte próxima, con la diferencia de que el psicólogo no interrumpe el continuo análisis de las ideas, reaparece el narrador y los hechos novelescos ocupan el puesto principal. Hay toda clase de detalles singulares é inverosímiles; la manera que tiene Fabricio de verse con Clelia, su correspondencia con la Duquesa mediante signos luminosos, luego

las cartas enviadas en balas de plomo, después la introducción de las cuerdas, más tarde aquel milagroso descenso desde una altura prodigiosa, sin que ningún centinela le vea; y mezcladas con todo esto, historias de venenos en cada página como en tiempo de los Borgias. Todo ello es de interés vivísimo, pero está muy distante de la ingenuidad y la desnudez de la verdad. Más tarde, Fabricio, que vuelve á constituirse prisionero por amor, se halla expuesto de nuevo á ser envenenado. Clelia se casa, y él, que llega á ser arzobispo, la posee durante algunos años en un cuarto oscuro, porque ella ha hecho voto de no verle, y cree cumplir de esta manera la letra de su juramento; este casuismo es un rasgo de las costumbres italianas, que mueve algo á la risa. Finalmente, cuando Clelia muere, Fabricio muere igualmente, siendo ésta la última página de la novela.

El conde Mosca es la figura que más entusiasma á Balzac. Es sabido que Stendhal quiso hacer el retrato del príncipe de Metternich. «Stendhal ha ensalzado tanto el sublime carácter del primer ministro del Estado de Parma — escribe Balzac — que es dudoso que el príncipe de Metternich sea tan grande como Mosca, aunque el corazón de este célebre hombre de Estado, ofrece, al que conoce á fondo su vida, uno ó dos

ejemplos de pasiones de una intensidad, igual por lo menos, á la de Mosca... Respecto á lo que éste es durante toda la obra, respecto á la conducta del hombre á quien la Gina considera como el diplomático más grande de Italia, hace falta inspiración para crear los incidentes, los acontecimientos y las innumerables y múltiples tramas, entre las cuales se desenvuelve este inmenso carácter. Cuando se piensa que el autor lo ha inventado todo, lo ha enredado y desenredado todo, como se enredan y desenredan las cosas en un corte, el espíritu más atrevido, al que le sean más familiares las concepciones, permanece aturdido y estupefacto ante semejante trabajo... Haber osado poner en escena á un genio de la fuerza de M. de Choiseul, de Potemkin, de M. de Metternich, crearle, probar la creación por la acción misma de la criatura, hacerla moverse en un centro que le sea propio y donde sus facultades se desenvuelvan, no es obra de un hombre, sino de una hada, ó de un mago.»

He cuidado de citar esta página entera, porque nos da una idea exacta del concepto que nuestros mayores tenían del genio. Por mi parte, confieso que no encuentro el genio de Mosca, no habiendo una página en toda la obra donde me parezca verdaderamente grande. Como políti-

co, no hace nada. No interviene más que en intrigas palaciegas, bordeándolas como hombre prudente y hábil, que quiere conservar su puesto y no perder su querida. Todo esto me parece digno de un hombre listo, y nada más; con mayor motivo cuanto que Mosca comete faltas, por simpleza, de cortesano. Es cierto que el genio de Metternich, aun menos que el de M. de Choiseul y el de Potemkin, no son de hoy, y Mosca pretende parecerse á sus modelos. Ahora bien: si nos contentamos con ver en Mosca un tipo curioso y maravillosamente examinado sin anonadarle con los calificativos de hombre sublime y de carácter inmenso, hay que reconocer que Stendhal ha desplegado un grandísimo talento, al poner en escena semejante personaje. Balzac tiene razón al extasiarse como hombre de oficio, ante la pintura de la corte de Parma, ante aquel enredo de intrigas, que analiza por los hechos mismos, el carácter de Mosca. Aquello es realmente un prodigio de invención, en el buen sentido de la palabra. Diríase que eran los anales verdaderos de una corte en pequeño, por lo cual no me arriesgo á resumir aquella acción tan múltiple, aquella especie de diario escrito hora por hora, donde se ven retratos tan claramente pintados como el príncipe mismo con sus ne-

cesidades de crueldad y su fondo de vanidad necia, y el terrible Rossi, y la condesa Reversi, y toda aquella mareante caterva de cortesanos. Pero protesto sin vacilar, contra lo sublime; no veo allí dentro nada sublime. Tanto esto, como la extraña apreciación de Balzac, resumiendo su opinión sobre *La Cartuja de Parma*: «Finalmente, ha escrito *El Príncipe moderno*, la novela que Maquiavelo hubiera escrito, si viese desterrado de la Italia del siglo xix» no lo comprendo, porque maldito si se parece el Ernesto IV de Stendhal al *Príncipe Moderno*, con sus cuidados de otra edad, y su idea fija de parecerse á Luis XIV. Es nada más que una intencionada caricatura del trono, hecha por un hombre ingeniosísimo.

Me detendré un momento en Ferrante Palla, aquella gallarda figura, cuya impresión permanece tan viva en la memoria del lector. Este Ferrante Palla es un proscrito político, un tribuno condenado á muerte, que se ve precisado á robar para vivir. He aquí algunas de las frases que dirige á la duquesa, y que compendian su historia: «Desde que cumpliendo mis deberes de ciudadano conseguí que me condenaran á muerte, vivo en los bosques y os sigo, no para pedir os una limosna, ni para robaros, sino

como un salvaje fascinado por una belleza angelical. ¡Hace tanto tiempo que no veo dos manos tan blancas y tan hermosas!... Llevo nota de las gentes á quienes robo, y si alguna vez tengo medios, les devolveré las cantidades robadas. Creo que un tribuno del pueblo tal como yo, ejecuta un trabajo que, por razón de su peligro, bien vale cien francos al mes; así que me abstengo de robar más de mil doscientos francos cada año.» A este extraño ladrón es al que la duquesa encarga el envenenamiento del príncipe. La escena del pacto es larga, y cuando ya ha aceptado y se retira, le llama ella: «¡Ferrante! — grita — ¡hombre sublime!» Entra, vuelve á marchar, y ella le llama otra vez: «Entró con aire inquieto, y la duquesa, que estaba de pie en medio del salón, se arrojó en sus brazos. Al cabo de un instante, Ferrante casi se desvaneció de felicidad, la duquesa se desprendió de sus caricias, y con los ojos le indicó la puerta. Este es el único hombre que me ha comprendido — dijo. — Esto hubiese hecho Fabricio si hubiera podido entenderme.» Esta es una de las escenas sobre que insiste más Balzac, para testificar su entusiasmo delirante; pero vuelve siempre á la comparación con Walter Scott, lo que hoy perjudicaría algo el elogio. Yo creo que no es necesario anali-

zar la escena, desde el punto de vista del valor exacto de los hechos. Tampoco encuentro al hombre sublime en Ferrante Palla; este original ladrón que parece que cumple una apuesta, este tribuno que se arroja al cuello de las duquesas, es hijo de la invención más que de la realidad. Pero lo que me sorprende más aún, es la admiración que provoca en la duquesa. Ser amada, no debiera asombrarla. Muchos republicanos, por un beso suyo matarían al príncipe, tanto más cuanto que todos están dispuestos á matarle, aun de balde. Es cierto que Balzac ve el alma de Italia, y aquí me callo, porque entra en un terreno que yo no conozco. Para mí, Ferrante Palla es una de las buenas figuras de Walter Scott. Stendhal no es aquí tampoco un psicólogo, sino un narrador que habla á la imaginación. A Ferrante Palla se le recuerda como á un héroe de Alejandro Dumas ó de Víctor Hugo. No quiero más que apoyar esta opinión emitida por mí: *La Cartuja de Parma* es, por lo menos, tanto una novela de aventuras como una obra de análisis.

Si resumiese mi juicio, diría que en este libro veo antes que todo, una aplicación de las teorías de Stendhal sobre el amor; y ya se sabe que tenía un sistema tan ingenioso como complicado. En *La Car-*

tuja de Parma pueden encontrarse sin trabajo, todos los géneros de amor que ha clasificado, desde el amor-vanidad hasta el amor-pasión. Viene á ser una vasta experiencia, y ha escogido á Italia, porque en ella podía hacerse dicha experiencia con más facilidad. También se encuentra al ideólogo; por ejemplo, hay conversaciones entre Sanseverina y el conde Mosca, en las cuales los interlocutores son, con toda claridad, dos compadres que se envían de uno á otro las ideas de Stendhal. Por otra parte, los personajes proceden siempre por largos monólogos, siendo ésta la oscilación de la mecánica cerebral. Únicamente que aquí ocupan los hechos más espacio.

Lo que es preciso advertir es que Stendhal, afectando desdén del mundo exterior, ha sido el primer novelista que ha obedecido á la ley de los medios geográficos y sociales. En el prefacio de *La Cartuja de Parma* hace esta observación profundamente justa: «Me parece que siempre que se avanza doscientas leguas del Mediodía al Norte, se encuentra un nuevo paisaje, como una nueva novela.» Toda la ley de los medios está encerrada aquí. Compararemos, por ejemplo, los amores de Mlle. de la Môle con los de la duque-

sa Sanseverina; desde luego los temperamentos no son los mismos, pero no hay que dudar que los diferentes extragos producidos por estos amores, obedecen á las diferencias de climas y de sociedades en que se producen, y desde este punto de vista es preciso analizar las dos obras. Stendhal aplicaba como filósofo, las teorías que hoy tratamos de aplicar como sabios. Su fórmula no era la nuestra, pero la nuestra se deriva de la suya.

No vaya á creerse que Balzac escatima las críticas á *La Cartuja de Parma*. Voy á resumir esas críticas: El libro está falto de método; el autor debió comenzar por su magnífico bosquejo de la batalla de Waterlloo; todo el principio del libro excesivamente largo, ganaría si se compendiasse en un corto relato; falto de unidad, no se sabe donde está el tema, si descansa sobre Fabricio ó sobre la corte de Parma; finalmente el desenlace es el principio de otro libro. Balzac escribe esta frase: «El lado débil de esta obra es el estilo.» Estas censuras son justas, y yo las simplificaré diciendo que la lógica falta en la composición de la obra, y en el estilo en que está escrita, y esto es lo que me queda por estudiar antes de concluir.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
 ATENEO BARCELONA

V

Veamos ahora la composición y el estilo en las novelas de Stendhal.

Para todos nosotros, hijos más ó menos rebeldes del romanticismo, la composición libre y el estilo incorrecto de Stendhal, son verdaderos tormentos, y si me es lícito hacer una confesión personal, al explicar mi opinión, estoy seguro al menos de llevar la cuestión á un terreno conocido para mí. Jamás he podido leer á Stendhal, sin que se apodere de mí la duda sobre la forma. ¿Está la verdad de parte de aquel espíritu superior, que tiene un desdén absoluto hacia la retórica, ó está de parte de los artistas que en nuestra época han hecho un instrumento tan sonoro y tan rico de la lengua francesa? Y si se me responde que la verdad está entre los dos, ¿en qué justo medio debo detenerme? Problema pavoroso para los escritores jóvenes que tratan de darse cuenta exacta de su época literaria, y que abrigan la plausible ambición de dejar obras imperecederas.

Bien sé yo lo que se argumenta en uno y otro campo. M. Taine, partidario de Stendhal, pasa en silencio la cuestión del estilo y de la

composición, y hasta parece hacer un elogio al novelista por no detenerse en los fútiles detalles de la retórica. Para él si es superior Stendhal, es precisamente porque no es retórico. En el bando opuesto grandes escritores que no es necesario citar aquí, rechazan radicalmente á Stendhal, porque no tiene la simetría latina, y porque se envanece de emplear el estilo bárbaro é incoloro del Código, y añaden no sin razón, que no hay ejemplo de que un libro escrito sin retórica, se haya transmitido, de edad en edad, á la admiración de los hombres. Todo esto es indudable. Evidentemente es de un talento superior, libertarse de las palabras, y ver en la lengua nada más que un intérprete dócil; pero por otra parte, el arte ó mejor dicho la ciencia de la lengua existe, la retórica nos ha legado obras maestras, y parece imposible prescindir de ella.

Estas son las dos opiniones contrarias, entre las cuales estamos perplejos. ¿Cuántas veces he aborrecido mis frases llevado del disgusto de este oficio de escritor que todo el mundo tiene hoy! Las palabras me sonaban á hueco, y me avergonzaba de las colas de epítetos inútiles, de los penachos puestos al final de los periodos, de los recursos que se repetían sin cesar, para introducir en la escritura los sonidos

de la música, las formas y los colores de las artes plásticas. Sin duda existen seductoras curiosidades literarias, un refinamiento de arte que me encanta; pero al cabo es necesario decirlo, este no tiene poder, ni es saludable, ni verdadero, sino brotado del erectismo nervioso á que hemos llegado. Nos hace falta sencillez en el lenguaje, si queremos hacer de él el arma científica del siglo. Y sin embargo, cada vez que me he puesto á leer á Stendhal preocupado con estas ideas, me he desanimado inmediatamente. Le aceptaba con el pensamiento por teoría, cuando no le leía, pero en el momento que le estudiaba, me sentía presa de un disgusto, y en una palabra, no me agradaba. Hubiera querido una composición sencilla, un lenguaje claro, algo así como una casa de vidrio, que dejase ver las ideas en su interior, y hasta soñé con el desprecio de la retórica y con los documentos humanos, presentados en su severa desnudez. Pero decididamente Stendhal no era mi hombre. Algo me molestaba en él, y le admiraba en principio, pero le rechazaba en cuanto llegaba á la aplicación.

Pues bien, ya he comprendido de donde procedía mi desagrado. Stendhal, el lógico de las ideas, no es un lógico de la composición ni del estilo. Esta es su falta, este

es el defecto que le hace desmerecer. ¿No es sorprendente? Es un psicólogo de primer orden, que desenreda con lucidez extraordinaria la madeja de las ideas en el cráneo de un personaje, que enseña el encadenamiento de los movimientos del alma, que establece en ella el orden exacto, y que para explicar cada estado tiene un método de análisis sistemático; pero en cuanto pasa á la composición, en cuanto empieza á escribir toda aquella admirable lógica se desvanece. Da sus notas á lo que salga, y escribe las frases á capricho de la pluma, sin método, sin sistema, sin orden ninguno; aquella es una mescolanza y una mescolanza afectada, de la que parece estar envanecido. No obstante, hay una lógica para la composición y el estilo, que no es en suma más que la misma lógica de los hechos y de las ideas. La lógica de un hecho cualquiera entraña la lógica del orden en que debe presentarsele; la lógica de una idea cualquiera en un personaje, determina la lógica de las palabras que deben expresarla. Observad que no es toda cuestión de retórica, de estilo idealo y brillante, sostengo únicamente que en este espíritu superior de Stendhal había un vacío, ó peor aún, una contradicción. Renegaba de su método, en cuanto pasaba de las ideas á la forma.

No puedo extenderme porque no apunto aquí más que notas sueltas. Además es inútil probar la falta de composición lógica en las novelas de Stendhal, porque esta falta de composición salta á la vista, sobre todo en *La Cartuja de Parma*. Balzac, aun siendo tan entusiasta, ha comprendido perfectamente que la novela no tiene nudo; el asunto depende de los episodios, y el libro que comienza por una introducción interminable, acaba bruscamente en el momento preciso en que ha empezado una nueva historia. En cuanto al estilo entraña no menos rompecabezas. El juicio de Balzac es muy justo. «El lado débil de esta obra es el estilo—dice—en cuanto es un encadenamiento de palabras, porque el pensamiento eminentemente francés, sostiene la frase.» Ese encadenamiento de palabras, no es más que la lógica del estilo; y vuelvo á repetirlo, me admiro, de no hallarla en Stendhal, que es un maestro en el encadenamiento de las ideas. No le censuro por sus descuidos, las repeticiones de términos que se encuentran hasta diez veces en una misma página, ni aun por otras usuales faltas de gramática; lo que le critico es la estructura ilógica de sus frases, y de sus apartes, es el desprecio de todo método en el arte de escribir, es en una palabra, una forma que no es para mí la forma

de sus ideas. Es lógico, cuando escribe con lógica; cuando escribe sin lógica se vale de su sistema de ideólogo en estilo descuidado, y me disgusta porque no es completo, y en su obra se encuentra algo forzado.

Háblase de Saint-Simon, pero Saint-Simon es en medio de su soberbia incorrección, un maestro de la lengua. Su estilo es un torrente que arrastra el oro, al lado del arroyuelo de Stendhal, á menudo muy claro, pero que se quiebra y se enturbia en cada accidente del terreno. No voy á juzgarle como poeta, pues se jacta de no emplear imágenes, de no usar epítetos pintorescos, y de no sacrificarse á la elocuencia, ni á la fantasía. Tomémosle como lo que quiere ser. Pues bien, lo que no es correcto no es claro, lo que está falto de lógica no tiene fundamento. Hagamos caso omiso de la retórica, pero en este caso guardemos la lógica.

Mi sueño es este: tener esa hermosa sencillez que M. Taine encomia, cortar todos nuestros plumajes románticos y escribir con un lenguaje sobrio, sólido y justo; pero escribir este lenguaje de lógicos y de sabios en la forma, cuando pretendiésemos ser sabios y lógicos en la idea. No encuentro ninguna superioridad en pisotear las palabras, cuando se tiene la pretensión de no pisotear las ideas. Si Stendhal ha

escrito incorrectamente y sin método, para demostrar que él era superior y que un psicólogo de su talla se burlaba de la forma, no ha conseguido más que ser inconsecuente y empequeñecerse. Y hasta creo que se equivocaría el que viera en esto el desprecio de un metafísico hacia la materia; no hacía más que obedecer á sus facultades. Lo que quiere decir, en resumen, á la juventud amante de los asuntos literarios, es que el legítimo aborrecimiento de la retórica romántica, no debe impulsar á nadie al estilo ilógico de Stendhal. La verdad no está en semejante reacción, y aun admitiendo que cada cual pueda hacerse un estilo, es necesario procurar hacérsele por el método científico hoy triunfante. Así como un personaje es para nosotros un organismo complejo que funciona bajo la influencia de cierto medio, así la lengua tiene una estructura determinada, por circunstancias humanas y sociales. Se ha dicho con razón que una lengua era una filosofía, y con el mismo motivo puede decirse que una lengua es una ciencia. Escribir mal, no es ser buen filósofo ni buen sabio. Ocupémonos de la forma como nos ocupamos de los personajes, por el análisis lógico. Un libro de composición coja y de estilo incorrecto, es como una persona lisiada. Mi sueño es una

obra maestra, una novela en que el hombre se encuentre completo, en forma sólida y clara, que sería el ropaje que le correspondiera.

Antes de acabar, quiero hacer una observación que me preocupa. ¿En qué consiste que los personajes de Stendhal no quedan grabados en la memoria? Dícese que escribió para gentes superiores, y que de ahí procede la escasa popularidad de los tipos que ha dejado. Esta es una razón, pero no basta, porque Stendhal es hoy suficientemente leído para que el público le conozca, y sin embargo, ni Julián Sorel, ni Mosca, ni la Sanseverina son de nuestra intimidad, como lo son, por ejemplo, el tío Goriot y el tío Grandet. Esto se debe indudablemente, como ya he demostrado, á que los personajes de Stendhal son más bien especulaciones intelectuales que creaciones vivas. Julián Sorel no deja ninguna idea en limpio; es complicado como una máquina cuya función acaba por no verse claramente, sin contar con que suele tener trazas de burlarse del mundo, y añadiendo que no lleva su atmósfera y que queda cortado en ángulo agudo como un razonamiento. El tío Goriot, por el contrario, se mueve en su aire propio, y le vemos vestido, andando y hablando; el análisis, en vez de complicarle, le simplifica; es

sincero y vive por su cuenta. Por esto se impone, y por esto no le olvidamos nunca, después de haberle encontrado una vez. ¿No es anómalo que Balzac, tan tumultuoso y tan arrebatado, sea el genio que simplifica y que da el soplo de la vida á sus personajes, mientras que Stendhal, tan seco y tan claro, no consigue más que complicar á los suyos hasta el punto de hacerles puros fenómenos cerebrales, que parecen no tener existencia? Esto me hace deducir que Stendhal no ha tomado más que la cabeza del hombre para hacer en ella experimentos de psicólogo, mientras que Balzac ha tomado al hombre entero con sus órganos, con los medios naturales y sociales, y ha completado los experimentos del psicólogo con los del fisiólogo.

Voy á terminar. Tras de Stendhal y de Balzac se ha formado un grupo de extraños admiradores, que buscan en las obras de estos maestros las partes fantasmagóricas, las exageraciones de sistema, las hinchazones del temperamento. Así, de Balzac toman la *Historia de los Trece* y *La mujer de treinta años*; sueñan con el gran mundo singular que el autor ha creado, y quieren ser Rastignac ó Rubremprè para conmover á la sociedad, y probar placeres desconocidos. Este es el ramalazo de locura romántica que

ha estropeado el talento de M. Barbey d'Aurevilly. En cuanto á Stendhal es para ellos un extraordinario alquimista del pensamiento humano, que saca de los cerebros la quinta esencia del genio. Julián y Mosca se les aparecen como pozos de profundidad en que ellos se ahogarían, y les agrada la Sanseverina por la seducción de su ingenua perversidad. Con tan peligrosos discípulos, cualquier medianía pasa por hombre inmenso *y lo sublime se tropieza á cada momento en las calles*. No pueden hablar de nada durante diez minutos, sin ocuparse de Balzac y sobre todo de Stendhal, investigando bajo las palabras, manipulando cerebros y descubriendo abismos. No es exageración; conozco algunos jóvenes muy inteligentes, que se explican de esta manera á los maestros del naturalismo moderno. Pues bien: yo declaro sin rodeos, que deliran. Me importa poco que Balzac haya sido el más prodigioso soñador de su tiempo, y que Stendhal haya vivido en el resplandor de la superioridad. Sus obras son las que se discuten, y éstas no tienen hoy de bueno más que la suma verdad que entrañan. El resto quizá sea un estudio curioso, pero nuestra admiración no debe pasar de allí, sobre todo si esta admiración se traduce en reglas de escuela. No es comprender ni tener

cariño á Stendhal, ver el mundo á través de Mlle. de la Môle, y tomar á Mosca por un genio extraordinario. Stendhal es grande, siempre que su admirable lógica le lleva á un documento humano indisputable; pero no es más que un lógico afectado, cuando tortura á su personaje para singularizarle y hacerle superior. Confieso francamente que en este terreno no he podido se-

guirle. Sus pasos de misterio diplomático, su ironía afectada, las puertas que cierra, y tras las cuales no hay, frecuentemente, más que una nada trabajosa, me atacan á los nervios. Es padre de todos nosotros lo mismo que Balzac; ha traído el análisis, ha sido único y excelente, pero le ha faltado la naturalidad de los novelistas de empuje. La vida es más sencilla.

EMILIO ZOLA.

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

(Continuación)



A las ocho de la mañana del 28 ocuparon las compañías prusianas y badenses el *Nationalthor*, el *Fischerthor* y el *Austerlitzthor*. Por la primera de estas puertas salió la guarnición francesa y á su cabeza el general Urrich. La marcha fué al principio ordenada pero pronto salieron soldados borrachos que negaron obediencia y destrozaron las armas. Los prisioneros fueron llevados por de pronto á Rastalt bajo la custodia de dos batallones y dos escuadrones.

La antigua ciudad del reino que hacía doscientos años había sido robada por Francia en medio de la paz, fué tomada por la bravura alemana.

El sitio costó á los alemanes treinta y nueve oficiales y ochocientos noventa y cuatro hombres. No se habían podido ahorrar á la ciudad grandes sufrimientos; cuatrocientas cincuenta casas quedaron completamente destruidas, habiendo diez mil hombres sin hogar y casi dos mil muertos y heridos. Habían sido pasto de las llamas el Museo, la colección de cuadros, el Ayuntamiento, el teatro, la nueva iglesia, el gimnasio, y desgraciadamente también la Biblioteca con doscientos mil volúmenes.

La magnífica catedral mostraba en varios sitios las huellas de los proyectiles, y la ciudadela parecía un montón de escombros. Bajo las ruinas de las fortificaciones atacadas yacían los destrozados cañones.

Con la caída de Toul y Estrasburgo cambió el modo de ser de la guerra. Los cuerpos sitiadores quedaron disponibles para otras empresas y la vía férrea libre para el transporte rápido entre el ejército y la madre patria.

No se podía utilizar el material de guerra de Estrasburgo para el sitio de París; hacía falta repararlo y completarlo, pero mientras, cabía usarlo para la toma de varias plazas pequeñas.

La división de la Landwehr de la guardia, fué enviada al ejército de sitio de París. De la división badense, de la brigada combinada de los regimientos prusianos núms. 30 y 34 y de una brigada de caballería se formó el décimo cuarto cuerpo que salió al mando del general Werder para el Sena superior. La primera división de reserva quedó de guarnición en Estrasburgo.

ACONTECIMIENTOS DELANTE DE PARÍS HASTA EL 15 DE OCTUBRE

Desde la capital, estrechamente cercada por el enemigo, no podía imponer el Gobierno su voluntad en el resto de Francia. Se decidió, por consiguiente, diputar dos de sus miembros á una provincia y se eligió para el objeto á Tours. Sólo en globo podían abandonar á París. Uno de los miembros fué Gambetta, cuya incansable actividad se desplegó durante toda la campaña.

Entre tanto viajaba Thiers por las cortes de Europa para persuadirlas á que intercedieran en favor de Francia.

Después del fracaso del 19 de Setiembre se había renunciado en París á efectuar más empresas ofensivas; no obstante, quedaron las tropas acampadas, bajo la protección de los fuertes, fuera de la capital. Las divisiones del décimo tercer cuerpo entraron en campamentos delante del frente Sur en la planicie de Vincennes; el décimo cuarto estaba detrás del Sena en Boulogne, Neuilly y Clichy delante del Mont-Valerien. Este fué ocupado por dos batallones de línea, después que el día 20 hubieron huido en completa desbandada las guardias móviles del fuerte que por lo tanto resultaba inaccesible. El frente Norte de la ciudad quedó confiado á las guardias móviles.

En la parte alemana se extendieron las posiciones conquistadas por el ejército del Maas desde Chatou á lo largo del Sena, sobre las alturas de Montmorency, y al borde del bosque Bondy hasta el Marne. A éstas se agregaron las posiciones de los württembergueses de Noisy-le-Grand, cortando la península Joinville hasta Ormesson. En el espacio comprendido desde este punto hasta Villeneuve-Saint-Georges entró el 23 el undé-

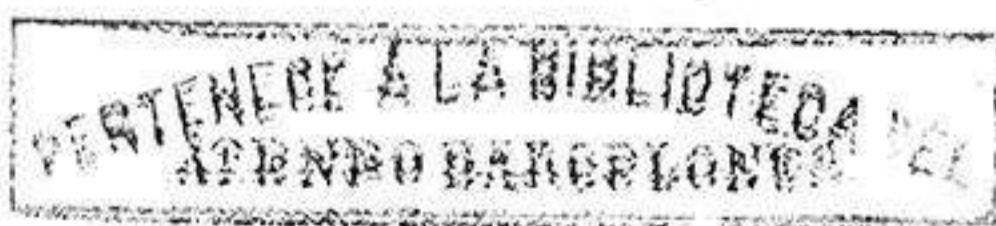
cimo cuerpo que venía de Sedán. El primer cuerpo bávaro se marchó á Longjumeau para la observación en dirección á Orleans. El sexto cuerpo pasó á la orilla izquierda del Sena extendiendo su línea de defensa sobre las alturas al Sur de París hasta Bougival.

El Cuartel general del Rey y el del tercer ejército se estableció en Versailles; el del ejército del Maas en Vert-Galant. Numerosos puentes facilitaban la unión de todos los cuerpos; los telégrafos aseguraban su pronta agrupación, y desde puntos adecuados se observaban todos los movimientos del contrario.

No faltaban alojamientos, pues en todos los pueblos estaban las casas inhabitadas, pero se hizo muy difícil la alimentación. Los habitantes al huir se llevaron el ganado y destruyeron las provisiones; sólo las bodegas eran inagotables. Durante los primeros días hubieron de alimentarse las columnas como pudieron, pero bien pronto hizo la caballería provisión en abundancia. Altos precios y buena disciplina aseguraban los mercados. Sólo las avanzadas se alojaban en vivacs ó en barracas, muchas al alcance de los cañones de la fortaleza, y algunas al del fuego de infantería. En Saint-Cloud, por ejemplo, no podía dejarse ver nadie sin atraer los disparos de los Chassepots hechos desde las persianas de las casas situadas en frente. Los centinelas se relevaban sólo de noche y algunas veces quedaron dos y hasta tres días de guardia. Muy expuestas eran las posiciones de los bávaros en Moulin-de-la-Tour, pues cada visita de un jefe atraía un vivo cañoneo.

Especialmente expuesto á una sorpresa estaba Le Bourget, delante de la línea de inundación. Este pueblo había sido ocupado el 20 por un batallón de la Guardia, huyendo al acercarse éste cuatrocientos guardias móviles, dejando todo su equipaje. A causa del eficaz fuego de las granadas, quedó allí sólo una compañía.

Pequeñas salidas de Saint-Denis resultaron sin éxito, pero en vano intentaron destacamentos del sexto cuerpo ocupar el pueblo Villejuif y el reducto Hautes-Bruyères. Varias veces penetraron, pero siempre tenían que retroceder por la superioridad de los fuertes Bicêtre é Yssy de la división Maud'huy. Los franceses proveyeron el reducto con cañones de grueso calibre.



30 de Setiembre.—El 30 de Setiembre anunció un cañoneo de hora y media desde los fuertes y baterías una salida en dirección al Sur. Poco después de las seis se desplegaron dos brigadas del décimo tercio cuerpo

francés hacia Thiais y Choisy-le-Roi. Fuertes masas de cazadores rechazaron las avanzadas del sexto cuerpo y obligaron á retirarse á la artillería colocada entre ambos pueblos, pero el fuego de la infantería hizo desistir muy pronto al enemigo del ataque. Más al Este penetró una tercera brigada en Chevilly y en la fábrica en la carretera á Belle-Epine, pero á pesar de su decidido ataque, no pudo posesionarse de todo el pueblo. La undécima división fué puesta sobre las armas y salió para el socorro de la duodécima. Se reocupó la fábrica y la artillería prusiana causó al enemigo, que se retiraba sobre Saussaye, tales pérdidas, que huyó en gran desorden, evitando el ataque de la infantería á Hautes-Bruyères y Villejuif. Igualmente se rechazó una brigada que había entrado en L'Hay; dejó ciento veinte prisioneros en su mayoría heridos. Sólo en el cortijo, á la entrada al Norte de Chevilly, se mantuvieron los franceses obstinadamente. Rodeados por todas partes y después de una tentativa de huida se entregaron los defensores en número de ciento.

A las nueve se rechazó el ataque en toda la línea, y en vano se esforzó el general Vinoy en reunir en Hautes-Bruyères sus batallones para una nueva intentona.

Estas pocas horas costaron al sexto cuerpo veintiocho oficiales y cuatrocientos trece hombres, pero á los franceses más del doble.

Dos ataques figurados contra Sèvres y Mesly, en la orilla derecha del Sena, no tuvieron éxito. Las avanzadas alemanas, al principio rechazadas, recobraron á las nueve otra vez sus posiciones.

No habiendo logrado los sitiados abrirse camino al Sur, se acomodaron á construir trincheras en el espacio ocupado por ellos. Fortificaron á Villejuif y estendieron sus líneas desde Hautes-Bruyères, sobre Arcueil, hasta el molino Pichon, de modo que tenían que retirarse las avanzadas bávaras hasta Bourg-la-Reine.

La guarnición de París se limitó durante la primera mitad del mes de Octubre á bombardeos diarios. Se tiraba con el más grueso calibre sobre los más pequeños objetos. Era tal el derroche de municiones, que había que creer que tenían los franceses el empeño de liquidar sus existencias.

Si entraba por casualidad uno de los enormes proyectiles en la guardia de una avanzada, causaba naturalmente grandes destrozos pero con esto no se conseguía nada.

Prescindiendo de este ruido, al cual pronto se acostumbró la gente, se vivía en Versalles, donde se habían quedado los habitantes, en profunda paz. La magnífica disciplina permitió á los ciudadanos cuidarse tranquilamente de sus negocios; los posaderos ganaban buen dinero, y el agricultor cultivaba tranquilamente sus campos y huertas. En Saint-Cloud esta-

ba todo tal como la familia imperial lo había abandonado, hasta que los proyectiles del Mont-Valerien convirtieron el magnífico palacio con sus tesoros de arte en un montón de escombros. Igualmente devastaron los proyectiles franceses el castillo de Meudon, la fábrica de porcelanas de Sèvres y pueblos enteros. Sin necesidad se cortaron la mitad de los árboles del bosque de Bolonia.

Un importante refuerzo recibió la línea del cerco cuando el 10 y 17 de Octubre, la décima séptima división de Toul relevó la vigésima primera en Bonneuil y ésta tomó posiciones entre el cuerpo bávaro y el quinto cuerpo en la línea Meudon-Sèvres. También llegó de Estrasburgo la división de la Landwehr de la guardia y ocupó Saint-Germain.

Se habían observado en París estos movimientos, y para poner en claro la situación, salió el general Vinoy el 13 de Octubre, á las nueve, con veintiseis mil hombres y ochenta cañones, contra la posición del segundo cuerpo bávaro.

Apoyados por el fuego de los cercanos fuertes y de las baterías de campaña, avanzaron cuatro batallones de guardias móviles contra Bagneux, y penetraron hasta la mitad del pueblo, cuyos defensores se retiraron á Fontenay cuando á las once llegó también el décimo regimiento de línea. Reforzados por un nuevo batallón y apoyados por un eficaz fuego de flanco desde Chatillon, opusieron tal resistencia que el enemigo desistió de un avance ulterior, pero se preparó para la defensa de Bagneux. Entretanto se había reunido la cuarta división bávara, y á la una y media avanzó el general Bothmer desde Sceaux á Fontenay contra Bagneux. Las barricadas del enemigo fueron tomadas, pero se defendió muy tenazmente en la parte Norte del pueblo.

También en Chatillon había penetrado una brigada francesa, pero el batallón bávaro estacionado allí se había mantenido hasta que llegaron refuerzos y rechazaron á los contrarios, sosteniendo un violento combate.

Una tercera brigada había ocupado Clamart, que no estaba dentro de la línea del cerco, pero no logró subir la pendiente de Moulin-la-Tour, no obstante que los defensores fueron muy molestados por los proyectiles de los fuertes.

El general Vinoy se había convencido de que en todos los puntos se le oponían bastantes fuerzas, y se decidió á suspender el combate á las tres. Poco á poco desaparecieron los destacamentos franceses detrás de los fuertes. Los bávaros ocuparon su anterior línea de avanzadas, pero reforzaron la guarnición de Bagneux con dos batallones.

Mientras tanto se habían organizado armamentos en toda la Francia. En Rouen y Evreux, en Besançon y principalmente detrás de Loira, se

reunieron masas de ejércitos de importante fuerza, compuestas de las más variadas tropas, para cuya instrucción faltaban ante todo oficiales de profesión. Por de pronto se quiso evitar grandes encuentros, para ocupar continuamente al enemigo en pequeños combates.

A fines de Setiembre avanzó de Evreux el general Delarue con los Eclaireurs de la Seine hasta las cercanías de Saint-Germain. La sexta división de caballería, apoyada por dos batallones bávaros, rechazó estas tropas hasta Dreux, detrás del Eure.

También los bosques delante del frente de la quinta división de caballería estaban llenos de destacamentos enemigos, que fácilmente fueron rechazados sobre Rambouillet á Epernon.

Más seria era la situación al Sur de París, donde la cuarta división de caballería hizo reconocimientos hasta el Loira.

Al rededor de Orleans se había rendido el recién formado décimo quinto cuerpo francés, dividido en tres divisiones, teniendo una fuerza de sesenta mil hombres, que ocupó toda la zona forestal en la orilla derecha del río. Para salir al encuentro del peligro que amenazaba al ejército de sitio, se había enviado, como ya queda dicho, el primer cuerpo bávaro y la vigésima segunda división del undécimo cuerpo, tan pronto como dejaron de hacer falta en Sedán, á Arpajon y Montlhéry. El 6 de Octubre se dió el mando sobre estas tropas y la segunda división de caballería al general der Tann.

COMBATE DE ARTENAY

(10 de Octubre.)

Habiendo recibido el general der Tann la orden de emprender la ofensiva contra Orleans, había avanzado el 9 de Octubre sin encontrar resistencia hasta las cercanías de Saint-Péravy, y el 10 hasta Artenay. La cuarta división de caballería cubría el flanco derecho; la segunda quedó en Pithiviers, donde se encontraban grandes masas enemigas.

También el general La Motterouge había salido el mismo día con el décimo quinto cuerpo francés para Artenay, teniendo ocupado el bosque por guardias móviles. De este modo se encontraron de dos lados las vanguardias muy cerca del punto donde debía terminar la marcha.

Mientras que la caballería bávara rechazó á la derecha la caballería enemiga, se desplegó en Dambron la infantería á espaldas de la carretera. La vigésima segunda división se acercó á Dambron y á ambos lados las divisiones de caballería. Los franceses, molestados por el fuego de las baterías bávaras, se retiraron á Artenay, donde habían preparado posiciones. Atacados por el frente y amenazados por la caballería, emprendieron á las dos, abandonando su campamento, la retirada, que pronto cambió en huida. La caballería cogió cuatro cañones de campaña y doscientos cincuenta prisioneros. Otros seiscientos hombres que habían llegado á Croix-Briquet se entregaron á la infantería bávara.

Los alemanes habían hecho grandes marchas, y por esto se les mandó hacer alto dentro de Artenay y sus alrededores; sólo la vanguardia avanzó hasta Chevilly para continuar al siguiente día el camino á Orleans.

ENCUENTRO DE ORLEANS

(11 de Octubre.)

El día 11 de Octubre pasó la vigésima segunda división, que tenía una fuerza de seis mil hombres, al ala derecha de la vanguardia y expulsó al enemigo de los pueblos, de los cuales algunos habían sido arreglados para la defensa, pero á las diez tropezó con la seria resistencia de una posición atrincherada cerca de Ormes.

El jefe francés había decidido la retirada detrás del Loira, después del fracaso por él sufrido en Artenay, pero para asegurarla, dejó en la orilla derecha mil quinientos hombres, en un terreno muy adecuado para la defensa.

Contra la posición de Ormes hizo el general Wittich desplegarse la cuadragésima cuarta brigada y abrir el fuego de siete baterías. Muy lentamente avanzaron los destacamentos de su ala izquierda, sostenidos por la derecha de los bávaros, contra la posición enemiga, teniendo que tomar por asalto varios cortijos y edificios. El flanco derecho del enemigo perdió por fin su resistencia, y después de un combate de varias horas empezaron los franceses su retirada. Tan pronto como se notó esto, se acercaron dos baterías á una distancia de ochocientos pasos y el regimiento núm. 83 tomó por asalto á las dos de la tarde los reductos, teniendo grandes pér-



didias. Destacamentos de la cuadragésima tercera brigada habían llegado entre tanto á la carretera de Ormes é hicieron ochocientos prisioneros.

Los pueblos, huertas y viñas que rodean á una milla la carretera de Orleans, dificultaron el avance en alto grado, y después de las tres llegó la división á Petit-Saint-Jean donde fueron asaltados los primeros edificios.

El cuerpo bávaro que había encontrado ya en Sarán viva resistencia, avanzó al Bel-Air sufriendo grandes pérdidas y principalmente su artillería. Aquí no permitió el estado del terreno, dedicado al cultivo, el empleo de la artillería, el ataque cesó y todavía á las cuatro y media se mantuvo el enemigo en Les Aides hasta que el avance de la cuarta brigada hasta Murlins amenazó su retirada. Luego opuso nueva resistencia detrás del dique del ferrocarril á mil pasos de la ciudad, y también la fábrica de vidrio y la estación tuvieron que ser tomadas por asalto.

Eran ya las cinco cuando el general der Tann atrajo á su reserva la primera brigada bávara, para dar el golpe decisivo á Grands-Ormes. El regimiento núm. 32 pasó el dique del ferrocarril, en el flanco izquierdo de los defensores, que se retiraron al arrabal Saint-Jean. El primer regimiento bávaro que siguió, fué recibido á la puerta de la ciudad por un vivo fuego, pero poniéndose todos los oficiales á la cabeza tomaron á las siete el mercado.

Los franceses corrieron hacia el puente del Loira; la cuadragésima tercera brigada prusiana y la primera bávara ocuparon los edificios principales y los pasos del río, pero desistieron á causa de la oscuridad, de la persecución, y entraron en vivacs en las plazas de la ciudad.

El combate de este día había costado á los alemanes novecientos hombres que pertenecían principalmente á la tercera brigada bávara. Con esto se había evitado que se molestara al ejército de sitio. Quinientos fusiles, diez locomotoras y sesenta coches de ferrocarril eran un buen botín.

La retaguardia francesa había perdido en los combates aislados y en las retiradas mil ochocientos hombres, pero habían protegido con memorable firmeza la retirada del grueso del ejército del Sur. En campo abierto, donde era muy importante la dirección de las grandes masas, no podían vencer, pero en el combate de las casas desplegaron los defensores un gran valor que no faltaba ni siquiera á los cuerpos franceses recién creados.

Al siguiente día ocupó la primera división bávara, el arrabal Saint-Marceau al otro lado del Loira, y avanzó hasta el arroyo Loiret. La segunda división de la caballería reconoció el terreno hacia el Sologne y la cuarta á la orilla derecha en dirección al Este.

El décimo quinto cuerpo francés había continuado su retirada hasta Salbris y Pierrefitte detrás del Sauldre.

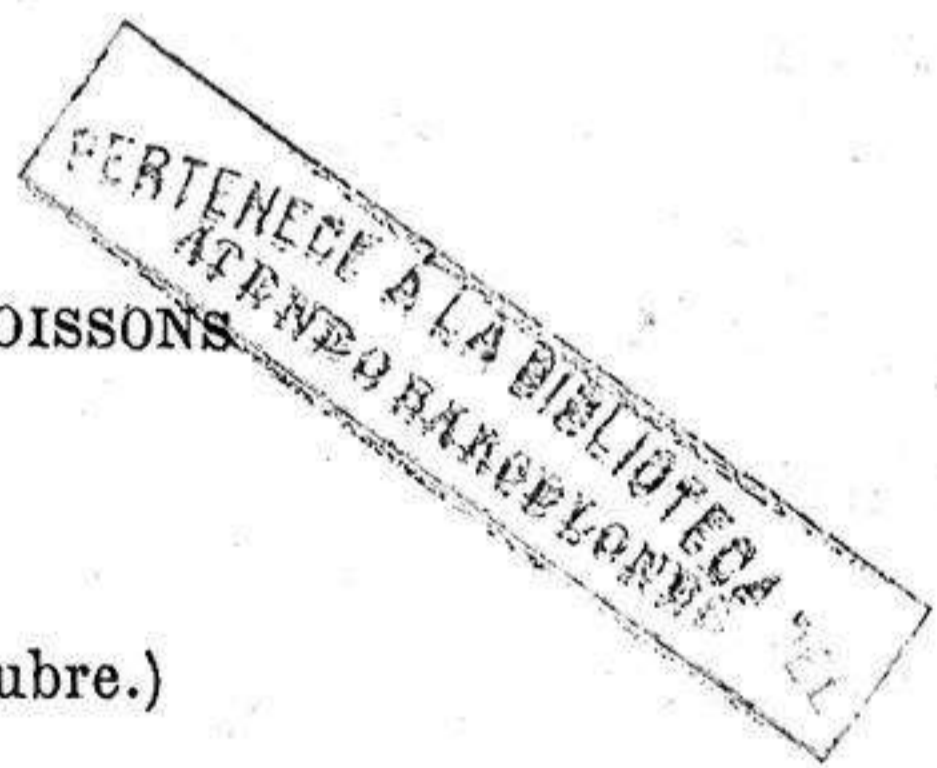
Se hubiera deseado extender la persecución hasta Vierzon y Tours para destruir en el primero de estos puntos grandes provisiones de armas y expulsar del segundo la delegación del Gobierno. Pero no había que olvidar que si bien el ejército francés había sido batido en Artenay, se escapó por la retirada, favorecida por el terreno, de una derrota. El general der Tann disponía de relativamente poca infantería y por todas partes se veían masas enemigas. En Blois, más abajo de Orleans, y en Gien, más arriba de esta ciudad, había aparecido un nuevo ejército francés; el décimo sexto cuerpo, en el bosque de Marchenoir y delante de Châteaudun encontró la caballería resistencia y en todas partes se presentaron los habitantes y guerrilleros muy decididos, teniéndose la seguridad de que fuerzas militares venían detrás de ellos.

Había que limitarse, por consiguiente, á tener principalmente ocupada la línea del Loira y Orleans, para cuyo objeto parecían lo suficiente el cuerpo bávaro y la segunda división de caballería. La vigésima segunda división de infantería y la cuarta división de caballería, recibieron orden de volver al tercer ejército, pero en la marcha debían dispersar los guerrilleros que se presentaron en Châteaudun y Chartres.

El general der Tann hizo preparar el derribo de los puentes sobre el Loiret y el Loira, se organizó una línea de etapas á Longjumeau y el batallón de los ferrocarriles bávaro trabajaba en la restauración de la vía férrea á Villeneuve.

TOMA DE SOISSONS

(15 de Octubre.)



Soissons impedía el uso del ferrocarril que había empezado á funcionar hasta Reims, desde la toma de Toul.

Sin éxito fué bombardeada la plaza por baterías de campaña cuando el ejército del Maas pasó por allí en su marcha á París. Desde entonces había sido únicamente observada, hasta que el 6 de Octubre ocho batallones de la Landwehr, cuatro escuadrones, dos baterías, dos

compañías de ingenieros y dos de la artillería de sitio, efectuaron el cerco completo.

Soissons estaba asegurada contra el asalto por muros de ocho metros de altura é inatacable al Sur por las aguas detenidas del arroyo Crise. El frente Sureste tenía por el contrario, fosos secos, y á la distancia de un cuarto de milla de la plaza estaba el Mont-Marion de noventa metros de altura. Contra este lado se dirigió por consiguiente el ataque de la artillería prusiana, cuando el 11 de Octubre llegaron de Toul veintiseis cañones de sitio, con ciento setenta tiros y diez morteros franceses. El gran duque de Mecklemburgo tomó el mando.

Con clara noche de luna fué ejecutada la construcción de las baterías por la artillería é infantería en las alturas de Sainte-Généviève, Belleu y el Mont-Marion. El 12 de Octubre á las seis de la mañana abrieron el fuego todos á la vez.

Los sitiados contestaron con gran violencia pero con poco éxito y pronto logró el tiro seguro de la artillería prusiana, combatir la del enemigo en el frente de ataque.

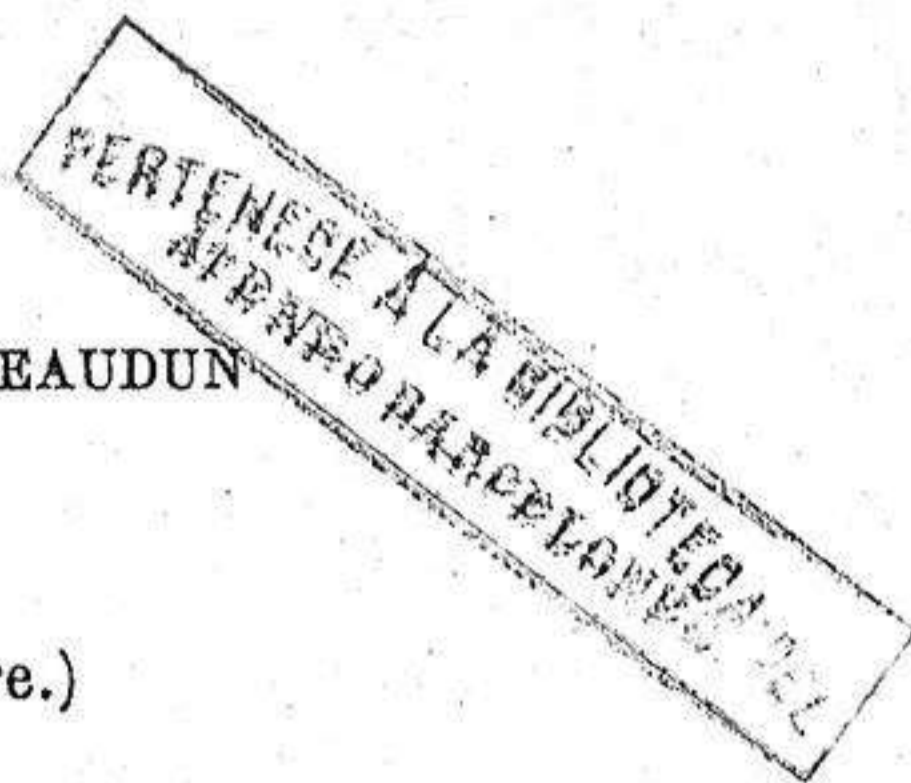
Al siguiente día se vió una reducida brecha; el fuego del enemigo disminuyó mucho, pero el comandante se negó á entregarse. Llevó catorce cañones más al frente Sur, así que las baterías en Sainte-Généviève se vieron muy apuradas. Durante el ataque trabajaron los franceses en la restauración de los daños causados, llevaron nuevos cañones sobre la valla y cerraron la brecha.

El 15 de Octubre fueron destruidos estos trabajos por la artillería que logró abrir una brecha de cuarenta pasos de anchura. Sosteniendo la plaza todavía un vivo fuego se resolvió hacer avanzar la artillería de campaña hasta nuevecientos pasos. Habiendo empezado la ejecución de esta orden á las ocho de la noche, entabló el comandante negociaciones y entregó la fortaleza bajo las mismas condiciones de Sedán. En su mayoría embriagada, salió á la mañana siguiente la guarnición. Mil guardias móviles se marcharon bajo promesa á sus casas, tres mil ochocientos hombres fueron hechos prisioneros.

El ataque había costado ciento veinte hombres. El botín de guerra lo constituían ciento veinte y ocho cañones, ocho mil fusiles y grandes provisiones de víveres.

ASALTO DE CHATEAUDUN

(18 de Octubre.)



En cumplimiento de la orden recibida, había llegado el 18 de Octubre, por la tarde, el general Wittich con la vigésima segunda división delante de Châteaudun. Las tropas francesas de línea tenían la orden de retroceder hasta Blois, pero mil ochocientos guardias nacionales y guerrilleros estaban detrás de los muros y barricadas para recibir al enemigo. El ataque de la infantería tropezó también con dificultades del terreno, y cuatro baterías hubieron de entrar en acción durante algún tiempo.

Al oscurecer se emprendió el asalto. En el interior de la ciudad hizo el enemigo una defensa desesperada. Se tuvo que tomar casa por casa; el combate duró hasta muy entrada la noche, y una gran parte del lugar ardía. Los guerrilleros se escaparon al fin, dejando ciento cincuenta prisioneros y á los habitantes entregados á su suerte; por haber tomado parte en esta lucha hubo de pagar el paisanaje una contribución de guerra.

El 21 al medio día llegó la división á Chartres donde se dijo había diez mil franceses. Aquí atacaron la infantería de marina y guardias móviles, pero fueron rechazados por los disparos de siete baterías. El jefe había desplegado las dos brigadas al Sur de la ciudad y cercado ésta por la caballería á la cual se agregó la sexta división.

La suerte de Châteaudun había influido en las autoridades civiles, y á las tres se convino que las tropas se marchasen, que los guardias móviles depusieran las armas y que la ciudad tenía que abrir sus puertas.

El general Wittich recibió la orden de permanecer en Chartres; la sexta división de caballería tenía que ocupar Maintenon para asegurar el ejército del sitio en dirección al Este.

No menos escrupulosamente se habían efectuado los armamentos en el Norte, en la Picardía y la Normandía. La división de caballería sajona, apoyada por algunos destacamentos del ejército del Maas, había rechazado al principio del mes de Octubre á los francotiradores y las guardias móviles del Oise y Epte hasta Amiens, y hecho algunos centenares de prisioneros. Pero siempre volvían huestes nuevas que tenían que ser ataca-

das en Breteuil, Montdidier y Etrêpagny, de modo que para la seguridad del ejército de sitio en esta dirección, había que emplear once batallones, veinticuatro escuadrones y cuatro baterías. Hacia fines de Octubre se presentaron destacamentos de franceses de tal fuerza, que al principio había que limitarse á la defensa de la línea del Este.

También al Sudeste, en la zona forestal de Fontainebleau, aparecieron guerrilleros que amenazaron principalmente á la caballería que acompañaba los convoyes de víveres, y en Nangis entorpecieron el transporte de los cañones de sitio. Un débil destacamento de württembergueses ocupó Montereau, cuyos habitantes entregaron las armas, y se marchó luego á Nogent. En este lugar había fuertes destacamentos de guardias móviles. Habiendo abierto brecha en el muro del cementerio, penetraron los württembergueses en la ciudad. Los franceses opusieron aún en el interior una gran resistencia, pero se retiraron finalmente á Troyes dejando seiscientos heridos y muertos. Después de haber andado en seis días veintisiete millas, llegó el pequeño destacamento de reconocimiento á su división.

SALIDA CONTRA MALMAISON

(21 de Octubre.)

La capital de Francia llevaba ya cercada más de cuatro semanas y no era difícil que sucumbiera por hambre. Las salidas hasta ahora no tenían otro objeto que alejar al contrario de las angustiosas cercanías. De una nueva intentona se esperaban grandes resultados. Se quiso pasar el Sena cerca de Bezons y Carrières y atacar las posiciones del cuarto cuerpo prusiano en las alturas de Argenteuil desde el Sur y Saint-Denis desde el Este. Se intentaba continuar luego la marcha sobre Pontoise á Rouen en una comarca no agotada aún, y llevar allí también por ferrocarril sobre el Mans el ejército del Loira para reunir una fuerza de doscientos cincuenta mil hombres.

El quinto cuerpo prusiano estaba próximo al flanco de esta salida sobre el Sena y las avanzadas de este cuerpo habían aparecido ya varias veces en Rueil. El general Ducrot se encargó de rechazar al enemigo con diez mil hombres y ciento veinte cañones de campaña, hacer atrincheramientos desde el Valerien hasta Carrières y aislar la península en dirección al Sur.

Quizá no tenía sólo el deseo de hacer algo á causa de la temida «*opinion pública*» y de las maquinaciones de los partidos en París, pues no se puede creer fácilmente en la seriedad de la ejecución de un plan tan vasto. Grandes dificultades se oponían ya al ataque de la línea enemiga, y mayores debían ser aún caso de tener ésta un feliz éxito. No se podía esperar en pasar los convoyes que hacen falta para la alimentación de un ejército. Grandes serían los apuros cuando se hubiese gastado la ración de tres días que podían llevar los soldados. Para vivir del país tenía que ensancharse el ejército, pero perseguido por el enemigo se vería precisado á marchar muy junto. Por lo demás, no se comprende la razón que se tenía para alejar las fuerzas de la capital que antes se habían reunido allí para su defensa. Sólo se podía obtener un éxito teniendo por fuera otro ejército que podía ayudar al que intentaba salir.

Habiendo mantenido el Mont-Valerien durante toda la mañana del 21 de Octubre un fuego completamente inútil, se preparó el general Ducrot á la una para el ataque contra la posición de la décima novena brigada prusiana, que con sus avanzadas tenía ocupada la línea Bougival-Jonchère-Haras. Catorce baterías de campaña francesas se desplegaron á ambos lados de Rueil y al pié del Valerien, mientras que detrás de este frente de artillería avanzaba la infantería en cinco columnas.

En el lado alemán sólo dos baterías podían al principio oponerse á este desigual combate de cañones; una de las baterías, cerca de la Villa Metternich tuvo que retroceder. Las del enemigo avanzaron á la derecha á mil cuatrocientos pasos de Bougival, y á las tres salieron contra este punto cuatro compañías de zuavos. Recibidas por un vivo fuego, se arrojaron sobre el parque de Malmaison, y ocuparon, sin ser molestados, el castillo Buzenval y la pendiente al Este del desfiladero Cucufa. Aquí pasó una de sus baterías á la línea de cazadores para apoyarlos.

Mientras que el grueso de la novena división avanzó desde Versailles á Vaucresson, se desplegó la décima en el desfiladero y en la Villa Metternich. El combate de la infantería duró una hora y causó á los franceses grandes pérdidas. Cuando á las cuatro parecían bastante atemorizados, y después de haber llegado un refuerzo de la Landwehr de la guardia de Saint-Germain, avanzó el ala izquierda de los alemanes de Bougival sobre la altura de Jonchère, penetró en Malmaison y persiguió á los zuavos que se retiraban hasta Rueil. Al mismo tiempo había avanzado el ala derecha, rodeando el desfiladero Cucufa, contra la pendiente Este, rechazó el enemigo, tomó dos cañones y ocupó el castillo Buzenval.

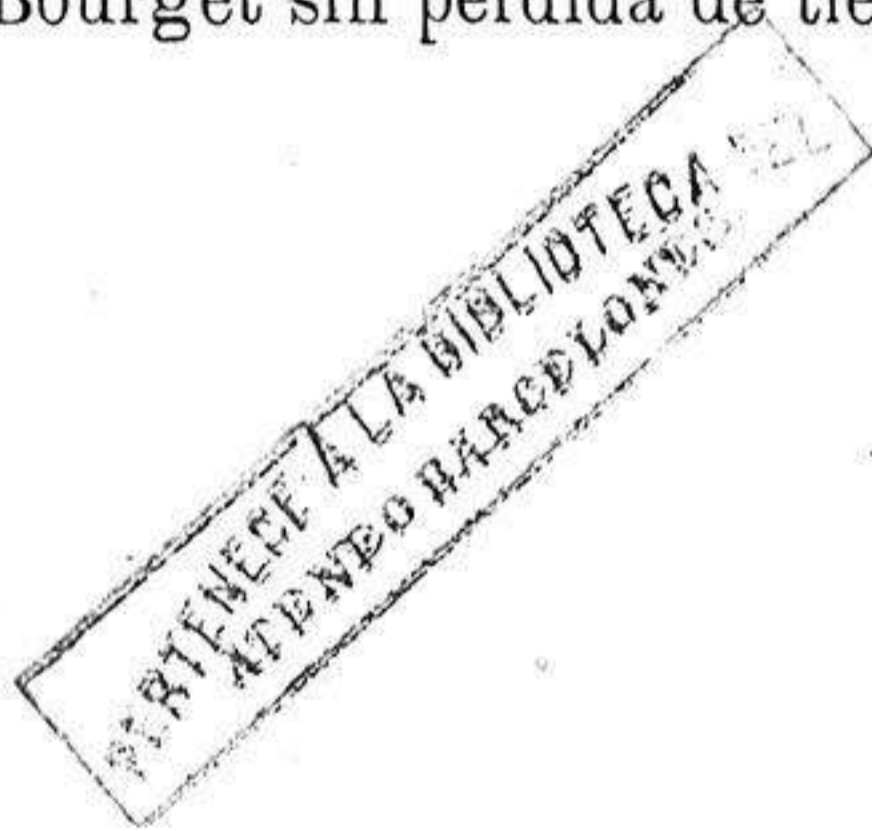
Los franceses se retiraron de todas partes y á las seis enmudeció el

fuego. La décima división que había aguantado el ataque sin más ayuda, entró otra vez en su línea anterior de avanzadas.

El combate costó á la división cuatrocientos hombres. Los franceses perdieron en la empresa fracasada quinientos muertos y heridos y ciento veinte prisioneros.

Pronto empezaron los franceses á levantar trincheras á ochocientos pasos delante de la línea del cuerpo de guardia, y el 28 de Octubre salió al amanecer el general Bellemare con un destacamento de varios batallones contra El Bourget.

La sorprendida compañía tenía que retroceder hasta Pont-Iblon y Blanc-Mesnil. Los franceses levantaron en seguida en el pueblo barricadas y lo arreglaron para una defensa duradera. En vano intentó un batallón por la tarde rechazarlos, pues tuvo que retroceder sufriendo grandes pérdidas. Tampoco lo podían conseguir treinta cañones de campaña que se colocaron en Pont-Iblon. El príncipe heredero de Sajonia dió orden de tomar El Bourget sin pérdida de tiempo.



ASALTO DE EL BOURGET

(30 de Octubre.)

Para el cumplimiento de esta orden se reunieron el 30 de Octubre al mando del teniente general Budritzki, nueve batallones de la segunda división de la Guardia con cinco baterías en Dugny, Pont-Iblon y Blanc-Mesnil.

Habiendo abierto la artillería á las ocho, el combate desde el arroyo Morée, salió la infantería que recibió en el campo completamente al descubierto, no sólo el fuego de Bourget, sino también el de los cañones de grueso calibre de los fuertes. Sin embargo penetraron en el pueblo á las nueve, sobre las barricadas á la salida al Norte y por aberturas en los muros, hechas rápidamente por los ingenieros, á la cabeza de la columna media, dos batallones del regimiento Reina Isabel. Contra el lado Oeste avanzaron los granaderos del regimiento Kaiser-Franz y se posesionaron del parque. Al avance en el pueblo se desarrolló un combate de casas en el cual murieron los jefes de los dos regimientos, coronel Zaluskowki y el conde Waldersee. Las casas á la izquierda de la calle, rodeadas de muros, fueron toma-

das una á otra, se subió á las ventanas de la iglesia que estaban á bastante altura, y el combate continuó cuerpo á cuerpo. Desde el parque penetraron los cazadores de la Guardia en la fábrica de vidrio.

A las nueve y media intentaron los franceses traer refuerzos de Aubervilliers y Drancy, al Bourget, pero entre tanto la columna izquierda había tomado el dique del ferrocarril, ocupándole destacamentos del regimiento Emperador Alejandro que habían penetrado en la parte Sur del pueblo. Dos baterías tomaban posición en el Molette-Bach, su fuego rechazó al enemigo y le obligó á evacuar Drancy.

A las diez se mantenían aún los franceses en los edificios al Norte de la Mollette. Estos fueron atacados desde el Sur. La cuarta compañía del regimiento Emperador Alejandro pasó el arroyo y penetró por una abertura hecha por los ingenieros en el cortijo donde tenía el enemigo reunidas sus fuerzas principales. Había que vencerlos con la culata y la bayoneta, y el coronel francés Baroche sucumbió en la lucha.

Si bien se encontraban á las once las tres columnas de ataque en el interior del pueblo, continuó el enemigo hasta la tarde combatiendo con gran ensañamiento desde las casas y huertas, arrojando todos los fuertes del frente Norte de París sus granadas en el pueblo. No pudieron antes de la una y media volver las tropas por compañías á sus cuarteles. Desde entonces quedaron dos batallones en El Bourget de guarnición.

La desesperada resistencia demostró cuán gran valor daban los franceses á la posesión de este punto. A la segunda división de la Guardia costó la victoria quinientos hombres. No se conocen las pérdidas del enemigo, pero se hicieron mil doscientos prisioneros.

Este nuevo fracaso aumentó el descontento del pueblo de París. Partidos de destrucción que siempre se encuentran, tomaron una actitud amenazadora. Era ya imposible ocultar los fracasos y cada vez padecía más el prestigio del Gobierno. Se le acusó de incapacidad y de traición. La gente amotinada pidió armas y una parte de la Guardia nacional apoyó estos desórdenes. Se rodeó el Ayuntamiento, gritando: «Viva la Commune.» Si bien otras tropas dispersaron á los rebeldes, quedaron sin castigo los verdaderos jefes, que eran bien conocidos.

El 31 de Octubre pasaron de nuevo masas turbulentas por las calles. Habiendo prohibido el general Trochu á los centinelas del Ayuntamiento hacer uso de las armas, penetraron en él los revoltosos. Los miembros del Gobierno fueron sus prisioneros hasta que por la noche algunos batallones fieles los libraron.

Thiers, que había vuelto de su excursión por las cortes de Europa, creyó que había llegado el momento de renovar las negociaciones en Versa-

lles. Se hallaban los alemanes inclinados á conceder aún un armisticio, pero la condición referente á la provisión de la capital con víveres fué rechazada y continuaron las hostilidades.

Por este tiempo, hacia fines de Octubre, había cambiado la situación en el Mosela de tal modo, que influyó en la marcha de la guerra.

Por el rescate de prisioneros alemanes y franceses que habían luchado en Sedán, se supo en Metz la derrota. El mariscal Bazaine declaró que el ejército del Rhin defendería el país contra el enemigo y el orden público contra las malas pasiones. Este párrafo final se puede explicar de muy diversos modos.

A la política alemana podía convenirle que hubiese, además del Gobierno exigente y débil de París, un poder en Francia con el cual se pudiera tratar de la terminación de la guerra. Se permitió por esta razón la entrada en Metz á un pretendido agente de la expulsada familia imperial. Pero como éste no pudo legitimarse ante el mariscal Bazaine, obtuvo el general Bourbaki el permiso de pasar por las avanzadas alemanas para marchar á Londres, donde la emperatriz Eugenia rehusó toda intervención en la difícil situación de Francia. El general se puso en Tours á disposición del Gobierno de la defensa nacional.

El ejército, encerrado en Metz, observaba desde el día de Noisseville una actitud expectante.

Al principio había víveres para los setenta mil habitantes y los campesinos que se refugiaron en Metz, para tres meses y medio, y para la guarnición reglamentaria para cinco; el ejército del Rhin tenía únicamente para cuarenta y un días y avena para veinticinco.

Las existencias de víveres para las tropas fueron continuamente re- puestas por compras de los habitantes, pero pronto se disminuyeron las raciones de pan, y para tener carne había que matar caballos. La mayoría de los regimientos de caballería sólo podían presentarse con dos escuadrones.

En la parte alemana ofreció grandes dificultades la alimentación de ciento noventa y siete mil trescientos veintiseis hombres y treinta y tres mil ciento treinta y seis caballos. La peste que reinaba en el ganado alemán limitaba el envío de carnes. La alimentación había que completarla con conservas. Raciones aumentadas de avena recompensaban la escasez de heno y paja.

Las bajas del ejército se habían cubierto por repuestos, pero el transporte de los prisioneros exigía el empleo de catorce batallones. No se había logrado aún construir bastantes barracas, y una cuarta parte de las tropas quedaron sin techumbre en un tiempo frío y lluvioso. Poco á poco aumentó el número de los enfermos hasta cuarenta mil.

Si bien llegaron cincuenta cañones de sitio, se vió que era inútil el bombardeo de Metz, puesto que á causa del superior calibre de los cañones de la fortaleza podían ser empleados sólo por la noche y con un cambio continuo de posición. Era necesario, por consiguiente, esperar y armarse de paciencia.

Los sitiados habían vivido ya cuatro semanas de sus provisiones, y para aumentarlas y animar el espíritu abatido de las tropas, decidió el Jefe recoger todas las provisiones de los pueblos en el interior de la fortaleza, desplegando para ello sus fuerzas.

El 22 de Setiembre al medio día había sostenido el fuerte Saint-Julien un vivo fuego contra el primer cuerpo. Fuertes destacamentos de infantería avanzaron al Este contra los pueblos, rechazaron las avanzadas y volvieron con los víveres á Metz. Otra empresa semejante realizada por la tarde del siguiente día, no tuvo tan feliz éxito. Bajo el fuego de las baterías prusianas tuvieron que volver vacíos los carros. El 27 de Setiembre se hizo una salida con el mismo objeto en dirección al Sur, que tuvo por resultado pequeñas escaramuzas y la prisión de una compañía en Peltre. Una salida al mismo tiempo, en la orilla izquierda del Mosela, fracasó por la pronta llegada de la artillería del cuerpo de sitio.

Al Norte de Metz se había observado Diedenhofen sólo por un débil destacamento que no podía impedir que la guarnición hiciera reconocimientos hasta la cercana frontera, tomara algunos prisioneros, conquistara cincuenta carros cargados de provisiones y llevara desde Luxemburgo por el ferrocarril, restaurado por ella, todo un tren de provisiones.

El ejército del Rhin podía tener en esta guarnición, distante sólo una marcha, un buen socorro si lograba salir de Metz. El príncipe Federico Carlos reforzó por esto el cerco al Norte en la orilla derecha del Mosela. El 1.º de Octubre entró el décimo cuerpo en la posición de la división de reserva Kummer que pasó á la orilla izquierda. El primero, séptimo y octavo cuerpos se estrecharon más, y el segundo se encargó de la defensa de la parte comprendida entre Seille y Mosela; también se reforzaron las tropas delante de Thionville.

El Mariscal había resuelto intentar de nuevo la salida al Norte sobre ambas orillas del rio. Detrás de Saint-Julien y desde la isla Chambiére se levantaron nuevos puentes, y en escaramuzas de varios días se rechazaron las avanzadas en el Este y Norte. Apoyados por el fuego de los fuertes se posesionaron los franceses de Lessy y Landonchamps. Se designaron las tropas que tenían que quedarse en Metz, y los restantes fueron examinados respecto á su aptitud para resistir marchas. Se cambiaron señales de fuego con Diedenhofen y se preparó la salida para el 7 de Octubre.

De repente cambió el jefe francés su modo de pensar, y toda la empresa se redujo á una requisita de forrajes. Para ésta se pusieron en movimiento la división de la Garde-Voltigeur, el sexto cuerpo, y en los bosques de Woippy el cuarto. En la orilla derecha debía ser apoyado este movimiento por el tercer cuerpo.

Se tenían preparados cuatrocientos carros para conducir provisiones de las grandes granjas del Norte de Ladonchamps.

SALIDA DE METZ HACIA BELLEVUE

(7 de Octubre.)

Debió emprenderse la marcha de Woippy á las once; aunque la partida se demoró hasta la una, las compañías de la Landwehr prusiana que se encontraban en los puestos avanzados, tuvieron que ceder ante un enemigo considerablemente superior. Defendieron las granjas hasta agotar totalmente sus municiones, y el enemigo les hizo un buen número de prisioneros. Pero la artillería de la Landwehr impidió á éste llevar las provisiones á Metz; la quinta división se dirigió desde Norroy sobre el flanco de la columna de ataque de los franceses, que fueron rechazados hacia Bellevue, donde se empeñó un combate.

En la orilla derecha del Mosela el tercer cuerpo francés se había adelantado hacia Malroy y Noisseville. En este punto se retiraron igualmente las avanzadas, aunque, permaneciendo detrás de ellas, dispuestos á sostener la lucha, el décimo cuerpo y poco después el primero. Pero los dos generales que mandaban esos cuerpos de ejército, advirtieron en seguida que no se trataba más que de un ataque simulado. A las dos y media el general Voigts-Rhetz, á pesar de encontrarse amenazado, mandó franquear el Mosela á una de sus brigadas (la treinta y ocho) por Argancy, para auxiliar á la división de la Landwehr; y, como el general Manteuffel le enviase refuerzos á Charly, dió la orden de que pasase también á la otra orilla la treinta y siete.

En cuanto recibió los primeros refuerzos, el general Kummer tomó la ofensiva: después de una acción muy reñida, arrebató las granjas al enemigo, que empezaba ya á batirse en retirada; y, sostenido por las fracciones de la quinta división que apoyaba su derecha, penetró en Bellevue ha-

cia las seis de la tarde. Pero los franceses conservaban aún á Ladonchamps. La división diez y nueve, de concierto con la reserva, avanzó bien entrada la noche contra esa localidad. La granja del castillo, rodeada de fosos llenos de agua, hallábase defendida por buenas trincheras y sólidamente ocupada por la infantería y la artillería. Como no había ya bastante luz, los alemanes no pudieron hacer romper el fuego á sus baterías, y el ataque de la infantería no dió resultados. Salvo este punto, los alemanes volvieron á ocupar todos los demás en que se habían apostado antes de la salida.

Las pérdidas de los prusianos ascendieron en esa jornada á mil quinientos hombres entre muertos y heridos; además desaparecieron quinientos. Los franceses dicen que no perdieron más que mil ciento noventa y tres hombres.

En previsión de que ese ataque fuese un preludio de la salida decisiva, las tropas alemanas se mantuvieron en las posiciones que ocupaban al terminar la acción, á fin de estar prontas, si el enemigo renovaba el ataque á la mañana siguiente.

En efecto: el 8 de Octubre, á primera hora, los fuertes rompieron un fuego vivísimo contra las granjas, mientras que las baterías alemanas disparaban sus proyectiles contra Ladonchamps. Después avanzaron por la orilla derecha del Mosela nutridas columnas, pero no ejecutaron ataque serio en ningún punto. Así, pues, las tropas prusianas volvieron á poco á sus acantonamientos.

El combate de la artillería continuó los días siguientes, pero con menos vigor cada vez. La persistencia de las lluvias hacía imposibles las operaciones á campo raso y agravaba los sufrimientos de los dos ejércitos. En Metz se dejaba sentir cada vez más la falta de víveres: el comandante de la plaza participó el 8 al Mariscal que no tenía más que para doce días. A pesar de todo, un Consejo de Guerra, reunido por este último el 10, opinó que continuase la resistencia, porque el ejército del Rhin prestaba el mayor servicio á la patria, deteniendo aún bajo Metz á un ejército enemigo.

En aquel momento el Mariscal envió al general Boyer á negociar con el gran Cuartel general de Versalles; pero sus instrucciones eran obtener que el ejército se retirase sin deponer las armas y rechazar en absoluto las condiciones de la capitulación de Sedán.

Ahora bien: el Estado Mayor alemán no ignoraba en modo alguno la situación de Metz. Diariamente crecía el número de soldados franceses que se dejaban prender de grado, yendo á desenterrar patatas. Sabíase que habían estallado desórdenes dentro de la ciudad, que en aquellos motines habían tomado porte soldados y que se había intimado al general en Jefe que

reconociese la República. Habiendo declarado á su vez la Emperatriz que no consentiría jamás en una cesión de territorio, no podía pensarse en negociar bajo el punto de vista político con el general en jefe del ejército del Rhin.

El 20 de Octubre la plaza dejó de suministrar víveres al ejército, y las tropas apenas comían ya más que carne de caballo. El efectivo en caballos se elevaba en un principio á 20.000; cada día disminuía en 1.000. La falta de pan y de sal era la privación más dura para los hombres. Además, aquel suelo arcilloso estaba empapado hasta el punto de hacerse imposible la permanencia en los campos.

Después de romperse las negociaciones entabladas en Versalles, un Consejo de Guerra celebrado el 24 reconoció que se imponía la necesidad de entablar nuevas negociaciones con el general en Jefe del ejército sitiador.

Las primeras entrevistas fueron infructuosas, porque el Mariscal insistió en pedir que su ejército pudiese retirarse sin capitular á Argelia, si era preciso, y que se empezase por concederle un armisticio y el abastecimiento de la población. El general en Jefe alemán pedía que se le rindiese la plaza y que el ejército fuese prisionero de guerra. Con esas condiciones se firmó finalmente la capitulación en la noche del 27 de Octubre.

NUEVA DISTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS DEL SEGUNDO EJÉRCITO

La capitulación de Metz, que el príncipe Federico Carlos había logrado imponer al enemigo, á despecho de las mayores dificultades, modificaba profundamente la situación entera.

El Cuartel general superior no había esperado la consumación de la catástrofe para tomar disposiciones sobre las grandes unidades de que iba á disponerse. Previendo su inminencia, envió las órdenes de antemano á los generales en jefe.

He aquí esas medidas: los cuerpos primero, séptimo y octavo iban á formar, con la tercera división de caballería, el primer ejército mandado por el general Manteuffel. Ese ejército debía marchar en dirección hacia Copiègne para cubrir el ejército sitiador al Norte de París. Tenía que cum-

plir también otras misiones: ocupar á Metz y sitiar á Thionville y Montmédy.

El segundo ejército, colocado bajo las órdenes del príncipe Federico Carlos, comprendería los cuerpos segundo, tercero, noveno y décimo. Debía ponerse en marcha hacia el curso medio del Loira.

OPERACIONES DEL DÉCIMO CUARTO CUERPO EN EL SUDESTE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
MUSEO DE ARTE Y HISTORIA (Octubre.)

Cuando se formó el décimo cuarto cuerpo después de la caída de Estrasburgo, recibió la misión de asegurar las comunicaciones entre el ejército detenido delante de Metz y el estacionado delante de París.

En este supuesto, el general Werder no debía esperar librar grandes batallas, sino tener multitud de encuentros en puntos muy diferentes. A fin de que cada una de sus cuatro brigadas pudiese librar acciones sin el auxilio de las otras, las proveyó á todas de artillería y caballería.

Formado de esta suerte, el décimo cuarto cuerpo pasó los Vosgos por los caminos de Schirmek y de Barr. Las partidas de francotiradores fueron rechazadas, sin gran pérdida de tiempo, de los pasos que trataban de defender. Pero al salir de la montaña, se encontró una resistencia más seria.

Desde principios de Octubre el general Cambriels se hallaba apostado en Epinal con unos treinta mil hombres de tropas francesas, y bajo su protección se reunían en el Mediodía de Francia numerosos batallones de Guardia móvil y de Guardia nacional.

El 6 de Octubre el general Degenfeld se adelantó con la vanguardia badense por las dos orillas del Meurthe en dirección á Saint-Dié. Fuerzas muy superiores cercaron por todas partes su columna, muy poco numerosa; pero no por eso dejó de arrebatarse al enemigo en sucesivos ataques los pueblos que ocupaba.

Se batieron durante siete horas, al cabo de las cuales el enemigo tuvo que retirarse en dos direcciones diferentes, hacia Rambervillers y Bruyères. Los alemanes habían perdido cuatrocientos hombres, y los franceses mil cuatrocientos. El destacamento badense vivaqueó en el campo de batalla, y penetró al siguiente día en Saint-Dié, evacuado por el enemigo.

Efectivamente: el general Cambriels había acumulado todas las fuerzas disponibles en posiciones atrincheradas en Bruyères. Las brigadas badenses las alcanzaron el 11 de Octubre; desalojaron á los guardias móviles y á los cuerpos franceses de las localidades situadas delante de Bruyères; escalaron las alturas que se elevan á derecha é izquierda de la localidad, y forzaron la entrada sin sufrir grandes pérdidas. Los franceses se batieron en retirada hacia el Sur, camino de Remiremont.

A pesar de su gran superioridad numérica, el enemigo opuso débil resistencia á los alemanes, lo que indujo á suponer al general Werder que apenas le haría frente ya, mientras se encontrase al Norte de Besançon. Revocó, pues, quizá algo prematuramente, la orden que había dado de continuar la persecución; y, concentrando sus fuerzas alrededor de Epinal, apoderóse de este punto tras un empeño sin consecuencias. Desde aquí organizó un camino militar y una línea telegráfica para ponerse en comunicación con Lunéville y Nancy; instaló almacenes y atrajo hacia sí los convoyes que habían seguido al cuerpo de ejército pasando por Blamont y Baccarat. En cambio, no se pudo restablecer inmediatamente el ferrocarril que sigue el curso del Mosela, el cual había sido destruido por el enemigo, y durante un lapso de tiempo bastante largo fué imposible servirse de él.

Entonces el general Werder, ateniéndose á la orden que había recibido el 30 de Setiembre, quiso dirigirse por Neufchâteau hacia el curso superior del Sena. Pero el Cuartel mayor general le ordenó por telégrafo que ante todo rechazase completamente al enemigo que tenía más cerca, es decir, al general Cambriels.

Cumplimentando esta orden, se puso en marcha hacia Vesoul por Conflans y Luxeuil. Precisamente acababan de avisarle que el enemigo se había detenido en el Ognon, acantonándose y recibiendo refuerzos.

El general Werder decidió atacarlo inmediatamente. Mandó á sus brigadas que ocupasen el 22 de Octubre los puntos de paso del río, reservándose dar órdenes ulteriores, cuando recibiese sus primeros partes.

A las nueve de la mañana la primera brigada badense, que se encontraba en el ala derecha, llegó á Marnay y Pin, sin encontrár al enemigo; ocupó los puentes que había cerca de esas localidades, é hizo alto, según las instrucciones que tenía.

Por el ala izquierda, la tercera brigada rechazó fuera de los bosques algunas partidas de francotiradores, tomó á Perrouse, y hacia las dos y media se apoderó del puente que cruza el Ognon por Voray. Por el centro, la punta de vanguardia de la segunda brigada penetró en Etuz, después de un combate sin importancia; pero el enemigo, cogiéndola de flanco, logró

desalojar laá las once de los bosques que se extienden por la orilla septentrional. En el ínterin llegó el grueso de la brigada; rompió el fuego la artillería, y á la una se entraba en la localidad por segunda vez. Entonces se empeñó un combate que duró varias horas, oponiendo los franceses una resistencia tenaz delante del puente de Cussey.

Ya á la sazón se había dado á la primera brigada la orden de avanzar hacia Pin, situado en la orilla Sur, para coger al enemigo de flanco y por la espalda. Pero le fué imposible llegar antes de las seis, hora en que estaba ya terminada la acción. Dos baterías habían abierto un fuego vivísimo sobre el puente; el enemigo, perseguido por los badenses, se había batido en retirada, y fué desalojado de las posiciones situadas más atrás; pero, así y todo, á la caída de la noche ocupaba varios puntos delante de Besançon.

Esa jornada costó á los alemanes ciento veinte hombres, y á los franceses ciento cincuenta. Cayeron también prisioneros doscientos de los suyos. El mismo Gambetta había ido á Besançon; invitó al general Cambriels á avanzar de nuevo; pero éste se negó categóricamente, proponiéndose tan sólo defender las fuertes posiciones que ocupaba cerca de las obras de la plaza.

Destacamentos alemanes enviados de avanzada por la derecha anunciaban que en Dôle y en Auxone había fuerzas enemigas, cuyas fuerzas, á lo que se decía, eran la vanguardia del «ejército de los Vosgos,» que mandaba Garibaldi, y se formaba en el Doubs. El general Werder no las molestó, y el 26 condujo su cuerpo á Dampierre y á Gray.

En la orilla derecha del Saona se encontraron cortados todos los caminos, obstruidos los bosques con árboles derribados y á toda la población preparada para resistir á los alemanes. Sin embargo, pudo dispersarse fácilmente á los francotiradores y á los guardias móviles; una columna enemiga que marchaba sin haber tomado ninguna medida de seguridad, fué rechazada hacia el riachuelo de Vingeanne, donde depusieron las armas los quince oficiales y los cuatrocientos treinta hombres que la componían.

De las noticias proporcionadas por los batidores del campo y de los informes obtenidos haciendo hablar á los prisioneros, resultaba que Dijon estaba ocupado sólidamente. Temiendo ser atacado desde esa ciudad, el general Werder concentró el décimo cuarto cuerpo detrás del Vingeanne, desde donde el general Boyer marchó sobre Dijon con la primera y tercera brigada, en la madrugada del 30 de Octubre.

La Guardia nacional de Dijon, impresionada por los últimos acontecimientos, había depuesto ya las armas; los guardias móviles y la línea

marchaban hacia el Sur; pero la población obligó á la autoridad militar á llamar nuevamente á las tropas para defenderla. Se disponía de unos ocho mil hombres; el general francés, sin embargo, tuvo que comprometerse á salir de la ciudad para empeñar la lucha con el enemigo.

Bastó la vanguardia badense para rechazar las avanzadas francesas hacia el Tille; la aldea de Saint-Apollinaire y las alturas inmediatas fueron tomadas al medio día, á pesar de un fuego violento. Habiendo llegado entre tanto el grueso de los badenses, á las tres rompieron el fuego seis baterías alemanas. Los viñedos, varias granjas de los alrededores y sobre todo el parque que se extiende al Sur de Dijon, y en el cual se habían levantado barricadas, constituían posiciones sumamente ventajosas para los defensores. A pesar de eso, la infantería badense no dejaba de avanzar, y mediante un ataque envolvente penetró en los cuarteles del Norte y del Este.

Allí se empeñó una lucha porfiada, en que tomaron una gran parte los habitantes. Los alemanes ocupaban casa por casa; pero llegados al hondo riachuelo del Suzon, que forma por el Este el límite de la ciudad propiamente dicha, no pudieron seguir adelante. Eran ya las cuatro, y no había que pensar en conseguir resultado ninguno antes de la caída de la noche. En su consecuencia, el general Boyer interrumpió el combate. Los batallones retrocedieron, acantonándose en las localidades más próximas, y siguió tirando la artillería sola.

Los alemanes habían perdido muy cerca de ciento cincuenta hombres, y los franceses unos ciento. Se les hicieron además doscientos prisioneros.

Aquella misma noche se presentó al Cuartel general una diputación pidiendo que se respetase la ciudad. Se declaró dispuesta á proporcionar víveres para veinte mil hombres, y sus miembros garantizaban en nombre de los habitantes que se abstendrían de toda manifestación hostil.

El 31 de Octubre las tropas badenses ocupaban á Dijon.

En el ínterin el general Werder había recibido nuevas instrucciones. Importaba asegurar el flanco izquierdo del segundo ejército, mientras marchaba en la dirección del Loira, y cubrir á la vez la Alsacia y el cuerpo de sitio de Belfort, delante de cuya plaza acababan de llegar dos divisiones de reserva. El décimo cuarto cuerpo, aparte de ocupar á Dijon, debía volver sobre Vesoul, desde donde dificultaría las reuniones de tropas enemigas en torno de Besançon y en los alrededores de Langres. Se le mandaba asimismo tomar la ofensiva en dirección á Chalon y á Dôle.

La situación en que se encontraba el general Werder era más crítica de lo que se pensaba en Versalles. Sólo en Besançon había cuarenta y cinco mil hombres, puestos bajo las órdenes de un nuevo jefe, el general

Crouzat. Garibaldi reunía doce mil hombres entre Dôle y Auxonne. Más abajo, en el valle del Saona, se formaba otro cuerpo de diez y ocho mil hombres, y doce mil guardias nacionales amenazaban desde Langres coger de flanco al décimo cuarto cuerpo absolutamente aislado.

Pero los franceses que disponiendo de una superioridad numérica abrumadora, hubiesen debido caer sobre los débiles destacamentos alemanes escalonados desde Lure hasta Dijon y Gray, en una línea de noventa kilómetros, se hallaban obsediados por el temor de que el enemigo, recibiendo refuerzos de Metz, intentase atacar á Lyon. Así el general Crouzat, dejando en Besançon una guarnición considerable, se dirigió á Chagny, adonde llegaban nuevas tropas del Mediodía; de modo que el 12 de Noviembre contaba con un ejército fuerte de cincuenta mil hombres. Los cuerpos francos de Garibaldi se pusieron también en marcha hacia Autun, á fin de cubrir á Bourges.

En el intermedio el general Werder se había establecido sólidamente en Vesoul, poniendo en estado de defensa la parte Sur de la ciudad.

Para acabar con los acontecimientos del mes de Octubre, mencionaremos el ataque dirigido contra las plazas de guerra francesas situadas á espaldas de los ejércitos alemanes.

A principios de mes la cuarta división de reserva, recién formada, y que comprendía quince batallones, ocho escuadrones, treinta y seis piezas y una compañía de gastadores de plaza, se había reunido en el gran ducado de Baden y franqueado después el Rhin por Neuemburgo.

Empezó por dispersar las partidas de francotiradores de esa región; luego ocupó á Mulhouse, y según los deseos de la autoridad municipal, procedió al desarme de la población obrera, que se hallaba muy sobreexcitada.

El general Schmeling había recibido el encargo de sitiar á Neuf-Brisach y Schlestadt. Empezó por bloquear cada una de esas dos plazas con una brigada. La de la Prusia oriental se presentó delante de Neuf-Brisach el 7 de Octubre, y cañoneó la plaza con sus baterías de campaña, aunque sin resultado. La otra brigada habiendo tenido que destacar varias de sus unidades, no llegó ante Schlestadt sino con un efectivo muy reducido; pero fué reforzada por tropas encargadas del servicio de transportes y custodias, de suerte que pudieron cercar la plaza ocho batallones, dos escuadrones y dos baterías. Al propio tiempo llegaban de Estrasburgo con el material de sitio necesario, doce compañías de artillería de plaza y cuatro de gastadores. Se estableció en Saint-Hippolyte un parque de cincuenta y seis piezas de sitio de grueso calibre y el parque de ingenieros de Kinzheim.

CAPITULACIÓN DE METZ

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEOS BARCELONÉS (27 de Octubre.)

El 29 por la mañana se izó la bandera prusiana en los fuertes de Metz. La guarnición francesa abandonó la plaza á la una por seis caminos. Los soldados marchaban en buen orden y guardaban el más completo silencio. En cada uno de esos caminos había un cuerpo de ejército prusiano para recibir á los prisioneros, los cuales eran conducidos inmediatamente á vivacs preparados con antelación y provistos de víveres. Los oficiales, á quienes se dejó la espada, quedaron autorizados para volver á entrar en Metz. La ciudad fué abastecida al punto.

El mariscal Bazaine partió para Cassel.

Aquél mismo día hizo su entrada en Metz la vigésima sexta brigada. La ciudad no había padecido con el sitio; pero, al ver el estado en que se encontraban los campos, se comprendía lo que debieron sufrir las tropas durante aquellos setenta y dos días de asedio.

En ese espacio de tiempo los alemanes habían perdido doscientos cuarenta oficiales y cinco mil quinientos hombres entre muertos y heridos.

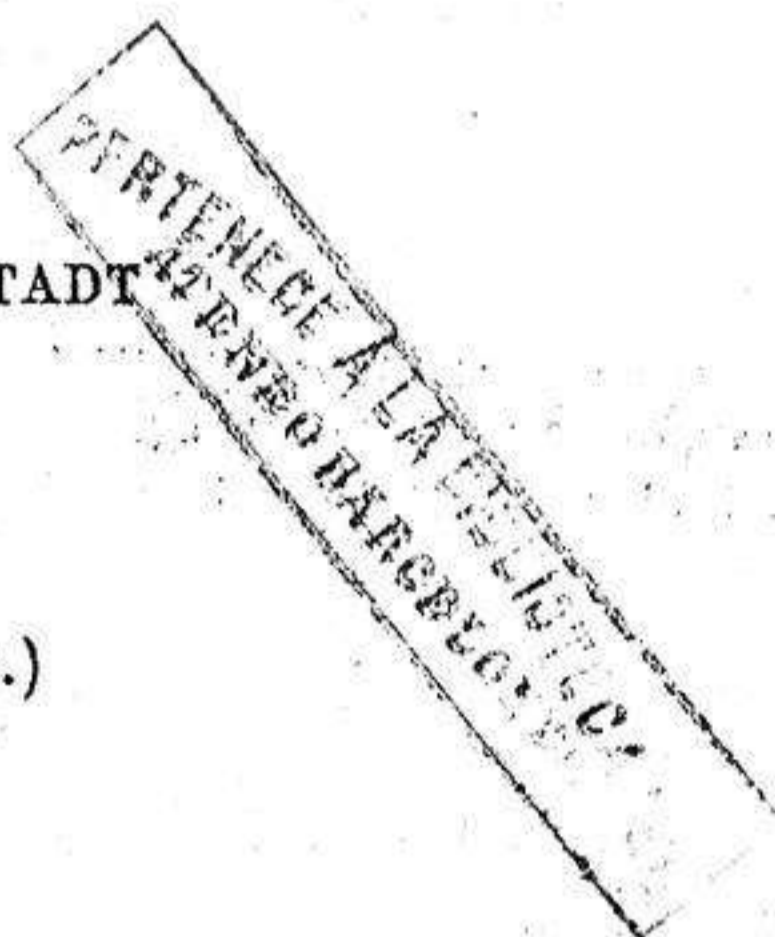
En cuanto á los franceses, iban á ser internados en Alemania seis mil oficiales y ciento sesenta y siete mil hombres; con los veinte mil enfermos, que no podían ser transportados en aquel instante, sumaban un total de unos doscientos mil hombres.

Además habían caído en manos de los alemanes cincuenta y seis águilas, seiscientas veintidos piezas de campaña, ochocientas setenta y seis piezas de plaza, setenta y dos ametralladoras y doscientos sesenta mil fusiles.

Verificóse el transporte de los prisioneros por Tréveris y Sarrebruck bajo la escolta de batallones de la Landwehr. Como éstos últimos, una vez en Alemania, iban á encargarse del servicio de guardia, no podía contarse ya con su vuelta al ejército.

TOMA DE SCHLESTADT

(24 de Octubre.)



Al comienzo del sitio, Schlestadt, ciudad de diez mil habitantes, era inaccesible por el Este, por el Sur y en parte por el Norte, á consecuencia de inundaciones, tanto ordinarias como de otras especies, que formaban un cenagal. La ciudad misma, gracias á sus altas murallas y á sus fosos llenos de agua, podía resistir perfectamente un asalto. Estaba armada de ciento veinte cañones; pero la guarnición no comprendía más que dos mil hombres, pertenecientes en su mayoría á la Guardia móvil, y éstos no contaban con resguardos á prueba de bombas. Además, los viñedos y los setos que había delante del frente Oeste permitían acercarse mucho á los sitiadores; el terraplén del ferrocarril constituía por sí sólo una muralla protectora que venía de molde para establecer la primera paralela.

A fin de desviar la atención de los defensores de ese frente de ataque, que parecía hecho de propósito, los alemanes construyeron el 20 de Octubre una batería cerca del molino Kappel situado al Sudeste. Rompió el fuego contra los cuarteles, los almacenes de la plaza y la esclusa que habían aprovechado los defensores para las inundaciones.

El 21 de Octubre los puestos de infantería avanzaron hasta cuatrocientos pasos del glacis; hecho esto, se procedió, durante la noche siguiente, á abrir la primera paralela contra el terraplén del ferrocarril, y á mil metros tan sólo del cuerpo de plaza se construyeron seis baterías.

Durante la noche, los defensores cubrieron con sus proyectiles todo el terreno elegido para el ataque, pero sin obtener grandes resultados. Llegada la mañana, las trincheras tenían dos pies de anchura por tres y medio de profundidad, y había veinte piezas de grueso calibre juntamente con ocho morteros en disposición de abrir el fuego.

Empeñóse un cañoneo vivísimo entre la artillería alemana y la de la plaza que respondía con vigor. La batería del molino rompió contra el frente Oeste un fuego violento que desmontó varias piezas y demolió cier-

to número de troneras. En varios puntos de la ciudad estallaron incendios, y el cañoneo de los defensores disminuía más cada vez.

Durante la noche que siguió, soplabá el viento reciamente, pero las baterías de sitio no cesaron de disparar; ensanchóse la paralela, y se empezaron dos nuevos emplazamientos.

El 24 de Octubre, al amanecer, se vió ondear la bandera blanca en la torre de la ciudad. Inmediatamente se firmó la capitulación: Schlestadt se rendía con su guarnición y su material de guerra. El comandante de la plaza insistió en que los alemanes entrasen sin pérdida de tiempo, en vista del desorden y la insubordinación que reinaban en la ciudad. En efecto: el populacho y los soldados ébrios saqueaban los edificios públicos, y hasta habían prendido fuego á un depósito de pólvora. Tres batallones nuestros restablecieron el orden, apagaron los incendios y se llevaron prisionera la guarnición.

Siete mil fusiles y considerables provisiones, amén de las piezas de artillería de plaza, cayeron en poder de los alemanes, á quienes la toma de Schlestadt no había costado más que veinte hombres.

Las tropas del servicio de transportes ocuparon la ciudad, y los batallones que quedaron disponibles tomaron el camino del Sur de Alsacia. Tres de ellos marcharon á reforzar la brigada encargada del bloqueo de Neuf-Brisach, que desde entonces quedó completada.

TOMA DE NEUF-BRISACH

(10 de Noviembre.)

Esta plaza, absolutamente simétrica, está situada en llano. Sus fosos, que, si no tenían agua, estaban provistos de revestimientos de piedra, la ponían al abrigo de un golpe de mano. La guarnición se elevaba á más de cinco mil hombres, casi todos los cuales podían guarnecerse en las casamatas, á prueba de bomba, de las medias lunas. El fuerte Mortier, situado muy cerca del Rhin y organizado de modo que podía defenderse sin el concurso de la plaza, dominaba eficazmente el terreno, desde donde debía hacerse por fuerza el ataque del frente Noroeste. En su consecuencia, se enviaron de Rastatt doce piezas de grueso calibre

á Vieux-Brisach, que se halla en la orilla derecha, y domina bien el fuerte.

Hasta los últimos días de Octubre no llegó la artillería de sitio de Schlestadt delante de Neuf-Brisach. Después de acercarse más la infantería, y una vez tomadas todas las restantes disposiciones, veinticuatro piezas de grueso calibre rompieron el fuego contra la plaza el 2 de Noviembre desde Wolfganzen, Biesheim y Vieux-Brisach.

El día 3 ardía una gran parte de la ciudad, y algunos destacamentos de infantería sostenían escaramuzas al pie del glacis con los puestos enemigos. El fuerte Mortier fué el que más padeció. La guarnición rechazó el asalto, pero el 6 se rindió la obra, que no era ya más que un montón de ruinas. No existía más que una pieza en estado de disparar.

Se habían construido dos nuevas baterías de morteros delante de la misma plaza; la fuerza de resistencia de los sitiados disminuía visiblemente, y el 10 de Noviembre capituló Neuf-Brisach en las mismas condiciones que Schlestadt, salvo el concederse á la guarnición salir con honores de guerra.

Las obras se hallaban casi intactas, pero la mayor parte de la ciudad estaba destruida, ó, cuando menos, muy deteriorada por el incendio.

La toma de esa plaza costó á los alemanes setenta hombres, pero cayeron en sus manos ciento ocho piezas, seis mil fusiles y gran cantidad de provisiones.

Mientras iban conquistándose de esta suerte, unas tras otras, las plazas fuertes de Alsacia, Verdún sosteníase aún, interceptando la vía férrea, que constituía la línea de comunicación más directa con Alemania.

TOMA DE VERDÚN

(9 de Noviembre)

También esta plaza se encontraba en situación de resistir el asalto perfectamente, gracias á sus muros elevados y á sus profundos fosos llenos de agua. Pero, en cambio, por todas partes la rodeaban y dominaban alturas, á cuyo pie había aldeas y viñedos que permitían al sitiador avanzar muy cerca de las obras exteriores.

La plaza estaba armada de ciento cuarenta piezas y suficientemente



provista de víveres. La cifra de la guarnición se había elevado poco á poco hasta seis mil hombres, gracias á la llegada de prisioneros fugados.

En un principio se intentó bombardear la ciudad con artillería de campaña, pero el resultado fué nulo. Durante bastante tiempo, Verdún había sido observado simplemente por la caballería, y, más tarde, por débiles destacamentos mixtos. En los últimos días de Setiembre se reunieron delante del frente Este de la plaza el regimiento núm. 65 y doce compañías de la Landwehr, bajo las órdenes del general Gayl, y el 9 de Octubre llegaban dos compañías de artillería de plaza con piezas *francesas* de grueso calibre, procedentes de Toul y de Sedán. La infantería avanzó entonces hasta algunos cientos de pasos del frente Oeste y Norte de la plaza y se estableció allí sólidamente. Bajo su protección se empezaron á construir los emplazamientos en la noche del 12 de Octubre.

El suelo estaba empapado por la lluvia y la peña casi al descubierto, de modo que los trabajadores tuvieron que luchar con las mayores dificultades; sin embargo, á la mañana siguiente pudieron romper el fuego cincuenta y dos piezas. Pero la plaza respondió con tal vigor, que al medio día tuvieron que dejar de tirar dos baterías, establecidas en la colina de Hayvaux, al Oeste. La lucha se prolongó durante tres días, en el curso de los cuales fueron desmontadas quince piezas alemanas; la artillería perdió sesenta hombres, y la infantería cuarenta. Los defensores sustituyeron las piezas de la plaza que el fuego del sitiador dejó fuera de servicio.

La guarnición, muy superior en número á los sitiadores, tomó entonces la ofensiva. En la noche del 19 al 20 de Octubre, durante la cual soplaban un viento tempestuoso, fué sorprendida la guardia avanzada, situada en la colina de Hayvaux, y clavadas las piezas de la batería establecida en ese punto. El 28 se efectuó una salida más importante aún. Los franceses escalaron el monte Saint-Michel, situado al Norte de la plaza, y destruyeron los parapetos y los abrigos de los emplazamientos, de donde había podido retirar las piezas la artillería alemana. Un nuevo destacamento volvió á atacar la colina de Hayvaux, y dejó fuera de servicio completamente las piezas que no habían podido retirarse, por estar demasiado mojado el suelo. Las aldeas más próximas á la plaza quedaron también en poder de los sitiados.

Fué forzoso reconocer que las tropas empleadas hasta entonces en el sitio de Verdún eran muy insuficientes. Después de la capitulación de Metz, pudo enviar refuerzos el primer ejército. A fines de Octubre llegaron cinco batallones prusianos, dos compañías de gastadores, varias compañías de artillería de plaza y piezas *prusianas*.

El parque de sitio comprendía ciento dos piezas; estaba abundante-

mente provisto de municiones, y acto continuo se tomaron las medidas convenientes para formalizar el ataque de la plaza.

Pero los sitiados no aguardaron á que empezase. Después de concedérseles una suspensión de armas, el 8 de Noviembre se firmó una capitulación, en cuya virtud quedaba prisionera de guerra la guarnición, excepto la Guardia nacional sedentaria. A los oficiales se les dejó en libertad bajo palabra, con el derecho de conservar la espada y de llevarse los objetos de su pertenencia. Según otra cláusula de la capitulación, el material de guerra existente volvería á poder de Francia al firmarse la paz.

MARCHA DEL PRIMERO Y SEGUNDO EJÉRCITO HASTA EL 15 DE NOVIEMBRE

El primer ejército recibió el encargo de sitiar también á Mézières. La primera división de infantería marchó contra este punto. La tercera brigada, tomando la delantera y utilizando el ferrocarril, cercó el 15 de Noviembre la pequeña plaza de la Fère. El resto del primer cuerpo llegó ese día á Reims, el octavo á Reims, y la tercera división de caballería, avanzando entre ambos, á Tagnon. El séptimo cuerpo no estaba aún disponible; tenía que guardar los prisioneros y proceder al bloqueo de Thionville y de Montmédy.

En cuanto á los cuerpos del segundo ejército, el noveno había llegado á Troyes el día 10 con la primera división de caballería, el tercero á Vendevre, y el décimo á Neufchâteau y Chaumont. Ocupáronse sólidamente esas localidades al par que Bologne, como puntos de unión de varias vías férreas. Se reparó el ferrocarril de Blesme, que había sido destruido, á fin de abrir de ese modo una nueva línea de comunicación. Como el ejército no hacía más que pequeñas etapas por buenos caminos y estaba bien alimentado, mejoró visiblemente el estado sanitario de las tropas; pero no tardó en recibirse por telégrafo la orden de acelerar la marcha.

En efecto: si el Gobierno de París era impotente, la Delegación del mismo establecida en Tours desplegaba una gran actividad.

Gambetta, Ministro á la vez del Interior y de la Guerra, ejercía un poder casi dictatorial. Gracias á ese poder, gracias á su celo y á su actividad devoradora, aquel hombre extraordinario consiguió poner en pie en sólo algunas semanas seiscientos mil hombres con mil cuatrocientas piezas.

En todo *arrondissement* reuníase la Guardia nacional, primero por compañías, y después por batallones; cada departamento formaba brigadas con esos batallones, y finalmente se fundían con las tropas de línea y de la Guardia móvil de que aún podía disponerse, para formar sus unidades superiores.

De esta suerte, corriendo aún el mes de Octubre, y bajo la protección de las tropas del general D'Aurelle de Paladines, colocadas detrás del Loira, se habían constituido el diez y siete cuerpo en Blois, el diez y ocho en Gien, y otro más, bajo las órdenes del capitán de navío Jaurès, en Nogent-le-Rotrou. Había apostadas además fuertes subdivisiones de ejército: en Picardía, bajo las órdenes de Bourbaki; en Ruan, bajo las de Briant; y en la orilla izquierda del Sena, bajo Fiéreck.

El ejército de bloqueo había enviado ya destacamentos en dirección al Sur, al Oeste y al Norte, y por todas partes tropezaban sus tropas con fuerzas enemigas considerables, que rechazaron en multitud de encuentros de poca importancia, pero sin poder perseguirlas hasta la localidad donde se habían formado. Para eso era preciso esperar la llegada del ejército disponible de Metz; pero no podía contarse con su presencia antes de mediados de Noviembre, y ya en el mes de Octubre se preveía la inminencia de un avance general de todas las fuerzas francesas hacia París.

Informado del escaso efectivo de la subdivisión del ejército con que contaba el general der Tann en Orleans, Gambetta había reunido en Tours un Consejo de Guerra, donde se decidió reconquistar esa ciudad tan importante. El ataque principal debía efectuarse por el Oeste. En consecuencia, el décimo quinto cuerpo francés, dos divisiones y la primera división de caballería se concentraron en Mer á la orilla Norte del Loira inferior, mientras el grueso del décimo sexto cuerpo se reunía detrás del bosque de Marchenoir. Las otras partes de los dos cuerpos de ejército debían apoyar el movimiento por Gien y el curso superior del Loira. Por el momento, no se trataba de ir más lejos, y el general D'Aurelle recibió la orden de establecer en Orleans un campamento atrincherado para doscientos mil hombres.

Los reconocimientos enviados por el general der Tann hacia el Oeste habían encontrado por doquiera destacamentos enemigos, que, aunque rechazados sin trabajo al interior del bosque de Marchenoir, no dejaban de probar la existencia y la proximidad de fuerzas hostiles considerables. Lo más probable parecía el ataque del ejército de asedio por el Sudoeste, porque así se amenazaba á la vez el Cuartel general establecido en Versailles y el parque de sitio de Villacoublay, y se podía permanecer más tiempo sin temor á los refuerzos alemanes que avanzaban del Este.

Ya las fuerzas francesas aparecían al Oeste de Orleans en el extenso

espacio comprendido entre Beaugency y Châteaudun. Los franco-tiradores se presentaban más atrevidos de día en día, y más hostil cada vez la población rural.

En su vista, el 7 de Noviembre el conde Stolberg emprendió un gran reconocimiento á fin de obtener informes completos. Tres regimientos de la segunda división de caballería, dos baterías y algunas compañías de infantería bávara avanzaron por Ou-Zouer-le-Marche, y desalojaron al enemigo de Marolles; pero encontraron firmemente ocupada la margen del bosque.

El general Chanzy había dirigido hacia Saint-Laurent-des-Bois todas las fracciones disponibles de su cuerpo. Empeñóse un combate de media hora que costó mucha gente á la infantería bávara, y que se interrumpió una vez conocida la gran superioridad numérica del enemigo.

Ya, en efecto, los dos cuerpos de ejército franceses habían empezado su movimiento ofensivo contra Orleans. El 8, sin dejar de ocupar el bosque, su ala derecha llegó á Messas y Meung, y el ala izquierda á Ouzouer. El décimo quinto cuerpo iba á marchar sin tardanza en la dirección del riachuelo del Mauve, y el décimo sexto, por la izquierda, sobre Coulmiers. Las dos divisiones francesas de caballería subían por el Norte hacia Prénouvellon, á fin de envolver con sus diez regimientos, seis baterías y numerosos cuerpos francos, el ala derecha de los bávaros y cortarles la retirada hacia París.

Para hacerles frente, la brigada de coraceros bávaros se puso en marcha hacia Saint-Péravy, y la segunda división de caballería hacia Baccon; más al Sur llegó de Orleans la segunda división de infantería bávara para ocupar el terreno próximo á Huisseau y á Saint-Ay.

Pero los alemanes se veían expuestos además á ser cogidos de espaldas por fuerzas enemigas considerables que llegaban de Gien. No había ya un minuto que perder, si se quería salir de situación tan crítica, y aquella misma tarde el general der Tann tomó las disposiciones necesarias. Por mucho que le interesase mantenerse en Orleans, no podía aceptar la batalla en la zona arbolada que rodea la población: hubiese sido demasiado perjudicial para el efecto de su artillería y de su caballería relativamente numerosas, y hubiera podido ser cercado por completo. En su consecuencia resolvió hacer frente en el terreno descubierto de Coulmiers al enemigo que más directamente lo amenazaba; de ese modo, además, se acercaba á la vigésima segunda división, establecida en Chartres, y á la cual había llamado en su auxilio.

Por su parte, el general Wittich había pedido *motu proprio* al Cuartel general autorización para ponerse en marcha hacia Orleans. Fuele conce-

dida; pero el 9 no había podido llegar más que á Voves con el grueso de su división, mientras que la caballería llegaba á Orgères; no podía, pues, intervenir directamente en una acción que se libraba aquel día.

También llegaba de Metz el segundo ejército, pero las cabezas de sus columnas, como antes hemos dicho, no habían alcanzado más que á Troyes en la fecha del 9 de Noviembre.

COMBATE DE COULMIERS

(9 de Noviembre.)

Reducido á sus solas fuerzas, el primer cuerpo bávaro se puso en marcha durante la noche, y el 9 de Noviembre por la mañana se encontró estrechamente concentrado en el linde del bosque entre Montpipeau y Rosières, teniendo enfrente de sí la aldea de Coulmiers. A fin de asegurar la línea de retirada, los coraceros bávaros habían sido apostados en el ala derecha en Saint-Sigismond; las brigadas de la segunda división de caballería estaban repartidas por todo el frente, y habían enviado hacia adelante á gran distancia destacamentos que debían ser recogidos por fracciones de infantería. Después de destruir todos los puentes del Loiret, no se dejó en Orleans más que un débil destacamento para proteger las ambulancias con sus numerosos enfermos y heridos y para sostener la ciudad, al menos hasta que se decidiese la suerte de la jornada.

Los primeros informes que recibió el General por la mañana anunciaban el avance de fuertes columnas enemigas de Cravant sobre Fontaines y el Bardon. Era la brigada francesa Revillard que, á lo que parecía, caminaba en derechura hacia Orleans, dando vuelta al ala izquierda de los bávaros. Para hacerle frente en el Mauve, el general der Tann envió á las nueve la tercera brigada en dirección del Sur hacia Préfort, distante cerca de cuatro kilómetros; como al mismo tiempo las avanzadas empeñaron en Baccon un combate muy vivo, dirigió su primera brigada hacia la Renardière. Las otras dos permanecieron concentradas en el mismo Coulmiers y detrás del pueblo. Desde allí el general en Jefe tenía intención de ejecutar un movimiento ofensivo contra el flanco izquierdo del adversario, si

éste, como todo parecía indicar, extendía su principal ataque más allá del Mauve. Al efecto, la caballería del ala derecha recibió también la orden de aproximarse á Coulmiers.

Pero los franceses disponían de tal superioridad numérica, que pudieron extenderse mucho más á la izquierda para atacar á los bávaros. Mientras el general D'Aurelle retenía á éstos con el décimo quinto cuerpo, al Sur del camino de Ouzouer á Orleans, el general Chanzy hizo avanzar la división Barry contra su centro, y más al Norte la división Jauréguiberry contra su ala derecha; en fin, el general Reyau, con sus masas de caballería, tomó la dirección de Patay, amenazando de esa suerte cortar á los bávaros la retirada hacia París.

Ese avance del décimo sexto cuerpo francés obligó al general der Tann, desde el principio del combate, á dirigir su segunda brigada que debía constituir su reserva, al Norte, en la dirección de Champs, á fin de prolongar su ala derecha. Allí la siguió la cuarta brigada de caballería. Los coraceros bávaros, abandonando á Saint-Péravy, según las órdenes recibidas, para marchar al Sur, encontraron á las once á la caballería del general Reyau, que se limitó á cañonearlos.

En el ínterin, las tropas bávaras colocadas en los puestos avanzados tuvieron que replegarse, después de una viva resistencia, ante un enemigo superior en número. Después de un tiempo bastante largo en que las baterías montadas impidieron progresar al enemigo, el primer batallón de cazadores de á pie se retiró de Baccon hacia la Rivière, donde fué recogido por el segundo. Pero éste á su vez no tardó en encontrarse en una de las situaciones más críticas. La división Peytavin había seguido muy de cerca al primer batallón por Baccon; hizo tomar posiciones á cinco de sus baterías alrededor de la Rivière, y avanzó ella misma por tres lados contra la aldea que estaba ardiendo. Los cazadores hicieron algunas vueltas ofensivas vigorosas, y después retrocedieron en buen orden sobre la Renardière, donde el general Dietl había tomado posiciones con la primera brigada, y estaba pronto á defender la localidad.

Evacuado Baccon por los bávaros, la división Barry siguió avanzando por Champdry; llegada frente á Coulmiers, delante de Saintry, dispuso sus baterías, y se preparó á atacar la aldea con fuertes líneas de tiradores.

Dos batallones de la cuarta brigada bávara habían ocupado el parque que formaba un ángulo saliente al Oeste, y más adelante aún las canteras; otras dos se dirigieron por la derecha hacia las granjas de Ormeteau y de Vaurichard, para que no quedasen absolutamente interrumpidas las comunicaciones con la segunda brigada. La quinta brigada de caballería

cubría una batería establecida al Sur de Coulmiers y otras cuatro emplazadas al Norte de esa localidad.

Desde entonces el cuerpo bávaro no tenía más que tres de sus brigadas apostadas desde la Renardière hasta delante de Gémigny en una línea de más de ocho kilómetros, excesivamente larga para su menguado efectivo. Pero, como el ala derecha francesa permanecía absolutamente inactiva, la brigada enviada á Préfort recibió la orden de volver á la Renardière.

Los cuerpos franceses, sólidamente establecidos frente á la línea bávara tan poco densa, procedieron á la una á un ataque de los más serios.

Los cazadores bávaros habían rechazado en la Renardière un primer asalto del enemigo; pero esa posición, ocupada por cuatro batallones solamente, no pudo defenderse mucho tiempo contra toda la división Peytavin. A la una el general Dietl se retiró bajo la protección de una posición intermediaria, y sin ser molestado, en dirección al bosque de Montpipeau, cuyo linde ocupó. Allí se le unió la tercera brigada que, viniendo de Préfort, había encontrado abandonada la Renardière. Los franceses la siguieron con lentitud; se vieron expuestos al fuego de seis baterías establecidas entre el ángulo saliente del bosque, en la Plance y Coulmiers, y su ala derecha cesó de avanzar.

También en el centro la división Barry había rechazado á la una á los cazadores bávaros de las canteras situadas delante de Coulmiers. A las tres procedió á un nuevo ataque envolvente dirigido contra la cuarta brigada; pero fué rechazada por el fuego de la artillería y por las cargas reiteradas de la quinta brigada de caballería.

En el entretanto, la brigada Dariès, del décimo quinto cuerpo, que había quedado disponible en la Renardière, avanzó al Sur de Coulmiers, y sus baterías fueron á reforzar la línea de artillería que había abierto el fuego contra esa localidad. Los tiradores franceses se lanzan y obligan á las baterías á retroceder; pero éstas últimas vuelven á disparar inmediatamente, al propio tiempo que la infantería rechaza á la bayoneta al enemigo que había penetrado en el parque.

Pero esta brigada única, que luchaba desde hacía cuatro horas, no resistía ya sino con gran trabajo á tres brigadas francesas. El cuerpo bávaro no tenía á la sazón más que dos batallones intactos de reserva en Bonneville; no había que contar con socorros, y por el ala derecha el enemigo amenazaba cortar las comunicaciones con Chartres y París.

Así, pues, el general der Tann dió á las cuatro orden de interrumpir el combate y de empezar la retirada, brigada por brigada, desde el ala izquierda, hacia Artenay.

Precisamente en ese instante penetraban en el parque de Coulmiers tropas enemigas de refresco. El coronel conde de Isemburg ocupó el linde oriental de la aldea, é hizo volver en buen orden sus tropas, que se prestaban auxilio mutuamente, por Gémigny.

Lo esencial era saber si la segunda brigada había podido mantenerse más adelante de esa localidad, á fin de cubrir la retirada que iba á proseguirse.

Al medio día el general Orff, al entrar en línea, había encontrado á Champs y Cheminiers ocupados por la brigada francesa Deplanque. Para empezar, su artillería redujo al silencio las baterías enemigas, y después desplegó sus cuatro batallones á fin de atacar al adversario, estando colocada la cuarta brigada de caballería en el ala derecha.

Entre esas dos localidades la caballería del general Reyau pareció haber interrumpido poco después su cañoneo de dos horas contra los coraceros bávaros, y haberse dejado rechazar de Saint-Sigismond por húsares que echaron pie á tierra. Pero bien pronto aquella masa de caballería, sustrayéndose al fuego de las baterías bávaras, desapareció en dirección al Este, tomando, según se ha pretendido después, á los francotiradores de Liponski, desplegados más al Norte, por refuerzos enviados á los alemanes. Cuando á poco las baterías de á caballo bávaras rompieron el fuego por el Nordeste sobre Champs, los franceses evacuaron esa localidad en gran desorden.

El general Orff ordenó entonces á la artillería aproximarse á Cheminiers á la distancia de quinientos pasos: después llevó adelante la infantería, que pasaba por entre las piezas.

Pero el almirante Jauréguiberry, gracias á su intervención personal, logró decidir á sus tropas, que retrocedían, á hacer frente de nuevo al enemigo, y los bávaros no obtuvieron ningún resultado. Después la artillería francesa obligó á las baterías montadas á volver grupas.

A las tres llegaron á Champs la brigada Bourdillon y la artillería de reserva del décimo sexto cuerpo; entonces, el general Orff, á quien no parecían muy favorables las noticias que recibía de Coulmiers, resolvió no intentar más ataque, sino sostenerse á toda costa delante de Gémigny.

Resistiendo sin cejar el fuego de las numerosas baterías del enemigo, la brigada, aunque muy reducida, rechazó sus sucesivos ataques.

Gracias á ella, la cuarta brigada pudo llegar desde Coulmiers á Coinces, por Gémigny, sin ser molestada, en tanto que la primera se dirigía allí, pasando más al Este, desde Montpipeau. Siguióla al mismo punto la segunda brigada, mientras que la tercera, formando la retaguardia, se detuvo finalmente en Saint-Sigismond, donde vivaqueó. La caballería ha-

bía cubierto la retirada en todos sus puntos. Después de conceder algunas horas de reposo á sus tropas, el general der Tann continuó batiéndose en retirada durante la noche. En la mañana siguiente alcanzó á Artenay por caminos en un estado deplorable. El destacamento dejado en Orleans evacuó la población, y fué á unirse al cuerpo de ejército. Las provisiones se llevaron á Toury por el ferrocarril, pero una columna de municiones y ciento cincuenta prisioneros y enfermos, que no se hallaban en situación de ser transportados, cayeron en manos del enemigo.

Los alemanes, en número de veinte mil, habían sostenido la lucha contra setenta mil franceses; perdieron ochocientos hombres, entre muertos y heridos; las pérdidas del enemigo eran dobles.

En Artenay, la segunda brigada recibió el 10 de Noviembre el encargo de proteger la retirada hasta Toury, donde pudieron ocuparse acantonamientos recogidos. Allí se unió al cuerpo la vigésima segunda división, procedente de Chartres, que tomó posición en Janville, contigua á los bávaros.

El general der Tann había tenido la habilidad y la suerte de salir de una situación crítica. Los enemigos no lo persiguieron, contentándose el general D'Aurelle con ir á esperar la llegada de nuevos refuerzos, en una posición muy fuerte, delante de Orleans.

En el curso superior del Loira y en el Eure mostrábanse más activas las tropas francesas recién formadas.

Por otra parte, el segundo cuerpo prusiano había llegado delante de París. Una de sus divisiones, la tercera, fué comprendida en la línea de bloqueo, entre el Marne y el Sena; la cuarta, fué enviada á Longjumeau.

Luego que la Landwehr de la guardia hubo ocupado la península de Argenteuil, pudo disponerse de una brigada del cuarto cuerpo al Norte de París. Al Sur se formó una subdivisión especial con la décima séptima división en Rambouillet, la vigésima segunda en Chartres y el cuerpo bávaro trasladado al Norte, hasta Ablis, á más de las divisiones cuarta y sexta de caballería. Se dió su mando al gran duque de Mecklemburgo, á quien se invitó á dirigirse desde luego sobre Dreux.

LAS OPERACIONES DEL GRAN DUQUE

El día 17 de Noviembre, la décima séptima división marchó hacia adelante, por Maintenon. Por la izquierda fueron rechazados algunos destacamentos enemigos, más allá del Blaise, y el general Tresckow, después de vencer la resistencia que le opusieron en la carretera algunas compañías de tropas de la marina, entró en Dreux aquella misma tarde. El encuentro costó á los alemanes cincuenta hombres, y ciento cincuenta al enemigo, á quien se hicieron además cincuenta prisioneros.

El príncipe Federico Carlos, que en aquel instante concentraba sus fuerzas frente al enemigo de Orleans, indicó la conveniencia de que la subdivisión del gran Duque avanzase hacia Tours, por el Mans. Dirigióse ésta, pues, sobre Nogent-le-Rotrou, que según se decía, era el punto principal de concentración de las fracciones de tropas enemigas, y donde se esperaba una viva resistencia de su parte.

Sosteniendo varios encuentros sin importancia, la subdivisión avanzó sobre Nogent-le-Rotrou; pero cuando el 22 de Setiembre se aprestó á asaltar la localidad por tres lados, vió que la había abandonado el enemigo. Al mismo tiempo, recibía del Cuartel general la orden de dirigirse sin dilación sobre Beaugency, para unirse al ala derecha del segundo ejército, que era indispensable reforzar frente á un enemigo que disponía de una superioridad numérica muy considerable. Decía la orden en cuestión que «las fuerzas alemanas que se concentraban delante de Orleans esperarían, para atacar, la llegada de la subdivisión del ejército, dado que la poca resistencia que oponían los franceses en el Eure y el Huisne probaba que por allí no amenazaba un peligro serio á los alemanes, y que en esos puntos bastaría que la caballería observase al enemigo». El gran Duque no pudo conceder á sus tropas ni un día siquiera de descanso, y se le recomendó que acelerase la marcha todo lo posible.

El 23, las divisiones empezaron por formar cabeza de columna; el 24 púsose en marcha el gran Duque hacia Châteaudun y Vendôme, pero sólo el cuerpo bávaro llegó á Vibraye; á las dos divisiones prusianas les costaba mucho salir del difícil terreno del Perche, y la caballería observó que toda la línea del Loira estaba ocupada por el enemigo.

Es que una brigada francesa de las fuerzas concentradas detrás del bosque de Marchenoir había sido transportada á Vendôme por ferrocarril con la misión especial de proteger el Gobierno de Tours; y el general Sonis, con el resto del décimo séptimo cuerpo, había avanzado hacia Brou.

Allí las cabezas de sus columnas encontraron el convoy de puentes y una columna de municiones del cuerpo bávaro. Por el momento sólo la décima brigada pudo lanzarse contra el enemigo; pero, habiendo ocupado poco después el puente de Yèvres sobre el Loira dos compañías y ocho piezas, se consiguió que desfilaran los dos convoyes por Brou, donde no entraron los franceses sino cuando la caballería hubo continuado su marcha.

En el intermedio el cuerpo bávaro había marchado hacia Mondoubleau y Saint-Calais, que no es ciertamente el camino más corto para ir á Beaugency; el camino más corto es más bien el de Tours. En ese momento apenas llegaban las dos divisiones prusianas á los alrededores de Vibraye y de Authon.

Las fuerzas enemigas divisadas en Brou parecieron demasiado considerables para dirigirse á ese punto, y se aplazó hasta otro día la marcha hacia el Loira, que se había recibido orden de ejecutar. Pero el 26 de Noviembre, al llegar á Brou la vigésima segunda división, vió que el enemigo había abandonado la localidad durante la noche. El gobierno de Tours había ordenado que todo el décimo séptimo cuerpo se concentrase en Vendôme á fin de protegerlo. Pero como apareciese la caballería prusiana en Cloyes y en Fréteval, el general Sonis no creyó ya posible ejecutar esa orden siguiendo el Loira: dió un rodeo y pasó por Marchenoir. Las dos marchas nocturnas que tuvo que imponer á sus tropas apenas constituidas, las fatigaron hasta el punto de que durante los días siguientes anduvieron vagando por los alrededores multitud de bandas de rezagados; costó mucho reunir las en Beaugency.

Entre tanto, el Cuartel general dispuso que el gran Duque se subordinase al príncipe Federico Carlos á fin de dar unidad á las operaciones, y el general Stosch fué enviado á la subdivisión como jefe de Estado Mayor. El Príncipe ordenó á esta última que llegase lo más pronto posible á Janville, hasta donde se dirigian á su encuentro por Orgères fracciones del noveno cuerpo.

Conforme á esta orden, el gran Duque se puso en marcha el 27, con las dos divisiones prusianas, hacia Bonneval, donde encontraron un escuadrón de la segunda división de caballería. El cuerpo bávaro, que, después de evacuar los franceses á Brou, se había dirigido hacia Courtailain, marchó en la dirección de Châteaudun.

Al unirse al segundo ejército, las tropas de la subdivisión, que iban ya extenuadas, tuvieron un día de descanso en sus acantonamientos á lo largo del Loira.

LA SITUACION DEL SEGUNDO EJERCITO

(Segunda quincena de Noviembre.)

El príncipe Federico Carlos hizo marchar á sus cuerpos lo más deprisa posible, pero éstos tuvieron que luchar con muchas dificultades. Los caminos estaban cortados; los guardias nacionales y los francotiradores oponían resistencia; la población había tomado las armas. Sin embargo, el noveno cuerpo llegaba el 14 de Noviembre á Fontainebleau con la primera división de caballería; después continuó su marcha hacia Angerville. El tercer cuerpo, que era el que seguía, llegó á Pithiviers. Por lo que hace al décimo, una de sus brigadas, la cuadragésima, se quedó en Chaumont para mantener expeditas las comunicaciones del segundo ejército con el décimo cuarto cuerpo, mientras que la trigésima octava llegaba el 21 de Noviembre á Montargis y Beaune-la-Rolande. Pero el 24 las otras dos brigadas tuvieron que sostener un encuentro empeñadísimo en Ladon y en Maizières, donde hicieron ciento setenta prisioneros. Perteneían estos últimos á un cuerpo de ejército, que, según había advertido ya el general Werder al Estado Mayor del segundo ejército, estaba colocado bajo las órdenes del general Crouzat, y acababa de ser transportado por el ferrocarril de Chagny hacia Gien; uno de los prisioneros, un oficial, llevaba el cuadro de composición y de organización del cuerpo de ejército.

Las noticias de numerosos reconocimientos probaban hasta la evidencia que, durante el avance de la subdivisión, el segundo ejército, no reunido aún ni con mucho, se había encontrado enfrente y á muy poca distancia de fuerzas enemigas considerables.

El 24 de Noviembre avanzaron por la carretera fracciones del noveno cuerpo. Su artillería disparó algunas bombas que decidieron al enemigo á evacuar á Artenay. La caballería lo persiguió hasta la Croix-Briquet. El mismo día muy de mañana llegaron á Neuville-aux-Bois fracciones del tercer cuerpo que comprendían tropas de todas las armas. Dos destaca-

mentos de la trigésima octava brigada habían avanzado en dirección á Bois-Commun y á Bellegarde; pero en todos los puntos veíanse aparecer casi inmediatamente fuerzas enemigas en número superior.

Se adquirió la certidumbre de que las posiciones francesas delante de Orleans se extendían en una longitud de sesenta kilómetros desde el riachuelo de Conie hasta el Loing, y como el enemigo había acumulado sus fuerzas especialmente en el ala derecha, era de suponer que proyectaba un movimiento ofensivo por Fontainebleau contra el ejército de asedio. La situación, con todo, no aparecía bastante clara para que el príncipe Federico Carlos pudiese creerse autorizado á abandonar completamente la carretera de Orleans á París. Pero á fin de poder sostener oportunamente su ala izquierda en cualquier eventualidad, ordenó al tercer cuerpo que hiciese apoyar la quinta división y la primera de caballería más á la izquierda hacia Boynes, para aproximarse al décimo cuerpo, muy débil; la sexta división debía reemplazar á la quinta en Pithiviers. Los acantonamientos de esta última en los alrededores de Bazoches fueron asignados al noveno cuerpo. En fin, dióse al gran Duque la orden de proceder de modo que el 29, por lo menos, llegasen á Toury las cabezas de sus columnas. El Príncipe había tomado sus medidas muy á tiempo.

Inmediatamente después del éxito obtenido en Coulmiers, el ejército del Loira no se preocupó más que de ponerse al abrigo de un nuevo ataque. Había retrocedido hasta Orleans, donde se establecieron trincheras muy extensas para cuyo armamento se mandaron venir piezas de la marina hasta de Cherburgo; después se esperó la llegada de nuevos refuerzos. A los cuerpos décimo quinto, décimo sexto y décimo séptimo vinieron á unirse en Gien el vigésimo de que acaba de tratarse, y cuyo efectivo era de cuarenta mil hombres, con más una división del décimo octavo que se constituía en Nevers, y finalmente los cuerpos francos de Cathelineau y de Lipowski. El ejército francés reunido bajo Orleans ascendía entonces á doscientos mil hombres; el ejército alemán que tenía delante no contaba en aquel momento más que cuarenta y cinco mil hombres de infantería.

Así, el Ministro de la Guerra, Gambetta, insistía en que se tomase la ofensiva. Como el general D'Aurelle opusiese dificultades para avanzar por Pithiviers y Malesherbes, asumió la dirección de las operaciones el mismo dictador. En la noche del 22 al 23 envió á Tours por telégrafo la orden de concentrar inmediatamente el décimo quinto cuerpo en Chilleurs-aux-Bois; el día 24 debía alcanzar á Pithiviers, en tanto que el vigésimo llegaría á Beaune-la-Rolande, y después se avanzaría hacia París por Fontainebleau.

El General advirtió que, según él, habría que luchar en un terreno

descubierto contra ochenta mil alemanes, y que sería mejor esperar á que ellos atacasen al ejército francés en sus posiciones atrincheradas. De ese modo no se podía evidentemente socorrer á la capital sitiada y hambrienta. Por el momento se contentaron con reforzar el ala derecha, donde la llegada de los cuerpos décimo octavo y vigésimo, el 24 de Noviembre, provocó los encuentros mencionados antes en Ladon y Maizières.

El general Crouzat, conforme á una orden que recibía de Tours el 26, tomó sus disposiciones para enviar hacia adelante el 28 los dos cuerpos, cuyo mando superior había obtenido: el décimo octavo, á la derecha, por Juranville, y el vigésimo, á la izquierda, por Bois-Commun, á fin de dirigir un ataque envolvente sobre Beaune-la-Rolande. Además, el décimo quinto cuerpo avanzó hacia Chambon, y el cuerpo franco de Cathelineau hacia Courcelles, para sostener á los dos primeros.

Aquel día vimos llegar la subdivisión de ejército del gran Duque á la extrema ala derecha del segundo ejército. Por el ala izquierda, el décimo cuerpo tenía una de sus brigadas, la trigésima octava, en Beaune, y otra, la trigésima novena, en Les Côtelles, mientras que la trigésima séptima había avanzado con la artillería de cuerpo, entre las otras dos, hasta Marcilly.

BATALLA DE BEAUNE-LA-ROLANDE

(28 de Noviembre.)

El ataque ejecutado por los franceses el 28 de Noviembre comprende dos acciones distintas, que apenas ejercieron influjo una sobre otra. En la derecha las cabezas de columnas del décimo octavo cuerpo encontraron ya desde muy temprano las avanzadas de la novena brigada delante de Juranville y de Lorcy. Estas se retiraron á las nueve, no sin haber opuesto una viva resistencia al enemigo en Les Côtelles y detrás del terraplén del ferrocarril de Corbeilles, cuyo parque ocuparon.

Desde entonces los franceses pudieron desplegarse en el terreno descubierto delante de Juranville, y extendiéndose más á la derecha, enviaron delante fuertes líneas de tiradores; después penetraron en Corbeilles y desalojaron de allí á los prusianos, que tuvieron que retirarse en direc-

ción al Norte y al Oeste. Pero, mientras tanto, el frente de estos últimos había sido reforzado en Les Côtelles por la reserva desde Marcilly, y el coronel Valentini tomó á su vez la ofensiva, y atacó á Juranville con el regimiento núm. 56 de infantería. La artillería no pudo secundarlo, y el enemigo le opuso vivísima resistencia; no empezó á retirarse hasta el medio día; pero la lucha continuó aún; disputábanse una á una las casas del pueblo. Sin embargo, avanzaban nuevas columnas francesas muy considerables así de Maizières como de Corbeilles, y el regimiento prusiano se vió en la precisión de abandonar la aldea, que acababa de tomar, aunque no sin llevarse los trescientos prisioneros que había hecho.

A las 2 la mayor parte del cuerpo francés se desplegó en Juranville á fin de atacar la posición en que se había establecido la trigésima novena brigada después de batirse en retirada hacia Long-Cour. Pero el ataque de los franceses, no preparado por la artillería, fracasó gracias al fuego de cuatro baterías prusianas.

También fué rechazado el primer ataque que dirigieron contra Les Côtelles; pero, al renovarlo una hora después, los prusianos tuvieron que evacuar la localidad, dejando prisioneros cincuenta de los suyos. Una pieza, siete de cuyos servidores quedaron fuera de combate, se hundió de tal modo en el suelo húmedo que los pocos supervivientes no pudieron sacarla.

El cuerpo francés no fué más lejos; como se hizo de noche muy temprano, se limitó á abrir un cañoneo que no tuvo consecuencias; de forma que la trigésima novena brigada pudo mantenerse á la altura de Beaune.

En el ala izquierda de su línea de batalla los franceses pudieron también proceder desde el comienzo á un ataque envolvente, haciendo marchar el vigésimo cuerpo su segunda división contra Beaune y la primera contra Batilly. Sin embargo, hasta el medio día no se logró rechazar á las tropas alemanas apostadas en el bosque de la Leu hasta el punto de intersección de los caminos al Noroeste de Beaune, y aun para eso fué menester recurrir á una parte de la tercera división guardada de reserva. Pero también en ese punto se vió batida bien pronto la trigésima octava brigada por el fuego de la artillería y de la infantería francesas desde el Norte, es decir, desde Pierre-Percée, porque el adversario había extendido aún más su línea. Hubo que batirse en retirada por la vía de César, y allí fué donde cayó en manos del enemigo una pieza, casi todos sus servidores, de igual suerte que los caballos, habían sido heridos ó muertos. En el mismo instante la segunda división francesa escalaba la altura del Este de Beaune, y el coronel Cranach no pudo rehacer el re-

gimiento núm. 57 hasta la Rue Boussier, encargándose las baterías que habían acudido de Marcilly de cubrir su retirada y de impedir que el enemigo avanzase más. Este, á su vez, suspendió los ataques, en cuanto vió amenazado de repente su flanco derecho por la primera división de caballería que se lanzaba de Boynes, y cuyas baterías á caballo rompieron el fuego contra él.

Pero el regimiento núm. 16 de infantería, situado en el mismo Beaune, estaba completamente aislado y cercado de enemigos por tres partes.

La ciudad, con sus viejas murallas medio arruinadas, y el cementerio, organizáronse para la defensa lo mejor que se pudo. El enemigo, después de rechazados los primeros ataques de sus fuertes líneas de tiradores, empezó á cañonear la población. Las bombas agujerearon el muro del cementerio é incendiaron algunas casas; pero todas las tentativas que hizo para tomar la ciudad fueron infructuosas, gracias á la tenacidad de los prusianos.

Durante ese tiempo el general Woyna había renovado las municiones de sus baterías, y ocupando por la derecha á Romainville y tomando posiciones igualmente contra las espesuras de Pierre-Percée, logró á las tres de la tarde hacer avanzar siete compañías contra la parte Este de Beaune.

En ese instante llegaban auxilios del tercer cuerpo. Al paso que una de sus divisiones, la sexta, estaba aún en marcha hacia Pithiviers, la otra, la quinta, se había reunido desde por la mañana delante de esa ciudad. Pero las primeras noticias de Beaune eran tan tranquilizadoras que la artillería de cuerpo volvió á sus acantonamientos. Más tarde, aumentando incesantemente el tronar del cañón, y recibiendo el Estado Mayor informes que permitían suponer un encuentro de los más serios, el general Albensleben mandó avanzar á su cuerpo de ejército, movimiento que el general Stülpnagel había empezado ya bajo su responsabilidad con la quinta división. Siguió la sexta, destacando un batallón para observar á Courcelles, desde donde el cuerpo franco de Cathelineau no intentó absolutamente nada.

Iba á la cabeza el regimiento núm. 52 de infantería; una fracción de ese cuerpo marchó á la derecha, y sostenida por la artillería, empeñó á las cuatro y media un combate contra Arconville y Batilly. La otra fracción penetró en el bosque de la Leu y en el de la Pierre-Percée, reconquistando el cañón que allí se había perdido. A lo largo del camino de Pithiviers, detrás de la Fosse-des-Prés, cuatro baterías rompieron el fuego sobre el enemigo apostado al Oeste de Beaune. Después el regimiento núm. 12 de infantería lo atacó, rechazó y persiguió hasta Mont-Barrois.

Habiendo llegado la noche, el décimo cuerpo acampó en Long-Cour, Beaune y Batilly; la quinta división se estableció detrás de él, y la novena se quedó en Boynes, donde se alojó igualmente la primera división de caballería.

En la batalla de Beaune-la-Rolande el general Voigts-Rhetz tuvo que hacer frente con once mil hombres á sesenta mil, con tres brigadas á seis divisiones francesas, hasta que pudo socorrérsele hacia la tarde. Sus pérdidas se elevaban á nuevecientos hombres, entre muertos y heridos; los franceses perdieron mil trescientos hombres, sin contar los mil ochocientos prisioneros que les hicieron los alemanes.

Por la tarde el vigésimo cuerpo francés retrocedió hasta Bois-Commun y Bellegarde; el décimo octavo, por el contrario, se había mantenido en Vernouille y en Juranville, ó sea, ante el frente del décimo cuerpo, en el terreno conquistado á este último. Debía esperarse, por consecuencia, que la batalla se reanudaría al día siguiente.

Así el príncipe Federico Carlos ordenó á los cuerpos décimo y tercero que se formaran en batalla para el 29. El noveno recibió la orden de aproximarse enviando dos brigadas á Boynes y á Bazoches, y los otros seguirían en cuanto la subdivisión de ejército del gran Duque hubiese alcanzado el camino de París. Efectivamente: la cuarta división de caballería, que iba á la cabeza de la subdivisión, llegaba á Toury en el curso del día, y la infantería á Allaines y Orgères. La quinta división de caballería que marchaba en el flanco derecho no encontró resistencia más que en Tournoisis.

Invitóse al general Crouzat, que había enviado su parte á Tours en la noche del 28, á renunciar por el momento á un nuevo ataque. En su vista, el ala derecha francesa retrocedió también. El 30 los dos cuerpos hicieron una conversión á la izquierda para acercarse al décimo quinto: á fin de ocultar al enemigo ese movimiento lateral, mandaron destacamentos hacia el Norte, los cuales empeñaron combates en Maizières, Saint-Loup y Mont-Barrois con las tropas de los cuerpos décimo y tercero, encargadas de hacer reconocimientos. Pero pronto se observó que los franceses avanzaban de nuevo, esta vez por el ala izquierda.

En efecto: el general Ducrot había informado desde París al Gobierno de Tours que el 29 intentaría forzar la línea de asedio con cien mil hombres y cuatrocientas piezas, y tender la mano al ejército del Loira, marchando hacia el Sur. El globo portador de este despacho fué á caer en Noruega, desde donde se telegrafió á Tours. Lícito era, pues, suponer que el General se encontraba ya en lo fuerte de su empeño, y, si se quería auxiliarlo, no había tiempo que perder. En nombre de Gambetta

M. de Freycinet sometió al Consejo de Guerra, reunido en la morada del general D'Aurelle, el plan de un movimiento ofensivo que el ejército entero debía emprender sobre Pithiviers. En el caso de que este último se hubiese negado á ejecutarlo, M. de Freycinet debía presentar el decreto destituyéndolo del cargo de general en Jefe.

Resolvióse que ante todo el ala izquierda ejecutase una conversión á la derecha, para la cual serviría de eje Chilleurs-aux-Bois. Una vez que el ejército diese frente á Pithiviers, los cuerpos del ala derecha, llevados á la misma altura, esperarían la orden de marchar adelante. Para cubrir el flanco izquierdo, el vigésimo primer cuerpo debía avanzar á Vendôme.

MARCHA DEL EJÉRCITO DEL LOIRA SOBRE PARÍS

En su consecuencia, el 1.º de Diciembre avanzó el décimo sexto cuerpo hacia la vía férrea en la dirección de Orgères, y el décimo séptimo siguió hasta Patay y Saint-Péravy.

Frente á ellos, la décima séptima división, de la subdivisión del gran Duque que formaba el ala derecha del segundo ejército, había llegado á Bazoches, la vigésima segunda á Toury, y el cuerpo bávaro á los alrededores de Orgères. Así este último recibió el primer choque de los enemigos. La primera brigada bávara, atacada de frente por fuerzas considerablemente superiores, y corriendo peligro de ser cogida de flanco por la división de caballería Michel, tuvo que retirarse á las tres á Villepion. La segunda, que avanzaba de Orgères, hizo alto al Oeste de Nonneville, y la cuarta se desplegó entre Villepion y Faverolles. En esa posición se mantuvieron los bávaros durante cierto tiempo, á despecho de las graves pérdidas que experimentaban. En el ala derecha, el príncipe Leopoldo de Baviera, con las cuatro piezas de su batería que se hallaban en estado de tirar, detuvo el avance del enemigo sobre Nonneville; pero los franceses, dirigidos por el almirante Jauréguiberry en persona, entraron en Villepion. Sobreviniendo la noche, y empezando á faltar las municiones, la primera brigada bávara retrocedió hacia Loigny, y la segunda, aunque no antes de las cinco, á Orgères, donde llegó la tercera por la noche, al paso que la cuarta se incorporó en Loigny.

El encuentro costó á las dos partes unos mil hombres, y las fracciones

más avanzadas de los bávaros se vieron rechazadas, aunque no muy lejos.

Ese éxito y recientes noticias de París despertaban en Tours la esperanza, la certidumbre de vencer. Efectivamente: como veremos en el curso del relato, el 30 de Noviembre las tropas que salieron de París consiguieron ocupar brevísimo tiempo la aldea de Épinay, comprendida en la parte Norte de la línea de bloqueo, y sin mas averiguaciones se supuso que esa aldea era la homónima situada al Sur de Longjumeau, y que nada se opondría á que el ejército de Orleans operase su unión con el de París. El cuerpo franco de Cathelineau recibió la misión de ocupar el bosque de Fontainebleau, desplegando la mayor celeridad posible, y se anunció al país entero que iban á ser aniquilados los alemanes. Pero las cabezas de columna del ejército de Orleans no habían hecho más que media jornada en la dirección de París y había que continuar la conversión á la derecha del ala izquierda. Invitóse, pues, al décimo sexto cuerpo á hacer lo posible por alcanzar el 2 de Diciembre la línea Allaines-Toury; seguiría el décimo séptimo, y el décimo quinto iría á colocarse á su derecha desde Chilleurs por Artenay. Informado el gran Duque de que el enemigo avanzaba en masas considerables, resolvió cerrarle el paso con todas las fuerzas de su subdivisión de ejército. Las divisiones, reunidas en sus puntos de concentración, recibieron las órdenes oportunas á las ocho de la mañana. Mandóse al cuerpo bávaro tomar posiciones enfrente de Loigny, apoyando el ala izquierda en Château-Goury; la décima séptima división debía marchar inmediatamente de Santilly á Lumeau, y la vigésima segunda de Tivernon á Baigneaux. La caballería tenía la misión de cubrir las dos alas.

BATALLA DE LOIGNY-POUPRY

(2 de Diciembre.)

Mientras el cuerpo bávaro seguía aún su marcha viniendo de la Maladrerie, los franceses subieron á las alturas del Oeste de Loigny. En su consecuencia, la primera división se desplegó en Villepion, y la segunda ocupó la línea Beauvilliers-Goury.

El general Chanzy había avanzado á las ocho de la mañana con su se-

gunda y tercera división contra Loigny y Lumeau. La primera, que formaba la reserva, marchaba detrás, y la división de caballería Michel cubría el flanco izquierdo. A pesar del fuego vivísimo de los defensores, la segunda división llegaba á las nueve á las inmediaciones de Beauvilliers; tuvo que retroceder, no obstante, ante un movimiento ofensivo de los bávaros. Estos procedieron á su vez al ataque de Loigny. Pero á las diez y media el cuerpo francés entero avanzó completamente desplegado de Nonneville á Neuwilliers, y los bávaros debieron retirarse, sufriendo graves pérdidas. Acogidos, sin embargo, en Beauvilliers, su artillería gruesa detuvo el avance del enemigo.

A partir de ese instante la lucha permaneció indecisa hasta las once y media, en que intervino la segunda brigada bávara. La cuarta división de caballería avanzó al trote en el flanco izquierdo del enemigo, y la división Michel se batió en retirada sobre el décimo séptimo cuerpo. La caballería alemana hizo muchos prisioneros. En el ínterin la infantería bávara había renovado el ataque contra la granja Morâle. Allí fué recibida por un fuego tan mortífero, que tuvo que volver sobre sus pasos. En ese momento las baterías á caballo, cogiendo de flanco el ala enemiga, prendieron fuego con sus proyectiles á las construcciones de la granja, y el general Orff pudo posesionarse de ella definitivamente.

Durante ese tiempo la segunda división á duras penas había podido resistir en Beauvilliers la violenta embestida de los franceses. Las líneas de tiradores se acercaron tanto, que las baterías bávaras se vieron obligadas á tomar posiciones más atrás. Pero los éxitos conseguidos en el ala derecha iban á tener eco en la izquierda igualmente. Precipitándose de Beauvilliers y de Château-Goury, los bávaros rechazaron á la división Jauréguiberry sobre Loigny.

Poco después del medio día redobló la violencia del fuego de los franceses, sobre todo en la dirección de Château-Goury, y los batallones del ala izquierda bávara fueron rechazados hacia el parque.

Mientras se batían los bávaros, continuaron su marcha las dos divisiones prusianas. La artillería de la décima séptima tomó la delantera á fin de abrir la lucha contra las baterías enemigas, y las cabezas de columna de la infantería llegaban á Lumeau en el momento preciso para impedir que el adversario se apoderase de la localidad. Verdad es que se aproximaron á ésta fuertes líneas de tiradores franceses, pero fueron rechazadas gracias al fuego bien dirigido de la infantería y á las bombas de la artillería; después la división dirigió un ataque de flanco contra los franceses.

También la vigésima segunda división había avanzado por Baigneaux sobre Anneux. Ayudó á la décima séptima á perseguir al enemigo que

retrocedía, haciéndole numerosos prisioneros y quitándole una batería. En vano intentó el último hacer frente en Neuwilliers; sus tropas, completamente desbandadas, refluieron hacia Terminiers.

Después del éxito del combate empeñado en Lumeau, el general Tresckow pudo ir en socorro del ala izquierda de los bávaros, que se encontraba en una situación muy crítica. La trigésima tercera brigada, sostenida por el fuego de ocho baterías, cogió de flanco masas francesas que atacaban violentamente á Château-Goury, y que, sorprendidas, retrocedieron hacia Loigny. Aquí también los batallones mecklemburgueses entraron en la localidad al mismo tiempo que los bávaros. Sólo fué defendido algún tiempo con tenacidad el cementerio situado en el linde Oeste de la aldea. En Villepion los franceses se batían en retirada, y ochenta piezas alemanas reunidas en Loigny causaron terribles estragos en sus filas.

A las dos y media el general der Tann hizo avanzar otra vez á toda su primera división, después de proveerla de nuevas municiones, pero el fuego violento del enemigo paralizó el avance.

La división Michel detuvo la caballería del ala derecha, pero dió media vuelta en cuanto llegó á la zona batida por los proyectiles de la artillería á caballo.

En el momento en que tuvo que desguarnecer su ala derecha, el general Chanzy dispuso algunos batallones cerca de Terrenoire en forma de horca. Detrás de ellos había llegado á Faverolles una brigada del décimo séptimo cuerpo, y á la derecha de Villepion los zuavos pontificios marchaban contra Villours.

Entonces el general Tresckow puso en juego sus últimas reservas. Dos batallones del regimiento de infantería núm. 75 penetraron en la localidad, y de concierto con todas las fracciones que combatían cerca, rechazaron á la columna francesa sobre Villepion.

Llegada la noche, terminó la refriega en ese punto.

Mientras el décimo sexto cuerpo francés luchaba así, completamente solo, durante toda aquella jornada, desplegando la mayor tenacidad, el décimo quinto, con arreglo á las órdenes que tenía, avanzaba por Artenay siguiendo la carretera de París. No encontró frente á sí más que la tercera brigada de caballería. La tercera división francesa atacó ya al medio día á esa brigada. Formaba la columna del ala izquierda, marchando mucho más á la derecha las otras dos.

El general Wittich, en cuanto le anunció la caballería lo que pasaba, marchó con la vigésima segunda división entera en la dirección de Poupry. La cabeza de la división, avanzando á paso de carrera, consiguió alcanzar la localidad y desalojar al enemigo, que ya había penetrado en ella

y en las fajas de bosque situadas al Norte. Luego se instalaron seis baterías, apoyadas por el Sur en la granja Morâle. Los franceses se desplegaron entre Dambron y Autroches, y empeñaron un combate á fuego, aguardando á que entrasen en línea sus otras divisiones.

Después de rechazar una salida de Poupry de los alemanes, su ala derecha ocupó las granjas situadas delante y á corta distancia de la faja de bosque; sus baterías se colocaron en los intervalos, y á las tres se verificó el ataque. Fracasó gracias á la metralla de las baterías alemanas y á la exposición en que se vieron las tropas francesas de recibir una carga de la tercera brigada de caballería que el general Colomb hacía avanzar por el terreno descubierto al Oeste de Dambron.

Fracasó asimismo el ataque que dirigió su ala izquierda desde Autroches contra la granja Morâle. Pero á las cuatro avanzaron en todo el frente, precedidos de fuertes líneas de tiradores. Fueron rechazados en Poupry, de igual suerte que en la granja Morâle, donde se utilizaron dos compañías de gastadores. Por el contrario, su ala derecha penetró en la faja de bosque, y obligó á retirarse á las tropas alemanas que la defendían. Los batallones prusianos, de reserva hasta entonces, avanzaron desde Poupry y rechazaron al enemigo á los bosques, donde tuvo que sostener además el ataque de la caballería.

Pero ya oscurecía, y hubo que suspender el combate. La vigésima segunda división permaneció hasta las once de la noche en las posiciones en que se había mantenido, pronta á defenderlas de nuevo; después volvió á Anneux. La tercera división de caballería ocupó acantonamientos en Baigneaux, uniéndose á ella. La décima séptima división estaba apostada en Lumeau. Delante de su frente, ocupaban á Loigny fracciones de sus tropas, de concierto con los bávaros, que se extendían más á la derecha, hasta Orgères.

Los franceses perdieron ese día cuatro mil hombres, entre muertos y heridos; los alemanes otros tantos por lo menos, pero habían hecho prisioneros á dos mil quinientos franceses no heridos, y cogido ocho piezas, una ametralladora y una bandera.

En cuanto á los cuerpos franceses, el décimo quinto retrocedió sobre Artenay, y recibió la orden de dejar allí una división destinada á protegerlo, mientras él iba á ocupar la posición defensiva en que había estado apostado antes á lo largo de la orilla del bosque.

Desde entonces, el ala izquierda del ejército de Orleans no pudo proseguir su movimiento de avance. Al contrario, el décimo sexto cuerpo, no habiendo sido sostenido por el décimo séptimo, perdió terreno, aunque manteniéndose en primera línea en Villepion, Faverolles y Terminiers.

Así, el general Chanzy recibió autorización para intentar al día siguiente un nuevo ataque contra el ala derecha de los alemanes.

Estos tenían sus cinco cuerpos contiguos á las posiciones francesas. No era posible enviarles más refuerzos; pero, aun así, el Estado Mayor general juzgó llegado el instante de acabar de una vez para todas con las fuerzas que amenazaban de continuo las líneas de bloqueo por el Sur.

El 2 de Diciembre, al medio día, el príncipe Federico Carlos recibió del gran Cuartel general la orden de atacar á Orleans con todas sus fuerzas, y al punto tomó las disposiciones indispensables para ejecutarla.

Ahora necesitamos retroceder, á fin de abarcar toda la situación, dirigiendo una ojeada á los acontecimientos que venían desarrollándose en otros puntos durante el mes de Noviembre.



PARÍS EN NOVIEMBRE

El día 14 de Noviembre se supo en París el resultado favorable del combate sostenido el 3 en Coulmiers. Renacieron las esperanzas. Teníase por seguro que el enemigo se vería obligado á enviar nuevas fuerzas en esa dirección, debilitando de ese modo la línea de bloqueo, particularmente al Sur.

A fin de hallarse en situación de salir al encuentro de los ejércitos que avanzaban para levantar el cerco de París y tomar la ofensiva, formáronse con la guarnición de la capital tres ejércitos distintos.

El primero, colocado bajo las órdenes del general Clément Thomas, comprendía doscientos veintiseis batallones de Guardia nacional, con un efectivo de ciento treinta mil hombres en cifras redondas. Tenía por misión defender el muro de cintura, y mantener el orden en la ciudad. El segundo ejército, mandado por el general Ducrot, estaba compuesto de las tropas en que se podía tener mayor confianza, en particular de las que habían formado hasta entonces los cuerpos décimo tercero y décimo cuarto. Ese ejército, que comprendía tres cuerpos y una división de caballería, contaba cien mil hombres, si no más, con trescientas piezas por lo menos. Destinábase á las operaciones en campo raso y á las salidas dirigidas contra los cuerpos de bloqueo.

El tercer ejército, en fin, fuerte de setenta mil hombres, y mandado por el general Vinoy, comprendía seis divisiones de Guardia móvil, una

división de caballería, y se le había agregado además la división de Maud'huy, compuesta de tropas de línea. Era su cometido sostener las grandes salidas, ejecutando ataques simulados sobre los frentes accesorios. Había además en los fuertes ochenta mil guardias móviles, y en Saint-Denis treinta y cinco mil hombres, bajo las órdenes del almirante de la Roncière.

Las fuerzas disponibles se elevaban, pues, á más de cuatrocientos mil hombres.

La guarnición desplegaba una gran actividad, haciendo pequeñas salidas de noche.

Las piezas de grueso calibre de que estaba armada la plaza lanzaban sus proyectiles hasta Choisy-le-Roi, y aun hasta Beauregard, no lejos de Versailles. En la península de Gennevilliers se construía buena porción de atrincheramientos y se preparaba la instalación de un puente militar. Una multitud de detalles indicaba que los franceses iban á tomar la ofensiva en la dirección del Oeste. Pero mientras el segundo ejército no acabara de concentrarse, el punto vulnerable de las líneas de bloqueo era su sector Sur, y, como ya hemos dicho antes, el gran Cuartel general ordenó al segundo cuerpo tomar posiciones detrás del Yvette, desde Villeneuve hasta Saclay. Al Norte de París la Guardia real se extendía por la izquierda hasta Aulnay; una de las brigadas del duodécimo cuerpo pasó á la orilla Sur del Marne, y la división württemberguesa llenó el vacío que el segundo cuerpo dejaba entre el Marne y el Sena.

El 18 de Noviembre llegó una comunicación del Gobierno de Tours invitando al ejército de París á tender la mano sin pérdida de tiempo al ejército del Loira. Era un poco prematura, porque, según hemos visto, este último no pensaba en aquel momento más que permanecer á la defensiva.

Pero en París se adoptaron todas las disposiciones necesarias para hacer una gran salida. Como los ataques dirigidos anteriormente contra el frente del sexto cuerpo demostraban que había sido considerablemente reforzado, gracias á los atrincheramientos levantados en Thiais y en Chevilly, acordóse marchar desde luego hacia la meseta del Este de Joinville y no tomar la dirección del Sur sino una vez llegados á ella.

El mismo día 18 en que el ejército de Orleans intentó inútilmente abrirse paso á Beaune-la-Rolande, el general Ducrot reunió el segundo ejército de París en los alrededores de Vincennes, y una de las divisiones del tercero, la del general D'Hugues, ocupó en la mañana siguiente el monte Avron. Pero como la construcción de los puentes militares en Champigny y en Bry había sufrido dilaciones, se aplazó la batalla para el 30, quedando libres los Generales encargados de las operaciones accesorias de ejecu-

tarlas desde entonces ó de esperar hasta el fin del mes. Así la división de Maud'huy se había reunido ya en la noche del 28 al 29 detrás de los atrinchamientos de las Hautes-Bruyères, y antes de ser de día se puso en marcha hacia L'Hay.

El general Tümpling, puesto sobre aviso por el violento cañoneo de los fuertes del Sur, había hecho tomar las armas desde muy temprano á la duodécima división en sus formaciones de combate, y reunió la undécima en Fresnes.

A favor de las tinieblas, los franceses penetraron en L'Hay atravesando los viñedos; pero se logró rechazarlos á culatazos y á bayonetazos.

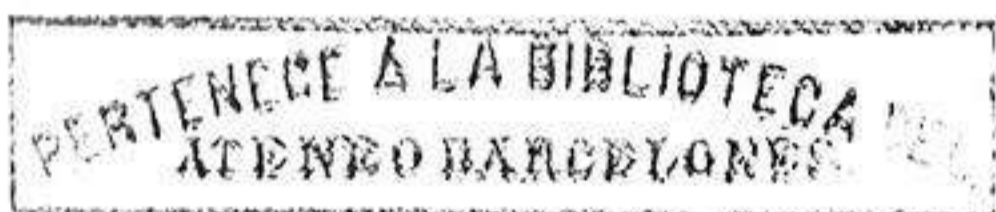
Entonces se cruzó un fuego bastante largo. Después el enemigo renovó el ataque, sin más éxito, á las ocho y media; y esta vez los defensores, reforzados por la entrada en línea de sus reservas, lo persiguieron vigorosamente. A las diez se retiró hacia Villejuif.

Al mismo tiempo el almirante Pothuau avanzó más arriba de París, á lo largo del Sena, con tropas de la marina y guardias nacionales. Sorprendió una guardia avanzada alemana en Gare-aux-Bœufs y la hizo prisionera: Choisy-le-Roi fué cañoneado simultáneamente por la artillería de campaña, las piezas de la plaza y las cañoneras que habían remontado el Sena. Pero cuando los granaderos del regimiento núm. 10 se aprestaron á su vez á tomar la ofensiva, el general Vinoy dió la orden de suspender el combate.

Esa demostración costó á los franceses mil hombres; además se les hicieron prisioneros trescientos no heridos; los alemanes, que se hallaban á cubierto, no perdieron más que ciento cuarenta hombres. La artillería de la plaza no interrumpió el fuego hasta el medio día. En ese momento se concedió á los sitiados una breve suspensión de hostilidades para que pudiesen transportar á la ciudad sus numerosos heridos.

Contra el frente del quinto cuerpo fuertes destacamentos de infantería habían avanzado también á las ocho de la mañana sobre Garches y la Malmaison, poniendo en fuga á una parte de las guardias avanzadas. Pero no tardaron en chocar con batallones que se adelantaban en filas compactas, y al medio día se batieron en retirada sobre el Mont-Valerien.

EL EJÉRCITO DE PARÍS TRATA DE FORZAR EL BLOQUEO



(30 de Noviembre y 2 de Diciembre.)

El 30 de Noviembre el segundo ejército de París se puso en marcha para librar la batalla que iba á decidir de la suerte de la capital.

A fin de impedir á los alemanes que enviasen refuerzos al frente de ataque propiamente dicho, se dirigieron nuevas salidas sobre casi todos los puntos de su línea de bloqueo.

El general Ducrot había designado á la división Susbille de su segundo cuerpo para marchar en la dirección del Sur. A las tres de la mañana empezó su marcha de Rosny, franqueó el Marne por un puente militar establecido en Créteil, y, vigorosamente sostenida por los fuertes más próximos, rompió el fuego desde ese punto sobre los puestos avanzados de la división württemberguesa establecidos en Bonneuil y en Mesly.

El general Obernitz tenía que defender una posición muy extensa. Su primera brigada estaba apostada en Villiers, en la península de Joinville; la segunda en Sucy-en-Brie, y la tercera en Brévannes. La división había sido subordinada al general en Jefe del ejército del Mosa, y este último recibió de Versalles la orden de sostenerla vigorosamente con las tropas del décimo segundo cuerpo y aun con las de la Guardia real.

Pero viendo aglomeradas en el monte Avron fuerzas enemigas considerables, el cuerpo sajón, que estaba en la orilla derecha, se creyó directamente amenazado, y dispensado, por lo mismo, de enviar refuerzos á la orilla izquierda; no obstante, el príncipe real de Sajonia mandó que pasase allí al día siguiente toda la vigésima cuarta división.

Pero durante el mismo día los württembergueses no pudieron ser sostenidos más que por una de las alas del segundo cuerpo, apostada en Villeneuve; la séptima brigada de ese cuerpo avanzó á Valenton, inmediato á Brévannes, y gracias al fuego de sus tres baterías, situadas cerca de esa localidad, se consiguió detener á la división francesa. Al principio fracasaron las tentativas que hicieron los württembergueses de apoderarse

de Montmesly; pero, luego que su artillería cañoneó vivamente al enemigo, consiguieron al medio día trepar á la altura, al par que los batallones prusianos entraban en Mesly. La caballería württemberguesa acuchilló con gran éxito á los tiradores enemigos que se batían en retirada. A la una y media zumbó nuevamente el cañón de los fuertes, lo que anunciaba el fin de la salida. Había costado trescientos cincuenta hombres á los alemanes y mil doscientos á los franceses.

Durante ese tiempo, el frente del sexto cuerpo no fué molestado. El general Vinoy, á quien no se había tenido al corriente, y que ignoraba el avance de la división Susbille, mandó, sin embargo, abrir un fuego vigoroso desde el fuerte de Yvry y las obras próximas, cuando advirtió que se batía en retirada; ayudaron también las cañoneras del Sena y las baterías blindadas del ferrocarril. Después el almirante Pothuau se puso en marcha sobre Choisy-le-Roi y Thiais. Por segunda vez se establecieron sólidamente las tripulaciones de la flota en la Gare-aux-Bœufs, después de rechazar los puestos avanzados prusianos. Pero no pudieron ir más lejos. Por otra parte, el general Vinoy, viendo que había terminado el combate librado en Mesly, mandó á sus tropas volver pies atrás. Sólo la artillería continuó disparando hasta las tres.

En cuanto al frente del quinto cuerpo, fué atacado por guardias móviles, á las siete de la mañana, después de preparar el ataque la artillería del Mont-Valerien. Pero bastaron para rechazarlos los puestos avanzados y las tropas de reserva, y á las once se batían en retirada.

En el frente Norte de Paris se había empeñado igualmente un combate muy vivo. El fuerte de la Briche, sostenido por la artillería de campaña y una batería flotante, rompió un violentísimo fuego contra la aldea de Epinay, situada en un terreno bajo, á la orilla derecha del Sena. A las dos avanzó la brigada Hanrion; dos compañías de tropas de marina penetraron en la localidad costeano el Sena, y expulsaron á la única compañía prusiana que guardaba esa posición. Otra, establecida en los atrincheramientos levantados más al Norte, se retiró hacia Ormesson. A las tres estaba en poder de los franceses toda la localidad, excepto algunas granjas situadas á la otra parte del canal del molino, que fueron defendidas tenazmente.

Entre tanto se habían reunido las tropas del cuarto cuerpo de ejército, y en las alturas que tenían delante se situaron siete baterías. La infantería, prorrumpiendo en hurras, se precipitó por todas partes sobre la aldea, y después de una lucha porfiada, en que hubo que tomar una á una las casas de la localidad, se reconquistó á las cuatro la posición perdida. La ocupación temporal de esa localidad era la que debía hacer nacer en

Tours tantas esperanzas. De una y otra parte se habían perdido trescientos hombres.

Todos esos ataques no eran más que simulados; debían facilitar la empresa principal, y mientras se ocupaba y retenía de esa suerte á todas las tropas del ejército sitiador, dos cuerpos del segundo ejército francés franquearon, á las seis y media, los puentes establecidos en Joinville y Nogent. Después de rechazar á las avanzadas alemanas, las dos masas, ocupando toda la amplitud de la península, se desplegaron entre Champigny y Bry. El tercer cuerpo tomó la dirección de Neuilly por la orilla Norte del Marne, á fin de franquear el río. De ese modo, amenazaba al mismo tiempo las posiciones del cuerpo sajón. Así, este último conservó en la orilla derecha la cuadragésima séptima brigada para sostener á los württembergueses. No había, pues, frente á los dos cuerpos del ejército francés más que dos brigadas alemanas, en una longitud de cinco mil quinientos metros: la cuadragésima octava, sajona, en Noissy, y la primera, württemberguesa, desde Villiers á Chennevières.

A las diez la división de Maussion marchó contra el parque de Villiers; los württembergueses, sostenidos por destacamentos sajones llegados de Noissy, rechazan el primer ataque, pero, persiguiendo al enemigo, sufren grandes pérdidas. Los franceses instalaron delante del parque las baterías de las divisiones y su artillería de reserva. Por su ala derecha la división Faron se había apoderado de Champigny, no sin perder mucha gente, y después estableció atrincheramientos delante de esa localidad.

El primitivo designio del general Ducrot era prolongar el combate en la península hasta que pudiese intervenir en Noissy su tercer cuerpo. Pero cuando supo que éste se hallaba á las once todavía en la opuesta margen del Marne, dió inmediatamente á los otros dos cuerpos la orden de proceder al ataque general.

Por la izquierda, las baterías alemanas situadas entre Noissy y Villiers detuvieron su avance durante algún tiempo; y cuando el coronel Abendroth ejecutó desde las dos localidades un ataque vigoroso con seis compañías de la cuadragésima octava brigada, los franceses retrocedieron hasta los viñedos que cubren la vertiente Oeste de la meseta, y aun abandonaron dos piezas; pero los sajones no pudieron llevárselas por falta de tiros.

En el centro de la línea de batalla la división Berthaut intentó avanzar al Sur de Villiers, pasando de esa localidad; pero el fuego de las cinco baterías situadas cerca del pueblo y cerca de Cœuilly la diezmaron hasta tal punto, que eludió el ataque de un batallón sajón.

Finalmente, en el ala derecha, el fuego de la artillería alemana obligó

á retirar las piezas que los franceses habían dispuesto en batería delante de Champigny. Fueron á abrigarse más al Norte cerca de las caleras. Un destacamento marchó hasta la Maison-Blanche, siguiendo el río; pero en el ínterin la segunda brigada württemberguesa, á pesar de verse atacada en Sucy, había enviado á Chennevières como refuerzos dos compañías y una batería.

Partiendo del pabellón de caza, los württembergueses hicieron doscientos prisioneros á los franceses en la Maison-Blanche. En cambio, las compañías de los mismos reunidos en Cœuilly fracasaron al querer escalar la altura frontera á Champigny, y perdieron mucha gente. Con todo, un nuevo ataque dirigido desde el pabellón de caza contra el flanco de la división Faron, muy quebrantada ya, decidióla á batirse en retirada hacia Champigny.

El general Ducrot resolvió limitarse á esto por aquel día. Bastábale haber sentado el pie en la orilla izquierda del Marne, y para asegurar la posesión de la cortadura conquistada, hizo colocar diez y seis baterías delante de su frente. Al siguiente día quería renovar el combate con sus tres cuerpos reunidos.

Los alemanes podían darse por contentos con haber resistido á un adversario considerablemente superior en número. Así cesó poco á poco la lucha en el curso de la tarde. De pronto se reanudó al Norte con más viveza.

El tercer cuerpo francés había remontado, en efecto, la orilla derecha del Marne, ocupado fuertemente á Neuilly, y desalojado los puestos avanzados de la vigésima tercera brigada sajona. Bajo la protección de seis baterías empezóse á las diez la construcción de dos puentes militares más abajo de Neuilly, y al medio día estaba terminada. Pero precisamente en ese momento, como antes hemos visto, retrocedían los franceses hacia la meseta; de modo que el paso no se efectuó hasta las tres. La división Bellemare siguió el valle para marchar sobre Bry, donde estableció las comunicaciones con el ala izquierda del tercer cuerpo. Un regimiento de zuavos, que intentó trepar á las alturas desde esa localidad, perdió la mitad de sus hombres y todos los oficiales. A pesar de eso, el general Ducrot quiso emplear inmediatamente los refuerzos que llegaban para renovar el ataque de Villiers.

La división, reforzada por cuatro batallones, marchó en dirección á la localidad, pero la artillería no logró abrir brecha en el muro del parque; lanzáronse varias veces las líneas de tiradores; fueron rechazadas, y finalmente tuvieron que batirse en retirada por el valle. Las divisiones Berthaut y Faron habían avanzado simultáneamente, aquélla á lo largo de la

via férrea y ésta contra el pabellón de caza; las dos fracasaron. La fusilería de una y otra parte no terminó hasta la caída de la noche.

El príncipe real de Sajonia, viendo la dirección que tomaba por la mañana el tercer cuerpo francés, había concentrado en Chelles la vigésima tercera división; pero, así que pudo darse cuenta de las verdaderas intenciones del adversario, envió una fracción de la cuadragésima séptima brigada y un grupo de la artillería de cuerpo en auxilio de los württembergueses, cuya situación era muy comprometida. El general Obernitz, por su parte, en cuanto terminó el combate sostenido en Mesly, llevó tres batallones al pabellón de caza. Durante la misma noche, el gran Cuartel general transmitió á los cuerpos segundo y sexto la orden de mandar refuerzos al punto en que corría peligro de ser forzada la línea de bloqueo, y al siguiente día, 1.º de Diciembre, llegaban á Sucy la séptima y la vigésima primera brigadas.

El Estado Mayor francés consideraba ya casi fallida la tentativa hecha de forzar la línea de bloqueo, á menos de recibir auxilios de fuera, é indudablemente lo único que le decidió á mantener por más tiempo todavía el tercer ejército en la orilla izquierda del Marne, fué el temor de exasperar á la población. Los franceses, en vez de renovar sus ataques, se pusieron á levantar trincheras; concluyóse una suspensión de hostilidades para que ambas partes pudiesen llevarse los heridos y enterrar á los muertos. El cañón del monte Avron seguía dejándose oír para animar á los parisienses. Los alemanes, por su parte, se ocuparon de fortificar sus posiciones; pero como el frío era muy penetrante, parte de sus tropas volvió á los acantonamientos situados más atrás.

El general Fransecky fué encargado del mando superior de todas las tropas alemanas entre el Marne y el Sena. El general en Jefe del ejército del Mosa resolvió que el príncipe Jorge atacase muy temprano por sorpresa á Bry y Champigny con todas las fuerzas disponibles del duodécimo cuerpo.

Así, pues, la vigésima cuarta división se reunió el 2 de Diciembre muy temprano en Noissy, la primera brigada württemberguesa en Villiers y la séptima prusiana en el pabellón de caza.

Los batallones de la división sajona, que iban á la cabeza, lanzándose súbitamente, rechazaron los puestos avanzados del enemigo; hicieron cien prisioneros, y después de haber tomado una barricada, penetraron en Bry. Pero aquí se empeñó una lucha encarnizada; hubo que tomar las casas de la aldea una á una, y el regimiento núm. 107 perdió casi todos sus oficiales. Sin embargo, no dejó de mantenerse en la parte Norte de la localidad á despecho del fuego violento de los fuertes.

Los württembergueses penetraron de igual modo en Champigny; pero no tardaron en encontrar una viva resistencia de parte del enemigo, que había puesto las casas en estado de defensa. Hubo que evacuar el bosque de la Lande que se acababa de conquistar, y entonces el general Ducrot decidió proceder por sí mismo al ataque. Las fuertes líneas de artillería de su frente rompieron el fuego á las nueve, y detrás de ellas se desplegaron dos de sus divisiones.

Entre tanto, el tercer batallón del regimiento de Colberg había avanzado de nuevo del pabellón de caza contra el bosque de la Lande, apoderándose de él de golpe. Los pomeranos rechazaron y mataron á culatazos y bayonetazos á los franceses que habían abierto contra ellos un tiroteo violento desde el terraplén del ferrocarril. Al mismo tiempo empeñóse una lucha vivísima en las canteras de piedra de cal, donde al medio día depusieron las armas ciento sesenta franceses. Cuando rompieron el fuego contra Champigny, unas tras otras, seis baterías württemberguesas y nueve prusianas, el general Hartman consiguió llegar hasta el camino que conduce á Bry. Dificultando esas tropas el fuego de las baterías, y viéndose diezmadas por los enormes proyectiles de las piezas de los fuertes, se las hizo retroceder hasta la depresión, cerca del pabellón de caza. A las dos, la primera brigada württemberguesa y la séptima prusiana se establecieron sólidamente en la línea del cementerio de Champigny-Bois de la Lande.

En el interin las divisiones francesas de Bellemare y Susbielle se habían dirigido desde la orilla derecha del Marne al campo de batalla. Los dos batallones alemanes establecidos en Bry, que habían perdido ya treinta y seis oficiales y seiscientos treinta y seis hombres, atacados ahora por fuerzas enemigas considerablemente superiores, tuvieron que evacuar la localidad y retirarse á Noissy, no sin llevarse trescientos prisioneros. Los otros batallones sajones ocuparon á Villiers, donde fueron á emplazarse las baterías aún disponibles.

A las dos los franceses situaron contra ese punto fuertes masas de artillería; pero cuatro baterías del segundo cuerpo se dirigieron al galope desde la hondonada próxima al pabellón de caza al flanco de la línea enemiga, y rompieron el fuego á dos mil pasos. Al cabo de diez minutos escasos se retiraron las baterías francesas, y las prusianas volvieron á su posición, donde se encontraban á cubierto. Varios batallones enemigos, que avanzaron á las tres para atacar á Villiers de nuevo, fueron rechazados fácilmente, y á las cinco terminaba la lucha. Sólo la artillería francesa de campaña y de plaza continuó tirando hasta que se hizo noche.

En el curso del día el general Ducrot supo que el ejército del Loira

marchaba sobre Fontainebleau, y entonces resolvió mantenerse más tiempo en sus posiciones fuera de París.

En la noche del 2 al 3 de Diciembre se racionaron las tropas, y se renovaron las municiones y completaron los tiros de las baterías. Pero nada indicaba que fuesen á llegar socorros de fuera. Las tropas estaban completamente agotadas por las luchas que habían sostenido y que les habían costado mucha gente, y el general en Jefe temía con razón ser arrollado en el Marne por las tropas intactas del adversario. En su consecuencia, dió orden de empezar la retirada, advirtiéndole á las tropas que renovarían el ataque cuando se encontrasen más aguerridas.

Poco después de la media noche se reunieron las divisiones detrás de los puestos avanzados; pasaron ante todo los convoyes del ejército, y al medio día pudieron las tropas á su vez franquear los puentes de Neuilly, Bry y Joinville. Una sola brigada quedó en la orilla izquierda á fin de proteger estos últimos.

Se supo ocultar hábilmente la retirada dirigiendo ataques contra los puestos avanzados enemigos. Baterías francesas habían abierto el fuego al amanecer en Le Plant y en Bry; á causa de una espesa niebla los alemanes ignoraron absolutamente la retirada del adversario.

El general Fransecky mandó adoptar sus formaciones de combate á las divisiones württemberguesa y sajona en Cœuilly y en Villiers; la séptima brigada, con la artillería de cuerpo del segundo y dos regimientos del sexto, estaba apostada en Chennevières. Quería esperar en esas posiciones los refuerzos que se le habían prometido para el día 4, y que se disponía á proporcionarle el sexto cuerpo. También la vigésima tercera división, según orden del príncipe real de Sajonia, debía pasar á la orilla izquierda del Marne, mientras que la Guardia real extendía su línea de puestos avanzados provisionalmente hasta Chelles.

El día 3 no hubo más que escaramuzas sin importancia, y las tropas pudieron recogerse á sus acantonamientos á las cuatro. El día 4, cuando las patrullas alemanas avanzaron de madrugada hacia Bry y Champigny, vieron que el enemigo había evacuado esas localidades y abandonado también la península de Joinville.

El segundo ejército francés entró en París muy diezmado; según indicaciones de los mismos franceses, había perdido doce mil hombres; la moral de las tropas se hallaba relajada notablemente. Los alemanes habían perdido seis mil doscientos hombres. Volvieron á ocupar sus posiciones en la línea de bloqueo.

La enérgica ofensiva del general Ducrot es la tentativa más seria que se hizo para obligar á los alemanes á levantar el sitio de París. El ataque,

dirigido contra el punto de la línea de bloqueo que debía ser más débil entonces, no alcanzó algunos éxitos más que al principio (1).

MARCHA DEL PRIMER EJÉRCITO EN NOVIEMBRE

Al Norte de Francia no permanecieron en la inacción las unidades recién constituidas. Los principales puntos de concentración de las fuerzas francesas eran Ruán y Lila. Delante de esta última ciudad, el Somme, con puntos de paso fortificados en Ham, Péronne Amiens y Abbeville, formaba un sector que favorecía la ofensiva al par que ofrecía una retirada segura.

Hasta entonces habían rechazado los ataques aislados del enemigo fracciones del ejército del Mosa; pero éstas eran demasiado débiles para impedirle por cierto tiempo con su persecución molestar al ejército alemán.

Después de la caída de Metz hemos visto al primer ejército ponerse en marcha hacia los departamentos del Norte de Francia, mientras que el segundo avanzaba en la dirección del Loira.

Pero una gran parte de las fuerzas del primer ejército veíase detenida en el Mosela por el transporte de los numerosos prisioneros y por la necesidad de vigilar las plazas fuertes que interceptaban las comunicaciones con Alemania. El séptimo cuerpo entero se hallaba, ora en Metz, ora delante de Thionville y Montmédy. Por lo que hace al primero, la primera división marchaba hacia Reibel, la cuarta brigada había sido transportada por ferrocarril delante de la Fère, con el encargo de sitiarse, y la tercera división de caballería fué enviada al bosque de Argonne. No quedaban ya más que cinco brigadas, que se pusieron en marcha el 7 de Noviembre con la artillería. Marchando en un frente muy extenso, llegóse el 20 á Compiègne y Chauny, orillas del Oise. Delante del ala derecha, la caballería, reforzada por un batallón de cazadores, encontró guardias móviles en Ham y en Guiscard; delante del frente de las columnas de infantería, las frac-

(1) Más tarde se ha formado la leyenda de que en un Consejo de Guerra, celebrado en Versalles, un solo General votó contra la proposición de trasladar á otra parte el gran Cuartel general, y consiguió que se renunciara á ese proyecto. Por el pronto, jamás se convocó Consejo de Guerra en el curso de toda la campaña; además, ninguno de los militares que rodeaban al Rey pensó nunca en dar tan mal ejemplo al ejército.—
(N. DEL A.)

ciones de tropas enemigas se batían en retirada sobre Amiens. Súpose que en esa ciudad había quince mil hombres, y que incesantemente llegaban á ella nuevos refuerzos.

El 25 de Noviembre la tercera brigada alcanzó el Quesnel. En cuanto á las tropas del octavo cuerpo, la décima quinta división pasó más allá de Montdidier; la décima sexta llegó á Breteuil, desde donde estableció las comunicaciones con las fracciones del cuerpo sajón apostadas en Clermont. El 26 el ala derecha se unía en Le Quesnel, y la izquierda en Moreuil y Essertaux. La caballería reconoció el país en la dirección del Somme, encontrando ocupada por el enemigo la orilla derecha. Todo indicaba que éste se contentaría con defender sus posiciones. Así el general Manteuffel resolvió atacarlo sin esperar la llegada de la primera división que iba detrás, y cuyo transporte desde Rethel por ferrocarril había sufrido un retraso considerable. Pero el 27 decidió concentrar más las fuerzas disponibles, que ocupaban un frente de treinta kilómetros. En ese mismo día se empeñó en toda la línea la batalla, resultante de un encuentro fortuito.

BATALLA DE AMIENS

(27 de Noviembre.)



El general Farre estaba apostado con sus diez y siete mil quinientos hombres, que constituían tres brigadas, á la derecha de Amiens, por la orilla Sur del Somme, en Villers-Bretonneux y en Longueau, á lo largo del camino de Péronne, ocupando las localidades y los bosques situados delante de su frente. Había también ocho mil guardias móviles á cuatro kilómetros de la ciudad en una posición defendida por atrincheramientos.

Ajustándose á las instrucciones del general en Jefe, el general Gœben ordenó que el 27 la décima quinta división se acantonase en Fouencamps y Sains, la décima sexta en Rumigny, en Plachy y en las localidades situadas más atrás, y la artillería de cuerpo en Grattepanche. Resulta de aquí que el octavo cuerpo iba á concentrarse delante de Amiens entre el Celle y el Noye, pero que se encontraba separado del primer cuerpo por

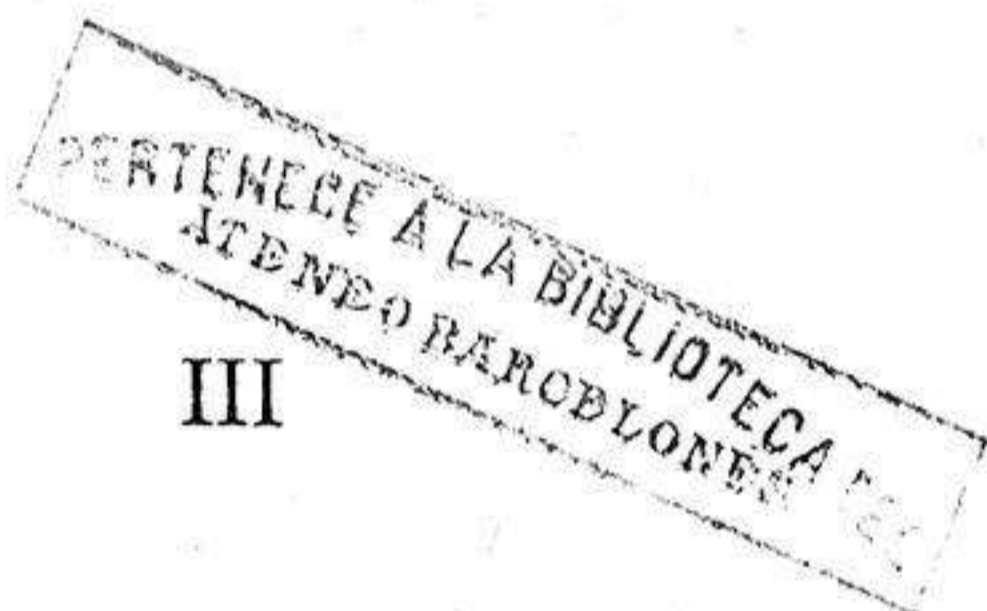
este riachuelo así como por el Arve, y alejado de él cerca de cuatro kilómetros. El general Bentheim, por su parte, asignó á su vanguardia, la tercera brigada, acantonamientos al Norte del Luce.

Ya muy de mañana ocupó ésta los puntos de paso de ese riachuelo por Démuin, Hangard y Domart. A las diez siguió avanzando á fin de alcanzar los acantonamientos que se le destinaban, y como esas localidades estaban ocupadas por el enemigo, trabóse un combate, que poco á poco se extendió á las otras tropas.

Sin viva resistencia del enemigo, se conquistaron las porciones forestales de las alturas de la orilla septentrional del Luce, y los prusianos pudieron conservarlas, á pesar de varias vueltas ofensivas. La artillería fué á situarse en los espacios intermedios entre los bosques. Por la izquierda, el regimiento núm. 4 se apoderó del pueblo de Gentelles; por la derecha, el regimiento núm. 44 se acercó en avances sucesivos á trescientos pasos del ala izquierda de la posición francesa, y después, arrojándose audazmente, se apoderó de los atrincheramientos levantados alrededor de la trinchera del ferrocarril, al Este de Villers-Bretonneux. Poco después del medio día la tercera brigada se hallaba apostada en una extensión de siete kilómetros próximamente, teniendo en frente de sí las masas compactas del enemigo en Villers-Bretonneux y en Cachy.

(Se continuará)

RECUERDOS DE MI VIDA



III

En el otoño de 1844 decidimos poner en escena *La Vestal*, con el mayor esmero, en el teatro Real de Dresde. Prometiéndonos una interpretación casi excelente, gracias al concurso de la señora Schroeder-Devrient, sugerí al director, señor de Lüttichau, la idea de invitar á Spontini á dirigir en persona su obra, tan justamente celebrada. El maestro acababa de sufrir grandes humillaciones en Berlín é iba á alejarse de allí para siempre: las circunstancias eran, pues, á propósito para atestiguarle un interés tan expresivo.

Hízose así; en mi cualidad de director de orquesta, fuí el encargado de entenderme con el maestro sobre

el particular. La carta que le dirigí, aun cuando no confié á nadie el cuidado de redactarla en francés, parece que le dió muy buena opinión de mi celo, porque en una epístola absolutamente majestuosa tuvo á bien expresarme sus deseos particulares á propósito de los preparativos de la solemnidad.

En lo relativo á los cantantes, desde el momento en que figuraba entre ellos una Schroeder-Devrient, se declaraba francamente tranquilizado; respecto á coros y bailarines, suponía que no se economizaría nada para presentar la obra de una manera digna; suponía también que la orquesta le satisfaría plenamente; no dudaba que encerraría el número requerido de instrumentos

excelentes, con doce buenos contrabajos.

Este aditamento me consternó, porque por esa sola cifra me figuré de qué tenor serían las demás previsiones del maestro; corrí, pues, á advertir al Sr. de Lüttichau que el asunto iniciado no terminaría tan fácilmente. La señora Schroeder-Devrient supo nuestros apuros, y conociendo bien á Spontini, se echó á reír como una loca de la imprudencia que habíamos cometido, dirigiendo esa invitación; pero, como medida salvadora, nos propuso utilizar una ligera indisposición suya para dar largas al asunto.

Por fortuna, Spontini instaba á que se apresurase la ejecución del proyecto, porque se aguardaba su llegada á París con la más viva impaciencia, y tenía poco tiempo que consagrarnos. Ese fué mi asidero para urdir la trama inocente con que pretendía disuadir al maestro de aceptar definitivamente la invitación.

Respiramos al fin, y proseguimos los estudios. Habíamos llegado sin entorpecimientos á la víspera del ensayo general, cuando hacia el medio día pára un coche á mi puerta y héte aquí al maestro, envuelto arrogantemente en una larga hopalanda azul. El, que por lo común no andaba nunca sino con la solemnidad de un grande de España,

entonces andaba precipitadamente. Sin aguardar á que nadie lo guiase, se va derecho á mi cuarto, me pone ante los ojos mis cartas, y me demuestra que, según esa correspondencia, no ha declinado ni remotamente la invitación, ni hecho otra cosa que diferir con toda sinceridad á nuestros deseos.

Olvidando todos los contratiempos que podían preverse, me entregué á la alegría verdaderamente cordial de ver de cerca al personaje asombroso, y oír su obra bajo su dirección; inmediatamente me propuse arreglarlo todo para que quedase satisfecho, y se lo declaré así con el acento del más vivo interés, á lo cual sonrió de una manera benévola, casi infantil. Y á fin de desvanecer todo recelo sobre mi sinceridad, le propuse que dirigiese él mismo, sin más espera, el ensayo señalado para el día siguiente; pero entonces cambió de expresión de pronto, como si pensara que se iban á oponer dificultades á varias de sus exigencias. Aunque muy agitado, no se explicaba claramente sobre nada, hasta el punto de costarme lo indecible averiguar qué medidas debería tomar yo para decidirlo á encargarse de esa tarea.

En fin, después de algunas vacilaciones, acabó por preguntarme que clase de batuta usábamos. Le indiqué aproximadamente las dimensiones

de una varita de madera ordinaria, que se forraba de papel blanco, y que el mozo de orquesta se cuidaba de renovar siempre.

Suspiró, y me preguntó si creía posible mandarle hacer de allí al día siguiente una batuta de ébano de un largo y de un grueso bien visibles (me los indicaba con el brazo y la palma de la mano), y con remates de marfil bastante voluminosos. Le prometí que para el próximo ensayo habría ya una batuta de aspecto enteramente semejante á la que deseaba, y añadí que para la función tendría otra, hecha según su fórmula, con los materiales prescritos.

Se tranquilizó de una manera pasmosa, se pasó la mano por la frente, me autorizó para anunciar que se encargaba de dirigir al siguiente día, y se volvió á su hotel, no sin inculcarme de nuevo sus instrucciones meticulosas á propósito de la batuta...

Yo no sabía bien si soñaba ó estaba despierto; con la impetuosidad del huracán corrí á difundir la alarma, y á poner á las gentes al corriente de lo que acababa de suceder, y de lo que nos había caído encima: estábamos cogidos.

La señora Schroeder-Devrient se ofreció á interponer sus buenos oficios, y yo celebré una conferencia minuciosa con el carpintero del

teatro acerca de la batuta. La cosa salió á maravilla: el instrumento poseía las dimensiones deseadas, su color semejaba el ébano, y tenía dos gruesos remates blancos.

Se trataba ahora de proceder al ensayo general.

Apenas estuvo en el sillón, fué evidente que Spontini se encontraba violento; quería ante todo que los oboes se hallasen colocados detrás de él; como ese simple cambio en la disposición de la orquesta hubiese ocasionado entonces un gran trastorno, le prometí que se arreglaría después del ensayo. Sin responder nada cogió la batuta.

En seguida comprendí por qué concedía tanta importancia á su forma y á sus dimensiones. Efectivamente: en vez de cogerla por uno de los extremos, como hacemos los directores de orquesta, la empuñó casi por en medio, y la blandió de tal modo, que se vió bien su intento de emplearla, no para marcar la medida, sino como un bastón de mando.

Pero á poco, en el curso de las primeras escenas, se produjo una confusión, tanto más difícil de deshacer cuanto que el alemán impropio en que el maestro hablaba á la orquesta y á los cantantes era un gran obstáculo para la inteligencia. No tardamos en comprender cual era su preocupación dominante:

alejarse de nosotros la idea de que aquello fuese un ensayo general, porque él se proponía resueltamente que empezaran de nuevo los estudios de la ópera.

Grande fué el desencanto de Fischer mi viejo maestro de coros. En un principio habíase asociado con mucho entusiasmo á nuestros esfuerzos por llevar á Spontini á Dresde; pero, cuando vió venir ese desarreglo del programa, su despecho acabó por convertirse en furor: ciego de rabia, en cuanto Spontini abría la boca, se figuraba que era para tomarla con él, y le replicaba sin empacho en el alemán más grosero.

Una vez, al fin de un trozo de conjunto, Spontini me hizo señas para que me acercase, y me dijo al oído: «¿Sabe V. que sus coros no cantan mal?» Fischer, que observaba con desconfianza, me preguntó furioso: «¿Qué tiene que pedir ese viejo todavía?» Me costó algún esfuerzo calmar á medias al entusiasta, cambiado tan de pronto.

Lo que más nos detuvo en el primer acto fué el desfile de la marcha triunfal; el maestro se deshacía en anatemas contra la actitud indiferente del pueblo durante la procesión de las Vestales; indudablemente no había advertido que todo el mundo se arrodillaba á la aparición de las sacerdotisas, según las

instrucciones del director de escena; porque todo lo que no tenía encima de los ojos no existía para él, afectado como estaba de una excesiva miopía. Reclamaba también que el respeto religioso del ejército se tradujese muy enérgicamente, prosternándose los soldados con la faz en tierra, y golpeando el suelo con las lanzas, todos á una. Hubo que repetirlo un número incalculable de veces; pero siempre se oía el choque de algunas lanzas rezagadas ó anticipadas. El mismo maestro ejecutaba la maniobra en su atril con la famosa batuta; trabajo perdido! el golpe carecía siempre de decisión y de energía. Yo recordé entonces la notable precisión, el efecto casi espantoso, con que se habían ejecutado evoluciones análogas en *Hernán Cortés*, obra que ví representar en Berlín, y la viva impresión que me produjeron. Comprendí bien que, para combatir la flojedad corriente entre nosotros en esa clase de maniobras, se necesitaría un gran consumo de tiempo y de trabajo, antes de satisfacer al maestro, muy consentido siempre hasta allí en ese linaje de exigencias.

Después del primer acto, Spontini en persona subió á la escena, y, suponiéndose rodeado de los artistas del teatro Real de Dresde, empezó á puntualizar los motivos que

le obligaban á insistir en un aplazamiento considerable de la representación, á fin de ganar el tiempo preciso para los ensayos más diversos, y preparar así una interpretación conforme á sus ideas. Pero todo el personal estaba ya en plena dispersión; cantantes y director de escena se habían eclipsado con la rapidez del huracán, desbandándose en todas direcciones, para desahogarse á su guisa sobre aquella situación calamitosa. Sólo los maquinistas, los gasistas y algunos coristas formaban semicírculo al redor de Spontini, flechando los ojos en aquel hombre singular, mientras él peroraba acaloradamente sobre las exigencias del verdadero arte dramático.

Esa escena deplorable atrajo mi atención. Con palabras deferentes y amistosas hice comprender á Spontini que se acaloraba inútilmente; le dí la seguridad de que se cumplirían todos sus deseos, y se mandaría llamar al Sr. Devrient, que conservaba aún en la memoria los menores detalles de la representación de *La Vestal* en Berlín, para que adiestrase á los coristas y comparsas. Así logré arrancar al maestro de la situación ridícula en que lo encontré, con gran sentimiento mío. Con esa promesa se calmó, y trazamos juntos un plan de estudios conforme á sus aspiraciones.

Realmente yo fuí el único que no puse mala cara al nuevo sesgo que tomaban las cosas: es que, en medio de aquellas maneras que lindaban frecuentemente con lo burlesco, en medio de aquellas alteraciones extravagantes cuya explicación descubría poco á poco, notaba la energía poco común que desplegaba Spontini para perseguir y mantener un objetivo del arte dramático casi olvidado en nuestra época.

Volvimos á emprender nuestros estudios con un ensayo al piano para que el maestro pudiese comunicar á los artistas sus intenciones especiales. En el fondo no aprendimos entonces mucho de nuevo; él se fijaba, más que en las observaciones de detalle sobre la interpretación, en la concepción general de la obra. Observé su arraigada costumbre de tratar sin contemplaciones á los cantantes célebres, como la señora Schroeder-Devrient y Tichatschek. Prohibió á este último emplear la palabra *Braut* (1), que usaba Licinio en el texto alemán dirigiéndose á Julia; esa voz le rajaba los oídos; no comprendía que se pudiese poner en música un sonido tan vulgar.

En cuanto al artista, de menos facultades y cultura, que representa-

(1) Novia, prometida. — (N. del T.)

ba el sumo sacerdote, el maestro le dió una lección circunstanciada sobre la manera de entender el personaje, de la cual debía deducir el carácter de su recitado dialogado con el arúspice; le demostró que, según ese pasaje, el conjunto del papel descansaba en la arteria sacerdotal y en los cálculos para sacar partido de la superstición. El pontífice debía dejar comprender que no temía á su adversario, aun cuando se hallase en el pináculo del poder militar de Roma; que estaba preparado á las peores eventualidades; y que, merced á los recursos que poseía, si las cosas no tomaban otro giro, podría producir á su antojo el milagro que debía volver á encender el fuego sagrado de Vesta, salvando así la influencia sacerdotal, aun en el supuesto de que Julia se librara de la inmolación.

Con motivo de una conversación sobre la orquesta, rogué á Spontini me explicase por qué él que había empleado tan vigorosamente los trombones en el curso de la partitura, les hacía guardar silencio precisamente durante la soberbia marcha triunfal del primer acto. — «¿Es que no tengo allí trombones?» — me respondió muy sorprendido.

Por toda respuesta le enseñé la partitura grabada. En seguida me suplicó que añadiese á esa

marcha partes de trombones, para que se ejecutasen ya en el próximo ensayo hasta donde fuera posible. Añadió: — «En su *Rienzi* he oído un instrumento que llama *V. bass-tuba*; no quiero que falte ese instrumento en la orquesta; hágame usted una parte para la *Vestal*.»

Tuve un placer en satisfacer con discreción el deseo del maestro. Cuando en el ensayo oyó por primera vez el efecto de los instrumentos añadidos, me lanzó una mirada de gratitud verdaderamente afectuosa. La impresión que conservó de ese fácil enriquecimiento de su partitura fué tan persistente, que más tarde me escribió una carta desde París suplicándome le enviase ese suplemento instrumental de mi cosecha; pero, como su orgullo no le permitía convenir en que solicitaba una cosa de que yo fuese autor, expresó en esta forma su deseo: «Envieme *V.* la parte de los trombones para la marcha triunfal y la de la *bass-tuba*, tal y como se ejecutó bajo mi dirección en *Dresde*.»

Dí al maestro nuevas pruebas de mi devoción personal, modificando completamente, según sus ideas, la colocación de los instrumentos. Esas ideas respondían más que á un sistema á hábitos añejos; y cuando el maestro tuvo á bien explicarme su modo de dirigir la orquesta,

ví claro como la luz lo que importaba no contrarrestar sus manías.

—«Yo—me dijo en propias palabras—dirijo simplemente con los ojos: ojo izquierdo, primeros violines; ojo derecho, segundos violines. Ahora bien: para obrar con la mirada, hay que dejarse de anteojos, aun en el caso de miopía, y eso es lo que ignoran tantos malos medidores de compás. Por mi parte—me confesó—no veo más allá de mis narices, y, sin embargo, á una ojeada mía todo sale á pedir de boca.»

En su manera de distribuir la orquesta había á la verdad más de un pormenor ilógico, debido únicamente á sus manías, v. gr., su costumbre de colocar los oboes detrás de él, costumbre que traía de una orquesta de París, donde, por circunstancias especiales, había habido que arreglar de esa suerte las cosas. Los dos instrumentistas se veían, pues, obligados á volver el orificio de los instrumentos en sentido contrario al público, y uno de ellos se sintió tanto de esa exigencia, que no logré apaciguarlo sino reduciendo el asunto á broma.

Pero, aparte de esas ligeras extravagancias, la práctica seguida por Spontini en la disposición de la orquesta descansaba en un principio muy justo, que desgraciada-

mente desconocen aún de una manera absoluta la mayoría de las orquestas alemanas: según ese principio, la cuerda se distribuye uniformemente en toda la orquesta; el metal y la percusión, que, concentrados en un mismo punto, predominan y aplastan á la masa instrumental, se dividen y reparten á los dos lados; los demás instrumentos de viento, cuyo timbre más suave se asocia mejor al de las cuerdas, se colocan en su inmediación, á una distancia conveniente, y sirven de lazo entre las mismas.

Contra este sistema, todavía está en vigor en las orquestas más numerosas y renombradas la división de la masa instrumental en dos grupos, cuerda y viento: práctica que denota una verdadera ordinareiz de gusto, una verdadera indiferencia hacia la belleza de una sonoridad orquestal íntimamente fundida y perfectamente homogénea.

Por mi parte, me felicité de la ocasión que se me ofrecía de introducir en el teatro de Dresde una innovación tan feliz; porque, gracias á la iniciativa de Spontini, no había ya dificultades en obtener del Rey una orden manteniendo la nueva disposición. No faltaba más que aguardar la partida del maestro para corregir algunos errores accidentales, modificar ciertas rare-

zas de detalle de su agrupación, y conseguir así para lo sucesivo una disposición de la orquesta completamente satisfactoria.

A pesar de todas las singularidades que se advirtieron en la dirección de Spontini durante los ensayos, aquel hombre extraordinario no dejó de fascinar á músicos y cantantes, hasta el punto de que se esmeraron en su interpretación con inusitado celo. Una de las circunstancias más notables de su dirección fué la energía con que insistía en que se hiciesen resaltar los acentos rítmicos, y hasta en que se exajerasen muchas veces; al efecto, en la orquesta de Berlín había adquirido la costumbre de designar la nota que debía acentuarse con la palabra *diese* (ésta), cuyo sentido no comprendí al pronto. Ese procedimiento regocijó á Tichatschek, naturaleza de cantante prendada del ritmo; también él, en las entradas importantes del coro, solía inflamar el celo de los coristas mediante la precisión del ataque, afirmando que bastaba dar á la parte fuerte el relieve debido para que el resto marchase por sí solo.

Así se difundía poco á poco por todo el personal un espíritu de simpatía y de condescendencia hacia los deseos de Spontini. Los *violas* fueron los únicos que no le perdonaron en mucho tiempo un susto

que les dió. Sucedió que en el final del segundo acto la ejecución de su parte, que acompaña con un suave estremecimiento la lúgubre cantinela de Julia, no respondió á la intención del maestro; por lo cual, volviéndose de repente, les gritó con voz cavernosa, sepulcral: «¡Muertas las violas!» A ese apóstrofe los dos pálidos viejos, hipcondriacos incurables que con gran disgusto mío se habían obstinado hasta entonces en aferrarse al primer atril, aun cuando tuviesen la expectativa de su retiro, dirigieron miradas extraviadas á Spontini con el espanto de gentes que acaban de oír una amenaza... Pasé todos los trabajos del mundo para restituirlos progresivamente á la vida y procuré explicarles lo que quería Spontini, absteniéndome de expresiones melodramáticas y de imágenes de efecto.

Mientras esto pasaba en la orquesta, el Sr. Devrient se ocupaba de la escena, consiguiendo poco á poco restablecer la disciplina y obtener efectos sorprendentes. El también supo sacarnos de apuros, satisfaciendo las exigencias de Spontini, que nos había puesto á todos en gran aprieto.

Adoptando el corte que se hace por todas partes en Alemania, habíamos resuelto terminar la ópera con el duo apasionado que cantan

Lucinio y Julia, acompañados por el coro, después de la liberación. Pero el maestro insistió en que siguiese al duo la conclusión original con baile y coro de alegría, según la antigua tradición de la *ópera seria* francesa. Le repugnaba hasta lo sumo ver extinguirse miserablemente su brillante partitura en un lugar de suplicio. Quería á todo trance un cambio de decoración, un nuevo cuadro que representase el bosquecillo de rosas de Venus en el seno de la más viva luz; allí, entre bailes alegres y cantos de regocijo, la pareja, libre de pruebas, sería conducida al altar nupcial por un gracioso cortejo de sacerdotes y sacerdotisas de Venus, adornados de rosas.

Así se hizo, aunque la adición distase mucho desgraciadamente de favorecer el éxito que tan vivamente anhelábamos.

La representación marchó con gran precisión, y estuvo animada por el más hermoso celo; pero en cuanto al desempeño del papel principal, saltó á los ojos de todos un inconveniente, en que ninguno había reparado antes. Evidentemente nuestra gran Schroeder-Devrient no estaba ya en edad de representar á Julia; tenía en todo un aire de matrona, poco en armonía con la calificación del libreto, la más joven de las Vestales. Esa discordancia

resaltaba especialmente al lado de una gran Vestal como la de la interpretación de Dresde. Desempeñaba ese papel mi sobrina Juana Wagner, entonces de diez y siete años: el brillo de su belleza virginal era tan extraordinario, que no podía disimularlo ningún artificio; además el encanto irresistible de su voz y sus felices disposiciones para la grandicción dramática inspiraban á todos los concurrentes el involuntario deseo de verle cambiar su papel por el de la gran trágica.

Esa comparación desfavorable no podía ocultarse á la perspicacia de la señora Devrient; en su consecuencia, pareció creerse obligada á mantenerse victoriosamente en su difícil posición, haciendo un llamamiento supremo á todos los recursos de su talento. Ese sentimiento la impulsó á exagerar algunas veces, y hasta á caer en una falta de mal gusto en un pasaje importante.

Después del gran trío del tercer acto, Julia, en el momento en que su amante ha encontrado la salvación en la huida, vuelve desfallecida, moribunda, hacia el proscenio, dejando salir esta exclamación de su alma oprimida: «¡Está salvado!...» La señora Schroeder *habló* estas palabras, en vez de cantarlas.

Ya en *Fidelio* había visto más de una vez los poderosos transportes

que excitaba en el público, cuando en el exceso de la pasión profería una frase decisiva en un tono próximo al puro acento hablado: en la frase «un paso más, y eres muerto», pronunciaba así la palabra *muerto*, en vez de cantarla.

Yo, por mi parte, había experimentado ese efecto sorprendente: me sentía sobrecogido de un terror prodigioso, como si me precipitasen bruscamente con un hachazo desde las alturas de la esfera ideal á que la música eleva aun las situaciones más horribles, al suelo desnudo de la realidad más espantosa. Era como una revelación directa de los límites extremos de lo sublime; al recordar esa impresión, no puedo hacer más que compararla á un relámpago que iluminase de pronto dos mundos absolutamente diferentes en el momento mismo de tocarse para volverse á separar en absoluto; y eso de tal manera que en tan breve momento se creyese abrazar realmente el uno y el otro de una sola ojeada.

Pero ¡qué difícil sorprender ese rápido instante! ¡Qué peligroso jugar con ese elemento, ese temible elemento, y tratar de apropiarlo á un objeto personal! Lo ví patentemente entonces, porque el intento de la gran artista fracasó por completo. Al oír aquella exclamación penosamente proferida con una voz

sorda y ronca, creí recibir, como todo el público, una ducha de agua fría, porque allí no se vió nada sino un efecto teatral fallido.

¿Debe pensarse que se sobreexcitó demasiado la expectación del público, encima de obligarle á pagar doble por el goce de ver á Spontini dirigiendo la orquesta? ¿Hay que creer que el estilo general de la obra, con su asunto antiguo afrancesado, pareció algo fuera de moda á despecho de los esplendores y de la belleza de la música? ¿O ha de pensarse, en fin, que perjudicó la languidez del desenlace, del mismo modo que los efectos dramáticos de la señora Devrient?... Sea como quiera, los sentimientos del público no pudieron llegar el verdadero entusiasmo; los aplausos bastante tibios con que acabó la velada parecieron un simple testimonio de consideración á la reputación universal del maestro; así es que no pude desechar un sentimiento penoso al verle adelantarse al proscenio cargado con todas sus condecoraciones, y responder con saludos de gratitud á la llamada poco calorosa del público después de la caída del telón.

Nadie se hizo menos ilusiones que él en punto á esa acogida tan poco animadora. Decidió probar mejor fortuna, y recurrió al medio que solía emplear en Berlín para tener

un lleno y un público entusiasta. Habiendo aprendido por experiencia que las dos cosas se reunían los domingos, hacía de modo que sus óperas se representasen en ese día. Nos ofreció, pues, volver á dirigir su *Vestal* el domingo siguiente. Esa prolongación de su estancia nos proporcionó el placer de disfrutar por más tiempo de su interesante compañía. Yo he conservado fielmente el recuerdo de las largas horas que pasé con Spontini, ya en casa de la señora Devrient, ya en la mía, y trasladaré con gusto algunos.

Me acuerdo sobre todo de una comida en casa de la señora Devrient. Spontini fué con su mujer, una hermana de Erard, el célebre fabricante de pianos, y tuvimos una conversación muy larga y muy animada.

Generalmente no tomaba parte en las conversaciones sino prestando á ellas una atención tranquila y digna con la actitud de quien espera que se pida su parecer. Cuando se dignaba tomar la palabra, lo hacía en tono pomposo, en frases absolutas y categóricas y con inflexiones sentenciosas, que excluían toda idea de contradicción como una falta grave. Pero después de la comida, cuando nos juntamos, se abandonó y animó más. Ya he dicho que me demostraba todo el afecto compatible con su

naturaleza; así, pues, me declaró sin rodeos que sentía amistad hacia mí, y que quería probármela poniéndome en guardia contra la idea funesta de seguir mi carrera de compositor dramático. Comprendía de sobra—añadió—que le costaría trabajo convencerme del valor de ese consejo de amigo; pero miraba como un deber tan indispensable preocuparse de esa suerte de mi felicidad, que, á trueque de conseguirlo, se resignaría á permanecer seis meses en Dresde; al paso se podrían preparar bajo su dirección sus otras óperas, especialmente *Inés de Hohenstaufen*.

Para que me penetrase mejor de lo peligroso que era aventurarse en la carrera dramática después de Spontini, empezó por dirigirme un elogio singular. Hé aquí sus palabras: «Cuando oí su *Rienzi* de V., me dije: es un hombre de genio, pero ha hecho ya más de lo que puede hacer.» Y para explicarme esa paradoja, se remontó al pasado en estos términos: «Después de Gluck, yo soy el que he hecho la gran revolución con la *Vestal*; he introducido la prolongación de la sexta en la armonía y el bombo en la orquesta; con *Hernán Cortés* di un paso más hacia adelante; luego avancé tres con *Olimpia*; *Nurmahal*, *Alcidor* y todo lo que hice en los primeros tiempos de Berlín se lo regalo

á V.: eran obras ocasionales; pero después he dado cien pasos con *Inés de Hohenstaufen*, donde ideé un empleo de la orquesta que reemplaza perfectamente al órgano.»

Añadía que desde esa época se había ocupado de un nuevo asunto, los *Atenienses*; que el príncipe heredero, á la sazón rey de Prusia, le había instado vivamente á acabar esa obra... Y hélo aquí sacando de su cartera en apoyo algunas cartas de dicho monarca para que las leyésemos. Así que cumplimos concienzudamente esa tarea, declaró que, á pesar de tan lisonjeras instancias, había renunciado definitivamente á tratar en música aquel asunto, aun cuando le parecía excelente, porque estaba convencido de no poder superar á su *Inés de Hohenstaufen* y llegar á inventar nada nuevo. Concluyó así: «¿Cómo quiere V., pues, que haya nadie que pueda inventar algo nuevo, cuando yo, Spontini, declaro que no puedo de ninguna manera superar á mis obras precedentes, y cuando sé, por otra parte, que después de la *Vestal* no se ha escrito una nota que no fuese robada de mis partituras?»

Para demostrarnos que esa acusación de plagio no era simplemente una frase lanzada al vuelo, sino que descansaba en hechos científicamente comprobados, invocó el

testimonio de su mujer. Ella había tenido á la vista, como él mismo, una voluminosa disertación sobre el particular, escrita por uno de los miembros más ilustres de la Academia francesa; en esa Memoria, que por motivos particulares no había sido entregada á la publicidad, se probaba clarísima y concluyentemente que, sin la prolongación de la sexta, inventada por Spontini y practicada en la *Vestal*, no existiría nada de la melodía moderna, y que todas las fórmulas melódicas empleadas después estaban tomadas pura y simplemente de sus composiciones.

Yo no volvía de mi asombro; pero concebí, sin embargo, la esperanza de atraer al inflexible maestro á apreciaciones menos severas, siquiera en lo tocante á los progresos que le estaba reservado realizar á él mismo. Admitiendo con él que las cosas eran realmente como había demostrado el académico, me arriesgué á preguntarle si no se sentiría estimulado á buscar nuevas formas musicales en el caso de que se le presentara un libreto de una tendencia poética que no hubiese abordado aún.

Mirándome con una sonrisa de compasión, me hizo advertir que había un error en mi misma pregunta: ¿Dónde encontrar ese elemento nuevo? «En la *Vestal*—dijo

—he compuesto un asunto romano; en *Hernán Cortés*, un asunto español-mejicano; en *Olimpia*, un asunto greco-macedonio; y, en fin, en *Inés de Hohenstaufen*, un asunto alemán; todo lo demás no vale nada.» Por supuesto, daba de barato que, al hablarle de una obra de tendencias nuevas, no pensaría en el llamado género romántico á lo *Freischütz*: semejantes puerilidades eran indignas de ocupar á un hombre serio; el arte, efectivamente, era cosa seria, y todo lo serio lo había agotado él. ¿De qué país, en suma, saldría el compositor capaz de superarlo? No había peligro de que ese fénix viniera de los italianos—á quienes trataba simplemente de *cochinos*—ni de los franceses, que se limitaban á imitar á los italianos, ni de los alemanes, que no podían sustraerse á sus idealismos pueriles, y cuyas buenas disposiciones, si alguna vez las tuvieron, se habían echado á perder completamente con el influjo de los judíos. «¡Oh, créame V.! Había esperanza para Alemania, cuando yo era emperador de la música en Berlín; pero desde que el rey de Prusia ha entregado su música al desorden ocasionado por los dos judíos errantes que ha traído, se ha perdido toda esperanza.»

Llegados á este punto de la conversación, nuestra amable anfitrio-

na creyó conveniente variar de tema, vista la gran sobreexcitación del maestro. El teatro estaba á dos pasos de su casa; como aquella noche se representaba precisamente la *Antígone*, animó á Spontini á que fuese allá con uno de los invitados, asegurándole que le interesaría mucho el arreglo de la escena, dispuesta excelentemente á la manera antigua, según los planos de Semper. Se negó al pronto, diciendo que ya sabía lo que era eso desde su *Olimpia*, y en condiciones mucho mejores. Consiguióse decidirlo, sin embargo; pero no fué larga su ausencia: volvió sonriendo desdenosamente, y declaró que había visto y oído más de lo que necesitaba para confirmarse en su opinión.

El amigo que lo acompañaba nos contó después que, apenas entró con Spontini en la tribuna casi vacía del anfiteatro, el maestro, desde el principio del coro de Baco, se volvió hacia él: «¿Esto es la *Berliner Sing-Academie*? (1) Vámonos.» Y diciendo y haciendo, entreabrió la puerta. Cayó un rayo de luz sobre una sombra que no habían notado antes, y que se ocultaba solitaria detrás de una columna; nuestro amigo reconoció á Mendelssohn,

(1) La Academia de canto de Berlín.

y coligió que habría oído perfectamente la frase de Spontini.

En los días siguientes descubrimos al través de las expresiones exaltadas del maestro su propósito decidido de que lo invitásemos á prolongar su estancia en Dresde para representar la serie de sus óperas. Pero la señora Schroeder-Devrient, en interés mismo de Spontini, pensaba impedir la segunda representación de *La Vestal*, por lo menos mientras él estuviese allí; quería evitarle el cruel desencanto de ver frustradas las esperanzas que apasionadamente concebía. Pretextó una nueva indisposición, y yo recibí el encargo de participar al maestro que era de prever un aplazamiento indefinido. La misión me era tan penosa, que me alegré mucho de ir acompañado de Rœckel, nuestro director de música. Rœckel se había captado también el aprecio de Spontini, y hablaba el francés con mucha más facilidad que yo.

Entramos en casa del maestro con verdadera ansiedad; nos esperábamos una mala acogida. Así, ¿cuál no fué nuestro asombro al verlo, prevenido ya oportunísimamente por una carta de la señora Devrient, acercarse á nosotros con cara risueña? Nos dijo que tenía que marchar lo más pronto posible á París, desde donde pensaba tras-

ladarse inmediatamente á Roma, llamado por el Santo Padre, que acababa de conferirle el título de *conde de Sant Andrea*. A la vez nos enseñó un segundo documento, por el cual el rey de Dinamarca acababa de darle despachos de nobleza.

En realidad se trataba del diploma de caballero de la orden del Elefante, diploma que confiere en efecto la dignidad nobiliaria; pero Spontini no se refería á la condecoración, cosa de poco precio á sus ojos; lo que él citaba con orgullo era ese título aristocrático, que lo halagaba hasta el punto de desbordarse en transportes de una alegría infantil. Desde el estrecho círculo de los trabajos de *La Vestal* en Dresde se veía elevado, como por arte de encantamento, á una esfera de gloria, desde cuyas alturas contemplaba este mundo y sus miserias de ópera con angélica beatitud.

Ya se comprende que Rœckel y yo bendijimos desde el fondo del alma al Padre Santo y al rey de Dinamarca. Nos despedimos, no sin emoción, de aquel hombre original, y para colmar su júbilo, le prometí meditar detenidamente sus benévolos consejos acerca de la carrera de compositor dramático.

No debía volver á verlo. Más

adelante Berlioz me participó la muerte del maestro, á quien él había asistido fielmente en su agonía. Me dijo que, al acercarse su fin, Spontini se sublevó con todas sus fuerzas contra ese trance extremo, exclamando varias veces: «¡Yo no quiero morirme, no quiero morirme!» Berlioz le respondió á guisa de consuelo: «¿Cómo puede usted pensar en morir, maestro, V. que es inmortal?»—«¡Déjese V. de frases!»—le replicó el viejo encolerizado.

Recibí en Zurich la noticia de esa pérdida, que me impresionó profundamente, á despecho de los singulares recuerdos de Dresde. Escribí en la *Gaceta federal* un artículo en que exponía en términos concisos mi manera de ver sobre Spontini, procurando hacer resaltar este punto: Spontini, al contrario de Meyerbeer, que dicta actualmente la ley en el mundo musical, y de Rossini, cuya vejez se prolonga todavía, se distinguió por una fe sincera en su arte y en su propio genio. Que esa fe hubiese degenerado en una superstición extravagante, aunque tuve la pena de comprobarlo, me faltó valor para decirlo.

No recuerdo que en Dresde llegase á reflexionar más á fondo sobre las impresiones extraordinariamente singulares que me causó mi curio-

so encuentro con Spontini, ni que me tomase el trabajo de armonizarlas con la alta estima que sentía hacia ese gran maestro, y que, en resumen, no hizo más que acrecentarse. Yo no ví evidentemente más que su cargo; en cuanto á las prendas de su carácter como hombre, con la edad y con la prodigiosa exageración de la conciencia que tenía de su valer, habían degenerado en una caricatura. No me asombré menos del influjo que ejerció sobre Spontini la absoluta decadencia de la música dramática durante el periodo en que se le vió envejecer en Berlín en una situación equívoca y estéril. El hecho de cifrar su gloria principalmente en pormenores secundarios sólo prueba que sus facultades habían vuelto á la infancia; pero eso no podía rebajar á mis ojos el valor excepcional de sus obras, por excesiva que fuese la opinión que tenía de sí. Iré más lejos: si su orgullo había crecido tan desmedidamente, ¿no era por la comparación de su propio mérito con el de los músicos célebres que entonces lo suplantaban? Yo hacía esa comparación por mi parte, y no contribuía poco á justificar á mis ojos al viejo maestro. Al ver el escaso aprecio que hacía de esos príncipes del arte musical, no se me ocultaba que en el fondo de mi corazón estaba mucho más de acuerdo con

él de lo que me hubiese atrevido á confesar por el momento. De donde resulta este hecho extraño : que aquella visita á Dresde, por mucho que la deslucieran circunstancias ridículas casi únicas, me llenó el corazón de una profunda simpatía, mezclada de una especie de terror, hacia aquel hombre á quien nunca he encontrado semejante.

RICARDO WAGNER.

(Se continuará)

QUERIDA

PRÓLOGO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

He aquí la novela que anunciaba en la introducción de *La Faustin*, y en que vengo trabajando hace dos años.

Es la monografía de una joven, observada en medio de las elegancias de la riqueza, del poder, de los supremos círculos sociales: el estudio de una señorita del mundo oficial bajo el segundo Imperio.

Para el libro que yo soñaba, quizá hubiese sido preferible tener por modelo una joven del *faubourg* Saint-Germain, cuyo refinamiento y selecciones de raza, cuyas tradiciones de familia, cuyas aristocráticas relaciones y hasta el ambiente mismo de aquel barrio hubieranla erigido en tipo de la distinción más profundamente arraigada en las venas, de la distinción perfeccionada por varias generaciones. Pero ese tipo era para pintado por Balzac en los tiempos de la Restauración ó

del reinado de Luis Felipe, y no ya en estos años, en que puede decirse que la sociedad legitimista apenas pertenece á la vida del siglo.

Se ha escrito esta novela con un trabajo tan escrupuloso como el que se consagra á la composición de una obra histórica, y creo poder anticipar que hay pocos libros sobre la mujer, sobre la íntima *femenilidad* de su sér desde la infancia hasta los veinte años, en que se hayan puesto á contribución tantas confidencias y confesiones femeninas: ¡buenos lotes literarios caen en suerte, ay, á los novelistas que tiene sesenta años cumplidos!

He procurado poner de relieve la donosura y distinción de mi tipo, y me he esforzado en crear *realidad elegante*; con todo—y en eso estribaba quizá el éxito mayor—no he podido resolverme á hacer de mi joven un individuo extra-humano, una

criatura asexual, abstracta, falsamente ideal, á ejemplo de las novelas *chic* de ayer y de hoy.

La fábula de *Querida* parecerá de seguro desprovista de incidentes, de peripecias, de intriga. A mí, al contrario, me parece que aún tiene de sobra. Si pudiera quitarme algunos años de encima, desearía hacer novelas sin más complicación que la mayoría de los dramas íntimos de la existencia, y con amores que acabasen sin más suicidios que los amores porque hemos pasado todos; la misma muerte, esa muerte de que yo suelo echar mano para el desenlace de mis novelas, aunque algo más *comme il faut* que el matrimonio, la proscribiría de mis libros como un recurso teatral menospreciable en la alta literatura. Sí: yo creo—y aquí hablo por cuenta propia exclusivamente—yo creo que la aventura, la maquinación *novelesca*, es cosa agotada por Soulié, por Sué, por los grandes fantaseadores de principios de siglo, y que la última evolución de la novela, para llegar á constituir definitivamente el gran libro de los tiempos modernos, ha de ser convertirse en un libro de puro análisis: libro para el cual quizá encuentre un *joven* algún día—yo la he buscado sin éxito—una nueva denominación, una denominación distinta de la actual de novela.

Y á propósito de la novela sin peripecias, sin intriga, sin bajo entretenimiento—digamos la palabra—que no se me venga á hablar del gusto del público. ¡El público!... Tres ó cuatro hombres se encargan de volver del revés cada treinta años su catecismo de lo bello, de trocar totalmente sus gustos en literatura y arte, y de hacer adorar á cada generación lo que reputaba execrable la precedente. Hoy el reconocimiento general de Hugo y Delacroix, ¿no es la negación absoluta de la religión literaria y pictórica de la Restauración? ¿Y no hay en este instante síntomas de reconocimientos de escuelas que serán á su vez la negación de la que reina todavía casi soberanamente? El público no estima ni reconoce á la larga más que á los que empiezan por escandalizarlo, á los *introdutores de novedades*, á los revolucionarios del libro y del cuadro, á aquellos, en fin, que en la marcha y renovación incesantes y universales de las cosas del mundo, se atreven á contrariar la inmutabilidad perezosa de las opiniones formadas.

Lleguemos ahora á lo que me parece la cuestión grave del momento. En estos últimos tiempos se ha producido en la prensa cierta opinión contra el esfuerzo de escribir: opinión que ha quebrantado algunas convicciones poco firmes de nuestro

pequeño círculo. ¡Qué! ¿nosotros, los novelistas, los obreros del género literario triunfante en el siglo XIX, renunciaríamos á lo que ha sido la marca de fábrica de todos los verdaderos escritores de todos los tiempos y de todos los países, perderíamos la ambición de poseer una lengua que traduzca nuestras ideas, nuestras sensaciones, nuestras representaciones de los hombres y de las cosas, de una manera distinta de éste ó aquél, una lengua personal, una lengua que lleve nuestra firma, y descenderíamos á hablar el lenguaje *ómnibus* de la sección de sucesos de los periódicos?

No. El novelista, que desee sobrevivir, continuará esforzándose en poetizar su prosa; continuará queriendo un ritmo y una cadencia para sus periodos; continuará buscando la imagen pictórica; continuará persiguiendo el epíteto raro; continuará combinando en una expresión, según un delicado estilista de este siglo, el *demasiado* y el *bastante*; y no se abstendrá de un giro que pueda disgustar á las sombras de MM. Noël y Chapsal, pero que le parezca infundir vida á su dicción, ni rechazará vocablos que llenen una laguna entre las raras voces (1)

(1) La lengua francesa, según el Diccionario de la Academia, es quizá, de todas las lenguas de los pueblos civilizados del mundo, la que posee más corto número de palabras.
—(N. DEL A.)

que permite circular en sus carrozas la Academia; usará, en fin, ¡si, por Dios! un neologismo, desafiando todas las indignaciones de críticos que ignoran en absoluto que casi todas las locuciones empleadas diariamente eran neologismos abominables en el año 1750.

Y siempre, siempre escribirá ese novelista para las gentes de gusto más delicado y refinado en punto á prosa francesa, y á prosa francesa de la hora actual; y siempre querrá infundir en lo que escribe ese encanto indefinible y exquisito que nunca puede trasladar á otra lengua la más inteligente traducción.

En cuanto á escribir, según recomienda mi amigo M. Taine, en favor del sueco ó del canadiense (1), que sabe las tres cuartas partes del francés ó medio lo ha olvidado, es una teoría á que no dispensaré los honores de la discusión. Joubert, el autor de los *Pensamientos*, no tenía esa preocupación servil del sufragio universal en materia de estilo, cuando exhortaba á Mme. de Beaumont á recomendar á Chateaubriand «que conservase con esmero las particularidades que lo distinguían» y «que se mostrase constantemente según Dios lo había hecho», corroborando ese consejo excelente

(1) Carta de M. Taine, publicada en *L'Événement* del 7 de Octubre de 1883.—(N. DEL A.)

con esta interesante afirmación: «Para los extranjeros.... será una cosa admirable lo que aquí nos parece raro al pronto bajo el influjo de los hábitos de la lengua». Y en medio del desencadenamiento de la crítica, el mismo Joubert invita al escritor combatido por el modernismo de su prosa á seguir *entonando su propia canción* (1).

Repitámoslo: el día en que el literato renuncie á esforzarse para escribir, y para escribir personalmente, bien puede predecirse que habrá sucedido el *reporterismo* á la literatura. Tratemos, pues, de escribir, bien ó mal, antes que no escribir de ningún modo; pero conste que no existe un patrón único de estilo, como enseñan los profesores de la *eterna belleza*, sino que el estilo de La Bruyère, el estilo de Bossuet, el estilo de Saint-Simon, el estilo de Bernardino de Saint-Pierre, el estilo de Diderot, por diversos y desemejantes que sean, son estilos de igual valía, estilos de escritores perfectos.

¿Y quién sabe si la especie de vacilación del mundo literario en conceder á Balzac el puesto debido al gran hombre, proviene de que no

es un escritor que posea un estilo personal?

Permitáme hoy el lector ser un poco más extenso que de costumbre, ya que este prólogo es el prólogo de mi último libro, una especie de testamento literario.

Treinta años hace ahora que vengo luchando y combatiendo, y durante varios nos vimos enteramente solos mi hermano y yo, sufriendo los ataques de todo el mundo. Basta ya: estoy fatigado, y dejo el puesto á otros.

Creo además que no conviene rezagarse en la literatura de imaginación más allá de ciertos años, y que es cuerdo elegir prematuramente la hora de abandonarla.

En fin, necesito volver á leer nuestras confesiones, el predilecto de nuestros libros, un diario de nuestra doble vida, empezado el día del ingreso de los dos hermanos en la literatura, y que tiene por título: *Diario de la vida literaria* (1851-188...), diario que no debe aparecer hasta veinte años después de mi muerte.

Y ante el amenazador porvenir con que amagan el petróleo y la dinamita á las cosas secretas legadas á la posteridad, doy ahora el prólogo de esas memorias. Si las

(1) *Chateaubriand y su grupo literario* por Sainte-Beuve, que pone esta nota al pie de de mis citas: «La novedad, una novedad original, he ahí el punto importante y el secreto de los grandes éxitos.—(N. DEL A.)

memorias se pierden, eso se habrá salvado por lo menos.

.....
 Este diario es nuestra confesión de todas las noches: la confesión de dos vidas inseparables en el placer, la labor y las penas, de dos pensamientos gemelos, de dos espíritus que reciben del contacto de los hombres y de las cosas impresiones tan semejantes, tan idénticas, tan homogéneas, que esta confesión puede considerarse como la expansión de un solo *yo*.

En esta autobiografía al día, entran en escena las personas que las vicisitudes de la vida han lanzado al camino de nuestra existencia. Hemos retratado esas personas, copiando sus facciones del día y del momento, para presentarlas más tarde bajo aspectos diferentes, según cambiaban y se modificaban al volverlas á encontrar en el curso de nuestro diario, deseando no imitar á los escritores de memorias que presentan sus figuras históricas pintadas de una sola pieza ó con colores enfriados por el tiempo y epítetos *eclectizados* por la lontananza; ganosos, en suma, de representar la ondulante y mudable humanidad en su *verdad fugitiva*.

A veces nos preguntamos si la mudanza indicada en las personas que nos fueron familiares ó queridas no dimana del cambio que se había

operado en nosotros. Es posible. No se nos oculta que hemos sido creadores apasionados, nerviosos, enfermizamente impresionables, y, por lo mismo, injustos á veces. Pero lo que podemos afirmar es que, si nos expresamos en ocasiones con la injusticia de la prevención ó la ceguedad de la antipatía irreflexiva, jamás hemos mentido á sabiendas sobre las personas de quienes hablamos.

Nuestro intento, pues, ha sido tratar de hacer revivir ante la posteridad á nuestros contemporáneos, con toda la animación de su fisonomía, tratar de hacerlos revivir mediante la taquigrafía ardiente de una conversación, mediante la sorpresa fisiológica de un gesto, mediante esos nadas de la pasión en que se revela una personalidad, mediante ese yo no sé qué que comunica la intensidad de la vida, mediante la notación, en fin, de algo de esa fiebre que distingue á la existencia *espiritiosa* de París.

Y en ese trabajo dirigido ante todo á presentar las cosas al vivo, cuando aún estaba caliente su recuerdo, en ese trabajo al correr de la pluma y que no siempre ha sido revisado—valgan por lo que valieren la sintáxis á la buena de Dios y la palabra sin pasaporte—siempre hemos preferido la frase y la expresión que menos enervaban y *acade-*

mizaban la viveza de nuestras sensaciones y la entereza de nuestras ideas (1).

.....
 Ahora, tú, pobre *Querida*, último volúmen del último de los Goncourt, vé adonde fueron tus hermanas mayores, desde *Los hombres de letras* hasta *La Faustin*, vé á exponerte á los desprecios, á los desdenes, á las ironías, á las injurias y á los insultos de que ayer todavía no libraban á tu autor su obstinado trabajo, su vejez y las tristezas de su vida solitaria, pero que no quebrantan en lo más mínimo, á despecho de todo y contra todos, su confianza á lo Stendhal en el siglo que va á venir.

Dos ó tres meses antes de la muerte de mi hermano, á la salida del establecimiento hidroterápico de Beni-Barde, dábamos nuestro paseo de todas las mañanas por cierta calle del Bosque de Bolonia—que ya no visito—un paseo silencioso, como se comprende, en esos momentos de la vida, entre personas que se quieren y se ocultan el triste pensamiento que las asedia.

De pronto paróse mi hermano bruscamente, y me dijo:

(1) Estas memorias, continuadas por mí después de la muerte de mi hermano, son voluminosas. Forman hoy de seis á ocho volúmenes. El prólogo dado aquí fué escrito en Schliersée en el mes de Agosto de 1872.—
 (N. DEL A.)

«Poco importa. Mira: podrá negársenos todo lo que se quiera... pero habrá que reconocer un día que hemos escrito *Germinia Lacerteux*... y que *Germinia Lacerteux* es el libro-tipo que ha servido de modelo á todo lo que se ha hecho después de nosotros con el nombre de realismo, naturalismo, etc. ¡Y va una!

»Luego, ¿quién es quien con sus escritos, con la palabra, con sus adquisiciones... ha impuesto á la generación de las cómodas de caoba el gusto del arte y del mobiliario del siglo XVIII?... ¿Dónde hay quien se atreva á decir que no somos nosotros? ¡Y van dos!

»En fin, esa descripción de un salón parisiense alhajado con objetos del Japón, publicada en nuestra primera novela, en nuestra novela de *En 18...*, dada á luz en 1851... sí, en 1851...—que me presenten los japonistas que había en aquel tiempo...—y nuestras adquisiciones de bronces y de lacas de aquellos años en casa de Mallinet y un poco más tarde en casa de Mme. Desoye... y el descubrimiento que hicimos en 1860, en la *Porte Chinoise*, del primer album japonés conocido en París... conocido al menos del mundo de los literatos y de los pintores... y las páginas consagradas á las cosas del Japón en *Manette Salomón*, en *Ideas y sensaciones*... ¿no hacen de nosotros los primeros

propagadores de ese arte... de ese arte que, sin que uno se dé cuenta de ello, está á punto de causar una revolución en la óptica de los pueblos occidentales? ¡Y van tres!

»Pues la inquisición de la *verdad* en literatura, la resurrección del arte del siglo xviii y la victoria del japonismo (añadió después de un silencio, y con una reanimación de la vida inteligente en la mirada), son

los tres grandes movimientos literarios y artísticos de la segunda mitad del siglo xix... y esos tres movimientos los habremos traído nosotros, pobres oscurecidos. ¡Pues bien! cuando se ha hecho eso... es verdaderamente difícil no ser *alguien* en el porvenir.»

Y á fe que quizá pueda tener razón el paseante moribundo de la calle del Bosque de Bolonia.

EDMUNDO DE GONCOURT.

QUERIDA

I

Esta noche hay comida en el Ministerio de la Guerra.

Las flores de la mesa, los criados de calzón corto y el servicio de Sévres con la *N* y la dorada corona anuncian una gran comida, la comida que el Mariscal, ministro de la Guerra, permite dar todos los martes á su nieta Querida.

Los dos extremos de la mesa ostentan, en pleno invierno, un cerezo y un albaricoquero enanos cuajados de fruto.

La *Señora* de la casa, que acaba de cumplir nueve años y tiene ya ojos de mujer en su carita de niña, designa sus puestos, con ademanes propios del gran mundo, á ocho amiguitas de su edad próximamente, puestos en consonancia con la jerarquía de los padres en el orden administrativo.

Las niñas se sientan, agitándose

con aleteos de coquetería; se descalzan los guantes minúsculos con graciosa lentitud, y, echando el cuerpecito hacia atrás, los depositan en uno de los vasos, arrollándolos correctamente, y repitiendo, como miniaturas de mujeres, las actitudes, los gestos y las elegancias de sus madres.

Sigue á esto una primera inspección de los vestidos y tocados, uno de esos exámenes hechos de una ojeada, y con esa mirada peculiar de la mujer aún en ciernes, que ve en un segundo el color, el corte y la tela de lo que lleva otra mujer, y hace su inventario crítico desde los pies á la cabeza.

Empieza la comida, sirviendo los criados á las invitadas de la *Señorita*, con la misma gravedad que si sirviesen á personas mayores.

Una de las invitadas, encontran-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

do demasiado caliente la sopa, abre el abanico y le da aire donosamente de arriba abajo.

¡Espectáculo divertido el de la reunión en torno de la mesa de esas parisiensitas de carillas taimadas, de ojuelos vivarachos de ratón, de fisonomía animada por una precoz inteligencia, y con esa figurita esbelta, distinguida, refinada, espiritual, de las niñas de las capitales y de los salones: graciosas criaturas cuya interesante palidez habían adornado las madres con todo el gusto posible: escrúpulos de mujeres ataviadas ya con los galanos aderezos que la moda elegante crea para las hijas de los ricos!

Porque, en efecto, las jóvenes convidadas de la nieta del Mariscal van muy peripuestas, con sus falditas cortas, ahuecadas por dos ó tres sayas de volantes muy almidonados, con sus descotes cubiertos por una camiseta transparente, y con sus cabellos partidos en dos trenzas arrolladas á guisa de corona ó formando dos rodetitos sobre la oreja atados con un lazo. Las más elegantes llevan el pelo sujeto por delante con una cinta y dividido por detrás en ocho grandes bucles que les caen por la espalda. Todas calzan botinas de raso blanco, á excepción de Querida que ostenta sobre media calada, zapato de raso negro á la Reina.

Esta, que tiene una naricilla aplastada, como la de los niños que miran con la cara pegada á una vidriera, va de blanco, muy esponjada, con unos lazos cumplidos de moaré rojo, que bailan sobre sus hombros á cada movimiento. Aquella de ojazos grandísimos y boca chiquita lleva un vestido de tafetán azul tornasolado, sembrado de botones rosa matizados de azul y blanco, con cuerpo liso abrochado por la espalda y guarnecido de una berta adornada de fleco menudito. Otra, con la carita vejezuela de los niños procreados por viejos, luce vestido de seda gris y una camiseta de muselina abullonada, cuyos bullones aparecen divididos por un estrecho terciopelo negro. Otra, febril é inquieta, ágil y vivaracha como un mono, se agita en un vestido escocés de *popeline* de Lyon, con cuerpo de aldetas adornadas de un pequeño agremán formando alamares.

Querida lleva un vestido de muselina blanca con florecitas rojas y siete volantes fruncidos y adornados de *valenciennes*; sobre el cuerpo escotado en redondo cruzan tirantes de cinta rosa labrada, atados atrás por un lazo de largos cabos. Ciñe collar de perlas rosas en que alternan unas gruesas con otras finas, menudas. De sus orejas cuelgan perillas de coral que ju-

guetean entre los cortos y rizosos cabellos.

Esas niñas, acostumbradas al trato de gentes, no se encogen ni intimidan; han conquistado una tranquila seguridad, una frialdad digna, un porte flemático, y disimulan la viveza del placer, mientras no las restituye á su edad una repentina excitación.

En cuanto á Querida, hace los honores de la mesa, da órdenes, vigila el servicio y se ocupa de todo el mundo, usando la lengua y las fórmulas de una verdadera ama de casa, sin más revelación de su edad infantil que la frecuencia con que repite cariñosamente en todas sus frases la palabra *abuelito*, sobre todo al recomendar los platos que quiere que se coman.

Para vigilarla y jugar un poquito á la maternidad, Querida coloca á su izquierda una niña de cinco años, con una carita rolliza que recuerda aún la criatura de pecho, y con unos ojos azules en que parece verse el cielo de la mañana. Dábanle el nombre de *Jesús*, porque su madre, una viuda, la llamaba «Jesús mío» al colmarla de caricias. La niña, muy ocupada con una crucecita de granate que pendía de su cuello por primera vez, deja las buenas cosas que Querida manda ponerle en el plato.

Con el Champaña, que llena la

mitad de las copas, empiezan á desatarse las lengüecitas.

Una niña, que emite la voz con emociones cómicas, se queja á su vecina de que, cuando está en París durante el invierno, los erizos se van á habitar su hermosa casa de muñecas y se la destrozan completamente; así que sus hermanas y ella tienen que reconstruirla todos los veranos, cuando van á pasar la temporada en el parque. Otra dice que salía de jugar á *la marquesa* de casa de unas amiguitas con vestidos prestados por la mamá, de manera que tenían unas colas muy largas y por arriba se les veía hasta el estómago, lo cual era muy divertido. La más parlanchina del cotarro cuenta por extenso una función de fantoches que había visto la tarde anterior en una fiesta de niños: «Primero había un polichinela... después un *pierrot*... después un hombre que decía que iba á batirse... entonces llama á Rígolo que dice su amo que no está nunca cuando le llaman y aparece siempre que no hace falta... por fin venía... entonces le preguntaba si quería batirse por él... con un hombre vestido de azul que le enseñaba... Sí, sí—dice el otro—pero hay que darle dinero... ¿Dos francos? ¡No!... ¿Veinte francos? ¡No!... ¿Cincuenta francos? ¡No!... Había que dar cien francos... Después, después... después se me-

rendó... después se jugó á la lotería... después se bailó... y hubo un niño que se puso papel dorado en la cabeza y que parecía un rey.»

Conforme avanza la comida, vuela la gravedad y las mujercitas tornan á ser niñas retozonas. Todas hablan, gritan y picotean á la vez, entretenidas con el ruido que mueven. Todo es bulla alegre, palabras sin respuesta, risas locas, una comezón de holgorio en medio de la inmovilidad que atormenta los muelles de las sillas, amistades de vecindad que se acercan, y tenedores que pican en el plato de al lado para probar «de lo que tiene» la vecinita.

La picaruela del vestido escocés se entretiene en hacer una porción de gestos muy graciosos; pero Querida los juzga indignos de la solemnidad del sitio, y la deja parada con un seco: «¿Dónde se cree que está aquí la señorita?»

Ya empiezan á ponerse tiernos los ojos, cargados de sueño, y «la Jesús» se duerme con la mejilla posada en la palma de una linda manecita, empuñando aún un muslo de gallina á medio comer, y con la boca entreabierta pringada de grasa.

A una señal de Querida, un criado levanta á la niña de la silla y se lleva el cuerpecín adormecido, encuadrado entre sus brazos como carne sin huesos.

Continúa en tanto la comida, animada y excitada por esa chispi-lla juguetona que enciende en los niños un poco de espuma de Champaña, cuando de repente la chicuela del vestido escocés, que hacía unos instantes asomaba la cabeza por el plato y escondía el cuerpo debajo de la mesa, se planta de pie sobre la silla, y aparece en camisa, echando bendiciones con los bracitos desnudos.

El ama de casa, sin poder dar crédito á sus ojos, muda de sorpresa, mira á la chiquilla en camisa.

A pesar de sus nueve años, profesaba ya Querida tal culto por las altas funciones oficiales, tan profundo respeto al lugar habitado por ella, una veneración tan arraigada por las cosas del Ministerio, que, ante la irreverencia monstruosa cometida por la borrachuela, espera ver desplomarse las paredes del hotel de la calle Saint-Dominique-Saint-Germain sobre los ramilletes de la mesa.



Querida era la última y única hija de una familia militar, que había dado su sangre á Napoleón durante tres generaciones. El ascendiente

Erico Haudancourt, nacido en Nancy de padres afectos á la casa de los antiguos duques reinantes, y después del rey Estanislao, salía en 1805 de la escuela militar de Fontainebleau con el grado de subteniente de caballería. Nombrado teniente en 1807 y capitán en 1809, llegaba á ser jefe de escuadrón en 1813. El Emperador, que lo había condecorado por su mano en el campo de batalla de Wagram, le hizo pasar de los húsares á los lanceros de su aguerrida guardia, á raíz del armisticio de Dresde.

Erico Haudancourt, soldado de la más brillante intrepidez, no era sólo un militar valeroso; era inteligente, perspicaz, juzgaba de una ojeada lo que podía prometerse del empuje de sus hombres y de la salud de sus caballos, y bastábale entrever un paisaje y escudriñar un instante con su clara mirada de azul pupila, para arrancarle su secreto, para descubrir la emboscada que ocultaba: era, en suma, el modelo del oficial de caballería ligera, el verdadero tipo del general de avanzada.

Dotado de una gracia y esbeltez que encubrían, bajo aires de ligereza, su fuerza física, llamábanlo el bello *Haudancourt* de los lanceros de la guardia. Tenía, en efecto, esa belleza marcial que se encuentra en ciertos bocetos del pintor Gros,

donde, entre las coloraciones arreboladas á lo Rubens en el aceite fluido, brillan audaces fisonomías de jóvenes, animadas de una vida enérgica y como ebria de salud, y aparecen los retratos sanguíneos de aquella generación guerrera de la Francia de entonces, de aquella dura é infatigable humanidad paseada por el Emperador desde los ardientes arenales de Egipto hasta los hielos de Rusia. Un día de campaña admiraba todo el mundo en la mesa de Massena un tazón de plata de un trabajo maravilloso, y, habiendo dicho Massena que era del que se lo bebiese lleno de *kirsch*, Haudancourt lo mandó llenar y lo apuró; luego de tres ó cuatro puñetazos lo aplastó sobre el muslo, y lo echó en su escarcela.

Esa belleza, esa fuerza física, esa reputación de intrepidez heroica le entregaban todos los corazones, y los corazones de toda clase de mujeres. Así pudo casarse en 1810 con la hija de un industrial del Meuse que aportó al matrimonio una de las grandes propiedades del departamento: los restos de una antigua abadía de mujeres llamada *Nonains-le-Muguet*, á causa de su origen primero y de la abundancia de esa linda flor de los bosques que brota bajo los árboles.

Después de Waterloo, el coronel designado por todos como uno de

los futuros generales de las nuevas guerras que esperaba con confianza el joven ejército de los instintos belicosos del Emperador, el coronel Haudancourt pensaba expatriarse, yendo á poner sus talentos militares al servicio de algún rajah de la India á fin de suscitar un nuevo Tippto-Saeb contra la dominación inglesa. Pero deteníanlo en Francia su mujer y su hijo, el único superviviente de cinco que tuvo.

Entonces, para dar ocupación á su enérgica vitalidad, aquel hombre que tenía, como muchos lorenenses, un temperamento selvático, un amor apasionado á los árboles, empezó á rehacer su propiedad del Muguet, á volverla de arriba abajo mediante gigantescos movimientos de terreno, á cambiar el curso del río y á replantar de árboles aromáticos las extensiones taladas, pasándose años desde el amanecer hasta la caída de la noche, en medio de la lluvia, la nieve y el hielo, en aquel oficio de removedor de tierras en grande y de plantador y dibujante de paisajes de varias hectáreas, teniendo á sus órdenes un ejército de hombres y de mujeres á quienes dirigía con un latiguillo de los campos de batalla del Imperio.

El coronel del primer Imperio murió en 1835 de una congestión, de plétora de salud. Dejaba un hijo educado por él en la religión de la

gloria militar, cuyo hijo había salido seis años antes de la escuela politécnica, figurando en uno de los primeros lugares, y á pesar de ese número, que le aseguraba una carrera civil envidiada por todos, prefería ser soldado.

Marco Antonio Haudancourt pasaba el tiempo en Metz, con el pensamiento fijo en esa Argelia recién conquistada, en ese rincón de tierra de donde, en medio de la paz universal del mundo, llegaban partes de batallas. Al salir del *hotel del gavión*, el subteniente de ingenieros solicitó marchar á Africa. Muy poco tiempo después, á imitación de Lamoricière, abandonaba el cuerpo de ingenieros para ingresar como teniente en uno de los dos batallones de zuavos, creados por orden de 21 de Marzo de 1831. Desde ese día contribuía á crear, en unión con los D'Autemarre, los Barral, los Ladmirault, los Saint-Arnaud y los Bourbaki, aquel cuerpo extraordinario en que se adunaban la movilidad y la solidez, aquellos soldados en quienes se fundían las cualidades militares francesas y árabes, aquella infantería sin rival que hacía alegremente una jornada de diez leguas con víveres y municiones para siete días á la espalda. Consagraba con orgullo su vida y su tiempo á la formación de aquel pequeño ejército, donde brilló, como

jamás ha brillado en ninguna parte, la inteligencia individual, y donde la intrepidez rayaba casi en menosprecio y burla de la muerte.

En 1837, en el asalto de Constantina, fué de los pocos que, quedando en pie en medio de la explosión de la mina, se unían á la segunda columna de la brecha y penetraban los primeros en la ciudad. Desde fines de ese año hasta el de 1848 figura citado cuatro ó cinco veces en la orden del día, y parece encontrarse en todos los sitios de Africa donde se pelea: en la toma de Djidjelli, en las Puertas de Hierro, en el collado de la Muzaia, en el abastecimiento de Milianah, en la ocupación de Mascara, en la campaña contra los Beni-Menasser, en la expedición de Laghuat, en la insurrección del Dahra y del Uarenensis, en la serie de combates que se libraban contra Bu-Maza.

Durante cerca de diez y ocho años hace Marco Antonio Haudancourt la terrible guerra que se hacía en ese país, donde en los primeros años se marcha á la ventura por las regiones ignotas de una tierra nueva con un mal croquis del terreno levantado á la diablo; en ese país donde á las siete de la mañana hiela, á las diez se respira fuego, y á la noche se encuentra uno traspasado por una lluvia glacial, y con el bigote blanco de tanta escarcha; en

ese país donde se desencadenan tales tempestades que el ejército entero vuelve la espalda de una vez á los truenos y relámpagos; en ese país, donde la gente se ve aprisionada por tempestades de nieve en medio de las cuales los víveres para cuatro días deben alargarse hasta quince; en ese país, en fin, donde se atraviesan comarcas de arena sin agua, sin más vejetación que cardos, y con un *sirocco* que hiende los labios en dos mitades; donde se acampa sin leña sobre la piedra; donde hay que trepar por sendas inaccesibles y bajar por barrancos á cuatro piés; donde hay años, como el de 1842, en que un joven general consigna cerca de trescientos días de marcha y vivaqueo por parte de sus hombres; donde al cabo de varias semanas transcurridas en pleno desierto, los capotes azules de los oficiales aparecen remendados con pedazos de piel de chacal, y donde los reposos de esa vida y actividad sin ejemplo se encuentran en hospitales que contienen doce centenas de enfermos, de los cuales mueren siete cada día.

Y una guerra donde, en medio del incendio de todo el horizonte y del envenenamiento de las fuentes, el soldado no tiene á veces que beber más que zumo de naranja; una guerra donde, bajo la bóveda de la puerta de entrada de los fuertes abandonados por el enemigo, cuel-

gan muertos un perro y un gato, símbolo de la enemistad inextinguible del árabe hacia el francés; una guerra donde hay que tomar las casas á la bayoneta, y en cuyo interior, sólo habitado por cadáveres, cae la sangre por las escaleras formando cascadas; una guerra con hombres que hay que matar varias veces, y que, después de heridos, muerden la tierra y mueren asesinando.

No obstante, aquel soldado que monta á caballo para esas expediciones siempre renacientes, para esos combates de seis horas renovados cuatro ó cinco días seguidos, y que pasa semanas sin acostarse, sin quitarse las botas, sin desabrocharse el capote, aquel soldado se sabe que es un hombre enfermizo, febril, un hombre de entrañas destrozadas por la disentería, de salud arruinada por las fatigas mortíferas de la guerra en tal clima y en tal suelo. Pero es todo energía y voluntad, es un espíritu de hierro, y con diez y seis granos de quinina devorará á caballo treinta leguas en veinticuatro horas, haciendo galopar su fiebre y sus tiritones al través del frío, del viento y de la lluvia. Ya se le ha echado una ó dos veces sobre la cara el capote de combate; pero, con sorpresa de todos, ha vuelto á surgir violentamente de la muerte, y sus zuavos le han visto en más de una ocasión, después de levantado de la cama por dos hombres y colocado sobre su negro corcel, empezar á revivir poco á poco al olor de la pólvora, y cargar en cierto momento, curado totalmente por la vista de los blancos jaiques fugitivos, por la ardiente embriaguez de la victoria. En resumen: es un completo *africano*, nombre con que se saluda á los oficiales de bronce de la conquista.

A más, en Africa la guerra no era simplemente la guerra. El coronel que volvía de una expedición cualquiera pasaba á ser un administrador. Tenía la obligación de recibir franceses, judíos, árabes, kabilas; nombraba el hackem, el muftí, el caid y los chauchs. Tenía que crear caminos, organizar un mercado, montar un teatro con oficiales subalternos por actores. Debía ser también un jefe de policía, tener su ciencia adivinatoria de los hombres para sobornar espías que pudiesen informarle de los movimientos de Abd-el-Kader, ó descubrirle los escondrijos donde encerraban las cosechas las tribus rebeldes. Necesitaba además radactar una correspondencia, escribir informes militares, topográficos y religiosos. Y esas continuas ocupaciones del pensamiento, esos cuidados, esas responsabilidades habían hecho del coronel un hombre silencioso, cuyos silencios

eran interrumpidos á veces por risas irónicas.

Llamado en 1848, salía gravemente herido de las jornadas de Julio.

Después de un descanso de cerca de diez y ocho meses en el Muguet, desierto años hacía, y guardado por un zuavo lisiado de los que combatieron á sus órdenes, volvía á Africa en 1850, y tomaba parte aquel año y el siguiente en la guerra de Kabilia.

En 1852, obtenía el mando de la subdivisión de Setif.

En 1854, cuando la guerra de Crimea, el General de brigada, comandante superior de la subdivisión de Setif, se veía incorporado al ejército de Oriente.

El General se había casado casi al llegar á Africa. Se había unido á la viuda de un capitán muerto en la primera acción delante de Argel, en el combate librado el 24 de Junio de 1830 contra Sidi-Kalef, la cual viuda se había quedado allí con su padre, uno de los oficiales superiores de la expedición. Entre la joven de diez y ocho años y el oficial de brillante porvenir, los dos del mismo país lorenés y descendientes de parientes cercanos, nació pronto una tierna simpatía, y no tardó en celebrarse el matrimonio después de la expiración del luto. La recién casada procedía también de una familia militar, donde desde hacía

cuarenta años, no sólo eran soldados los padres y los hijos, sino que las hijas y las hermanas se casaban con soldados, y seguían asociadas á su vida de agitación y de guarniciones móviles, sin saber lo que era vivir en otra parte que con sus maridos. En aquella tierra de guerra, lo mismo que si hubiese sido en Francia, la esposa no abandonaba al hombre á quien se unía, sino que se establecía donde quiera que podía habitar una mujer; y, cuando era imposible estar completamente á su lado, se quedaba en la población colonizada más próxima al campamento, desde donde oía el cañón muchas veces, y donde al regreso de la columna por frente de las primeras casas podía estrechar á su marido entre los brazos, palpándole un instante todo el cuerpo para cerciorarse de que no estaba herido. Una existencia no exenta á veces de riesgos; una existencia frecuentemente sometida á terribles privaciones; una existencia en cuya severidad jamás entraba nada de las distracciones y placeres del mundo, pero que tenía para esa mujer el atractivo del deber, casi agradable por su lado aventurero, y el goce nervioso que ocasiona la proximidad á los mismos peligros de aquel á quien se ama con todo el corazón. Durante aquella época, cuando en el Sahel pacificado, y al parecer

conquistado para siempre, renacía furiosa la guerra santa, batiendo casi con el galope de los caballos los muros de Argel, Mme. Haudancourt se negaba á buscar un abrigo en la ciudad.

El matrimonio tuvo un hijo dentro del primer año de su enlace, un hermoso muchacho que creció como un morito, sin más traje que una camisa blanca, calzados los piés con babuchas, y cubierta la coronilla por rojo fez, parecido al solideo de nuestros niños de coro. A la sombra de una puerta, de la bóveda de una calle ó de un cuarto con las persianas corridas, era como una luz aquel niño con su carne blancamente sonrosada, sus ojos tan brillantes que parecían avivados con antimonio, y el cabello que su madre se complacía en lavar con una preparación en que, al decir de las gentes del país, entra un lagarto cocido: preparación cuyo secreto guardan las judías de allá, y que comunicaba reflejos carmíneos á su negra cabellera.

No tenía aún más que siete años, cuando su padre á ejemplo de los padres del siglo XVIII que llevaban sus hijos á la guerra para quitarles el miedo, empezó á hacerle marchar en su compañía en las expediciones menos penosas, acostumbrándolo á la fatiga del caballo, al silbido de las balas y al espectáculo de la

muerte. Y el chicuelo se veía mimado, contemplado y agasajado casi supersticiosamente, como un mensajero de buena fortuna, por todos aquellos zuavos gozosos de ver al hermoso é intrépido niño, hombreándose sobre una jaquita retozona color pardo de ratón.

Criado de esa suerte, el hijo del oficial de Africa no podía concebir que hubiese para el hombre otra existencia que la existencia del soldado. Con todo, en medio de sus paseos militares, Feliciano Haudancourt iba educándose á la buena de Dios, y á menudo bajo la tienda, con algunas reminiscencias literarias de éste ó aquél, un poco de las humanidades algo borrosas del capellán y un resto del latín del padre, que se puso á leer nuevamente á Salustio para ver de reconocer en Africa algo de aquella huella romana pisada á cada instante por los cascos de su caballo.

El hermoso niño en camisa de hacía poco, tórnabase bajo el sol de Africa y en medio de aquella vida árabe un joven encantador, un francés que llevaba impresa en el cuerpo la languidez oriental, un francés de ojos azules anegados en la sombra de largas pestañas negras, de actitudes desmayadas, de blandos movimientos, con un modo perezoso de ladear la cabeza á una pregunta y una húmeda sonrisa, en que

parecía revelarse por momentos un asomo de la suavidad traicionera de las razas asiáticas: un hombre, en fin, delicioso adornado de una gracia altiva. Y el seductor Feliciano conservaba la dulzura infantil, desplegaba en sus sentimientos afectuosos ternuras que eran casi de otro sexo, quería á su madre más apasionadamente que la generalidad de los muchachos, y, cuando la perdió de repente arrebatada por el cólera, la lloró con la desesperación, con las lágrimas y los gritos de una criatura, y durante meses la llamaba por las noches en medio de sus sueños.

El joven Haudancourt amaba y comprendía la guerra como los enemigos que combatía su padre, la guerra aprendida al aire libre y sin estudios preparatorios en libros que lo aburrían. Cuando tuviese la edad quería alistarse como simple cazador de Africa y hacer su carrera á imitación de algunos jóvenes de familia á quienes había conocido. Pero su padre se opuso enérgicamente á ese deseo, y al cumplir los quince años, lo colocó en Argel en casa de un pasante del colegio, donde se vió en la precisión de hacer estudios metódicos.

Allí, durante el invierno, el agraciado mozo, que acababa de salir, como quien dice, de la infancia, conoció una españolita de un año

menos que él, que acompañaba á su madre enferma del pecho. Una noche de fines de Noviembre, tan templada como una noche de estío en Francia, la gente que paseaba á orillas del mar se distribuía en embarcaciones amarradas en la ribera, y, tendiéndose un momento en el fondo de un lanchón, contemplaba la estrellada noche. La casualidad colocó á los dos jóvenes uno junto á otro, y los ojos de los que allí había, bajando del cielo hacia la joven pareja, maravillados de la hermosura de aquellos dos seres y del gracioso grupo que dibujaban en la azulada noche, se decían con la mirada: «¡Qué encantador matrimonio!» Esa mirada, sorprendida por los dos niños, que se amaban ya, uníalos en el fondo de su pensamiento para siempre, sin una palabra, sin un contacto de manos.

Cuando el coronel volvía á Francia á principios de 1848, llevaba consigo á su hijo, á quien puso en el colegio Jubé, calle de la Vieille-Estrapade. Allí el mancebo, dominando su pereza oriental, decidióse á trabajar seriamente durante el año, á cuyo término fué admitido en Saint-Cyr. Feliciano encontró en París á la joven española de Argel, cuya familia emparentada con la condesa de Montijo, y siguiendo la fortuna de la que iba á ser bien

pronto Emperatriz de los franceses, establecía su residencia en Francia por aquellos años.

Desde el primer día en que volvieron á verse los jóvenes, sus dos personas declaraban y pregonaban un amor tan tierno y tan violento á la vez, que los padres comprendieron la imposibilidad de negarse á su matrimonio ni de demorarlo mucho tiempo. Así se dió el caso rarísimo de que el alumno de Saint-Cyr, prometido de la joven desde el segundo año de estudios, se casase al salir de la escuela.

El amor de los dos recién casados, por mucho que lo encerrasen en el fondo de sí mismos, ofrecía un espectáculo tan interesante para los demás, que en Soissons—Feliciano Haudancourt había sido enviado á un regimiento de línea—la linda pareja hallábase rodeada en los salones, en el teatro y en medio de las calles, de una admiración respetuosa que parecía una muda ovación. Hay que advertir que, si el marido era hermoso, la mujer no podía ser más preciosa. Española, pero nacida en Cuba, su belleza provocativa de morena aparecía suavizada por molicies de criolla, por perezas voluptuosas de una seducción irresistible, cuando se presentaba con esas marineras de batista de hilo adornadas de dibujitos lila ó rosa, imitando plantas marinas se-

mejantes á ágatas arborizadas, con que pasan su vida las mujeres de las colonias españolas.

Al año de su matrimonio el subteniente tuvo de su joven esposa una niña, á la cual dieron sus padres un nombre de bautismo que apenas se usa, un nombre de puro cariño. La llamaron Querida.

La niña nació en 1851. Dos años después hallábase decidida la guerra de Crimea, y quedaba constituido el ejército de Oriente en el mes de Marzo. En Enero de 1855 el general Haudancourt, que por disposición imperial, fechada el día 10, recibía el mando de una de las cuatro divisiones del ejército, llamaba á su hijo cerca de sí, y lo incorporaba á un regimiento de línea colocado bajo sus órdenes.

Al pie de los muros de Sebastopol, en aquella guerra nocturna, en aquella guerra tenebrosa de sorpresas y emboscadas, Feliciano conquistaba por su intrepidez y por su airoso talle el sobrenombre de *leoncito*. Contusionado gravemente á fines de Mayo por la explosión de una bomba Shrapnel que estalló encima de su cabeza, se levantaba de la cama el mismo día del ataque del Collado Verde, resuelto por Pé-lissier para el 7 de Junio, algunas horas antes de la puesta del sol, á fin de aprovechar el término del día para desalojar las posiciones ene-

migas, y la noche para establecerse en ellas sólidamente.

A Feliciano le parecían larguísimas las horas de esa tarde del 7 de Junio. Por fin, á las cinco desgarraron el cielo los fogonazos de señal, y las columnas de asalto, saliendo de las quebradas del Carenero y de Karabelnaia, subían corriendo la colina bajo la metralla del reducto, los fuegos convergentes de la gran estrella y las baterías de la izquierda de la torre Malakoff. Atacado de frente el reducto, tomábalo el intrépido regimiento 50 de línea, cayendo muerto su coronel entre los pliegues de la bandera del águila dorada que él mismo había plantado sobre el espaldón; la brigada de Failly se apoderaba de la obra del 22 de Febrero, y la obra del 27 de Febrero caía en manos de la brigada Lavarande. Eramos victoriosos. En ese momento, en el ardor de la lucha, en el delirio de la victoria y contra las órdenes recibidas, varios soldados y jóvenes oficiales, entre los cuales se contaba Feliciano Haudancourt, se dieron á perseguir á los fugitivos hasta el foso de la torre Malakoff, tratando de penetrar en la ciudad en medio de los rusos desbandados é intentando escalar las troneras. Pero, abrasados por los fuegos de la plaza y cogidos de flanco por una vuelta ofensiva del enemigo, casi todos aquellos

hombres heróicos quedaban en el campo muertos ó heridos gravemente.

Cuando se levantó al joven Feliciano Haudancourt con el cuerpo acribillado de heridas, se dudaba que llegase vivo á la ambulancia; pero, burlando todas las previsiones, experimentó á los pocos días un alivio que hacía confiar en su restablecimiento y permitía al padre escribir á la nuera que los médicos esperaban salvarlo. Desgraciadamente, al cabo de tres semanas sobrevino un accidente imprevisto, y cuando la desgraciada joven, que asociaba al cariño de la esposa enamorada la adoración febril que infunde en el corazón de las mujeres de militares una ternura siempre bañada en lágrimas, cuando la joven, que se había embarcado al recibir la noticia tranquilizadora de su suegro, llegaba al lado de Feliciano Haudancourt, estaban contadas las horas del herido.

Quería, no obstante, permanecer con él todo el tiempo que le quedara de vida.

La ambulancia con su olor de pus y su vapor de sangre; la ambulancia con aquellos gemidos, aquellas súplicas de exterminio ó pronto acabamiento, aquellas lágrimas vivas y ardientes de viejos soldados y aquellos alaridos cuya nota desgarradora nada puede traducir; la

ambulancia con aquella perspectiva de ojos desmesuradamente abiertos y bocas contraídas por risas convulsas que dejaban al descubierto dientes apretados; la ambulancia con sus siluetas de cirujanos en mangas de camisa, desnudo el brazo hasta el sobaco, y teñido de sangre el delantal como el de un carnicero; la ambulancia donde permanecía la joven con la mano del moribundo entre las suyas, viendo en la cama de la derecha una cabeza cuya cara, tajada totalmente, no era más que un agujero ensangrentado en cuyo fondo se movía un trozo de lengua, y en la cama de la izquierda una forma humana que parecía viva á ratos bajo un cobertor por donde entraban y salían ratas con los bigotes rojos... ese terrorífico espectáculo tuvo durante diez y ocho horas seguidas delante de los ojos la pobre joven, sostenida solamente por un poco de café sorbido en un vaso de ventosas.

A pocos días de allí la viuda de Feliciano Haudancourt volvía á embarcarse en Constantinopla, llevándose al Muguet el sarcófago de su marido.

III

La madre de Querida, después de algunos meses de una tristeza des-

hecha en lágrimas y de hablarse á solas en alta voz, encerróse en un mutismo obstinado, sin que nadie pudiese arrancarle una palabra.

De pronto, una mañana, al ir á darle cuenta su administrador del cumplimiento de una orden recibida la víspera, la joven empezó á temblar con todo su cuerpo delante de él; pedíale *gracia*, medio caída en el suelo; y, cuando el hombre dió un paso para levantarla, se hundió en la espesura del parque como un pobre y tímido animal loco de terror, y costó todos los trabajos del mundo alcanzar á la fugitiva para volverla á su cuarto.

La desgraciada se había vuelto loca de pena, loca á consecuencia de las horas de espanto que pasó en la ambulancia. ¡Singular locura la suya! La mujer, viuda á causa de la guerra, de esa invención de los hombres, se horrorizaba del hombre. En medio de su desvarío se le representaba como un sér destructor que llevaba la muerte por donde iba y no podía ver á ninguno sin sentirse presa de una furiosa agitación. Pero evitándole la vista del hombre, era la loca más pacífica del mundo y la melancólica más inofensiva. Sin embargo, no conocía á nadie, ni aun á su propia hija.

El padre de Feliciano no quiso llevar á su nuera á una casa de salud. Mandó construir un chaletito

en el extremo más retirado del parque, y cerrar con muros altos el chalet y el gran jardín que lo rodeaba. En ese ignorado rincón de tierra, habitaba, oculta á todos, la madre de Querida. Cuidábala la vieja Lizadia, una antigua doncella de la madre de su marido, que la servía en compañía de una jardinera, encargada de cultivar las flores del cercado, donde la infeliz pasaba los días inmóvil como una piedra y sin parecer sentir los cambios de temperatura de las mañanas y las noches.

En aquel jardín se la veía vestida uniformemente con un atavío que había que renovarle siempre sin ninguna alteración. Llevaba en la cabeza un sombrerito liso, semejante al tocado de una alsaciana de luto; en los brazos, largos guantes negros que le subían hasta el codo, y sobre las rodillas un saco de viaje.

Así, con sus dulces ojos impregnados de un vago dolor, con el lunar que tenía en uno de los pómulos y que se destacaba como un lunar postizo en la palidez transparente de su cutis, con un extraño encanto en el semblante, permanecía sentada en una silla en la actitud de una triste viajera encerrada en el tren, tal y como viajaba al transportar á Lorena su adorado muerto.

Ningún hombre franqueaba jamás la puertecita de la casa oculta en el bosque. El mismo suegro no visitaba á su nuera. Pero siempre había una escalera apoyada en el muro que separaba el parque del jardín del chalet; y, cuando el amo del Muguet residía en su finca, trepaba esa escalera, y, oculto entre el follaje de un abeto, miraba algunos instantes á su nuera por cima del muro, para ver si tenía buen aspecto, si parecía encontrarse bien.

EDMUNDO DE GONCOURT.

(Se continuará)

CRÓNICA INTERNACIONAL

La opinión pública europea embargada por los desórdenes de China. — Caracteres naturales é históricos del Celeste Imperio y de sus habitantes. — El culto á los muertos explica sus resistencias á todas las innovaciones europeas y sus odios á todas las demás razas. — Perturbación general. — Imposibilidad completa de una inteligencia entre los primeros Estados indispensable á la intervención en China. — Situación interior de los Estados. — Inglaterra é Irlanda. — Consecuencias de la muerte del estadista Parnell. — Francia y los intransigentes. — Condenación del radicalismo por sus ideas y por sus actos. — Respectivo estado de Alemania, Rusia y Austria. — Conclusión.

I

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

El pueblo y el Imperio chinos embargan hoy la universal atención. Como tal raza y tal pueblo hanse de antiguo empeñado en quedarse aparte y solitarios en el mundo, la historia humana, de cuyo seno han huido; el espíritu universal, á cuyo vivificador aire han renunciado, los tienen todavía en grande menosprecio y no saben considerarlos cual suelen á otras naciones de menos importancia social. Con decir que libros históricos, consagrados á presentar los desarrollos principales de nuestro espíritu en la tierra, prescinden del pueblo é Imperio chinos, omitiéndolos por completo, cual si estuviera su espacio fuera del planeta, su nombre fuera del género humano, con decir esto, hase dicho todo. La muralla, levantada en derredor de lo que denominan ellos la tierra de en medio, esa muralla colosal, titánica, larga, los ha emparedado dentro de su territorio, hasta que su encuentro, especie de hallazgo milagroso, debido, no tanto al valor heroico de los descubridores como al entendimiento astuto de los eclesiásticos, su hallazgo, á pesar de topar con ellos vivos y anima-

dos, se pareció á lo que más tarde fuera el célebre hallazgo de las ciudades enterradas bajo las cenizas del Vesubio. ¡Qué diferencia entre tal pueblo y el pueblo indio! Mientras á este último se le atribuyen por la historia moderna los orígenes de nuestra religión, de nuestra ciencia, de nuestra familia, de nuestra raza y hasta de nuestra compleción progresiva, sucede con el chino todo lo contrario, se le deja como un ejemplar singularísimo, puesto por su alma y por su historia fuera casi del humano linaje. Mongol por su origen, de piel amarilla, de lengua monosilábica, de letra ó escritura cuasi geroglífica, de instintos utilitarios, de carácter egoísta, poco religioso, nada metafísico, sujeto á la conquista y á un imperio de tal conquista representante, extravagantísimo en verdad más que original, de un brillo que se parece al barníz y al externo lustre, de una incurable fragilidad, el chino, todavía hoy, á pesar de la grande imparcialidad que distingue á nuestra ciencia y á nuestra historia, no ha conseguido la universal amnistía por los pueblos modernos acordada sin restricciones á los otros asiáticos, á todos, considerados antes, en edades no muy lejanas, cual verdaderos bárbaros. En el mismo pueblo americano, donde la libertad abre sus

puertas á todos los hombres del mundo sin preguntarles por su nación y por su origen, se han hecho excepciones varias con los chinos, expulsándolos de un territorio á donde parecen converger y donde parecen concentrarse los rayos diversos de la civilización universal.

II

China se halla en relación armoniosísima, cual ninguna otra de las diversas regiones, con aquella raza que la puebla y la cultiva. Sus uniformes planicies, la dirección de sus montañas, el paralelismo de sus dos mayores ríos llamados uno Azul y otro Amarillo, hacen que la inmensa tierra, extendida desde las mesetas del Thibet hasta las orillas del Pacífico, tenga en sus inviernos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de París, y en sus veranos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de Andalucía. Y no obstante dulcedumbre tal, muchas veces llegan sus inviernos á la temperatura del polo y sus veranos á la temperatura del trópico. Mas, como suceda esto en regiones restrictas y por excepción, realmente no imprime carácter al

temperamento chino y no determina en él una variedad apreciable. El medio geográfico, en que las gentes del Celeste Imperio se mueven, parece mucho á las regiones occidentales de nuestra Europa y á las regiones varias del Norte de América. Si bien por el Thibet y la Tartaria entra territorio tanto en las zonas boreales, mientras por la región llamada Indo-China entra en las zonas tropicales, aquella uniforme planicie del centro presta por su parte también monotonía y uniformidad indecibles, así al Imperio como al pueblo. En medio de su exuberante naturaleza, la fantasía del indio estalla como una fulguración volcánica, enviando en las rojizas nubes de humo, y en los aerolitos de piedras encendidas, y en los ríos de lava, y en las columnas de fuego, y en las cataratas candentes, por los espacios cerúleos y por los abismos profundísimos, dioses y diosas sin número. En China, la planicie uniformemente verde, la cordillera tirada en líneas regulares, los ríos de llanas riberas y de comunicación facilísima entre sí, convidan á la proporción, á la medida y al cálculo, por lo cual acaso este pueblo extraño haya hecho de las matemáticas como una teología, de los números como unos dioses, y de las medidas como unas leyes morales.

Aunque de origen mongólico, han variado muchísimo al curso del tiempo eterno y al influjo del medio ambiente los chinos. Su estatura es mediana, más bien chica que alta. Las formas tiran en ellos al círculo, no á la elipse. Los miembros adolecen de una debilidad incurable, pues los diríais frágiles como sus porcelanas. La complexión propende á linfa y á paciencia. Bien pronto la obesidad se sobrepone, y acaba por darles forma repulsiva, pues, á causa de su color pajizo, diríase que no tienen sangre roja en las venas, y á causa de sus ojos claros y de sus retinas rectilíneas, diríase que tienen parentesco cercano con las aves nocturnas. Aquel rostro amarillo y redondo muestra una impasibilidad que nos desesperaría de seguro en todo trato frecuente con ellos á nosotros los móviles y nerviosos occidentales. ¡Qué quijadas tan extrañas y tan diversas del concepto general en que se fundan nuestras nociones anatómicas! ¡Cuál contraste brusco entre los pómulos salientes y la nariz tan hundida como chata! Aquella mirada oblicua, y aquellos párpados caídos, les dan aspectos tan extraños, que, á veces, los tomamos, no como individuos pertenecientes á una especie viva, como figuras impulsadas por movimientos mecánicos. Su cabeza grande, aunque poco esférica, se

halla cubierta por abundantísimo, aunque cerdoso cabello. Sus movimientos tienen un balanceo como el de sus barcos en el río, y todo su sér diferencias capitales con las demás razas. Apártanse mucho entre sí las gentes del Norte y las gentes del Mediodía. También se diferencian los que profesan hoy la religión mahometana de los que profesan la religión budhista, ó las demás creencias indio é iranio-chinas. Como dividen los puntos cardinales en cinco, á diferencia de nosotros, que los dividimos en cuatro, dividen las razas fundamentales chinas en cinco también, y á cada una de ellas les asignan caracteres diversos. Lo que realmente podemos dar por averiguado en esta división es que los chinos del Norte se distinguen por su fuerza y por su vigor, mientras los chinos del Mediodía por su industria y su prudencia, constituyendo los unos el nervio militar de aquellas razas é Imperio, mientras constituyen los otros el grande organismo mercantil. Realmente nada prueba tanto cómo se impone la unidad á las mayores contradicciones, y cómo el espíritu domina la materia, cual esa uniforme civilización extendida por el Imperio sobre familias de pueblos, no solamente diversas, sino hasta contradictorias y opuestas. Tibetanos, mongoles, malayos, birmanos, y omitimos

dos ó tres variantes, entran, merced á una gran burocracia mantenida por una especie de sacerdocio científico y subrogada por completo á un Emperador absoluto, en creencias, en costumbres, en hábitos, en pensamientos, en dogmas tan uniformes, que llegan á predominar sobre cuantas contradicciones puedan producir los temperamentos y los humores enemigos, aun después de haber batallado abiertamente y en guerras perdurables por siglos de siglos. Para caracterizar la civilización china encontramos rasgos bien propios de tal pueblo y bien diversos de los que á otros pueblos distinguen. La inmovilidad patente de su estado político y social se conoce por ciertas instituciones, las cuales son privativas suyas, y si no privativas suyas, determinadas por su carácter especial con una determinación clarísima y selladas con un sello indeleble.

III

Hay en China institución muy peculiar de aquel pueblo, que presta indudable vigor á su familia. Esta institución se llama el culto á los progenitores y constituye, con una teología, una liturgia. Si ahondan-

do en el origen de las ideas, vemos desde luego el fetichismo, esa especie de adhesión intelectual y moral á un ídolo, en cuyo seno apenas algo superior á su cuerpo y á su materialidad se descubre; y si al fetichismo se le puede llamar como término primero en la evolución religiosa, debe llamársele al animismo el término segundo. Así como entendemos por fetichismo una especie de culto material á los ídolos siempre corpóreos, entendemos por animismo el culto espiritual á las almas desprendidas del cuerpo y colocadas por la viva fe allá en mundos invisibles. Apenas el hombre concibe la idea de un sér superior cuando une á esta idea, otra que le parece correlativa con ella, la inmortalidad y perennidad sacras de su íntimo sér interior. Lo mismo el celta en los primitivos tiempos de la historia europea, que el indio americano invenido tan tarde, lo mismo uno que otro, á pesar de hallarse apartados en el tiempo y en el espacio, sobre los dolmenes tintos en sangre y sobre los ídolos adorados con tan excesivas supersticiones, oyen la voz de sus padres muertos en el susurro de los follajes y en el bramido de los vientos. Y si esto es verdad certificada por la historia de todos los pueblos primitivos, también es verdad que ninguno llegó á constituir un culto á sus abuelos como el culto imaginado por los chinos. Penetrad en cualquiera de aquellas habitaciones, y después de haberlas visto, quedará siempre un lugar apartado, un sitio recóndito, un santuario donde se guarda para todos los que componen la familia cierto vínculo espiritual que une los vivos con los muertos. Y este vínculo espiritual, bien examinado, resulta la especie de mostrador conocido con el nombre de altar, donde cuelgan, ora en tablillas de madera oliente, ora en hojas de litúrgico árbol, el nombre de los predecesores, con la indicación, así de su nacimiento como de su muerte, y el resumen y compendio de los hechos que han acometido en su vida y que forman como la urdimbre maravillosa de su historia. Por esta especie de institución verdaderamente singular, cada chino sabe todo cuanto los suyos hicieron en la vida, y su propio sér no se reduce á lo presente, como el sér de los animales, sino que sube á lo pasado y entra por una especie de maravillosa recordación, guardada en fórmulas que todos aprenden de memoria, dentro de un hogar convertido así en cementerio de los cuerpos y cielos de las almas, que funda y establece á perpetuidad íntimas y saludables comunicaciones entre aquellos que se han ido del mundo y aquellos que al mundo volverán.

IV

Nos hemos detenido ante las consideraciones arriba hechas, únicamente para demostrar cómo la característica de los chinos es y no puede menos de ser la inmovilidad. Y sin embargo en las neurosis que atacan á los entendimientos europeos con frecuencia; ora por disgusto de la vida ordinaria, ora por propensión á originalidades rayanas con la extravagancia; muchos escritores, no solamente han alabado al pueblo chino allende lo justo; hanlo propuesto como un modelo y un ejemplar inimitables á la consideración universal. Muchos positivistas, al ver un pueblo falto, no solamente de nociones religiosas, de nociones metafísicas, hanse dado de ojo para encarecer la claridad extraordinaria de su inteligencia y el orden regular y el concertado movimiento de sus leyes y de sus costumbres. Lo que más veían y más admiraban en ellos era la exención de los apasionamientos, de que adolecen los pueblos crédulos y su apego á la tolerancia. No quisiéramos cargar con ejemplos estas simples crónicas de los hechos diarios; pero no había de costarnos

mucho esfuerzo presentar y ofrecer libros, en cuyas páginas el pueblo chino sube á un ejemplar como el trazado por Tocqueville, presentando los americanos, á manera de modelos, ante los ojos de la deslumbrada Europa. ¿Cuál no habrá sido el asombro de tales gentes, cuando se hayan enterado de lo que allí pasa? En efecto el pueblo chino procede ahora con los pueblos extraños y extranjeros á la manera que procederían los pueblos más dogmatizantes. Su odio tiene todos los caracteres del implacable odio religioso. Aquellos conventos, que habían podido burlar los altos muros erigidos en las fronteras chinas y las altas intransigencias derivadas de aquella secular administración y de aquel gobierno se han encontrado con odios religiosos, parecidos á los reinantes sobre los fanáticos musulmanes árabes, cuando celebran sus litúrgicas ceremonias en la Meca. Ni el temor á Francia los ha detenido en su asalto á las instituciones católicas; ni el temor á Inglaterra en sus asaltos á las sociedades bíblicas y protestantes. Han comenzado por el saqueo, han seguido por la matanza y han acabado por el incendio. No habiendo cedido al miedo, la piedad tiene tan poco imperio en sus almas, que hanse aglomerado sobre los objetos de sus odios como

manadas de ratones, según lo sucio y pequeño de sus cuerpos, animados por un espíritu que bien podríamos llamar infernal, según lo feo de sus almas. Todas las grandes potencias han tenido que sufrir á este sacudimiento, y ninguna se ha encontrado en disposición de tomar desquite. Necesitábase para esto una inteligencia entre Rusia, quien por la Mongolia, va poco á poco acercándose á las líneas boreales de China y Francia, quien se acerca por los ríos del Tonkin á las líneas meridionales y la poderosa Inglaterra, quien tiene tantos y tan ricos intereses en sus costas, y necesita en grado sumo por su imperio indio y por su imperio africano y por su imperio australio, imponer á China paz y respeto. Esta imposición aparecía tanto más necesaria, cuanto que no podían aspirar en este periodo las potencias europeas á ninguna innovación en sus relaciones con el Imperio chino; bastándoles conservar el *statu quo*, base y fundamento de una estabilidad verdadera, indispensable á sus transacciones. Pero casualmente lo demostrado por todos los hechos es que China se halla en revolucionaria convulsión. La dinastía conquistadora manda sobre aquel territorio; pero no manda sobre los ánimos. Y los no sumisos aún al

Imperio por el alma, siquier tengan el yugo sobre su cuerpo, se revuelven contra la dominación de los conquistadores; no á nombre de ningún interés político, á nombre de un interés puramente religioso, encendiendo el más formidable y atroz entre todos los afectos del chino, un aborrecimiento implacable al extranjero, cuya presencia consiente allí la vieja dinastía imperial contra todos los torrentes del espíritu en tal pueblo. Por manera que sería necesario, para poder meterlos en cintura y forzarles á cumplir sus deberes internacionales y dentro de sí aplacarse por algún modo, una inteligencia entre los grandes Estados, á la cual nunca llegarán éstos en la rivalidad y competencia de sus muchos intereses, aterrada como está la Gran Bretaña de los progresos que hiciera por la región tropical el francés, y de los progresos que hiciera por la región boreal el ruso, muy temibles, dada la vaguedad é indeterminación de los procedimientos chinos, así en sus relaciones con Tonkin y Siam y el Japón, como en sus relaciones con todos los demás pueblos de Tartaria y Mongolia, es decir, con todos los vecinos y todos los circunstantes, odiados y odiosos á su viejo y propio y arraigado egoismo.

V

Bien es verdad que las potencias europeas se hallan demasiado absortas dentro de sí mismas para contender con Asia y con los asiáticos. Hanse muerto en Francia é Inglaterra dos hombres de suma importancia, y cuando parecía que sus respectivas muertes iban á serenar mucho los ánimos y á resolver en sentido favorable dificultades inmensas, que habían suscitado sus sendas ideas y actos, una estela de sucesos siniestros y nefastos y desoladores corre desde sus tumbas á los respectivos Estados y Gobiernos y pueblos suyos, perturbándolos con perturbaciones profundísimas y trayéndolos á mal traer en su respectiva constitución interior y en sus relaciones externas. ¿Quién hubiera dicho que tras la muerte de Parnell iban los parnellistas á ensoberbecerse como se han ensoberbecido y que tras la muerte de Boulanger iban los boulangieristas á colear aún como colean y traer graves dificultades en el Parlamento y en el Gobierno á su patria? El fanatismo celta no quiere saber la parte de responsabilidad que tiene Parnell en su propia desgracia; ni entra porque haya sido aquél su jefe primero y casi único autor de

la propia deshonra. Cosa tan llana, dado el genio y el carácter inglés, como la desconsideración subsiguiente á los actos domésticos del agitador, hanla imputado á perversa conjura concluida por premeditadísimo asesinato. La madre misma de Parnell ha contribuido en su justo dolor á una superstición así, pidiendo con gritos dignos de la última reina troyana, cuando veía inmolar á los hijos amados en su presencia, que castigaran á los asesinos, sí, á los asesinos de un hombre muerto en su lecho propio de muerte natural. A consecuencia de toda esta exaltación en la cólera y de todos estos ponzoñosos alientos de rabia, en accidente convulsivo estalla Irlanda muy análogo á trístimo estado revolucionario, pero de una revolución triste y consuntiva, sin más objeto ni más fin que agitaciones y movimientos estériles. Cada uno de los artículos publicados en la prensa parece incendiaria proclama; cada una de las arengas dichas en las asambleas tribunicio discurso; cada una de las reuniones públicas motín y asonada de un escandaloso fragor; y en todas partes y por toda suerte de motivos los irlandeses van á las manos con saña y vierten sangre en abundancia, sin adivinar que han desagrado con tales excesos y deshonrado con tantas demencias á la

madre patria, necesitada en su opresión y en su desgracia del auxilio y del amor de todos sus hijos. No hay allí nombre ilustre respetado por ninguna de las sendas facciones en guerra. Las heridas ganadas por Davitt en cien populares batallas; los signos indelebles del martirio todavía no cicatrizados en sus atormentadas carnes; el recuerdo de holocaustos inenarrables y de dolores parecidos á los que sufriera en su Pasión el Redentor no sirven ahora, en este desate de iras exterminadoras, á infundir el necesario respeto en los irlandeses y á evocar la religión del recuerdo que podrían llevar los ánimos á una saludable concordia. Solamente rasgos heroicos, propios de los naufragios y de los incendios y de las inundaciones, han salvado á hombres tan queridos antes como Dillon y O'Brien de una muerte cierta, cuando estaban en manos de asesinos. La consigna del parnellismo es evidente por lo clara: impedir de todas maneras la salvación de Irlanda, si resulta ésta por obra y gracia de los enemigos del difunto Parnell. Así han acabado las antiguas transacciones; así han perdido su poder los pactos antiguos con el jefe de los liberales británicos; así han caído en menosprecio las campañas parlamentarias; así ha bajado en el concepto popular todo cuanto

redimiera de su opresión á Irlanda y le granjeara con reformas, como la increíble de la extirpación de su iglesia protestante y como la relativa á los arrendatarios, una esperanza infalible de gobernarse á sí misma bajo una bandera y una corona en sociedad con britanos y escoeses, dentro de la paz y de la libertad. El carácter demagógico de los emigrados en América concluye por sobreponerse á todo; y la revolución, á esta intransigencia consiguiente, por desordenarlo y destruirlo todo. Y la revolución podrá indudablemente aparecer á muchos ojos con todas las sublimidades propias del combate y del sacrificio como con todos los prestigios propios del ideal y de la inspiración; pero también aparece como una epilepsia que perturba largo tiempo el sistema nervioso de los pueblos y concluye por traerles, cuando se prolonga sin medida y sin fin, la muerte eterna. Desde que predominan los procedimientos revolucionarios sobre los procedimientos legales; y desde que la guerra civil con todos sus odios y todos sus extremecimientos se ha volcado sobre Irlanda, preséntanla como un pueblo incapaz de gobernarse á sí mismo los ingleses diciendo cómo ha menester sin remedio por su propio bien del protectorado británico. Y no les falta razón.

VI

Pues lo que pasa con el parnellismo en Irlanda pasa con el radicalismo en Francia. Como la muerte de Parnell ha exacerbado á los celtas intransigentes, ha exacerbado á los francos intransigentes la muerte de Boulanger. Mientras éste vivió túvolos unidos á los republicanos conservadores el recelo de caer bajo deshonrosa y cruenta dictadura; mas, así que Boulanger ha muerto, se han creído en el caso de campar á una por sus respetos los intransigentes y habérselas con el Gobierno bajo bandera tan práctica como la revisión constitucional, la separación de la Iglesia y el Estado, las vagas reformas sociales. Un caso curiosísimo haales dado plausible pretexto á tal alarde guerrero. Celebráronse las manifestaciones de Mayo último por la escuela comunista francesa y hubo una facciosa en la población industrial de Fourmies. A consecuencia de tal motín encuentro del pueblo con la tropa; y á consecuencia de tal encuentro, muertos en las calles y presos en las cárceles. Entre los presos hallábase un Sr. Lafargue, yerno del célebre Marx, el

San Agustín de los comuneros, pues trazó hace ya tiempo en volumen pesado la ciudad de Dios del colectivismo contemporáneo. Sentenciado el yerno por el tribunal popular á varios meses de prisión, hase ahora presentado á los electores de Lila en candidatura para diputado; y con tal motivo ha demandado su libertad Clemenceau, como si no rezasen las leyes, y el Código penal sobre todo, con los comunistas y no ejerciesen sobre sus actos y sobre sus personas ni soberanía los poderes públicos, ni jurisdicción los tribunales de justicia. Para Clemenceau tienen fuerza de obligar los veredictos del elector en los comicios; pero no tienen fuerza de obligar los veredictos del elector en los jurados. Con teorías así, con propósitos así, con ideas jurídicas de tal calidad, con elevación política tan patente, no cabe dudarlo, se acredita el buen radical de gobernante sumo y puede presentarse á cualquier parte con aspiraciones de dirigir un país que bien pronto se parecería de suyo á un infierno. El Ministerio lo ha hecho presente al cuitado; pero no ha querido éste caer en que hay tantos principios respetables en las democracias modernas; y ha resuelto, por juzgar al Gobierno empecatado reo de su observancia indeclinable, ponerse sin escrúpulo en cobro, disolviendo

la unión republicana y declarando guerra implacable al partido conservador de la República. Ya era hora. La unión de los republicanos conservadores con los republicanos radicales, únicamente servía para retener á la República en una peligrosa indeterminación y en un sacudimiento nervioso continuo de incesantes y estériles agitaciones, producidas por un programa impracticable y un ideal inaccesible. Cuando se tomaba cualquier acuerdo sensato, enseguida se oponían los radicales; y cuando se oponían los radicales, enseguida los monárquicos proclamaban disuelta la hueste parlamentaria republicana. Con lo que acaba de ocurrir todo se aclara y todo se define. Cada partido queda en su puesto y cada idea en su término correspondiente. No hay para qué apelar, por tal división indispensable, á los electores de nuevo, como quiere mi amigo el publicista eximio Arene. Basta con atender al mandato moral que los electores dieron á los elegidos; basta con retener la República en una estabilidad conservadora. El partido radical, triunfando en Lila unido á los electores monárquicos, para perturbarlo todo, muestra bien á las claras cuánto más fácil sería hoy al partido republicano conservador unirse con los electores monárquicos para salvarlo todo.

VII

Mal, como veis, las libres naciones del Centro; mas no mejor los grandes imperios del Norte. La enorme agitación socialista, estudiada con ahinco por todos cuantos tratan del problema de los problemas, de la emancipación popular, se agrava en el Norte sin provecho ninguno de los pueblos, antes con desdoro y mengua. No en vano vió Hegel cierta tricotomía, es decir, propensión á la trilogía, ó al desenvolvimiento en tres términos, de los sistemas científicos y de las escuelas filosóficas. Así como el Dios católico es Padre, Hijo, Espíritu Santo; el humano pensamiento tesis, antítesis, síntesis; el tiempo pasado, presente, porvenir; el universo atracción, repulsión, equilibrio; la escuela es derecha, centro é izquierda. Así quedó constituida la escuela hegeliana en el mundo filosófico y así ha quedado constituida la escuela socialista en el mundo económico. Tras el Congreso alemán celebrado en Erfurt, no cabe duda que la escuela se manifiesta en una extrema derecha representada por el conciliador con la monarquía germánica que se llama

Voldemar; la izquierda por el intransigente revolucionario que se llama Werner; el centro por aquel organizador tan tenaz y tan ortodoxo que se llama Bebel. Cada cual de los tres representa una tendencia particularísima por sus caracteres, pero capital por sus propensiones de la escuela socialista; pero los tres, hasta el mismo anarquista, se hallan á una conformes en apoderarse del Estado y de los restos del Estado aún sobrevivientes para prosperar su doctrina y organizar su escuela. Sin embargo, hagan lo que hagan y digan lo que digan, tras tantos esfuerzos empleados en poner á servicio del socialismo las diversas máquinas gubernamentales que representan por lo alto la sociedad y que se llaman Estado, únicamente quedan como alivio á los males del trabajador los organismos provinentes de la humana libertad, las sociedades cooperativas de consumos y la cooparticipación del trabajador en los beneficios de las industrias por un pacto voluntario con sus patronos. Ante una enseñanza tal de la experiencia caen todos cuantos sofismas ha inventado el espíritu de secta con visos y arreboles de ciencia. Ni con rescriptos imperiales mejora el jornal, ni con rescriptos imperiales mejoran las costumbres. Nada hizo contra los excesos del capital aquel

Congreso ecuménico de los comunistas celebrado en Berlín por iniciativas augustas. Y nada contra la prostitución hará el rescripto imperial dictado por el Emperador últimamente contra plaga y calamidad tan grande como la prostitución. Hubo cierto César que intentó un día modificar la Gramática, poniendo y quitando letras en el alfabeto latino, para, en su orgullo, por medio de rescriptos alterar nada menos que las lenguas. Un pobre gramático, en vista de semejante audacia cesárea, se interpuso entre la tiranía y la lengua, diciendo al omnipotente cómo ciertos bienes y ciertos males no estaban en sus manos, y ciertos factores de la sociedad humana huían á su jurisdicción y á su poder. Quizás fuera muy bueno que un Emperador pudiese conjurar calamidad tan grande como la miseria y calamidad tan grande como la prostitución al golpe de un decreto, mejorándose la humana sociedad así de súbito y de milagro. Pero no lo quiere Dios. La corrupción quizás resulte un fruto del despotismo, impotente para curarla, cuando no cooperan á la curación efluvios de ideas esparcidas en la conciencia universal ó costumbres elaboradas por la colectividad. Luego un Emperador que prescinde por completo de Cámaras y ministros; que, sin la intervención de inter-

mediario alguno, se dirige á los jueces regulándoles con palabras altivas cómo deberán proceder en asuntos de suyo delicadísimos cual esa reprehensión del vicio en que se necesitan mil elementos, ó superiores, ó agenos al Estado; se halla en pleno goce de un despotismo, incapaz del bien siempre; porque cada cosa generará su parecida ó semejante, y el despotismo es el mal en esencia. Y como es el mal, hoy nos trae la paz armada y nos trae en lo porvenir la guerra europea. Cada día los presentimientos á este respecto aumentan en tristeza porque aumentan los síntomas adversos en intensidad. El Czar no ha querido detenerse á su paso desde Danzig á Petersburgo en Berlín y no ha querido ver al emperador Guillermo. Por su parte Austria no sabe como componérselas para unir bajo enseña común y bajo común ideal sus razas enemigas. Creíase que podría el sucesor de Tisza recomponer los partidos húngaros; y cada día los debates en aquellas Cámaras toman una mayor gravedad, llegando hasta el insulto dentro y el duelo fuera, patente muestra de una desorganización irremediable. Y esta desorganización trasciende al ejército. Hace muy poco se ha engrosado en Pesth el partido que pide una organización militar húngara distinta de la organización austriaca, y en los círculos de Croacia los eslavos han insultado á los magyares en demostración de que no puede contarse allí con la disciplina como no puede contarse tampoco desgraciadamente con la unidad. Sólo una intervención providencial puede libertarnos y nos libertará de la guerra.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Con las primeras brumas del invierno ha comenzado el renacimiento periódico de la actividad literaria, ociosa durante los meses estivales. En los escaparates de las librerías preséntanse ya de cuando en cuando, aunque no en tan crecido número como sería de desear, libros recién salidos de las prensas, ofreciéndose, con el incentivo de sus viñetas ó lo artístico de sus portadas, á la curiosidad de los lectores. Los periódicos ocúpanse en anunciar la aparición próxima de nuevas obras, y la gente aficionada á las letras espera impaciente la publicación de la novela anual de Pereda ó del volumen escrito y editado por Galdós, tan exacto (el libro) en venir al mundo como el hecho de efectuarse en el cielo el eclipse prefijado por los astrónomos.

Hasta el presente, entre los libros nuevos que nos ofrece el ingenio

nacional en la presente temporada, recuerdo ahora *Las personas decentes*, de D. Enrique Gaspar, *La vida cursi*, por D. Luis Taboada, y *Salpicón*, por Mariano de Cavia.

Las personas decentes es lo que en términos culinarios se llama un plato recalentado. Todos mis lectores recordarán de fijo la preciosa comedia de aquel título estrenada dos años há en el teatro de la calle del Príncipe, y de seguro que no habrán olvidado lo interesante de su acción, lo artístico de sus cuadros, lo vigoroso de sus caracteres, lo vivo de su estilo y la difícil naturalidad de su diálogo. Tampoco habrán echado en olvido la tesis que el autor se propuso demostrar en su comedia, á saber, la dificultad ó casi imposibilidad en que cualquier hombre de bien se encuentra para ser *persona decente*.

Según el Sr. Gaspar, todo está

viciado. La virtud no es más barata que el vicio, diga lo que quiera Rioja ó Fernández de Andrada ó quien sea el autor de la *Epístola moral á Fabio*. El hombre que anhela ser bueno encuentra en su camino tales obstáculos, de tal modo le tiran, cada uno por su lado, los convencionalismos sociales, que la rectitud del más severo Catón es impotente para resistir sin doblarse el peso de tanta y tan perniciosa influencia. El Parlamento es una farsa, la condescendencia una forma del egoísmo, el atildamiento hipocresía, el negocio agio, y hasta lo más santo y augusto que hay en la tierra, la justicia humana, reflejo y emanación de la justicia divina, pieza enmohecida y averiada de la caduca máquina social.

Esta, que es la tesis de la comedia, lo es también de la novela. Convergamos en que es demasiado negro semejante pesimismo. No negaré yo ¿qué he de negar? que el mundo no es jardín de delicias y que no son santos varones los hombres ni ángeles con faldas las mujeres. De tal naturaleza es nuestra condición, que no hay en nosotros buena cualidad que no se vea deslustrada por un defecto, nacido de ella como el humo de la llama: la generosidad se convierte en despilfarro, el amor en vicio, la dignidad en soberbia... hasta la misma fe se trueca en fa-

natismo. Flaca es nuestra condición, pero el conocimiento de su flaqueza más que burla y censura inspira dolorosa compasión, y en último extremo consoladora esperanza.

Síguese de lo dicho que pintar tan sólo el lado malo de la sociedad es tan inexacto como el pretender que sea el mundo copia fiel de la vida apacible y deleitosa de los bienaventurados. Si el autor de *Las personas decentes* no se hubiera propuesto escribir una novela *tendenciosa*, nada podría argüírsele. El artista elige donde le parece sus modelos, y con ellos forma su cuadro. Nadie censura, antes bien todos elogian á Velázquez por su lienzo de los borrachos; pero si el gran pintor hubiese pretendido en su famosísima obra presentar alegóricamente la sociedad de su tiempo, ¿no habría motivos sobrados para censurarle? Elegir unos cuantos tipos perversos y convertirlos en símbolo de las costumbres y caracteres actuales, es, no plantear un problema, sino defender un verdadero sofisma.

Por esta razón, tanto la novela como la comedia tienen un vicio de origen que la habilidad y el talento indiscutibles del autor no han podido vencer. A decir verdad, en la novela es aún más evidente que en la comedia el defecto que dejo señalado. Por lo mismo que el marco de la obra teatral es más reducido que

el de la obra destinada á la lectura, al poeta dramático se le conceden más libertades y se le perdonan más defectos que al novelista. Las premisas que aquél sienta, con facilidad las admitimos aunque no sean rigurosamente exactas. El *quidlibet audenti* alcanza también á la poesía dramática. En la novela, por el contrario, la sugestión que el autor ejerce sobre los lectores es mucho más débil que la del poeta sobre el público: de aquí que la lógica de la novela ha de ser por fuerza mucho más inflexible que la de la comedia. Los defectos son más apreciables en aquélla y lo que en el teatro tiene disculpa, no puede admitirse en el libro. Por esto, sin duda, siendo *Las personas decentes* una excelente comedia, y la novela una ampliación de aquélla, la primera merece ser considerada como una obra maestra, mientras que la segunda no es más que una obra aceptable.

Sin entrar aquí en el análisis de ella, diré tan sólo, que tanto en lo que se refiere al interés de la acción como á los caracteres, la novela está muy por bajo de la comedia. El Sr. Gaspar ha tratado de estirar el asunto y le ha resultado algo parecido á lo que acontece cuando se trata de ajustar en un bastidor demasiado grande un lienzo de menor tamaño: el tejido se tuerce y los bordados, si los tiene, se desfigu-

ran. Lo tantas veces repetido del lecho de Procusto, viene aquí de molde para explicar la suerte que ha corrido *Las personas decentes* al convertirse en novela.

De su estilo y lenguaje nada hay que decir, conocidas como son las cualidades de escritor que adornan al Sr. Gaspar y la maestría con que maneja la lengua castellana. Esto hace que el libro se lea con verdadero deleite, particularmente aquellos capítulos en que domina la tendencia satírica.

*
* *

Luis Taboada es uno de los escritores que gozan de mayor y más justa popularidad en España. Sus saludísimos artículos, en los que desfila en grotescas actitudes multitud de tipos pertenecientes á lo más modesto de la clase media, forman el encanto del público. Hay en esos trabajos al parecer tan ligeros, observación profunda y tino especial para descubrir el lado cómico del mundo que retratan, y habilidad suma para reproducir los giros, modismos y disparates que forman el estilo de las personas en que Taboada elige los personajes de sus cuentos.

La primera materia, por decirlo así, del chiste que mejor maneja este

festivo escritor, es la exageración. Sus hipérboles tienen siempre un gran fondo de verdad. Las frases extravagantes que leemos en sus artículos, casi nunca son inventadas, sino copia exacta de las que oímos en calles, casas y oficinas. Además de estas cualidades tiene Taboada otra aún más estimable: nunca ofende. Los mismos que se ven retratados, se ríen de tan buena gana ante sus propias caricaturas, como el paleta que contempla su faz desfigurada ante los espejos curvos que suele haber en los cosmoramas de las ferias de los pueblos.

La vida cursi, es una colección de artículos chistosísimos, capaces de curar á un hipocondriaco. En ellos se burla donosamente el autor del hortera romántico, del funcionario tan ramplón como endiosado, del bibliófilo chasqueado y de otra porción de entes á cual más cómicos y divertidos.

Cuando el lector dobla la última hoja del libro, por cierto ilustrado con graciosos dibujos de Pons, sólo se le ocurre señalar un defecto: que se acabe tan pronto.

*
* * *

Del libro de Cavia que aún no he leído, algo podría decir por adivinación. Los buenos escritores tienen

eso: su estilo no varía, y como leo todo cuanto sale de la pluma del *croniqueur* de *El Liberal*, podría jurar sin temor á equivocarme, que ese sabroso *Salpicón* que aun no he probado, no ha de desmerecer en nada de los deliciosos *Platos del día* que con tanta habilidad confecciona el *alter ego* de Sobaquillo.

Y hé aquí que al nombrar á Mariano de Cavia y al recordar que tan notable escritor ha sido llamado á ocupar el puesto de crítico de *La Ilustración Española y Americana*, viéneseme á la memoria el nombre de D. Manuel Cañete, cuya pérdida lamentan cuantos conocen sus eruditos y concienzudos trabajos.

Era el anciano académico uno de los pocos críticos que saben sustraerse del pecado de la sátira, la cual si bien sazona agradablemente los juicios de las obras literarias, es lo cierto que más irrita que corrige. Atildado hasta la exageración, tolerante con exceso, sus críticas, aunque abundantes en sana doctrina é inspiradas siempre en la más recta justicia, carecían de ese vigor y de esa viveza que tanto nos agradan en las de Balart ó en las de Revilla, sin llegar tampoco á la austera sobriedad del P. Blanco. Sus artículos de crítica contemporánea se parecían más á una apacible disertación académica que al escrito lanzado á la publicidad para corre-

gir errores y para luchar denodadamente con inveterados abusos y con las osadías del mal gusto.

Sólo olvidaba el acompasado académico su serenidad didáctica, cuando hablaba de las obrillas ligeras que se representan en los teatros por horas. No podía transigir con los despropósitos, revistas, juguetes, disparates, viajes... que forman el repertorio del *género chico*. Cuando acerca de tales cosas escribía hasta olvidaba su atildamiento, llegando á emplear frases tan duras y conceptos tan severos que ciertamente formaban vivo contraste con su parsimonia y comedimiento habituales.

Juzgaba mejor las obras pasadas que las presentes, como lo prueban sus *Estudios literarios* sobre el tea-

tro español del siglo xvi, el *Estudio crítico* acerca del Duque de Rivas y los demás libros, discursos y folletos que publicó durante su larga existencia.

En su persona como en sus costumbres se revelaba siempre la corrección y el atildamiento que fueron, según he dicho, las cualidades características de su estilo. Era amenísimo en su trato; su bondad mucha, y grande la protección que dispensaba á cuantos jóvenes se acercaban á él en demanda de consejos literarios. Gozaba de inmaculada reputación y los actos todos de su vida, acreditaronle de cumplidísimo caballero.

Descanse en paz el escritor laborioso y varón intachable.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

REVISTA ECONÓMICA.

La violenta campaña que la prensa extranjera ha venido haciendo contra nuestro crédito ha producido sus frutos; lo mismo en París, que en Londres, que en Berlín, el *exterior* español ha sido depreciado, perdiendo desde nuestra anterior Revista dos enteros, y arrastrando en su descenso todos los demás valores.

El mercado de Madrid se mantuvo firme en los primeros días, pero á la postre el desnivel de los cambios con las plazas extranjeras fué de tal consideración (12 por 100 de beneficio los francos), que se vió obligado á rendirse y á seguir los derroteros que de fuera le señalaban.

Que la prensa de París ha exajerado los males de nuestro estado económico y ha recargado de excesiva tinta negra la situación de nuestra Hacienda es evidente, como

lo es también que los fuegos de campaña tan desdichada han sido atizados de un lado por la especulación bursátil, siempre ansiosa de pescar en revueltos mares, y de otro lado por intereses políticos agitados por los partidos de aquí, y por los que en París admitían como cosa cierta que España estaba en vías de ocupar un lugar en la triple alianza.

El concierto de España con la triple alianza se ha esgrimido con habilidad, y ha producido sus efectos en un pueblo tan impresionable y tan dado á la patriotería como el pueblo francés. En vano ha sido que oficial y oficiosamente haya hecho terminantes declaraciones en otro sentido nuestro Gobierno. Una parte de la prensa francesa y algún periódico republicano de Madrid no han querido darse por convencidos, y hay todavía muchedumbre de gentes del otro lado del Pirineo que

nos consideran marchando al ala de Alemania y dispuestos á trasponer las fronteras meridionales de Francia el día mismo en que los alemanes avancen por las del Norte y los italianos por los Alpes. Si todos estos cuentos de novela fantástica no trascendieran á nuestra vida económica y tras de ellos no se hubieran parapetado especuladores sin conciencia, en verdad que no valía la pena de tomarlos en serio para refutarlos. Por nuestra desdicha, nuestro crédito público depende en gran manera del que fuera quieran concederle, y preciso es que sumemos nuestra protesta á la de la prensa toda contra estas malas artes puestas en práctica para realizar jugadas de Bolsa y sorprender incautos, para apoderarse mejor de su fortuna.

Repetidas veces hemos censurado aquí con harta dureza el poco celo con que se gobierna la hacienda del Estado, y la falta de sentido con que se gastan los caudales públicos.

Después de un larguísimo periodo de perturbaciones constantes, de guerras y de motines á diario, del cual, como es consiguiente, toda la administración financiera salió mal librada, las rentas por los suelos y por las nubes los gastos, entramos á disfrutar, hace ya quince años, otro periodo de venturosa paz que ha brindado á nuestros financieros oca-

sión propicia como ninguna para cicatrizar heridas, ordenar lo desordenado, desarrollar los ingresos, basar los impuestos en la equidad, realizar economías y liquidar, en suma, el periodo anterior de calamidades y desdichas.

¿Qué han hecho, en lugar de esto, que la prudencia aconsejaba y el arte de buen gobierno exigía? Nada absolutamente. La contribución territorial continúa teniendo por base los amillaramientos de 1860. La industria es el mismo antiguo *subsidio*, con todos sus empirismos y desigualdades irritantes. El impuesto de consumos más bien se ha empeorado que otra cosa, y por este orden las demás contribuciones y rentas, fuera parte de la de tabacos, que para ser justos, hay que confesar que ha logrado grandes mejoras en manos de la Compañía Arrendataria.

Como coronamiento y remate, las obligaciones del periodo de paz han superado todavía las de los años de guerra, y no solamente no se ha procurado liquidar ni saldar aquellas calamitosas situaciones, sino que, por el contrario, se han agravado más, cerrando en déficit todos los presupuestos y aumentando las deudas, cuando han podido reducirse considerablemente.

Es, pues, indudable, que nuestros financieros, los de éste y los del

otro bando, han estado desgraciados y no han respondido á la misión que han tenido encomendada. Podía estar la Hacienda próspera y desahogada como pocas en Europa, porque nuestra posición geográfica nos libra de los cuantiosos gastos que la política de la «paz armada» impone á las naciones más poderosas del Centro y del Norte, y no lo está por culpa y desacierto de nuestros Gobiernos. Esto es indudable, y queremos que conste así una vez más.

De aquí á la pintura que hace la prensa extranjera, hay mucha distancia sin embargo.

Desde que las deudas se unificaron y se restableció nuestro crédito público, los déficits de nuestros presupuestos, ó más claro todavía, el exceso de obligaciones satisfecha, sobre los ingresos ordinarios de las contribuciones, rentas é impuestos, asciende á 690 millones de pesetas. Esta suma se ha pagado con el producto de la cartera de las cajas especiales, con el producto de las existencias de tabacos, con el anticipo de la Compañía Arrendataria y con la deuda flotante. Implica, pues, una pérdida del patrimonio del Estado igual á la cifra citada.

Pero al mismo tiempo, esta partida tiene otras opuestas de bastante consideración. En este mismo periodo hemos amortizado 210.485.000 pesetas del 4 por 100 amortizable,

11.587.000 del préstamo Fould, 37.500.000 del préstamo Rothschild, 36.108.250 de deuda exterior 2 por 100 y unos 6.000.000 de los residuos de créditos de obras públicas, personal, etc., etc. En junto hemos amortizado más de 309 millones de pesetas, lo que reduce la pérdida del patrimonio de la Hacienda á 389 millones.

* *

De otra parte, si nuestra situación financiera no es tan mala como se supone, nuestro estado económico dista cien leguas de parecerse al que pinta la prensa francesa. Si en España los progresos industriales no son grandes como en Francia, no por eso son menos ciertos. Nuestro ilustrado colega *El Economista*, que ha hecho estudios interesantes sobre esta materia, resume del modo siguiente los alcanzados en un periodo de treinta años:

La producción de los principales minerales fué en 1864 de 1.229.025 toneladas y en 1888 de 11.303.479; la de metales fué en la primera fecha citada de 166.400 y en la segunda de 545.456. Aumento en la producción de minerales, toneladas 10.074.554; aumento en la segunda 379.056.

Pasemos á las industrias agrícolas. Desde fines del siglo pasado, la producción de cereales ha alcanzado el desarrollo siguiente:

	1797 — Hectólitros.	1860 — Hectólitros.	1890 — Hectólitros.
Trigo.....	17.160.000	21.268.000	33.000.000
Cebada.....	8.321.000	14.360.000	17.410.164
Centeno.....	4.283.000	6.500.000	7.392.778

Se dice que si en España ha aumentado el cultivo del suelo, en cambio ha desaparecido la industria pecuaria, pero esto es otro error manifiesto. Según el censo de 1850, había en España en aquella época 20.107.189 cabezas de ganado, y según los datos oficiales más recientes, pasan hoy de 25.000.000.

El desarrollo de los cultivos de vinos y aceites, es en mayor proporción todavía. Véase la prueba:

INDUSTRIA VITÍCOLA Y VINÍCOLA

	1797 —	1860 —	1890 —
Hectáreas cultivadas.....	400.000	1.492.925	1.706.501
Vino en hectólitros.....	7.600.000	20.365.000	29.875.620
Valor en pesetas.....	70.300.000	286.000.000	476.873.787

Una industria que aumenta sus productos en 200 millones de pesetas en un período de treinta años, nos parece que progresa.

Otro tanto ocurre con la industria olivarera, no obstante los malos años que atraviesa. Las estadísticas oficiales daban en 1860 una producción de aceite de 1.000.000 de hectólitros como máxima, y las mismas estadísticas dan para 1889, 3.357.214 hectólitros.

No estimamos menos evidente el desarrollo de las industrias de tejidos, fuera parte de la lanera.

Las cantidades importadas de primeras materias lo revelan:

IMPORTACIÓN

	1860 — Kilogramos.	1889 — Kilogramos.
Algodón en rama.....	23.930.028	63.690.882
Seda en rama y torcida.....	26.627	159.303
Lana y pelos.....	2.995.203	2.106.603

De los medios de transporte y comunicación, casi casi nos parece excusado hablar. Allá van algunas cifras:

	1862 — Kilómetros.	1889 — Kilómetros.
Ferrocarriles en explotación.....	2.606	9.614
Carreteras construidas por el Estado....	13.540	24.000
Telégrafos.....	10.900	20.000
Marina mercante, toneladas.....	395.270	900.874

Se nos dirá que los ferrocarriles se han construido con dinero extranjero y que propiedad de extranjeros son, y sobre esto hay que hacer también una aclaración necesaria. En primer lugar, hay líneas de bastante importancia, como la de Almansa, Valencia, Tarragona, Barcelona, Francia y otras, que se han construido con capitales españoles, y de las demás hay regular número de acciones y obligaciones en poder de españoles también. Por otra parte, el Estado ha contribuido á la construcción de estas líneas con la respetable suma de 800 millones de pesetas, que representa más de la tercera parte del valor de las líneas, y estos 800 millones de la riqueza del país han salido.

El comercio exterior, que viene á ser como el resumen del desarrollo económico de un país, refleja también nuestros progresos en el corto periodo que venimos examinando, por modo bien notable por cierto:

	1860	1889
Importación y exportación.....	645.379.236	1.763.167.250

Apenas si el desarrollo comercial total de Francia alcanza iguales relativas proporciones.

Hay un dato que de propósito hemos dejado para lo último, y que mejor que otro alguno demuestra nuestro desarrollo económico. Este dato es el relativo al consumo del carbón mineral.

Se producían en España, ó mejor dicho, se extraía de las minas de España en 1860 de este mineral 387.904 toneladas, y añadiendo á esta cifra 300.969 que se importaron, dan un consumo anual de 688.871. Pues bien: en 1889 se han consumido en España 2.500 millones de toneladas, es decir, más del cuádruple. El carbón mineral es fuerza, es movimiento, y la fuerza y el movimiento, primeros elementos de toda producción y de toda industria.

Cuadruplicar en menos de treinta años, no es pequeño progreso en un país preponderantemente agrícola como es España.

Y no cesan aquí nuestros progresos materiales. Hasta hace pocos años la mayor parte de las deudas del Estado español eran propiedad de extranjeros. Hoy no sucede ya lo mismo ni mucho menos. De los 6.200 millones de pesetas que importa había en el extranjero 800 millones calculando con exceso.

*
* *

Cabalmente no ha sido pequeña la influencia que en la crisis monetaria que sufrimos—porque crisis monetaria atravesamos—ha tenido esta misma importación ó *nacionalización* de las deudas. Hemos ido demasiado deprisa en esta obra de reducción de créditos. Todos los años tenemos que pagar al extranjero cerca de 200 millones por intereses de valores del Estado de ferrocarriles, minas, etc. etc., y á esta suma hemos añadido en los dos últimos otro tanto en cada uno por la compra de capitales. Una salida de metálico de esta importancia no hay país que la resista. La balanza mercantil nos ha sido favorable pero con las diferencias anteriores de la exportación no ha sido posible pesar tanto, y el oro ha salido en abundancia, recogiendo los acaparadores hasta el que existía en los últimos rincones de la Península, y la circulación interna ha tenido forzosamente que empobrecerse y llegar á este estado de penuria que se traduce por pérdidas considerables en los cambios por el agio del oro y hasta por dificultades en la marcha del Banco, que no puede ser otra cosa que imagen fiel del país, hagan sus administradores lo que quieran.

Como remedio á todos estos males pueden tomarse diversas medidas, de las cuales la principal es la reducción en los gastos públicos. No pa-

sarán muchos días sin que sea preciso lanzar al mercado un empréstito de 250 millones de pesetas para recoger los pagarés del Tesoro y otros descubiertos de que son acreedores el Banco y la Compañía de Tabacos. Proceden de déficits de anteriores presupuestos y de la falta de recursos del actual. Si esta necesidad no existiera y el Estado hubiese atemperado sus gastos á los ingresos, estos 250 millones, producto del ahorro patrio, podrían ser empleados en continuar la obra de redención de las deudas extranjeras y sería un gran paso para contener las salidas de metálico por pago de intereses. Pero esto no tiene remedio, y lo importante y lo que la opinión debe exigir á éste y á todos los Gobiernos es que en adelante ningún presupuesto se salde con déficit no autorizándose otras sumas de gastos que los que produzcan los ingresos normales.

El cambio de la deuda exterior en interior es recurso recomendado ya hace tiempo, y aun cuando en estos momentos la situación es poco apropiada para hacer la operación voluntaria, posible es que por evitar mayores males sea preciso acogerse á él con toda urgencia, en evitación de superiores desdichas.

Aun cuando no son tantas ni de tanta importancia como se prego-

nan las pignoraciones de valores del Estado en el Banco, preciso es limitarlas más todavía cualesquiera que puedan ser los efectos momentáneos que en el mercado bursátil pueda producir la medida. Hay que cerrar en cuanto se pueda todas las salidas al oro, y si por el mal estado de los demás mercados no se logra contratar un empréstito por el Banco á largo plazo, necesario es que por lo menos se pongan dificultades á todas las operaciones que originen exportación de dinero.

*
* *

Con estos antecedentes, la Bolsa de Madrid, á pesar de sus grandes esfuerzos, ha tenido que sucumbir á los impulsos de retroceso de las de Londres y París, perdiendo todos los valores, como puede verse comparando la cotización de nuestro número anterior con las siguientes, que son las correspondientes al día 7 del corriente:

4 por 100 interior, 72'90.—Idem exterior, 74'60.—Amortizable, 86'70.—Billetes hipotecarios de Cuba, 104'20.—Id. de 1890, 97'15.—Obligaciones del Tesoro, 5 por 100, 100'15.—Banco de España, 398'00.—Compañía arrendataria de Tabacos, 87'00.—Cédulas hipotecarias, 5 por 100, 101'00.—Idem al 4 por 100, 89'80.—Letras sobre París, 11'80.

UN EX-MINISTRO.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Sopas de ajo</i> , por el Dr. Thebussem.....	5
<i>El collar de perlas</i> , por Manuel del Palacio.....	9
<i>Crítica Colombina</i> , por Próspero Peragallo.....	16
<i>José Zorrilla</i> , (biografía) por I. Fernández Flórez.....	23
<i>Culpa y castigo</i> , (historia muda).....	42
<i>El Boom-Rang</i> , (poesía), por Luis Rodríguez Velasco.....	44
<i>Experiencia</i> , (poesía), por Miguel Plácido Peña.....	44
<i>El insecto</i> , (poema en prosa) por Iván Turguenef.....	45
<i>Stendhal</i> , biografía por E. Zola.....	47
<i>La Guerra Franco-Prusiana</i> , por el general Conde de Moltke.....	81
<i>Recuerdos de mi vida</i> , por Ricardo Wagner.....	145
<i>Querida</i> , (novela), por Edmundo de Goncourt.....	161
<i>Crónica Internacional</i> , por Emilio Castelar.....	183
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	196
<i>Revista financiera</i> , por Un Ex-ministro.....	201

